

El espiritismo ante la ciencia

Gabriel Delanne

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespírita.org



www.ebookespírita.org

Gabriel Delanne

El espiritismo ante la ciencia

Traducción al castellano:
ALFREDO ALONSO YUSTE

<http://www.espiritismo.es>

ÍNDICE

Resumen	4
Prefacio del traductor español.....	5
 PRIMERA PARTE	
I ¿Tenemos alma?.....	6
II El materialismo positivista.....	27
 SEGUNDA PARTE	
I El magnetismo y su historia	55
II El sonambulismo natural	60
III El sonambulismo magnético.....	70
IV El hipnotismo.....	83
V Ensayo de teoría general.....	94
 TERCERA PARTE	
I Pruebas de la inmortalidad del alma por la experiencia	99
II Las teorías de los incrédulos y el testimonio de los hechos.....	112
III Las objeciones.....	128
 CUARTA PARTE	
I ¿Qué es el periespíritu?.....	144
II Pruebas de la existencia del periespíritu . Su utilidad. Su papel	151
III El periespíritu durante la desencarnación. Su composición.....	169
IV Hipótesis	203
 QUINTA PARTE	
I Algunas observaciones preliminares	213
II Los médiums escribientes.....	221
III Mediumnidades sensoriales. Médiums videntes y auditivos	238
APÉNDICE	271

RESUMEN

Gabriel Delanne fue uno de los científicos que dieron continuidad al trabajo de Kardec en la divulgación de la Doctrina espírita.

En esta obra, el autor demuestra que el Espiritismo, lejos de estar en contra de la ciencia, se afirma en ella, no existiendo incompatibilidad entre uno y otro.

Expone casos comprobados experimentalmente de apariciones materializadas, telepatía, transportes, visión a distancia y premonición, entre otros, mostrando la adopción, por un gran número de científicos, de la teoría espírita como la única explicación general de todos los fenómenos investigados.

Aconseja la investigación seria de la mediumnidad y amonesta enérgicamente a los que, por prejuicios o fanatismo, no admiten la adopción de medidas preventivas contra las mistificaciones en el campo experimental.

Incluye un apéndice que intenta informar sobre la consagración por la ciencia de algunas de las más importantes teorías de la obra, varias décadas después de su publicación.

PREFACIO DEL TRADUCTOR ESPAÑOL

Por encargo de la Federación Espírita Española he tenido el placer de traducir esta obra al castellano, que es un clásico, por así decirlo, del Espiritismo, donde a través de la pluma de Gabriel Delanne se van detallando los puntos de encuentro de los fenómenos espíritas y la ciencia humana, aunque ésta última, incluso en nuestro siglo XXI, todavía no dispone de elementos técnicos necesarios para aventurarse por territorios espirituales.

No debemos olvidar, puesto que es importante, que el Evangelio de Jesús es realmente ciencia, que algún día podrá comprenderse bajo otros parámetros. Viva-mos pues sus enseñanzas, lo más intensamente que nuestras fuerzas lo permitan, para que nuestro patrón vibratorio sea más elevado y podamos ser espíritus, tanto encarnados como cuando desencarnemos, más felices.

Agradezco a mi esposa, Maribel, su dedicación y aportación técnica para que este trabajo sea una realidad.

ALFREDO ALONSO YUSTE

Madrid, mayo de 2010

PRIMERA PARTE

I

¿TENEMOS ALMA?

¿Tenemos alma? Esa es la pregunta que nos proponemos estudiar en este capítulo. Parece, a primera vista, que este problema puede ser fácilmente resuelto, porque desde la más remota antigüedad, las investigaciones de los filósofos han tenido como objeto al hombre, su naturaleza física e intelectual. ¿Llegaron a alguna conclusión? Pues bien, según algunos sabios modernos, parece que no es así.

Los antiguos, que habían tomado por divisa la célebre máxima “conócete a ti mismo”, no se conocían. Imaginaban que el hombre estaba compuesto de dos elementos distintos: el alma y el cuerpo. Basaron, en esa dualidad, todas las deducciones de la filosofía y al final, en nuestra época, una escuela nueva encuentra que estaban equivocados, que todo es materia en nosotros, que la antigua entidad llamada “alma” no existe y que es preciso abjurar de ese viejo error, hijo de la ignorancia y la superstición.

Antes de someternos pasivamente a esa afirmación, examinemos si los argumentos proporcionados por los materialistas poseen realmente el valor que les quieren atribuir. Intentaremos acompañarles en su propio terreno y discriminar lo que de verdadero o falso existe en sus teorías. Antepondremos, en relación a sus trabajos, las conclusiones imparciales de la ciencia y de las especulaciones modernas. De esa comparación nacerá, así lo esperamos, la certeza de que existe en nosotros un principio independiente de la materia, que dirige el cuerpo, y al que llamamos “alma”.

A los que han dudado de la utilidad del principio espiritual para el hombre, les diremos que no existe asunto más digno de nuestra atención, porque nada nos interesa más que saber quiénes somos, adonde vamos y de dónde venimos.

Tales preguntas se imponen al espíritu, después de los dolorosos acontecimientos, de los que nadie está exento en este mundo.

El alma, engañada y mutilada, se recoge en sí misma, después de las luchas de la existencia, y pregunta el porqué de estar el hombre en la Tierra, si su destino es el de sufrir siempre.

Cuando se ve al vicio triunfante ostentar su esplendor, ¿a quién no se le presenta la idea de que los sentimientos de justicia y honestidad son palabras vacías? A fin de cuentas ¿no es la satisfacción de los sentidos el fin supremo al que aspiran todos los seres?

¿Quién de nosotros, habiendo perseguido ardientemente la realización de un sueño, no sintió el corazón vacío y el alma desengañada después de haberlo alcanzado? ¿Quién de nosotros no preguntó, cuando el torbellino de la existencia le haya dejado un instante de reposo: por qué estamos en la Tierra y cuál es nuestro futuro?

El sentimiento que nos impulsa a esa investigación está determinado por la razón que quiere, imperiosamente, conocer el *porqué* y el *cómo* de los acontecimientos que se producen en torno de nosotros. Es la que nos pone en el corazón el deseo de profundizar en el misterio de nuestra existencia. Si en medio del ruido de las ciudades esa necesidad se impone a veces a nuestro espíritu, con mucha mayor fuerza todavía, se apodera de nosotros, cuando al dejar los centros populosos nos encontramos cara a cara con la naturaleza eterna, inmutable. Al contemplar los amplios horizontes del paisaje, los cielos profundos, tachonados de estrellas, comprobamos nuestra pequeñez en el conjunto de la creación. Y al recordar que esos mismos lugares donde nos encontramos ahora fueron pisados por innumerables legiones de hombres, que no dejaron más vestigio que el polvo de sus huesos, nos preguntamos angustiados porqué esos hombres vivieron, amaron y sufrieron.

Cualquiera que sean nuestras ocupaciones y estudios, estamos forzados a ocuparnos de nuestro destino, sentimos la necesidad de conocernos y de saber en virtud de qué leyes existimos.

¿Seremos un juguete de las fuerzas ciegas de la naturaleza? Nuestra raza, que apareció en la Tierra después de tantas otras ¿no será más que un eslabón de esa inmensa cadena de seres que se suceden en su superficie? O, efectivamente ¿será la plena eclosión de la fuerza vital que emana de nuestro globo?

La muerte, ¿disolverá los elementos constitutivos de nuestro cuerpo para sumergirles de nuevo en el crisol universal o conservaremos después de esa transformación una individualidad para amar y recordar?

Todas esas preguntas acuden a nosotros en los momentos de duda y reflexión y cautivan nuestro espíritu en la red de ideas que impulsan y obligan al más indiferente de los hombres a indagar: ¿Existe el alma?

UN VISTAZO A LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Los más antiguos filósofos que la historia recuerda creían que éramos dobles y que en nosotros residía un principio inteligente, director de la máquina humana. Sin embargo, no profundizaron en las condiciones de su funcionamiento. Las vistas

generales que poseían eran bastante vagas, porque querían descubrir la causa primaria de los fenómenos del universo.

En sus investigaciones sólo se apoyaban en hipótesis. Por eso la teoría de los cuatro elementos, resultante de sus trabajos, fue abandonada. Sin embargo, un hecho digno de atención es el de haber admitido Leucipo tres cosas para explicar el mundo sensible: el vacío, los átomos y el movimiento, y vemos hoy, esas deducciones, en gran parte, adoptadas por la ciencia contemporánea.

Con Sócrates apareció el estudio metódico del hombre: ese gran espíritu estableció la existencia del alma y se basó en razones de una lógica extrema. Platón, su discípulo, llevó todavía más lejos esa creencia. El filósofo de la Academia admitía, a ejemplo de Pitágoras, un mundo distinto de los seres materiales: *el mundo de las ideas*. Según Platón, el alma conoce las ideas por la razón porque las contempló en una vida anterior a la actual existencia.

Aquí nos encontramos con una novedad: hasta entonces, todos se limitaban a creer que el alma se hacía al mismo tiempo que el cuerpo. La teoría platónica enseñaba que el alma vivía anteriormente y más adelante veremos cuan justas y razonables son sus deducciones. Aristóteles, apellidado el príncipe de los filósofos, es tan espiritualista como sus predecesores y hay que reconocer que toda la antigüedad creyó en la existencia del alma, así como en su inmortalidad. Las luchas entre las diferentes escuelas provenían más de las divergencias en la explicación de los fenómenos de la razón que del alma en sí misma.

Así se creó la fracción sensualista, cuyos representantes más ilustres fueron Leucipo y Epicuro. Este último hacía derivar todos los conocimientos de la sensación. Admitía el alma, pero la suponía formada de átomos y, por consiguiente, incapaz de sobrevivir a la muerte del cuerpo. En realidad era un materialista y se encontraba en oposición formal con los idealistas representados por Sócrates, Platón y Aristóteles.

Zenón no se puede considerar de esa escuela, ya que separaba la sensación de las ideas generales y es más, los sentidos de la razón. En esto era distinto a Epicuro.

Sin ir tan lejos como los cínicos, los estoicos consideraban indiferentemente los placeres y las penas. Juzgaban inmorales todas las acciones que se apartaban de la ley y del deber. Esta severidad de principios fue, durante muchos siglos, la fuerza de la humanidad y el único dique contra las pasiones desenfrenadas de la antigüedad pagana.

La escuela neoplatónica de Alejandría proporcionó grandes genios, como Orígenes, Porfirio y Jamblico, que supieron elevarse hasta las más sublimes concepciones de la filosofía. Ellos admiten la preexistencia del alma y la necesidad de su regreso a la Tierra.

Ven al hombre incapaz de adquirir, de una sola vez, la suma de los conocimientos que le pueda elevar a una condición superior, y defendieron esa noble doctrina, con coraje y audacia sin igual, contra los sectarios del naciente Cristianismo.

Proclus fue el último reflejo de ese foco intelectual, y la humanidad quedó, durante largos siglos, amortajada bajo las espesas tinieblas de la Edad Media.

En esa época de creencia no se dudaba del alma ni de la inmortalidad, pero los dogmas de la Iglesia, que se adaptaban maravillosamente al espíritu bárbaro de las naciones atrasadas, se habían vuelto impotentes de cara a despertar las conciencias.

La antigua filosofía se apoyaba en la razón. La teología de Santo Tomás de Aquino sólo reposaba en la fe y los intentos de liberación, que provenían del divorcio entre la fe y la razón, eran cruelmente castigados.

Siendo el progreso una ley de nuestro globo, debía llegar el momento en que se produjese el despertar de las inteligencias: esto se dio con Bacon. Este sabio, fatigado con las disputas de los escolásticos que se agotaban en discusiones estériles, atrajo la atención hacia el estudio de la naturaleza. Se creó con él la ciencia inductiva. El sabio recomendó sobre todo, el orden y la clasificación en las investigaciones, quiso que la filosofía saliese de sus antiguos límites, abrió un campo nuevo a las investigaciones y sugirió la observación como el medio más seguro de llegar a la verdad.

Muerto Bacon, en Francia se reveló Descartes. Ese profundo pensador rechazó todos los datos antiguos para adquirir conocimientos nuevos por medio de un método que descubrió. Partiendo del principio: *pienso, luego existo*, Descartes establecía la existencia y la espiritualidad del alma porque, si es posible suponer que el cuerpo no existe, es imposible negar el pensamiento, que se afirma por sí mismo, y cuya existencia se comprueba a medida que se ejerce. En una palabra, somos algo que oye, que concibe, que afirma, que niega, que quiere o no quiere.

En estas condiciones, la facultad de pensar pertenece al individuo, una vez hecha abstracción de los órganos del cuerpo.

El método preconizado por ese poderoso renovador inspiró a una pléyade de grandes hombres, entre los que podemos citar a Bossuet, Fenelon, Malebranche y Spinoza. Al mismo tiempo, el impulso baconiano formaba a Hobbes, Gassendi y Locke.

Según Hobbes, no existe otra realidad aparte del cuerpo, otro origen de nuestras ideas más allá de la sensación, otro fin en la naturaleza además de la satisfacción de los sentidos. Su modo de ver también llevaba directamente a la apología del despotismo como forma social.

Gassendi fue un discípulo de Epicuro, que renovó sus doctrinas, pero el más célebre filósofo de esa época es Locke, que puede ser citado, razonablemente como el fundador de la Psicología. Combatió el sistema cartesiano de las ideas innatas y proporcionó, en Inglaterra y Francia, un gran impulso a los estudios filosóficos.

Casi en la misma época vivieron Bossuet y Fenelon, que escribieron libros admirables sobre Dios y el alma. En esas obras, llenas de la lógica más elevada, podemos convencernos de la existencia de las grandes verdades tan bien puestas de relieve por aquellos eminentes espíritus. La profundidad de los pensamientos está reforzada también por un lenguaje admirable y nunca el espíritu francés mostró más claridad, elegancia y fuerza que en esos libros inmortales.

Leibnitz, la inteligencia más amplia producida en los tiempos modernos, se colocó entre las dos escuelas que se disputaban el imperio de los espíritus, entre Locke y Descartes. Refutó lo que ambos tenían de absoluto, pero con su muerte, su sistema no tardó en ser abandonado, incluso en Alemania, donde inicialmente había sido acogido con gran simpatía.

En Francia, los enciclopedistas hicieron triunfar las ideas de Locke, que condujeron, con Condillac, Helvetius y d'Holbach, a un materialismo absoluto. Ese materialismo es la consecuencia inevitable de las teorías que, reduciendo al hombre a pura sensación, no pueden marcarle otro fin que no sea el de la felicidad material.

No tardó en comprobarse que ese método, llamado empirismo, llevaba a tristes resultados. Se sintió, imperiosamente, la necesidad de una reforma y ésta fue realizada por Thomas Reid en Escocia y por Emmanuel Kant en Alemania.

En Francia, la escuela ecléctica admitió el racionalismo de Descartes y brilló con viva claridad, sustentando la tesis espiritualista.

Las voces elocuentes de Jouffroy, Cousin y Villemain demostraron la existencia e inmortalidad del alma, con tal evidencia, que les cupo la victoria en el terreno filosófico. Pero la escuela materialista dio un gran cambio, dejando el dominio de la especulación, descendió al estudio del cuerpo humano y pretendió demostrar que, en nosotros, lo que piensa, siente y ama, no es una entidad llamada alma, sino el organismo humano, la materia, que sólo ella puede sentir y percibir.

Debemos confesar que, para la mayoría de los lectores, es difícil tomar partido, en medio de las contradicciones, por los sistemas y las utopías empleadas por los sabios. Cansan las investigaciones metafísicas que se agitan en el vacío y se exige el retorno al estudio metódico de los hechos: de ahí el éxito de los positivistas. Sin embargo, es preciso situar nítidamente la pregunta. Para que no se siga en el error, vamos a hacerlo lo más claramente que podamos. Sólo pueden existir dos suposiciones en cuanto a la naturaleza del principio pensante: materia o espíritu, una sujeta a destrucción, la otra imperecedera.

Todos los términos, por más sutiles que sean, epicureísmo, espinozismo, panteísmo, sensualismo, idealismo, espiritualismo vienen a mezclarse en estas dos opiniones.

“¿Qué importa –dice Foissac– que los epicúreos admitan un alma racional formada de los átomos más pulidos y perfectos, si ese alma muere con los órganos, o si, los átomos que las forman se disgregan y vuelven al estado elemental? ¿Qué importa que Spinoza y los panteístas reconozcan que un Dios vive en mí, que mi alma es una parte del inmenso todo? No puedo concebir el alma sino con carácter de unidad indivisible y la conservación de la individualidad del *yo*. Si mi alma, después de haber sentido, sufrido, pensado, amado, esperado, se va a perder en ese océano fabuloso llamado el alma del mundo, el *yo* se disuelve y desaparece, esto significa la extinción y muerte de mis afectos, recuerdos, esperanzas, es el abismo de los consuelos de esta vida y el verdadero “nada” del alma”.

La alternativa, por tanto, es esta: o con la muerte terrestre, todo ser desaparece y se disgrega, o queda de él una emanación, una individualidad que conserva lo que constituía la personalidad, es decir, la memoria, y como consecuencia, la responsabilidad.

Pues bien, limitándonos al terreno de los hechos, vamos a pasar revista a las objeciones que nos oponen y demostrar que el alma es una realidad que se confirma por el estudio de los fenómenos del pensamiento, que jamás se podría confundir con el cuerpo, al que domina, y que cuanto más se penetra en la profundidad de la Fisiología, tanto más se revela, luminosa y clara, a los ojos del investigador imparcial, la existencia de un principio pensante¹.

LAS TEORÍAS MATERIALISTAS

Los más ilustres representantes de las teorías materialistas en Alemania son Moleschott y Büchner. Han reunido en sus obras la mayor parte de los argumentos que obran en su favor. Vamos a examinar, en primer lugar, los sistemas que preconizan. En otro capítulo, nos ocuparemos de otra clase de adversarios: los positivistas.

En los anales de la Fisiología, es decir, los fenómenos de la vida, es como los sabios arriba citados esperan probar que tienen razón. Examinan minuciosamente todos los elementos que entran en la composición de los cuerpos organizados, establecen con

¹ Ver la 4ª parte, sobre el sentido de la palabra inmaterial.

autoridad la gran ley de equivalencia de las fuerzas que se traduce en las acciones vitales, miden, pesan, analizan con excepcional talento todas las acciones físicas y químicas que se producen en el cuerpo humano. Pero si, dejando las ciencias exactas, se aventuran en el dominio filosófico, bien se les podría negar su testimonio.

Y es que ellos intentan, en efecto, una empresa imposible. Quieren arrojar de los conocimientos humanos todos los hechos que no caen directamente bajo los sentidos.

En su afán de rechazar ideas antiguas, no reflexionan en que admiten causas y entidades científicas tan extrañas como las de los espiritualistas.

¿No vemos, en primer lugar, que esos sabios que rechazan el alma, porque es inmaterial, admiten la existencia de un agente imponderable, invisible e intangible al que llaman vida? ¿Qué es, pues, la vida? Longet responde a eso: es el conjunto de funciones que diferencian los cuerpos orgánicos de los inorgánicos. Al aceptar esa definición no avanzamos nada sobre el conocimiento de la vida, ya que ignoramos siempre cual es la causa de esas funciones, que no se ejecutan sino en virtud de una fuerza que actúa constantemente y se conoce por sus efectos, pero cuya naturaleza íntima permanece siempre en el misterio.

¿Qué fuerza es ésta, que anima la materia y dirige las operaciones, tan numerosas como complicadas, que ocurren en el interior del cuerpo?

Nuestras máquinas, todavía tan rudimentarias, exigen, si las comparamos al más simple vegetal, un cuidado constante para el buen funcionamiento de cada una de sus partes, una vigilancia continua para remediar los accidentes que puedan suceder. En la naturaleza, al contrario, todo se ejecuta maravillosamente. Las acciones más diversas, las más diferentes, se combinan para mantener esa armonía que constituye el ser en buen equilibrio orgánico.

¿Qué designa a cada sustancia el puesto que debe ocupar en el organismo? ¿Qué repara esa máquina cuando se estropea? En una palabra ¿qué poder es este, del que resulta la vida?

Para responder a estas preguntas, los fisiólogos habían imaginado una fuerza, a la que llamaron principio vital. Deseamos mucho creer en esa fuerza, pero debemos hacer notar que ese principio es invisible, intangible e imponderable y no demuestra su presencia más que por los efectos que manifiesta, y que los espiritualistas están en esas mismas condiciones cuando hablan del alma. Si los materialistas admiten la vida, y ninguno de ellos la puede negar, no poseen ninguna razón para rechazar la existencia del principio pensante del hombre.

Moleschott publicó una obra titulada *La circulación de la vida*, donde expone la nueva forma de las creencias materialistas. Hagamos un rápido resumen de la misma, para ver como están desprovistas de justicia sus alegaciones y por medio de qué sofismas consigue dar a sus deducciones una apariencia de lógica.

Establece, como principio, que no podemos comprobar en nosotros ni a nuestro alrededor más que la materia, que nada existe sin ella y que el poder creador reside en su seno, y a través de su estudio el filósofo lo puede explicar todo.

Discurre, complacientemente, sobre las pruebas que la ciencia proporcionó al respecto de esa gran frase de Lavoisier: “nada se crea, nada se pierde”. La balanza demuestra que, al transformarse, los cuerpos se descomponen, pero los átomos que los constituyen pueden encontrarse integralmente en otras combinaciones. O, dicho de otra forma, no se crea materia.

El cuerpo del hombre arroja lo que nutre a la planta, la planta transforma el aire, que nutre al animal, el animal nutre al hombre, y sus residuos, llevados por el aire a la superficie de la tierra vegetal, renuevan y mantienen la vida de las plantas. Todos los mundos: vegetales, minerales y animales, se unen, penetran, se confunden y transmiten la vida por un movimiento que el hombre puede comprobar y comprender. De ahí –dice– “la circulación de la materia es el alma del mundo”.

Esa materia, que se nos aparece bajo aspectos tan diversos y se transforma en tan múltiples cosas, es, sin embargo, siempre la misma. Como esencia es inmutable, eterna. Moleschott realza que es inseparable de una de sus propiedades: la fuerza. No se concibe a una sin otra. No puede admitir que la forma exista independiente de la materia, o viceversa. De ahí deduce que las fuerzas designadas bajo los nombres de Dios, alma, voluntad, pensamiento, etc., son propiedades de la materia. Según él, creer que esas fuerzas puedan tener una existencia real es caer en un ridículo error.

Oigámosle:

“Sería una idea absolutamente sin significado que una fuerza planease encima de la materia y pudiese unirse con ella a su gusto. Las propiedades del carbono, nitrógeno, hidrógeno, oxígeno, azufre, fósforo, etc., residen en ellos mismos desde toda la eternidad”.

De esto resulta que la fuerza vital, la idea directriz, el alma, no pasan, realmente de ser modificaciones de la materia, de algunos de sus aspectos particulares. La materia, por su parte y desde siempre, bajo una infinita variedad de formas, no es más que la combinación físico-química de los elementos,

Tales son, en grandes líneas, las primeras afirmaciones de Moleschott. ¿Serán ciertas? Es lo que tratamos de comprobar. Hagamos un resumen:

1. Niega todo plan o voluntad dirigente en la marcha de los acontecimientos del Universo.
2. Afirma que la fuerza es un atributo de la materia. Veamos si los hechos le dan la razón.

LA IDEA DIRECTRIZ

Observamos, en primer lugar, que existen en el infinito, planetas como el nuestro, que obedecen a reglas invariables, cuya armonía es de tal forma grandiosa, que el espíritu, asombrado y confuso ante tantas maravillas, no puede dudar que exista una profunda sabiduría detrás de su planificación. Precisamente no será necesario recordar a un sabio como Moleschott esa extrema complicación de la máquina celeste, ni es preciso mostrar esos millares de millones de mundos que están en el éter y que establecen sus órbitas en una armonía tan poderosamente combinada, que la imaginación más fértil mal puede profundizar en las leyes más simples.

¿Quién no se siente maravillado ante el esplendor de una bella noche de verano? ¿Quién no se estremece con una indescriptible emoción observando ese polvo de estrellas suspendido en el espacio? ¿Quién no ha sentido un terror involuntario al acordarse de que el astro que nos transporta camina en el éter sin otra sustentación que la atracción de un planeta lejano? Y ¿quién no ha reflexionado algún día sobre el hecho de que los movimientos tan precisos de ese amplio mecanismo revelan la inteligencia de un sublime operario? ¿Quién no ha comprendido que la armonía no puede nacer del caos y que el azar, esa fuerza ciega, no puede engendrar el orden y la regularidad?

Sí, en los espacios sin límites, se dan las transformaciones eternas de la materia, sí, cambia de aspecto, de propiedades, de forma, pero comprobamos que lo hace en virtud de leyes *inmutables*, guiadas por la lógica más inflexible. Por eso creemos en una inteligencia suprema, reguladora del Universo.

Si, desviando los ojos de la bóveda azulada, echamos un vistazo a nuestro alrededor, notaremos esa misma influencia directriz.

Sabemos, como Moleschott, que nada se crea, que nada se pierde en nuestro pequeño mundo. La astronomía nos enseña que la Tierra gira en torno al Sol a través de los campos de extensión y sabemos que la gravedad retiene en su superficie todos los cuerpos que la componen. Podemos comprender perfectamente, por tanto, que no adquiere ni pierde nada en su incesante carrera.

Los nuevos descubrimientos nos demuestran que todas las sustancias se transforman unas en otras, que los cuerpos, estudiados a la luz de la química, difieren por el número y la proporción de los elementos simples que entran en su composición. Nada es más exacto y nadie piensa en refutar esas verdades demostradas.

Si nos fijamos en la enorme cantidad de cambios que se producen entre todos los cuerpos, lo que más nos sorprende no son esas combinaciones en sí, sino el maravilloso conocimiento de las necesidades de cada ser que ellos demuestran. Nada se pierde en el inmenso laboratorio de la naturaleza, Todos los seres, por íni-

mos que nos parezcan, tienen su utilidad para el buen funcionamiento del conjunto de la creación, cada sustancia se utiliza para producir su máximo efecto y la “circulación de la materia” mantiene la vida en la superficie de nuestro globo. Sí, ese movimiento perpetuo es el alma del mundo y, cuanto más complicado y variado es, tanto más atestigua la existencia de una acción directriz.

La ciencia contemporánea ha descubierto nuestros orígenes; sabemos que, desde cuando la Tierra no era más que un montón de materia cósmica, se han producido metamorfosis que la han traído, lenta y gradualmente, a la época actual. Por ese *progreso evolutivo* es por el que reconocemos la necesidad de una influencia que se ejerce de manera constante, para conducir a los seres y las cosas, desde la fase rudimentaria a estados cada vez más perfectos.

No se puede negar, al examinar el desarrollo de la vida a través de los períodos geológicos, que existe una inteligencia que dirige la marcha ascendente de todo lo que existe para un fin que ignoramos, pero cuya existencia es evidente.

Es fácil comprobar que los seres se han modificado de manera continua, en virtud de una planificación grandiosa, a medida que las condiciones de la vida se transforman en la superficie del globo encontramos en las entrañas de la Tierra el esbozo de la mayor parte de las razas, vegetales y animales que componen, hoy, la fauna y flora terrestre.

¿A qué agente podemos atribuir esa marcha progresiva? ¿Será el azar el que combina, con tanto cuidado, la acción de todos los elementos? Sería absurdo suponerlo, pues el azar es una palabra que significa la ausencia de todo cálculo y previsión.

Una vez apartada esta hipótesis, nos quedan las leyes físico-químicas que dice Moleschott. Debemos decir que esas leyes no son inteligentes. Nunca se admitió que el oxígeno se combinase por placer con el hidrógeno. El nitrógeno, fósforo, carbono, etc., tienen propiedades que poseen desde toda la eternidad, es evidente, pero no es menos cierto que se trata de fuerzas ciegas, que no se dirigen en virtud de un impulso propio, y que estas energías pasivas al combinarse producen resultados armónicos bien coordinados, y que son puestas en acción por un poder que las domina. La Química, la Física y la Astronomía, explicando los hechos que pertenecen a su radio de acción, no llegan a alcanzar la causa primaria. La moderna Biología tampoco llega a esa causa. Pero no suprime a Dios, le ve cada vez más lejos y, sobre todo, más alto.

LA FUERZA ES INDEPENDIENTE DE LA MATERIA

Examinemos ahora la segunda proposición de Moleschott, que pretende que la fuerza es un atributo de la materia, es decir, que sea imposible concebir una sin otra.

En su opinión, estudiar por separado la fuerza y la materia es un contrasentido, de donde podemos concluir que, estando la energía contenida en la materia, las fuerzas como el alma, el pensamiento, Dios, no son más que propiedades de esa materia. Si demostramos que tal afirmación es falsa, estableceremos implícitamente, la realidad del alma. Para responder a un sabio no hay mejor método que oponerle otros sabios.

D'Alembert dice, secundando a Newton: "un cuerpo abandonado a sí mismo debe persistir eternamente en su estado de movimiento o de reposo uniforme". En otras palabras: estando un cuerpo en reposo no podría moverse por sí mismo.

Laplace expresa el mismo pensamiento. Un punto en reposo no puede proporcionarse movimiento a sí mismo, ya que no dispone de raciocinio que le haga moverse en un sentido en lugar de en otro. En contacto con una fuerza cualquiera y abandonado a sí mismo, se mueve constantemente, de manera uniforme, en la dirección de esa fuerza, no ofrece ninguna resistencia y su fuerza y dirección de movimiento son las mismas durante todo el tiempo. Esa tendencia de la materia para perseverar en su estado de movimiento y de reposo es lo que llamamos *inercia*. Esta es la primera ley del movimiento de los cuerpos.

Así, Newton, D'Alembert y Laplace reconocen que la materia es indiferente al movimiento y al reposo, que sólo se mueve cuando una fuerza actúa sobre ella, porque, de forma natural, es inerte. Es, por tanto, una afirmación gratuita y sin fundamento científico, atribuir fuerza a la materia. Creemos que, difícilmente pueden rechazarse los testimonios y la competencia de los tres grandes hombre de ciencia arriba citados, pero para dar más peso a nuestra afirmación, diremos que el cardenal Gardil y Euler establecen, por cálculos matemáticos, la certeza de la inercia de los cuerpos, no podemos reproducirlos aquí, pero haremos constar un argumento decisivo en apoyo de nuestras convicciones. Tenemos una excelente prueba del principio de inercia en las aplicaciones que se hicieron de las teorías de la mecánica a los fenómenos astronómicos.

En efecto, si esta ciencia que tiene por base la inercia no se apoyase en un hecho real, sus deducciones serían falsas e inverificables por la experiencia. Si la ley de inercia no pasase de ser un concepto del espíritu, sin ningún valor positivo, le habría sido imposible a Leverrier encontrar y calcular la órbita de un planeta desconocido hasta su época, y sus previsiones jamás se habrían realizado. Por el contrario, se han comprobado punto por punto.

Ese descubrimiento demuestra que las leyes encontradas por la razón son exactas, ya que se verifican por la observación de un fenómeno cuya posibilidad ni siquiera se sospechaba, cuando se establecieron los principios de la mecánica celeste. ¿No es evidente que se conocían las propiedades de los cuerpos y más tarde se conocieron las curvas que describían, mucho antes de haberse observado el

movimiento de los astros en el cielo? Ahora bien, no siendo la mecánica sino el estudio de las fuerzas en acción, sus leyes son rigurosas porque se comprueban en la naturaleza.

No sólo trataron este tema los matemáticos: M. H. Martín en su libro *“Las ciencias y la filosofía”* demuestra, según el Sr. Dupré, que, en virtud de las leyes de la termodinámica es necesario admitir una acción inicial exterior e independiente de la materia.

Además, es fácil la convicción, razonando de acuerdo al método positivo, que el testimonio de los sentidos no puede hacernos ver la fuerza como un atributo de la materia. Al contrario, comprobamos a través de la experiencia cotidiana que un cuerpo queda inerte y permanecerá eternamente en la misma posición si nada le viene a dar movimiento. Una piedra que lancemos permanece después de caer en el mismo estado cuando la fuerza que le animaba dejó de actuar. Una bola no rodará sin un primer impulso que lo provoque. Siendo el universo el conjunto de los cuerpos se puede decir del conjunto de la creación lo que se dice de cada cuerpo en particular, y si el universo está en movimiento, es imposible encontrar que la causa de ese movimiento esté en sí mismo.

Hasta este punto hemos comprobado que Moleschott no tuvo mucho éxito al elegir sus afirmaciones. Sitúa como verdad los puntos más impugnables. No nos sorprende pues que, partiendo de datos tan falsos, llegue a conclusiones totalmente erróneas. El estudio imparcial de los datos nos lleva a contemplar el mundo como formado por dos principios independientes el uno del otro: la fuerza y la materia.

Es necesario, además de eso, observar que la fuerza es la causa efectiva a que obedecen los seres, orgánicos o no. Todas las fuerzas, por tanto, designadas bajo los nombres de Dios, alma, voluntad, etc., tienen una existencia real fuera de la materia y ésta es el instrumento pasivo, sobre el que se ejercen.

Continuamos con el análisis del libro de Moleschott y comprobaremos en sus apreciaciones sobre el hombre que no muestra más perspicacia que en su estudio sobre la naturaleza.

El gran argumento que ofrece como prueba de convicción es el mismo que el de los materialistas en general. Consiste en decir “el cerebro es el órgano por el que se manifiesta el pensamiento, luego es el cerebro el que produce el pensamiento”. Ese razonamiento es casi tan lógico como si dijéramos: “el piano es el instrumento que sirve para que se haga oír una melodía, luego el piano produce la melodía”.

Si alguien se expresase de tal forma delante de un incrédulo, es muy probable que se encogiese de hombros desdeñosamente, pero, por extraño que parezca, cuando se trata del alma, se acepta inmediatamente semejante forma de discusión. Los materialistas no quieren, bajo ningún concepto, creer en un principio pensante,

niegan la existencia del músico, por eso son tan singulares las teorías que nos exponen.

Los materialistas se encuentran delante de ese problema: el hombre piensa, el pensamiento no tiene ninguna de las cualidades de la materia, es invisible, no tiene forma, ni peso, ni color, pero existe. Es necesario pues, para mostrar coherencia que lo hagan proceder de la materia.

Existe una gran dificultad para explicar como una cosa material, el cerebro, puede engendrar una acción inmaterial, el pensamiento. Vamos a ver, entonces, desfilar los sofismas, para que, con su ayuda, nuestros adversarios puedan dar la apariencia de un razonamiento.

El cerebro es necesario para que el pensamiento se manifieste. Los filósofos griegos ya lo sabían y no caían, por eso, en el error de los escépticos de hoy. Establecían la distinción entre la causa y el instrumento que sirve para producir el efecto.

Algunos fisiólogos, como Cabanis, no encaraban el tema tan de cerca. Este dice:

“Vemos las impresiones llegar al cerebro a través de los nervios, encontrándose entonces aisladas, sin coherencia. El órgano entra en acción, actúa sobre las impresiones y las reenvía metamorfoseadas en ideas, que se manifiestan, exteriormente, por el lenguaje de la fisonomía o del gesto, o por las señales de la palabra o de la escritura. Concluimos, con la misma seguridad, que el cerebro digiere, de alguna forma, estas impresiones y que realiza, orgánicamente, la secreción del pensamiento.

Esa doctrina se implantó tan bien en el espíritu de los materialistas que, según Carl Vogt, los pensamientos tienen con el cerebro casi “la misma relación que la bilis con el hígado o la orina con los riñones”.

Broussais ya había dicho en su testamento:

“Desde que supe, por la cirugía, que el pus acumulado en la superficie del cerebro destruía nuestras facultades, y que la salida de ese pus permitía su reaparición, no las pude considerar de otra forma que actos del cerebro vivo, aunque no supiese ni qué era el cerebro ni qué era la vida”.

Moleschott, siguiendo esta pista, dice a su vez, variando un poco la argumentación:

“El pensamiento no es más que un fluido, como el calor o el sonido. Es un movimiento, una transformación de la materia cerebral. La actividad del cerebro es una propiedad del cerebro, tan necesaria como la fuerza, totalmente inherente a la materia, de la que es un carácter esencial e inalienable. Es tan imposible que el cerebro intacto no piense, como es imposible que el pensamiento esté ligado a otra materia que no sea el cerebro”.

Según el sabio químico, cualquier alteración del pensamiento modifica el cerebro, y cualquier daño en ese órgano suprime el pensamiento total o parcialmente.

Afirma:

“Sabemos, por experiencia, que la excesiva abundancia de líquido cefalorraquídeo produce el estupor, que la apoplejía va seguida del aniquilamiento de la consciencia, que la inflamación del cerebro provoca el delirio, que el síncope, que disminuye el movimiento de la sangre hacia el cerebro, provoca la pérdida del conocimiento, que la afluencia de sangre venosa al cerebro produce alucinaciones y vértigos, y que una idiotez completa es el efecto inevitable de la degeneración de los dos hemisferios cerebrales. En fin, que toda excitación nerviosa en la periferia del cuerpo sólo despierta una sensación consciente en el momento en que repercute en el cerebro”.

Concluye, pues, que en los fenómenos psicológicos lo que se observa es la eterna dualidad de la creación: una fuerza, el pensamiento que modifica; una materia, el cerebro.

Toda la argumentación de Moleschott consiste en decir que, con los órganos sanos, los actos intelectuales se ejercen con facilidad, pero al contrario, si el cerebro enferma, el alma no se puede servir más de él, y las facultades reaparecen cuando las causas que lo alteraban cesan de actuar.

Es siempre la historia del piano. Si una de las cuerdas llega a romperse, será imposible hacer vibrar la nota que le corresponde. Sustitúyase la cuerda e inmediatamente el sonido volverá a producirse. Pero cuando se demostrase que el pensamiento siempre es el resultado del estado del cerebro, no bastaría eso para afirmar que el encéfalo produce el pensamiento. Como mucho, de ahí se podrían inducir las relaciones íntimas existentes entre ambos. No está todavía probado que la integridad del cerebro sea indispensable para la producción de los fenómenos espirituales.

He aquí lo que dice Longet, cuya competencia en Fisiología está unánimemente reconocida:

“Nunca se ha negado la solidaridad de los órganos sanos con una inteligencia sana (*mens sana in corpore sano*), pero esa dependencia tan natural no es absoluta, encontrándose numerosos ejemplos de lo contrario. Se ven a débiles niños asombrar por la precocidad de su inteligencia y capacidad de su espíritu así como a viejos decrepitos, cercanos a la tumba, conservar intacto el juicio y la memoria, el fuego del genio y el ardor del coraje.

Hace pocos años, el profesor Lordat escribió un notable tratado sobre la *inselescencia*² del sentido íntimo en los ancianos.

² Inselescencia –expresión utilizada como cualidad de lo que no envejece (lo opuesto de senescente, que significa aquello o aquel que está envejeciendo). Nota del autor.

La locura va acompañada, muchas veces, por una lesión apreciable de los centros nerviosos, pero ¿qué diremos en los casos en que Esquirol y otros autores muy conscientes afirman no haber encontrado ningún vestigio de alteración en el cerebro? Los anales de la ciencia proporcionan un gran número de hechos, perfectamente observados, de alteración profunda de la sustancia cerebral, sin que durante la vida, se haya notado la más leve alteración de la inteligencia.

Se han visto en porciones de cerebro estudiadas, que las balas han atravesado el órgano de un lado a otro sin el menor desarreglo del espíritu, sin embargo, bastan algunos hilillos de sangre en un pequeño punto para encender la fiebre, excitar un delirio furioso y traer rápidamente la muerte. Debemos reconocer que la integridad de los órganos, su buena disposición y un volumen suficiente, son condiciones favorables al libre ejercicio, al vigor de las facultades intelectuales, pero no confundamos el órgano con la función y, sobre todo, hablando del cerebro y del pensamiento, donde esa distinción se vuelve muy importante, porque muchos órganos concurren para ese gran fenómeno de la vida intelectual: la privación del aire la hace cesar inmediatamente y una bala que atraviesa el corazón la destruye con rapidez. ¿Quién osaría sin embargo dar como causa primaria del pensamiento el aire que respiramos o la sangre que circula por las arterias?"

Es lo que dice la ciencia y parece que sus conclusiones no están del todo a favor de Moleschott. No es posible afirmar que el pensamiento esté siempre en armonía con la integridad del cerebro, luego no está producido por el cerebro.

Hemos visto anteriormente, al sabio holandés atribuir el pensamiento a una vibración de la materia cerebral. ¿Será esa teoría más justa que las precedentes? Vamos a verlo inmediatamente.

Desde luego topamos con una dificultad. Es difícil comprender cómo una sensación genera una idea. La sensación es una impresión producida en los nervios sensitivos por una agitación externa. Determina un movimiento ondulatorio que se propaga hasta el cerebro por las fibras nerviosas. Una vez llegado allí, ese movimiento hace vibrar las células del sensorium. ¿Cómo puede el movimiento mecánico de las células determinar una idea y como comprender que esa agitación sea percibida por el ser pensante?

Las células nerviosas, formadas de colessterina, agua, fósforo, ácido húmico, etc., asociados en ciertas proporciones, no son inteligentes por sí mismas. El movimiento vibratorio es una simple acción material. ¿Cómo puede el pensamiento nacer de esa agitación de la célula nerviosa? Fue lo que se les olvidó enseñarnos.

Los espiritualistas interpretan los hechos diciendo que existe en nosotros una individualidad intelectual, que es advertida por esa vibración de que se ejerció una acción sobre el cuerpo, y es cuando el alma tiene consciencia de ese movimiento vibratorio, cuando experimentamos la percepción. Lo que prueba hasta la evidencia que todo lo que así ocurre es el fenómeno tan ordinario de la distracción.

Cuando trabajamos en una habitación, ¿no nos ocurre con frecuencia quedarnos insensibles al tic-tac de un reloj? ¿Y no sucede lo mismo al dar las horas? ¿Por qué no las oímos? Las vibraciones, producidas por el sonido han impresionado nuestro oído, se han propagado a través del organismo hasta el cerebro, pero, estando el alma preocupada por otros pensamientos, no puede transformar la sensación en percepción, de manera que no somos conscientes de los ruidos provocados por el reloj. Este simple hecho demuestra, de manera concluyente, la existencia del alma.

OTRAS OBJECIONES

Ahora estamos seguros que el pensamiento no es producido, ni por un conjunto del cerebro, ni por un movimiento vibratorio de sus moléculas. Asegurémonos de que no es producto de la materia cerebral.

Retomemos para examinarlas, las teorías de Cabanis y Carl Vogt: ¿es posible que el pensamiento sea una secreción del cerebro? Tan falsa se presenta esa idea, tan poco en armonía con la realidad de los hechos, que un declarado materialista como Büchner se resiste a admitirla.

Nos dice él:

“A pesar del más escrupuloso examen, no podemos encontrar analogía entre la secreción de la bilis o de la orina y el proceso por el que se forma el pensamiento en el cerebro. La orina y la bilis son materias palpables, ponderables y visibles y todavía más, materia de desecho que el cuerpo utilizó y que rechaza. El pensamiento, el espíritu, el alma, por el contrario, no tienen nada de material, no son en sí mismos una sustancia, sino el encadenamiento de fuerzas diversas formando una unidad, el efecto del concurso de muchas sustancias dotadas de fuerza y cualidad.

Cuando una máquina hecha por la mano del hombre produce un efecto, pone en movimiento su mecanismo u otros cuerpos, da un golpe, indica la hora o algo semejante, ese efecto, considerado en sí, es una cosa esencialmente diferente de ciertas materias de desecho que produce, quizás, durante esa actividad.

Así, el cerebro es el principio y la fuente, o mejor dicho, la causa única del espíritu y el pensamiento, pero no por eso es su órgano secretor. Produce algo que no se rechaza ni dura materialmente, pero que se consume a sí mismo en el momento de la producción. La secreción del hígado o de los riñones se realiza sin que lo sepamos, independientemente de la actividad superior de los nervios, produce una materia palpable. La actividad del cerebro no puede existir sin la consciencia completa y no segrega sustancias, sino fuerzas. Todas las funciones vegetativas, la respiración, el latido del corazón, la digestión, la secreción de los órganos excretorios se producen

tanto en el sueño como en estado de vigilia, pero las manifestaciones de la vida se suspenden en el momento en que el cerebro, bajo la influencia de una circulación más lenta, queda sumergido en el sueño.”

Para Büchner el pensamiento no es una secreción, procedente de un conjunto de fuerzas diversas que forman unidad, es una resultante, pero ¿una resultante de qué? ¿será del conjunto del cerebro o de una sola de sus partes? ¿podrá algo invisible e imponderable como el pensamiento, ser producido por diferentes órganos que se reúnen para un efecto común?

El autor no nos dice nada, ni tenemos necesidad de explicaciones para percibir que esa manera de encarar el pensamiento es todavía errónea. Büchner reconoce que el pensamiento es inmaterial. Nos preguntamos ahora ¿cómo podría ser producido por el cerebro que sólo se compone de materia?

Abordemos más de cerca el tema y veremos que, de cualquier forma que lo encaremos, es imposible suponer que el cerebro produzca el pensamiento como una secreción, o que se desprenda de él, como la electricidad de los cuerpos que la contienen.

Es evidente, comprobado e innegable que el trabajo cerebral determina una elevación de temperatura en el cerebro. Se produce una oxidación de las células, que se puede medir, como hizo Schiff, investigando en perros y en el hombre; como atestiguan los experimentos de Broca en estudiantes de medicina o las de Bayson, que pesaba los sulfatos y fosfatos que entraban en su cuerpo por la alimentación para demostrar que la cantidad de sales, expulsada por las excreciones, aumentaba de forma sensible después de un trabajo cerebral.

¿Cómo pueden estos experimentos, de los que los materialistas han pretendido hacer un argumento, poner en duda la existencia del alma? Demuestran, simplemente que cuando el cerebro trabaja, la sangre afluye ahí y determina unos movimientos moleculares que se traducen materialmente por acciones químicas. Creer que el pensamiento sea producto de esas reacciones sería un grave error porque si el cerebro produce el pensamiento, es preciso explicar la naturaleza y el resultado de esa secreción. ¿Es un líquido, un sólido, un cuerpo simple o compuesto? Desde el momento que se aparta resueltamente la hipótesis espiritual, se debe establecer que por la elevación de temperatura se obtiene un objeto material. Ahora bien, ¿Quién puede pretender que el pensamiento, esa cosa fugitiva, esté en ese caso?

Admitiendo que el pensamiento es una fuerza, como la electricidad o el calor, que emana del cerebro en ciertos momentos, y como toda fuerza es un movimiento vibratorio del éter, volveríamos a caer en la teoría de Moleschott, que demostramos era falsa.

Se puede observar, cualquiera que sea el proceso analítico empleado, que es imposible suponer el pensamiento como una emanación del cerebro y todavía menos como secreciones o vibraciones de la materia cerebral. No podemos admitir los sistemas materialistas sin que nos encontremos en oposición formal con los hechos y la razón, y si comprobamos en el cerebro una serie de actos que preceden, acompañan o siguen al pensamiento, es absolutamente ilógico atribuirles la producción de ese pensamiento.

Una de las facultades del alma que más han llamado la atención de los filósofos es la memoria. Misteriosa facultad que refleja y conserva los accidentes, las formas y las modificaciones del pensamiento, del espacio y el tiempo. En ausencia de los sentidos y lejos de la impresión de los agentes externos, representa esa sucesión de ideas, imágenes y acontecimientos ya desaparecidos, caídos en la nada. Los resuscita espiritualmente, tal como el cerebro los sintió, la conciencia los percibió y formó.

Para explicar el mecanismo, Aristóteles admite que las impresiones externas se graban en el espíritu, casi en la forma que se reproduce una letra, colocando un punzón sobre la cera. Descartes cree también que esa facultad proviene de los vestigios que dejan en nosotros las impresiones de los sentidos o las modificaciones del pensamiento. Adoptemos el punto de vista de esos grandes hombres y vemos como es posible conciliarle con los datos que Moleschott nos proporciona sobre la naturaleza del principio pensante.

El sabio químico afirma, que se produce un movimiento incesante de la materia así como transformaciones maravillosas y múltiples en el interior de nuestro cuerpo, y apoyándose en los trabajos de Thompson, Vierodt y Leumann (que a su vez se basaban en los de Cuvier y Flourens), declara que “los hechos justifican plenamente la suposición de que el cuerpo renueva la mayor parte de su sustancia en un lapso de veinte a treinta días”. Y todavía más: “El aire que respiramos cambia a cada instante la composición del cerebro y de los nervios.”

Si esto es verdad, si somos una nueva entidad de treinta en treinta días, si todas las moléculas que componen nuestro cuerpo entran en un torbellino vital ¿cómo conservamos todavía, en la edad madura, el recuerdo de los actos que sucedieron en nuestra juventud? ¿Cómo explicará Moleschott que nos conservamos siempre los mismos, a pesar de esas mutaciones?

Es cierto que poseemos la certeza completa de ser siempre idénticos, incluso cuando envejecemos, sabemos que la esencia de nosotros mismos no cambia. En medio de las vicisitudes de la existencia, nuestras facultades pueden aumentar o borrarse, nuestros gustos variar hasta el infinito y nuestra conducta presentar las más singulares contradicciones. Sabemos, sin embargo, que conservamos el mismo ser, tenemos conciencia de que otro no tomó nuestro lugar, y mientras, todos los

elementos de nuestro cuerpo han sido renovados muchas veces. Ni un átomo, de lo que formaba hace diez años, subsiste en el presente ¿Cómo se mantiene, entonces, la memoria de los acontecimientos pasados?

Responden los espiritualistas que existe en nosotros un principio que no cambia y cuya naturaleza indivisible no está, como la materia, sometido a destrucción. Es el alma que conserva el recuerdo de los hechos, las conquistas de la inteligencia y las virtudes adquiridas en la incesante lucha contra las pasiones.

No podemos admitir las teorías materialistas, porque tienden simplemente a suprimir la responsabilidad de los actos.

Si no somos efectivamente, sino una asociación de moléculas renovadas sin cesar, si nuestras facultades son apenas la traducción exacta del desarrollo que el azar ha dado a ciertas partes del cerebro ¿con qué derecho puede el hombre estar orgulloso de sus cualidades y por qué se condenaría a un malhechor si su inclinación al crimen dependería de cierta disposición orgánica que él no puede modificar?

Las luchas mantenidas contra los impulsos que nos arrastran hacia el mal indican que existe en nosotros una fuerza consciente dirigida por las leyes de la moral.

Esas luchas interiores revelan la acción de la voluntad, a despecho de todos los sofismas con que se pretende establecer que no existe. No somos dueños siempre, es cierto, de dominar nuestras sensaciones, que se nos imponen muchas veces con energía: un espectáculo sensible nos llena de dulce emoción, la visión de una injusticia nos mueve a rebelión, nos encanta una música suave, pero esas impresiones tan diversas son muy diferentes de la voluntad, que es el carácter más íntimo del yo y de la personalidad humana.

Cuando vamos a realizar algo, ponderamos los motivos que nos pueden dirigir, se hace oír la voz del interés en oposición a la del deber y lo que realmente es meritorio es el poder que tenemos de escoger entre ambos.

Si somos libres, somos responsables. Esta gran verdad está tan firme en la conciencia universal que nunca se ha visto castigar a un loco por cometer un crimen. El libre albedrío no es una ilusión. Es el que da al hombre honesto la fuerza de preferir la muerte a la infracción de las leyes, y es el que impulsa a los grandes corazones a acciones heroicas. Si el hombre no pasase de ser un juguete ciego de las fuerzas físico-químicas, sería necesario despedirnos de todos los nobles sentimientos y de todas las aspiraciones generosas.

Intentaron probar, comparando el peso de un gran número de cerebros humanos, que la inteligencia más desarrollada correspondía siempre a un encéfalo más pesado. Se hicieron numerosas estadísticas, pero hasta el momento los resultados no son lo bastante precisos para permitir formular una ley. Es cierto que, a medida que nos aproximamos a las razas inferiores, la capacidad craneana disminuye. En estos últimos tiempos, Bischof, Nicolucci, Hervé, Broca y otros han realizado investiga-

ciones muy curiosas al respecto, pero, al igual que sus predecesores, no han podido deducir una regla de los numerosos casos que observaron, ya que se observaron idiotas con un volumen de cerebro tan considerable como el de las personas que gozaban de la integridad de sus facultades intelectuales.

En esta clase de investigación es necesario no confundir el órgano con la función. Si vemos que ciertas partes del cuerpo crecen más que otras, es que trabajan más. Se sabe que los herreros tienen el brazo derecho más fuerte que el izquierdo, porque es con el que manejan el martillo, así como los torneros tienen la pierna izquierda más voluminosa que la derecha, porque es la que utilizan constantemente. ¿Se podría decir que estos hombres son herreros o torneros sólo porque sus miembros están más desarrollados?

El razonamiento es el mismo con el cerebro. Si, en ciertos casos, se observa una correlación entre su volumen y una gran actividad intelectual, esto prueba tan sólo que el espíritu actúa sobre él con intensidad. Dice Hervé: “El encéfalo crece en proporción a la actividad funcional de la cual es la sede. Esa es una ley que se aplica a todos los órganos, en toda la serie animal, ahora bien ¿Cuál es la actividad funcional de cerebro? La intelectual y la moral”.

El peso y el volumen del cerebro nada tienen, por tanto, de común con la existencia del alma y no pueden invalidarla.

CONCLUSIÓN

Diremos, resumiendo, que del estudio de los hechos resalta la certeza de que poseemos un principio pensante, independiente de la materia, que no está sometido, como ella a las transformaciones de la vida, y en la cual reside la memoria. Para combatir esa verdad tan sencilla los sabios han investigado las más íntimas profundidades del ser, para extraer de ahí sus argumentos.

Nos sorprende observar cómo se extravían, cuando abandonan el terreno sólido de la experiencia y se aventuran, guiados por hipótesis, en el dominio filosófico. Y es que no quieren admitir sino lo que es visible, tangible, que se pueda medir. No tendríamos nada que alegar contra ese método, si lo utilizasen siempre, pero lo que no es justo es que sólo lo apliquen a los fenómenos psíquicos. Broussais decía: “Disecioné muchos cadáveres, pero nunca encontré el alma”. Pero admitía la vida y las ciencias naturales que sólo reposan sobre entidades.

Oigamos a Langel:

“La Química se contenta con palabras, siempre que le resulta imposible penetrar en la esencia misma de los fenómenos. ¿De qué habla sin cesar? De afinidad ¿no es eso una fuerza hipotética tan poco tangible como la vida y el alma? La Química deja a la Fisiología la idea de la vida y rechaza ocuparse de ella. Pero ¿la idea en torno a la que la Química se desarrolla es algo más real? Tal idea es incomprensible muchas veces, no sólo en su esencia, sino en sus efectos. ¿Se puede, por ejemplo, meditar un instante en las leyes de Berthollet, sin comprender que estamos delante de un misterio impenetrable?

En los experimentos que le habían servido de fundamento, las reacciones químicas son conducidas en condiciones puramente estáticas e independientes de las afinidades propiamente dichas, pero en el fenómeno de una combinación, en esa atracción que precipita un átomo hacia los otros que se buscan, que se unen, escapando a los compuestos que les aprisionaba ¿hay algo que se pueda confundir con el espíritu?

Bajo mi punto de vista, opino que cuanto más se estudian las ciencias en su metafísica, más se acentúa la convicción de que ésta nada tiene de irreconciliable con la filosofía más idealista. Las ciencias analizan las reacciones, toman las medidas, descubren las leyes que regulan el mundo de los fenómenos, pero no hay ningún problema, por humilde que sea, que no las coloque delante de dos ideas sobre las cuales el método experimental no tiene ninguna inferencia: en primer lugar, la esencia de la sustancia modificada por los fenómenos, en segundo lugar, la fuerza que provoca esas modificaciones.

Sólo conocemos, sólo vemos el exterior, las apariencias, la verdadera realidad, la realidad sustancial y la causa se nos escapan”

No podemos terminar mejor esta revisión que citando las siguientes palabras del ilustre fisiólogo Claude Bernard:

“La materia, cualquiera que sea, siempre está destituida de espontaneidad y no provoca nada, sólo expresa por sus propiedades la idea de quien creó la máquina que funciona. De manera que la materia organizada del cerebro, que manifiesta fenómenos de sensibilidad e inteligencia propios del ser vivo, no tiene, del pensamiento y de los fenómenos que manifiesta, más conciencia que de la materia bruta tendría una máquina inerte, de un reloj, por ejemplo, que no tiene conciencia de los movimientos que efectúa o de la hora que indica. Asimismo, los caracteres impresos y el papel no tienen conciencia de las ideas que reproducen. Asegurar que el cerebro produce el pensamiento, sería lo mismo que decir que el reloj produce la hora o la idea del tiempo.

Es necesario no suponer que fue la materia quien creó la ley del orden y sucesión. Eso sería caer en el craso error de los materialistas”.

II

EL MATERIALISMO POSITIVISTA

En la cuarta reseña que hicimos de los diferentes sistemas filosóficos, no citamos dos escuelas importantes: los falansterianos y los fourieristas. No nos interesan directamente, ya que sus teorías son más sociales que filosóficas. Sin embargo, debemos resaltar que Saint-Simon prestó un verdadero servicio al espíritu humano, mostrando, con sagacidad, que se debe conceder al alma mayor importancia que la que le dieron los filósofos del siglo XVIII.

El mismo Fourier, a pesar del sensualismo de su época, creía en el alma y su inmortalidad. Sus seguidores se distinguen, en el movimiento moderno, por la forma de sus escritos, que sobresalen entre los trabajos más materialistas de fin de nuestro siglo.

Además de esos dos grandes hombres, citaremos una pléyade de pensadores de escuela, como Pierre Leroux, Jean Raynaud, Lamennais y otros, que levantaron brillantemente el estandarte espiritualista. Se podría creer que tenían la victoria prácticamente asegurada cuando se reveló entre los discípulos de Saint-Simon un filósofo de primer orden: Augusto Comte. Fundó un sistema llamado *positivismo*, que tuvo el mérito de oponer a la imaginación, realmente muy errante de sus predecesores, las frías y rígidas doctrinas de tradición baconiana.

Comte buscó reanimar el sensualismo, aplicándole la idea del progreso, pero falló en su tentativa, y fue forzado, después de haber querido explicar todo por la experiencia y la observación, a reconocer que existe en nosotros una facultad: el sentimiento, que no puede ser ignorado impunemente. Acabó por inventar una especie de religión que se perdía en las nubes de un misticismo incomprensible. Era, según Huxley, “un catolicismo al que le faltaba el cristianismo”.

Sus discípulos no le acompañaron en ese camino, los disidentes cayeron en el exceso opuesto y son ahora verdaderos materialistas, aunque pretendan excusarse de esto.

Uno de los más ilustres representantes del positivismo es Littré. Durante toda su vida, ese trabajador infatigable defendió el nuevo concepto, expurgándole de todo aquello que su vigoroso espíritu encontraba inútil o superfluo. Fueron esas supresiones las que determinaron su separación de Augusto Comte, decadente, y a reducir las doctrinas de su maestro a lo que tenían de verdaderamente útil, pero, acentúa todavía las tendencias materialistas que el positivismo contiene en germen, y vemos esa inteligencia en contradicción consigo misma, cuando pretende perma-

necer neutra entre los dos sistemas que disputan la conquista de los espíritus: el espiritualismo y el materialismo.

Comencemos por exponer lo que se llama la concepción positiva del mundo, es decir, “la filosofía que resulta de la coordinación del saber humano”. Es más una negación que un dogma. Los positivistas tienen por objetivo el estudio de la naturaleza por los sentidos, por la observación y el análisis. Todo lo que se aparta de ese orden de cosas es para ellos lo desconocido, “*el porqué*”, al cual renuncian, deliberadamente, investigar.

Las realidades de los metafísicos pueden existir, no las niegan, pero como no entran en el dominio de los hechos sensibles, encuentran inútil y peligroso querer definirlos, en resumen, son incognoscibles, es decir, totalmente fuera del alcance del entendimiento.

“Así, la base del estado positivo del espíritu humano. El carácter esencial de la mentalidad positiva, consiste en apartar la *imaginación* en la explicación de las cosas y sólo proceder por la comprobación real, por la *observación*, en eliminar todas las suposiciones indemostrables e inverificables y limitarnos a observar las relaciones naturales, para poder preverlas y modificarlas en provecho nuestro, cuando eso sea posible, o a soportarlas convenientemente, cuando no fuesen accesibles a nuestro dominio”³.

Más allá de la esfera de los fenómenos comprobados, existe un desconocido que el espíritu busca en vano penetrar, de esta forma Littré, trazando el programa de la escuela, recomendó absoluta neutralidad en todas las cuestiones dogmáticas relativas a la esencia de las cosas. Lo afirma nítidamente en la siguiente página:

“No conociendo el origen ni el fin de las cosas, no hay motivo para negar que haya algo más allá de ese origen y ese fin (esto es contra los materialistas y los ateos), así como no hay razón para afirmarlo (esto ahora es contra los espiritualistas, los metafísicos y los teólogos). La doctrina positiva deja a un lado la cuestión suprema de una inteligencia divina, por el hecho de reconocer su absoluta ignorancia en ese sentido, como sucede con las ciencias particulares, que son sus afluentes, en lo que toca al origen y fin de las cosas, lo que implica necesariamente que, si la doctrina positiva no niega la inteligencia divina, tampoco la afirma, se conserva perfectamente neutral entre la negación y la afirmación, de las que se valen, en el punto que estamos”.

No es preciso decir que excluye el materialismo, que es una explicación de aquello que nadie puede explicar.

No busca más que lo que el naturalismo tiene de exagerado, pues exclama, como De Maistre, hablando de la naturaleza: “¿Quién es esta mujer?”⁴

³ Dr. Robinet, *Philosophie Positive*, pág. 17.

⁴ *Revue de Philosophie Positive*, enero, 1880.

Está bien claro, pues, que el verdadero positivista no se debe inclinar en ningún sentido, le está absolutamente prohibido meditar sobre los problemas que no se pueden resolver por el método directo del análisis y la observación.

¿Este equilibrio del que habla Littré se puede mantener? ¿Es posible, cuando las leyes de la naturaleza revelan un encadenamiento admirable de fenómenos, ceñirnos a los estrechos límites de los hechos conocidos, sin intentar elevarnos a la causa primaria, cualquiera que sea?

—No. No es natural parar en un camino y decir: No iremos más allá. La invencible curiosidad humana nos lleva a franquear los límites que se le quieran imponer y, voluntariamente o no, los hombres de ciencia están llamados a pronunciarse, en un sentido o en otro. Resaltemos que el estado suspensivo, recomendado como expresión de sabiduría, es violado por Littré y sus partidarios, que se declaran francamente materialistas, tal como lo prueba el siguiente pasaje, que el maestro escribió en el prefacio del libro de Leblais sobre el materialismo:

“El físico reconoce que la materia pesa, el fisiólogo que la sustancia nerviosa piensa, sin que uno y otro tengan la pretensión de explicar porque una pesa y otra piensa”.

No nos detendremos en resaltar poco acertado de la comparación entre el peso, fenómeno físico y el pensamiento, acción espiritual, que no puede ser asimilado a ninguna propiedad de la materia. Lo que importa destacar es esa afirmación: “la sustancia nerviosa piensa”, afirmación que vemos reproducida en todos los materialistas.

Un filósofo de la escuela de Comte debería mostrar una absoluta ignorancia en cuanto a los hechos psíquicos. Para él, los fenómenos del pensamiento no pueden ser producto de la sustancia cerebral, ya que nunca han conseguido comprobar, experimentalmente, si cierta cantidad de fósforo, por ejemplo, unida a la masa cerebral, haría al pensamiento más activo, o si la misma cantidad, retirada de ese órgano, aniquilaría el pensamiento. Se salen de la neutralidad que su programa exige para pronunciarse negativamente. De ahí que tengamos razón al decir que los positivistas no pasan de ser materialistas disfrazados.

¿Quieren una prueba? Littré la proporciona cuando examina el universo y busca las leyes que lo dirigen. He aquí lo que podemos leer en las *Paroles de Philosophie Positive*:

“El universo se nos aparece, en la actualidad, como teniendo su causa en sí mismo, causas que llamamos leyes. La inmanencia es la ciencia que explica el universo por las causas que en él residen...”

La inmanencia es directamente infinita, porque, dejando las clases y figuras, nos pone, sin intermediario, en relación con los eternos motores de un Universo ilimitado,

y descubre, al pensamiento estupefacto y maravillado, los mundos libres en el abismo del espacio y la vida libre en el abismo del tiempo”.

No se puede negar, en este pasaje, el establecimiento de una doctrina muy nítidamente formulada. Se opone a la idea del Creador –la de inmanencia–, es decir, la propiedad que tendría el universo de moverse en virtud de leyes que le son propias. Como hace notar Caro, esa es una afirmación que sobrepasa singularmente “la esfera de los hechos comprobables y de las verdades demostradas”, de las que Littré no pretende apartarse.

En resumen, el más ilustre representante de la ciencia positiva es materialista, si no en principio, por lo menos efectivamente. Contrario a su programa y a la realidad, afirma que la materia piensa, y cree que la naturaleza se gobierna por sí misma. Estas conclusiones son las que denunciamos como falsas, en virtud de las razones que expusimos en el capítulo anterior.

El método positivo rechaza todo instrumento de estudio que no sean los sentidos, pero existe en nosotros esa propiedad de conocernos que se llama *sentido íntimo*, y que tiene su valor, ya que nos informa de la existencia del pensamiento. Sin duda, no se puede precisar en qué consiste, es imposible encontrar el órgano que le corresponde, pero nadie negará su manifestación, confirmada por un ejercicio ininterrumpido. Citemos una bella página del padre Elie Méric, extraída del libro *La vida en el espíritu y en la materia*:

“Los Sres. Littré y Robin no expusieron el positivismo más claramente que Broussais. Unos y otros nos acusan de explicar el pensamiento por unos atajos misterioso, impalpables –*el alma*. Es necesario probar pues, que tenemos una percepción clara del alma, del pensamiento, del juicio, de la voluntad y de la relación necesaria entre el alma y sus facultades. Es necesario demostrar que tenemos de esas cosas una percepción tan real como de los fenómenos materiales.

Por una propensión invencible y una convicción razonada, sé y siento que pienso, que imagino, que amo, que razono. Sé qué pensamientos acuden a mi mente, qué ideas se me presentan bajo la forma de imágenes, también que ciertos objetos y criaturas despiertan en mí sentimientos de amor o de odio. Sé y siento que puedo reflexionar sobre esas ideas, imágenes, deseos y sentimientos, observarlos, describirlos, analizarlos, en fin, que puedo razonar.

Puedo renovar ese fenómeno, evocar un recuerdo en la memoria, despertar el amor y el odio, llamar a una imagen desaparecida a través de mi voluntad. Es una experiencia que puedo renovar tantas veces como lo haría un físico o un químico con sus respectivos experimentos. Ese hecho es tan cierto como la circulación de la sangre y la transformación de los elementos en mi propia sustancia.

Bajo pena de violentar el sentido interior y de renegar del testimonio de la conciencia universal o de ceder a preconceptos deplorables y culpables, son realidades

que el positivismo debe reconocer y afirmar, pero esas realidades, esos fenómenos no son materiales, no les conocemos por el testimonio de los sentidos”.

El declive donde resbalan los positivistas, debe llevarles, fatalmente, al materialismo, del cual, teóricamente, tienen la pretensión de apartarse. El desdén que muestran por todo lo que no es directamente medible denota la negación anticipada de las realidades espirituales. A pesar de toda su ciencia, no pueden explicar el pensamiento, ya que se produce en condiciones determinadas que tienen, sin duda, cierta relación con estados especiales del cerebro. Pero como sucede con Moleschott, no les es posible afirmar que su pensamiento sea el producto del cerebro.

El cerebro, su composición, su modo de funcionamiento, tal es el campo de batalla actual donde se concentran los esfuerzos de los partidos opuestos. Penetrando en la profundidad de su constitución íntima y escrutando con tenacidad los lugares más recónditos de ese órgano, un fisiólogo, Luys, espera ofrecer un punto de favor a los positivistas.

Quiere demostrar que la actividad intelectual se produce simplemente por el juego de las fuerzas naturales de las células del córtex cerebral, estimuladas por las excitaciones del exterior y conducidas por los nervios centrípetos.

Es consecuente con sus doctrinas, porque hoy la mayor parte de los discípulos de Littré profesan un injustificable horror por la filosofía antigua, repelen todos los hechos ciertos a los que se haya llegado a través del atento estudio de los estados de conciencia, para adoptar una psicología nueva, que no participa en absoluto de cualquier filosofía, sino que constituye otra ciencia.

Esta psicología no se ocupa del alma y de sus facultades, consideradas en sí mismas, sino de los fenómenos por los que se manifiesta la inteligencia y de las condiciones invariables de las leyes que rigen su producción. No pide sólo a la conciencia que le haga conocer el espíritu, no se limita a la acción interna, que juzga, en muchas ocasiones, ilusoria, sino que apela al método de las ciencias naturales y dispone, a pesar de la delicadeza del tema y del temor respetuoso que la domina, de la propia experimentación, gracias a la patología.

Su primer principio, su punto de partida, es el hecho, admitido hace poco por la ciencia oficial, de que el cerebro es el órgano del pensamiento, del espíritu, o mejor todavía, que la inteligencia, el alma –si entendemos por ese vocablo el conjunto de las ideas y los sentimientos– es una función del cerebro.

Otros, exagerando todavía más ese sistema, ¡esperan llegar un día a determinar a qué vibraciones de la masa fosfórea corresponde, por ejemplo, la noción de infinito!

Retomemos otra vez el estudio del cerebro, no con Moleschott, bajo el punto de vista de su composición química, sino el de su estructura anatómica y su vida

fisiológica. Seguiremos, paso a paso, el libro de J. Luys: *El cerebro y sus funciones* y pondremos ahí, en evidencia, todos los artificios empleados para falsear las conclusiones naturales de esas investigaciones, que son todas a favor de los espiritualistas.

EL CEREBRO Y SUS FUNCIONES

Para comprender bien la discusión, es indispensable que sigamos al autor en el análisis minucioso que hace de las diferentes partes del cerebro, resumiendo, de manera sucinta, lo que está en relación con nuestro asunto.

Luys es un experimentador de primer orden, perfeccionó los métodos de investigación de la sustancia cerebral, utilizando una serie de cortes metódicamente espaciados, de milímetro en milímetro, en sentido horizontal y vertical y anterior y posterior, y fueron fotografiados esos cortes, practicados según las tres direcciones de la masa sólida que se pretende estudiar.

Las operaciones, tratadas de esa forma, permitieron representaciones tan exactas cómo fue posible de la realidad, así como conservar las disposiciones mutuas de las partes más delicadas de los centros nerviosos. Se puede, comparando las secciones, horizontales o verticales, seguir un determinado orden de fibras nerviosas en su progresión para su punto de partida o de llegada. Se estudió, milímetro a milímetro, la marcha natural y las tramas sucesivas de las diferentes categorías de fibrillas nerviosas, sin cambiar ni dañar nada, dejando, de alguna forma, las cosas en su estado normal. Además de eso, las porciones observadas al microscopio se aumentaron por medio de la fotografía, lo que permitió comprobar ciertos detalles anatómicos que todavía no habían sido detectados.

El sistema nervioso del hombre presenta tres grandes divisiones:

1. El cerebro y el cerebelo⁵.

⁵ Aunque el autor se refiere solo al cerebro y cerebelo, es más correcto decir: el cerebro y el cerebelo, la protuberancia anular y el bulbo raquídeo, a menos que se prefiera decir simplemente encéfalo.

Podemos, con Testut, considerar el sistema nervioso del hombre formado por dos clases de órganos, agrupados en dos grandes divisiones:

- 1) Órganos centrales –centros nerviosos– que constituyen el sistema nervioso central.
- 2) Órganos periféricos –nervios– que constituyen el sistema nervioso periférico.

El sistema nervioso central está formado por un eje de sustancia nerviosa, que ocupa íntegramente la cavidad ósea constituida por el cráneo y la columna vertebral, es el neuroeje, eje encéfalo-medular o cerebroespinal, también llamado mielencéfalo.

Dos órganos principales forman ese eje nervioso: el encéfalo y la médula espinal, aquel de forma ovoide, ocupando la cavidad craneana, ésta de forma tronco-cónica alargada, llenando la cavidad o canal existente en la columna vertebral, formada por el apilamiento de las vértebras. Dejando de lado, como lo hace el autor, la médula espinal y los nervios periféricos, nos encontramos sólo al encéfalo, pues este es el que forma parte del cerebro, al que el autor presta toda su atención.

El encéfalo está constituido por cinco partes que son, yendo de abajo y atrás hacia arriba y hacia delante:

- 1) bulbo raquídeo, también llamado médula oblongata, porque sigue hacia arriba la médula espinal, en el eje nervioso.
- 2) protuberancia anular;
- 3) cerebelo;
- 4) pedúnculos cerebrales –parte del encéfalo que une las tres partes;
- 5) el cerebro –con los llamados hemisferios cerebrales.

Son esas cinco las partes del encéfalo existentes en el hombre debidamente desarrollado. Es interesante, no obstante, para una mejor comprensión de la anatomía y fisiología nerviosas, saber que en el embrión, inicialmente, sólo existían tres vesículas primitivas llamadas cerebro anterior, medio y posterior. Más tarde, los cerebros anterior y posterior se dividieron, cada uno en dos vesículas secundarias, de lo que resultó el embrión más desarrollado, cinco vesículas cerebrales distintas que se llaman: *cerebro anterior definitivo, prosencéfalo o telencéfalo*, del que se originaron los hemisferios cerebrales, *cerebro intermedio, talamoencéfalo o diencéfalo*, que dio origen a los tálamos ópticos, también llamadas capas ópticas, *cerebro medio o mesencéfalo*, del que se originaron los pedúnculos cerebrales, *cerebro posterior definitivo*, del que se originaron el cerebelo y la protuberancia anular y *médula oblongata o mielencéfalo*, del cual se formó el bulbo raquídeo.

En el curso de su desarrollo, el *cerebro intermedio, talamoencéfalo o diencéfalo* se integró con los hemisferios cerebrales, provenientes del *cerebro anterior definitivo*, por lo que bajo la designación general de cerebro se estudian los hemisferios cerebrales y los núcleos de la base cerebral, los tálamos ópticos.

Es al cerebro comprendido de esa forma incluyendo en su conjunto los tálamos ópticos, al que se refiere ampliamente el autor en armonía con los que se lee en el Tratado de Anatomía Humana, de Testut-Latarget, 2º tomo, pág 896, 9ª edición, de Salvat Editores S.A, Barcelona, Madrid, 1960 del que transcribimos actualizado lo siguiente, con el permiso necesario:

“El cerebro constituye la parte anterior y superior del encéfalo. Dos diferentes segmentos que entran en la constitución del eje cerebro-medular, es hace ya un tiempo el más voluminoso, importante y noble: a él llegan, definitivamente, todas las llamadas impresiones conscientes, recogidas en la periferia por los nervios sensitivos y sensoriales y de él

2. La médula espinal.

3. Los nervios.

No vamos a tratar la médula espinal ni los nervios, lo que nos interesa es el cerebro.

Está constituido por dos hemisferios, A y C, unidos por una serie de fibras blancas transversales B, que comunican las partes semejantes de cada lóbulo, de forma que las dos mitades sean un solo cuerpo, cuyas moléculas están todas en relación unas con otras.

Cada lóbulo, por separado, presenta a su vez:

1. Masas de sustancia gris, compuestas de millones de células, que son los elementos esencialmente activos del sistema y que están dispuestas de la siguiente manera:

En primer lugar en la periferia del lóbulo, bajo forma de una capa delgada. Ondulada y continua, es el córtex cerebral “A” (figura 1). Además de eso, en las regiones centrales, bajo la forma de dos núcleos grises, unidos entre sí, y que no son más que la sustancia gris de las capas ópticas⁶ de los cuerpos estriados “C” (figura 2)

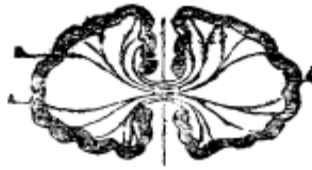


Figura 1

A Capa cortical gris del cerebro.

B Fibras blancas que comunican las dos partes semejantes de cada hemisferio.

parten todos los impulsos motores voluntarios que son luego transportados al aparato muscular por los nervios motores. El cerebro es, finalmente, el punto donde tienen asiento las facultades intelectuales, con las que tiene relaciones íntimas, que, aunque sean poco conocidas, no por eso indudablemente existen.

Anatómicamente, comprende los hemisferios cerebrales propiamente dichos, con sus ventrículos laterales, y los tálamos ópticos con el ventrículo medio, es decir, el cerebro medio (diencéfalo) y el cerebro anterior (telencéfalo). En el transcurso de su desarrollo, este incorpora el cerebro medio de tal manera que en adulto no es posible separar el estudio del uno sin el del otro” (nota de la editora).

⁶ Se trata del nombre dado antiguamente a los que hoy se denomina “tálamos ópticos”, pero las dos expresiones son sinonimas (nota del editor).



Figura 2

Misma figura que la precedente, pero con las capas ópticas.

- A Capa cortical gris.
- B Fibras blancas comisuriales.
- C Capas ópticas.
- D Fibras blancas que comunican las capas ópticas entre sí y con cada uno de los hemisferios.

2. Aglomeraciones de fibras blancas: la sustancia blanca, compuesta por completo de tubos nerviosos yuxtapuestos, ocupa los espacios comprendidos entre la superficie de los lóbulos y los núcleos centrales. Las fibras que la constituyen representan trazos de unión entre regiones del córtex cerebral y de los núcleos centrales. Pueden ser consideradas como una serie de hilos eléctricos extendidos entre dos estaciones y en dos direcciones diferentes. Las que reúnen los diversos puntos de la superficie de los hemisferios a los núcleos centrales son comparables a una rueda, cuyos radios unen la circunferencia al centro. Las otras se dirigen transversalmente y unen las dos partes semejantes de cada hemisferio.

Sustancia cortical de los hemisferios. Todos conocen la apariencia exterior de los lóbulos del cerebro. Basta recordar los sesos servidos a nuestras mesas, para ver de inmediato que la sustancia cortical gris se presenta bajo la apariencia de una lámina gris, ondulada, doblada muchas veces sobre sí misma y formando una serie de sinuosidades múltiples, cuyo fin es aumentar la superficie. Se pensó que existían en esas dobleces ciertas disposiciones generales, su mayor número, sin embargo, toma las más variadas formas, según los individuos. Los hemisferios no son rigurosamente homólogos, es decir, no tienen en absoluto la misma consistencia, pero los cambios entre los dos lóbulos son de mínima importancia.

El espesor de la capa cerebral tiene una media de dos a tres milímetros en general, y está más abundantemente repartido en las regiones anteriores que en las posteriores. La masa varía conforme a la edad y la raza: Gratiolet observó que la masa de la sustancia cortical es poco abundante en las especies de pequeña estatura.

Cuando se toma una rebanada fina de esa materia gris del córtex cerebral y se la comprime entre dos láminas de vidrio, se observa que se divide en zonas de desi-

gual transparencia, dispuestas en estrías regulares y fijas. Veremos lo que presenta el córtex cerebral, algo que todos pueden comprobar en cerebros frescos.

Penetremos ahora, con la ayuda de lentes de aumento, en el interior de esa sustancia blanda, amorfa en apariencia, y cuyo aspecto homogéneo está lejos de revelar sus maravillosos pormenores.

¿Qué se encuentra en la sustancia cerebral como elemento anatómico fijo, como unidad primaria? La célula nerviosa, con sus atributos, configuraciones definidas, se ven también fibras nerviosas y un tejido que reúne todos esos elementos, y que es atravesado por vasos sanguíneos muy pequeños, llamados capilares.

La ciencia depende del estudio de la célula para ver las propiedades del cerebro, ya que es la unidad primordial del tejido cerebral, y cuando conozcamos las propiedades íntimas de ese elemento, tendremos una idea exacta del papel de la materia cortical.

Vemos, en la parte inferior de esta capa de los hemisferios, el comienzo de las fibras que unen la superficie al centro. Al principio están ramificadas al infinito, de forma que entran en contacto con un gran número de células de la capa cortical; después se van condensando hasta la salida del córtex de los hemisferios, donde toma la forma de fibras compactas.

Examinando las células nerviosas, vemos que tienen, como toda célula, una forma determinada por una membrana envolvente, la mayor parte de las veces irregular, cuyos contornos parecen brazos que se prolongan en diferentes sentidos; después, en el interior, un núcleo presentando un punto brillante, que se llama nucleolo.

En el córtex del cerebro (Figura 3), las células menores ocupan las regiones superiores "A", y las células mayores, las regiones profundas "B"; estas últimas tienen, aproximadamente, un volumen doble de las primeras, y el paso de las pequeñas hacia las grandes se realiza por transiciones insensibles. Las ramificaciones de todas esas células forman verdaderos tejidos, cuyas moléculas están aptas para vibrar de algún modo, al unísono.

Para tener una idea del inmenso número de esas células nerviosas, basta saber que en el espacio de un milímetro cuadrado de sustancia cortical, con un espesor de una décima de milímetro, se cuentan cerca de veinte células nerviosas de diferente volumen.



Figura 3

Corte y aumento del córtex del cerebro.

- A Células pequeñas.
- B Células grandes.
- C Comienzo de las fibras blancas que unen la capa cortical a los lóbulos ópticos.
- D Capilar conductor de la sangre.

Imaginemos el número de veces que esta pequeña cantidad está contenida en el todo y llegaremos a muchos millones.

Permanecemos confusos al penetrar en el mundo de lo infinitamente pequeño, donde se reencuentran esas mismas divisiones infinitas de la materia, que impresionan tan vivamente al espíritu, en el estudio del mundo sideral.

Al examinar la estructura de un elemento anatómico, sólo visible con un aumento de setecientos a ochocientos diámetros, si pensamos que ese mismo elemento se repite por millones, en el espesor de la capa cortical, no podemos dejar de quedar asombrados.

Reflexionando que cada uno de esos pequeños aparatos tiene su autonomía, su individualidad, su sensibilidad orgánica, íntima, que está unido a sus congéneres, que participa de la vida en común, y que es un obrero silencioso e infatigable que elabora discretamente las fuerzas nerviosas necesarias para la actividad psíquica, que se consume incesantemente, se reconocerá la maravillosa organización que preside el mundo de los infinitamente pequeños.

De lo que precede, resulta que la sustancia cortical representa un inmenso aparato formado por elementos nerviosos dotados de sensibilidad propia, pero solidarios, porque las series de células superpuestas en pisos, su correspondencia entre sí, implica la idea de que las actividades nerviosas de cada zona pueden despertarse aisladamente, que tienen la facultad de asociarse, de cambiar de una región a otra, según la naturaleza de las células intermediarias puestas en vibración; que las acciones nerviosas, como las ondas vibratorias, deben propagarse gradualmente, conforme a la dirección de las células orgánicas, en sentido horizontal o vertical, de las zonas profundas a las superficiales y viceversa.

Hasta aquí estamos en el firme terreno de la observación. Es necesario dejarlo para entrar en las deducciones fisiológicas, que ofrecen casi siempre tema de discusión.

Desde el punto de vista de la significación fisiológica de ciertas zonas y del modo de distribución de la sensibilidad y motilidad (facultad de proporcionar movimiento), podemos suponer, apoyándonos en las leyes de la analogía, que las regiones superiores, ocupadas principalmente por células pequeñas, deben encontrarse, sobre todo, relacionadas con las manifestaciones de sensibilidad, mientras que las regiones profundas, pobladas por grupos de células grandes, deben ser consideradas, principalmente, como centros de emisión del fenómeno de la motricidad, es decir, de las incitaciones que determinan el movimiento.

Estas deducciones se apoyan en un hecho observable, que, en la médula espinal, los nervios sensitivos se comunican con las células pequeñas de la médula, y los nervios motores, con las células grandes, en las que se verifican las diversas acciones de la motricidad. Por analogía, estaríamos en el derecho de considerar las células superiores de la capa cortical como una esfera de difusión de la sensibilidad general y específica, y por eso mismo, la gran reserva común, *sensorium commune*, de todas las sensibilidades del organismo. Por otro lado, se podrían admitir las capas profundas como el lugar de emisión de los fenómenos del movimiento.

Sustancia blanca – La sustancia blanca está compuesta, en gran parte, de fibras nerviosas blancas B (figuras 1 y 2), formadas esencialmente por un filamento central llamado *cylinder axis*, envuelto en una vaina. Entre el cilindro y la vaina hay una sustancia oleofosforada, transparente durante el período vital, y que se llama mielina. Su misión es aislar el cilindro, tal como la goma con los hilos que conducen electricidad. La comparación es adecuada ya que las fibras blancas sólo sirven para transmitir las excitaciones nerviosas del centro a la periferia y viceversa.

El examen de los centros optoestriados finalizará la revista de las principales partes del cerebro, sin la que no podríamos comprender la teoría de Luys.

Capas ópticas (ver figura 4) – Las capas ópticas (ver nota anterior) y los cuerpos estriados son, de alguna manera, los ejes naturales en torno de los cuales gravitan los elementos del sistema; se presentan bajo la forma de masa gris, cuya estructura y relaciones generales han sido conocidas hace bien poco. Parecen huevos, de color rojizo, ocupando el medio del cerebro, como se puede comprobar, son, por así decirlo, el centro de atracción de todas esas fibras, del que dirigen la agrupación y dirección.

Una serie de pequeños núcleos, situados unos al lado de otros, de atrás hacia adelante del cerebro, son las principales partes de la capa óptica. Esas prominencias, implantadas en la masa, son cuatro: la mayor parte fue descrita por los anatomistas, por Arnold en particular, salvo los núcleos medios, señalados por Luys, que forman unas tuberosidades en la superficie de la capa óptica que le dan a ese cuerpo un aspecto abultado.

Podemos comprobar por una serie de cortes horizontales y verticales, que esos núcleos forman verdaderos pequeños centros, constituidos por células revueltas, que se comunican aisladamente con grupos especiales de fibras nerviosas aferentes.

Veamos ahora, desde el punto de vista fisiológico, la importancia de esos centros.

Hasta hace pocos años, las capas ópticas eran un problema insoluble para los autores, territorio desconocido del que la anatomía sólo precisaba su situación, por lo que se puede comprender fácilmente que la función de cada uno de los núcleos estaba lejos de ser resuelta.

Fue estudiando y examinando, él mismo, como Luys llegó a considerar esos núcleos como pequeños focos de concentración, aislados e independientes, para las diferentes categorías de impresiones sensoriales que llegan a su sustancia.

De esta forma, el centro anterior, que comunica con el nervio olfativo, es el que debe transmitir las impresiones que vienen de las regiones periféricas, es decir de la nariz, destinadas a aquel nervio. Tenemos la prueba de eso en las especies animales de olfato muy desarrollado, donde el núcleo es proporcionalmente muy grande. Es el punto para donde convergen todas las sensaciones olfativas, antes de ser irradiadas para la periferia cortical.

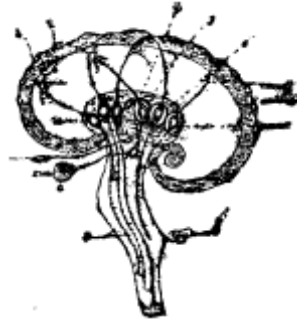


Figura 4

- A Córtex del cerebro.
- B Fibra comisural que une el córtex a las capas ópticas.
- C Capas ópticas.
- D Cuerpo estriado.
- E Núcleos medianos.
- F Oreja.
- G Ojo.

Mecanismo de la sensación

Una sensación luminosa llega a I, impresiona la retina, que comunica su movimiento al centro J a través del nervio óptico. De ese núcleo J, la sensación es reenviada a la capa cortical B. Una vez que llega ahí, influencia las células vecinas L, que propagan el movimiento a las zonas profundas. La acción ondulatoria vuelve transformada al núcleo del cuerpo estriado y enseguida se propaga por el cuerpo por medio del nervio N.

Así fue como se determinaron para otros sentidos las funciones siguientes:

- 1ª. El núcleo medio está destinado a la condensación de las sensaciones visuales.
- 2ª. El núcleo mediano es el punto de concentración de la sensibilidad general.
- 3ª. El núcleo posterior sirve para condensar las sensaciones auditivas.

Esos datos, aunque nuevos, están, según Luys, confirmados por experimentos fisiológicos y además, por el examen de los síntomas clínicos que son, en esa materia, el criterio irrefutable de toda doctrina verdaderamente científica.

Una vez admitidas las deducciones expuestas anteriormente, se comprenderá que es posible enfocar las capas ópticas como regiones intermedias entre los estímulos puramente espinales, es decir, venidos de la médula espinal, y las actividades más refinadas de la vida psíquica.

Por sus núcleos aislados e independientes, las *capas* sirven de puntos de concentración a cada clase de impresiones sensoriales, que encuentran en sus redes de células un lugar de paso y un campo de transformación. Estas impresiones son luego condensadas, almacenadas y trabajadas por la acción especial de los elementos que agitan en su recorrido. De ahí, como de un último punto después de haber emergido de ganglio en ganglio, a través de los conductores centrípetos que las transportan, son lanzadas en las regiones de la periferia cortical bajo una forma nueva y, de algún modo, *espiritualizadas*, para servir de materiales incitados a la actividad de las células de la sustancia cortical.

Son las únicas puertas abiertas por las que pasan todos los estímulos exteriores destinados a ser aprovechados por las células corticales y los únicos conductos que permiten a la actividad psíquica manifestarse al exterior.

El examen del cerebro muestra que cada uno de los centros de qué hablamos está particularmente en relación con ciertas partes de la sustancia cortical.

Se puede pues, admitir hoy esta verdad tan controvertida en otro tiempo de las localizaciones cerebrales. Es fácil comprender, ahora, como el desarrollo periférico de tal o cual aparato sensorial determina, en las regiones centrales, un aparato receptor, que es de algún modo proporcional, como la riqueza en elementos nerviosos de la propia sustancia cortical, el grado de sensibilidad propia, la energía específica de cada uno de ellos podrán, en un momento dado, desempeñar un papel preponderante en el conjunto de las facultades mentales y determinar el temperamento y la actividad específica de esa o aquella organización. Los experimentos de Schiff establecen que los estímulos de la vida orgánica penetran también hasta los lóbulos ópticos. Podemos pues, considerar bajo un doble punto de vista a los lóbulos ópticos como el nudo de todo el conjunto del sistema cerebral.

El cuerpo estriado es ahora el último órgano que debemos estudiar.

Cuerpo estriado – La masa de sustancia gris designada por el nombre de cuerpo estriado es, con la capa óptica, la porción complementaria de dos núcleos grises que ocupan el lugar central de cada hemisferio y que son, como ya hemos apuntado varias veces, los polos naturales en torno a los que gravitan todos los elementos nerviosos.

Las capas ópticas parecen la prolongación de las células sensitivas de la médula, mientras que el cuerpo estriado sería la continuación de las células motoras del eje espinal.

La masa de los cuerpos estriados se compone de grandes células semejantes a las de la región inferior del córtex cerebral y unidas entre sí de la misma manera. Tal como en las capas ópticas, existen fibras que unen el cuerpo estriado a la sustancia cortical.

Esas fibras representan pues, propiamente hablando, los trazos de unión naturales entre las regiones corticales donde emergen los estímulos voluntarios y los diferentes puntos del cuerpo estriado donde se refuerzan. Fueron los experimentos de Fristch y Hitzing y después los de Fournier, los que demostraron la existencia de una clase especial de fibras nerviosas, irradiadas de los diferentes departamentos de la sustancia cortical y que se van a distribuir en los territorios aislados de la sustancia gris de los cuerpos estriados, que se halla asociada, de manera directa e instantánea, a todos los impulsos de las regiones de la sustancia cerebral de los hemisferios.

Se observa en los cuerpos estriados la presencia de pequeñas partículas amarillas, que son puestas en relación con el cerebelo por fibras especiales. Según Luys, esos núcleos amarillos serían los receptores de la fuerza nerviosa desprendida por el cerebelo, bajo el nombre de influjo cerebeloso. Esa intervención, verdadera fuerza extra, sirve para aumentar la acción del cuerpo estriado. Semejante a una corriente continua, derrama la fuerza nerviosa que carga en las células del cuerpo estriado, es la que da a nuestros movimientos su fuerza, regularidad y continuidad.

En el interior de los tejidos del cuerpo estriado, los estímulos provenientes de los centros motores del córtex cerebral hacen una primera parada en su curso descendente, entran en relación más íntima con elementos nuevos que refuerzan, *materializan*, de alguna manera, las excitaciones tan débiles, en su inicio, de las células motrices del córtex cerebral. El influjo de la voluntad sale del cuerpo estriado, aumentado, por así decirlo, y va a las diversas partes de los pedúnculos cerebrales, donde acciona a su vez, diferentes grupos de células, excitando sus propiedades dinámicas.

Conociendo ahora los elementos generales del cerebro, examinemos la marcha de la sensación a través de todos esos órganos. No pudiendo ofrecer aquí todo el desarrollo que el autor da a su estudio, nos limitaremos a ver la manera por la que una excitación exterior llega al cerebro y como vuelve a la periferia en forma de estímulo motriz.

Mecanismo de la sensación – Los nervios que van a la superficie del cuerpo no vibran indiferentemente bajo todos los impulsos, es necesario que las fibrillas que

les componen puedan entrar en movimiento bajo ciertos estímulos. Por ejemplo, las sensaciones luminosas no tienen ningún efecto sobre el nervio auditivo y viceversa.

Supongamos, para una mayor claridad, que sólo tenemos que ver con las vibraciones luminosas. Cuando la retina es impresionada por el movimiento ondulatorio del éter, es necesario cierto tiempo para que esa agitación material determine vibraciones en el nervio óptico, pero una vez producidas, se propagan poco a poco hasta los tálamos ópticos. Ahí esas vibraciones se concentran en el primer núcleo, cuya existencia ya comprobamos, experimentan en ese pequeño centro una acción que tiene por fin *espiritualizarlas*, habiendo ya sido *animalizadas* en el trayecto de los nervios.

Después del tiempo necesario de parada para esta operación, son lanzadas para el sensorio, es decir, a la parte periférica del cerebro, donde se dispersan en la capa de las pequeñas células y ponen en acción toda una serie de elementos nerviosos, correspondientes a las impresiones visuales.

Cada tipo de estímulo sensorial es dispersado y localizado de esta forma en un lugar especial del córtex del cerebro. La anatomía muestra, además de eso, que existen localizaciones definidas, regiones limitadas, orgánicamente destinadas a recibir, a condensar y transformar tal o cual categoría de impresiones procedentes de los sentidos.

La fisiología experimental probó, por su parte, que en los animales vivos, como hace tiempo demostraron los experimentos de Flourens, se podría, retirando metódicamente rebanadas de sustancia cerebral, hacer que perdiesen o bien la facultad de pervivir las impresiones visuales o las auditivas.

Y todavía más, Schiff puso en evidencia ese hecho, el de que el cerebro de un perro se calentaba parcialmente, conforme a la naturaleza de las excitaciones que recibía. Luego las impresiones sensoriales llegan todas, en último lugar, a las redes de la sustancia cortical, transformadas por la acción de los medios intermediarios que habían encontrado en su trayecto, y ahí se debilitan y extinguen, para revivir bajo una forma nueva, poniendo en juego las regiones de la actividad psíquica, donde son definitivamente recibidas.

Llegamos al punto delicado de la demostración, podemos ver la marcha evolutiva de los movimientos vibratorios, con reservas en cuanto a la *animalización* y *espiritualización* de las vibraciones materiales, ¿cómo comprender entonces que se transformen en ideas?

Sigamos al autor en su raciocinio.

Una vez distribuida la indicación sensorial en medio de la red del córtex cerebral ¿qué fenómenos nuevos se producen?

Según Luys, sólo la analogía nos permite suponer que las células sensitivas cerebrales se comportan como las de la médula espinal y que, en presencia de los estímulos fisiológicos que le son propios, reaccionan de manera semejante. (Se sabe, que en la acción refleja, la excitación de los nervios sensitivos transmite a las pequeñas células de la médula espinal una irritación que se comunica a las grandes células de la médula y excita los nervios motores que les corresponden, de manera que la excitación vuelve a su punto de partida bajo la forma de estímulo motriz. De esta forma una rana, a la que se cortó la cabeza, contrae todavía una pata, irritada por un ácido.)

Luys admite pues, que en el momento en que la célula cortical recibe la impresión del exterior, parece como si se *levantase* y desarrollase su propia sensibilidad, desprendiendo las energías interiores que encierra. Así el movimiento se propaga poco a poco, despertando las actividades latentes de nuevos grupos de células que, a su vez, se convierten en focos de actividad para los vecinos.

Lo que acabamos de ver se da en todas las direcciones, las excitaciones que salen de las células de la sustancia cortical se propagan para el interior y actúan en las grandes células, que transmiten esos impulsos al cuerpo estriado, que los refuerza y los lanza al organismo en forma de estímulos motrices.

Tales son, según Luys, la génesis y la marcha de una clase cualquiera de sensaciones, pero resalta que es necesario no confundir la evolución de los fenómenos de la sensibilidad con simples acciones reflejas, como las del eje espinal. Se puede decir que la motricidad voluntaria no es más que un acto de sensibilidad transformada o la sensibilidad duplicada, triplicada y multiplicada por todas las actividades cerebrales puestas en conmoción y la personalidad sensible y vibrátil que entra en juego, bajo una forma somática, y que se revela al exterior por una serie de manifestaciones reflexionadas y coordinadas.

Detengámonos por un instante y busquemos el sentido de todas esas hipótesis. Comprendemos como la excitación nerviosa llega hasta la capa superficial del cerebro, pero, una vez ahí, Luys nos habla de células que se *levantan*. Confesamos que no entendemos. ¿Quiere decir que las células desarrollan todas las energías que contienen? Estamos de acuerdo. Pero ¿qué relación puede haber entre una acción nerviosa, por más "*erecta*" que sea y el pensamiento?

El autor, sabiendo que ese argumento es insuficiente, resalta que la célula desprende su propia sensibilidad y con eso deja percibir que la célula es capaz de sentir. Veremos más tarde si esa opinión tiene fundamento. Es decir, él indica el movimiento de retorno de esas excitaciones, pero olvida observar que, entre la llegada y la partida de las sensaciones, se produce un hecho muy importante, el de la percepción, es decir, el conocimiento por el *yo*, por la personalidad humana, de las acciones realizadas.

Aquí debemos insistir, porque todas las evoluciones de las vibraciones nerviosas, tan sabiamente descritas, no son más que los preliminares del acto de la percepción, y es necesario que esas vibraciones despierten alguna cosa, una fuerza latente que tome conocimiento de ellas. Sin eso, son letra muerta para el entendimiento, como lo demuestra el fenómeno de la distracción, del que hablamos en el capítulo anterior.

Lo que prueba, en este caso, la necesidad de intervención de un agente nuevo, es, como dice Luys, que no se deben confundir los actos del cerebro con simples acciones reflejas, se percibe que existe una diferencia que consiste, a su modo de ver, en la multiplicidad e intensidad de las fuerzas que se manifiestan. En la médula las operaciones son simples, en el cerebro son complejas. Siendo así, ¿por qué las acciones, inconscientes en el eje espinal, se convierten en hechos de conciencia en el cerebro? El sabio fisiólogo fue obligado a admitir, para apoyar su teoría, que existe una analogía completa entre las diferentes clases de células del cerebro y los distintos tipos de células de la médula espinal. Lo mismo se debe admitir cuando se trata de sensibilidad y, además, no hay nada que nos haga saber que la conciencia reside en las células del córtex cortical.

En balde se analizan todas las fuerzas que “entran en juego bajo una forma somática”, son impotentes para hacer comprender la naturaleza o la generación de una idea, mientras se obstinan en negar el alma.

CONSECUENCIAS DE LAS TEORÍAS PRECEDENTES

El capítulo anterior abre a nuestros ojos el panorama de las operaciones misteriosas que se realizan en el seno de la masa cerebral. Acompañamos la función de cada uno de los órganos del cerebro, podemos admitir, teóricamente, que las cosas ocurren como dice Luys. Pero, en realidad, los actos múltiples de la vida no tienen la simplicidad inicial que suponemos.

Un ejemplo nos lo hará comprender.

Cuando asistimos a una representación teatral, los ojos y los oídos se impresionan al mismo tiempo, y surge un mundo de ideas determinadas por millares de sensaciones, que llegan instantáneamente al cerebro. Si unimos a esas dos causas las impresiones producidas por la decoración de la sala, por la temperatura, la representación de los actores, la música, llegaríamos a un total enorme de acciones sensitivas percibidas por el cerebro.

¿Cómo consiguen armonizarse esas diversas vibraciones? ¿Cómo se combinan los movimientos vibratorios para producir en el espectador el sentimiento de placer o de descontento?

En vano se nos mostrará que cada uno de los sentidos tiene un lugar reservado en el córtex cerebral, que las excitaciones exteriores que les corresponden, se dirigen directamente para la parte respectiva, mal podemos comprender como las excitaciones de esos diferentes territorios de células se van a buscar y fundir para producir una idea.

Para comprender lo que se dio, sería preciso suponer que las células nerviosas son capaces de *sentir*, y todavía así no sería fácil imaginar cual es el resultado de las sensaciones de cada una.

Si, por el contrario, admitimos la existencia del alma, todo se aclara entonces. Tenemos un centro donde se reúnen las sensaciones y, consecuentemente, las ideas a comparar. Ahí se almacenan las múltiples impresiones que recibe, y las analiza, pesa, compara con las que poseía anteriormente, el resultado de todas esas operaciones es el juicio.

Luis pretende que no es necesario recurrir a la intervención del alma para explicar todas las acciones del espíritu, que se pueden deducir de las tres propiedades fundamentales siguientes, que atribuye al sistema nervioso:

1. La sensibilidad.
2. La fosforescencia orgánica.
3. El automatismo.

Son esas propiedades generales las que Luis estudia en la segunda parte de su trabajo.

Una vez conocidas y definidas esas propiedades, Luis entra en el estudio de las diversas combinaciones, las que se ofrecen, y pretende establecer que las operaciones del espíritu no son más que sensaciones transformadas por medio de actos reflejos múltiples.

Si así ocurre para el cerebro y los centros de la médula espinal, con la única diferencia de que los procesos son más complicados, seríamos, desde el punto de vista fisiológico, autómatas, cuyas masas son movidas por excitaciones externas, bien directamente, suscitando reacciones inmediatas, o indirectamente, después de una travesía más o menos larga en los centros nerviosos.

Esa es la opinión de cierto número de sabios que representan, en nuestra época, la escuela positiva. Su filosofía no pasa de la forma científica de las teorías de Hume, que no ganaron valor, pasando para este nuevo terreno. A pesar de las declaraciones y del tono doctoral que presentan, no la pueden imponer.

En cuanto a la voluntad, escribe Luys:

“Las controversias de los filósofos y metafísicos, que vienen de lejos, sólo tuvieron un fin: expresar con frases sonoras la ignorancia más o menos absoluta de las condiciones de la vida psíquica”.

No sabemos hasta qué punto son fundadas esas palabras, pero lo que vamos a demostrar es que el sabio profesor presenta hipótesis muy contestables para explicar los fenómenos del espíritu. Para un positivista, un hombre que ve desde tan alto a la filosofía, sería prudente no dejarse exponer al desmentido de los hechos.

DE LA SENSIBILIDAD DE LOS ELEMENTOS NERVIOSOS

Toda la argumentación de Luys se asienta en un equívoco de palabras. Para él la sensibilidad, la facultad de sentir pertenece a la célula nerviosa, es un hecho que se enuncia sin aportar además la menor prueba. Así la define:

“La sensibilidad es esa propiedad fundamental que caracteriza la vida de las células, gracias a ella las células vivas entran en conflicto con el medio, reaccionan de modo adecuado, en virtud de las afinidades íntimas puestas en acción, mostrando *apetencia* para los estímulos que las alaban y repulsa para los que las contrarían. La atracción para las cosas agradables y la repulsa para las desagradables son, pues, corolarios indispensables a toda organización apta para vivir y la manifestación aparente de toda la sensibilidad”.

Admitiendo que las células sean capaces de experimentar atracción y repulsión, es decir, suponiéndolas dotadas de la facultad de discernir, muestra Luys que, a medida que se sube en la escala de los seres, solamente en ciertas células se especializa esa propiedad. Hace ver que el desarrollo de la sensibilidad marcha parejo con la extensión, cada vez mayor, del sistema nervioso, para llegar, en el hombre, a su máximo poder.

Razonar así no es difícil y exime de un gran esfuerzo de imaginación, pues se supone demostrada la cuestión en litigio. Admitir que la célula escoge entre los diversos elementos con que se halla relacionada, es tan racional como suponer que, en una combinación química, el oxígeno *escoge* el cuerpo con el que se mezcla.

Pero se podría decir que las células están vivas y tienen un grado de capacidad y de propiedad mayor que los cuerpos inorgánicos, pueden no estar, por tanto, sometidas tan sólo a las leyes que rigen los cuerpos simples, y poseer una conciencia

rudimentaria. Esto es lo que responde el ilustre fisiólogo Claude Bernard, en sus *Leçons sur les tissus vivants*, en la página 63:

“Visto que sólo los elementos anatómicos están vivos, sólo ellos nos podrán dar los caracteres de la vida. Ahora, cada tejido presenta propiedades diferentes y se podría decir que no hay carácter vital esencial.

Los fisiólogos ensayaron determinar ese carácter, mientras, en medio de las variaciones de las propiedades de los tejidos, y le llamaron irritabilidad, es decir, la aptitud de reaccionar, fisiológicamente, contra la influencia de las circunstancias externas, como la propia palabra indica. Esa propiedad no pertenece ni a las materias minerales ni a las orgánicas, es privilegio exclusivo de la materia organizada y viva, es decir, de los elementos anatómicos vivos que son, por consecuencia, las únicas partes irritables del organismo. Todos los seres vivos son, pues, irritables por los elementos histológicos que comprenden, y pierden esa propiedad en el momento de la muerte. La propiedad de ser *irritable* distingue, por tanto, la materia organizada de la que no lo es y, además de eso, entre las materias organizadas, reconoce la que está viva y la que deja de estarlo. En suma, la irritabilidad caracteriza la vida.

La materia, incluso viva, es inerte por sí misma, en el sentido que debe ser considerada como desprovista de espontaneidad. Pero esa misma materia es irritable y puede, así, entrar en actividad para manifestar sus propiedades particulares, lo que sería imposible si estuviese, al mismo tiempo desprovista de espontaneidad e irritabilidad. La irritabilidad es, pues, la propiedad fundamental de la vida”.

El párrafo es bien explícito: incluso la materia viva es inerte, es necesario un excitante para que pueda actuar, y cuando manifiesta los caracteres de la vida, lo hace a la manera de los cuerpos inorgánicos, sin ninguna participación voluntaria, no puede, pues, reaccionar de modo propio, como quería Luys. Una célula nerviosa no puede mostrar repulsión, porque le es imposible escoger entre los diferentes cuerpos con los que está en contacto.

Claude Bernard enseña que hay tres categorías de excitantes: los irritantes físicos, los químicos y los vitales. Si la célula está en presencia de uno de ellos, no puede escoger ni manifestar repulsión, reacciona, porque está obligada a ello. Si la colocasen en contacto con un cuerpo que no entra en una de las categorías indicadas, quedará inerte, tal como dos gases, que no teniendo afinidad, no se combinan.

La fisiología está, pues, en oposición formal con Luys, no admite que en los fenómenos manifestados por la vida de las células pueda haber intervención de cualquier voluntad, por menor que la podamos imaginar. Podemos negar, legítimamente, que la sensibilidad, esa facultad de sentir lo que pasa en nosotros, sea una propiedad de las células nerviosas del cuerpo. Es necesario, pues, atribuirle al alma.

Veamos la opinión de otro sabio, Rosenthal, expuesta en *Les Muscles et les Nerfs*:

“Para que la percepción de las sensaciones se produzca, parece absolutamente indispensable que la excitación llegue hasta el cerebro. Es muy dudoso, y todavía menos probado, que otra parte del encéfalo, y sobre todo la médula, puedan producir sensaciones. Cuando las irritaciones llegan al cerebro, no se producen las sensaciones solamente, sino también *percepciones exactas sobre la especie de irritación*, su causa y el punto donde fue practicada. Algunas veces, sin embargo, esos fenómenos no se realizan, y la excitación pasa desapercibida. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando nuestra atención es fuertemente atraída hacia otra parte...

Pero no es posible dar la menor explicación de cómo se forma esa percepción.

Puede ser que haya producción de fenómenos moleculares en el interior de las células nerviosas, pero esos fenómenos sólo pueden ser movimientos. Ahora, podemos comprender como los movimientos producen movimientos, pero no sabemos en absoluto como esos movimientos podrían producir una percepción”.

Está pues, establecido que es una hipótesis no justificada admitir la percepción, o por otra parte, los fenómenos de la sensibilidad como pertenecientes a la célula nerviosa. La ciencia positiva de Luys ha caído en flagrante delito de conceptos no demostrados y sólo imaginados con vistas al fin a alcanzar. Las vibraciones que se *animalizan* y después se *espiritualizan* sólo se presentaron para apartar el alma de la explicación del pensamiento.

Es curioso considerar soñadores y gente poco científica a los que creen en el espíritu, mientras los representantes de la ciencia oficial quieren persuadirnos de que existen vibraciones espirituales e impugnan la existencia de un principio inmaterial.

Vamos a la segunda hipótesis del autor, que utiliza para explicar la memoria.

FOSFORESCENCIA ORGÁNICA DE LOS ELEMENTOS NERVIOSOS

Luys fue el primero que propuso asimilar la facultad de la memoria a una acción física. Suponiendo las células nerviosas como ciertos cuerpos capaces de almacenar, de algún modo, las vibraciones que les llegan, tal como las sustancias fosforescentes que continúan brillando después de desaparecer la fuente luminosa, así las células nerviosas podrían vibrar, incluso después que cesase de actuar la causa excitante.

Gracias a los trabajos de los físicos modernos, es cierto que las vibraciones del éter, bajo la forma de ondas luminosas, son susceptibles, para los cuerpos fosfo-

rescentes, de prolongarse por un tiempo más o menos largo, y de sobrevivir a la causa que los produjo.

Niepe de Saint Victor, en sus investigaciones sobre las propiedades dinámicas de la luz, llegó a mostrar que las vibraciones luminosas podían almacenarse en una hoja de papel, en estado de vibraciones silenciosas, durante un tiempo más o menos largo, prestas a reaparecer bajo la acción de una sustancia reveladora. Así se pudo, habiéndose conservado en la oscuridad, revelar en placas expuestas antes a los rayos solares, muchos meses después de la insolación, con ayuda de reactivos especiales, los trazos persistentes de la acción fotogénica del Sol sobre su superficie.

¿Qué ocurre, en efecto, cuando se expone al Sol una placa de colodio seco y, muchas semanas después, se desarrolla la imagen latente que contiene?

Surgen impresiones persistentes, se recoge un vestigio del Sol ausente, y esto es tan verdadero, acusa tan perfectamente la persistencia de un movimiento vibratorio de limitada duración, que, sobrepasando los límites, esperando mucho tiempo, el movimiento se va debilitando como una fuente de calor que se enfría y cesa de manifestar su existencia.

Esta curiosa propiedad de ciertos cuerpos inorgánicos se encuentra, bajo nuevas formas, con apariencias apropiadas, es verdad, pero copiadas y semejantes en el estudio de la vida de los elementos nerviosos.

En apoyo de su teoría, Luys cita ejemplos de fosforescencia orgánica, extraídos del funcionamiento de los órganos de los sentidos.

¿Quién no sabe –dice él– que las células de la retina continúan siendo impresionadas cuando ya desaparecen los estímulos? Según Plateau, esa persistencia de las impresiones podría ser valorada de 32 a 35 segundos. Gracias a ella, dos impresiones sucesivas y rápidas se confunden y llegan a dar una impresión continua. Un carbón incandescente que se haga girar en la punta de una cuerda produce la ilusión de un círculo de fuego, un disco en rotación en el que estén pintados los colores del espectro sólo nos dará una sensación de luz blanca, porque todos sus colores se confunden y forman un resultado único, que es la noción de blanco.

Todos los que se dedican al estudio microscópico saben que después de un trabajo prolongado, las imágenes vistas en el foco del instrumento quedan fotografiadas en el fondo del ojo y basta cerrar los ojos, después de algunas horas de estudio, para verlas aparecer con gran nitidez. Lo mismo sucede con las impresiones auditivas: los nervios conservan, durante algún tiempo, los restos de las impresiones que les excitaron.

Cuando se viaja en ferrocarril, se oye, incluso horas después de la llegada, el ruido de las trepidaciones del vagón. Una canción, ciertos estribillos favoritos,

resuenan involuntariamente, en los oídos y algunas veces de modo desagradable, mucho tiempo después que fueran oídos. El Dr. Moos, de Heidelberg, refiere el caso de un individuo en el que las sensaciones musicales persistían durante quince días.

Los dos aparatos sensoriales de la vista y el oído son los únicos en que las sensaciones parecen dejar una impresión duradera. Las redes gustativas no parecen desprovistas de esta cualidad, pero no la presentan con intensidad.

Prosiguiendo su estudio, el autor atribuye a la fosforescencia orgánica las acciones que derivan del hábito, como los ejercicios del cuerpo, la danza, la esgrima, tocar instrumentos de música, etc. Después, asocia a esa fosforescencia todos los fenómenos de la memoria. Esa explicación no nos puede satisfacer por muchas razones: la fosforescencia de los elementos nerviosos está demostrada para un tiempo muy breve. Además, ninguna experiencia ha establecido que exista en el cerebro.

Se ha visto, por los ejemplos citados anteriormente, que la duración de las impresiones persistentes, después de cesar la causa, es muy limitada. Su mayor influencia se limita al recuerdo de algunas semanas. Suponer semejante propiedad en las células centrales e incluso en grado más fuerte sería aventurarse en terreno desconocido.

Lo que contradice esta manera de ver es que, en las sustancias inorgánicas, es necesario no pasar de cierto límite, cuando se quiere obtener hechos relativos a la fosforescencia. En el organismo humano, sometido a excitaciones diferentes, y en un aparato tan complicado como el cerebro, es cierto que las vibraciones tan diferentes de las células nerviosas sólo pueden tener duración limitada.

Hay una segunda razón que destruye radicalmente la suposición de un almacenamiento de la vibración.

Dice Luys textualmente:

“Esta aptitud maravillosa (fosforescencia orgánica) de la célula cerebral, incesantemente mantenida por las condiciones favorables del medio en que vive, se mantiene, incesantemente, en estado natural, en lo que se refiere a las condiciones físicas de su agregado material, y está asociada a los fenómenos vitales del organismo”.

Como ya vimos, Moleschott supone que el cuerpo se renueva de treinta en treinta días. Sin ir tan lejos, podemos admitir que todas las moléculas del cuerpo son sustituidas por otras cada siete años, como dice Flourens⁷. Ese naturalista, experimentando con conejos, mostró que, en un determinado lapso de tiempo, los

⁷ *De la vie et de l'intelligence*, Paris, 1856.

huesos estaban completamente cambiados, y que se habían formado nuevos en el lugar de los antiguos.

Lo que sucede con los huesos, se da con los demás tejidos y con las células nerviosas en particular. Si la fosforescencia orgánica es una propiedad del elemento nervioso, impresional o al conjunto de la célula o a las moléculas que la componen. Cuando la célula entera se renueva, es decir, cuando los elementos que la constituyen son absorbidos por el organismo, las moléculas que vienen a tomar el lugar de las que han desaparecido no poseen más el movimiento vibratorio que impresionó a sus antecesoras, de manera que, cuando todas las células han cambiado, no existe ninguno de los movimientos vibratorios antiguos, y además, la fosforescencia orgánica desapareció, tanto en cada una de las moléculas como en el conjunto de la célula.

Si sólo residiese en esa propiedad la memoria, debería quedar aniquilada completamente al cabo de un tiempo más o menos largo que no podría exceder de siete años. De siete en siete años, tendríamos que reaprender todo lo que supiésemos, o todavía más, como la evolución de las partículas del cuerpo se hace constantemente, nuestros recuerdos desaparecerían a medida que las moléculas se renovasen, así que seríamos incapaces de aprender cualquier cosa.

Sabemos que no es así como sucede, y que nuestra personalidad y memoria persisten, a pesar del torrente de materia que atraviesa nuestro cuerpo.

Independientemente de las diferentes moléculas que se incorporan en nosotros, tenemos el recuerdo y la conciencia de ser siempre los mismos, y esto sólo se puede explicar admitiendo la existencia de una fuerza que no varía como la materia en la cual se registran los conocimientos que adquirimos por el trabajo. Esta fuerza, esencia inmaterial, es el alma, que, a pesar de las negaciones materialistas revela su presencia, por poco que se estudien, imparcialmente, los fenómenos que ocurren dentro de nosotros mismos.

EL AUTOMATISMO

Luys define el automatismo: La propiedad que presentan las células nerviosas vivas de entrar espontáneamente en movimiento y traducir de modo inconsciente los estados diversos de la célula puestos en agitación. Es decir: la actividad automática de la célula viva es la reacción espontánea de la sensibilidad íntima de la célula, solicitada de cualquier forma.

Es siempre la teoría del elemento nervioso que actúa directamente, en virtud de su fuerza íntima, y de modo propio. Y es de esta forma tan equívoca como el autor puede interpretar el hecho a su favor. Es indudable que en nosotros se producen acciones de las que no tenemos consciencia. Los experimentos de Charles Robin, realizados en el cadáver de un condenado, mostraron que las funciones de la médula se perpetuaban mientras la vida de los elementos no había desaparecido, y esto se producía con tanta regularidad como si el cerebro las dirigiese.

¿Debemos atribuirles a las propiedades íntimas de las células nerviosas? Para saberlo, recurramos a Claude Bernard, que lo expresa del siguiente modo:

“En el hombre hay dos clases de movimientos:

- 1º. Los conscientes o voluntarios.
- 2º. Los inconscientes, involuntarios o reflejos (o automáticos), porque, bajo nombres diferentes, son la misma cosa.

El movimiento reflejo es aquel para cuya ejecución concurren *siempre* tres clases distintas de elementos del sistema nervioso: el elemento sensitivo, el elemento motor y la célula.

Si se produjese un movimiento sin una de esas condiciones, sin la participación de uno de esos elementos, no sería más que un movimiento reflejo. En efecto, todo movimiento reflejo implica tres cosas bien distintas:

- 1º. Una excitación del nervio sensitivo en un lugar cualquiera de su longitud.
- 2º. Una excitación del nervio motor que se traduce por la contracción de un músculo.
- 3º. Un centro que sirve de transición y, por así decirlo, de trazo de unión de esos dos elementos de manera que produce la irritación del segundo, bajo la influencia del primero”.

Sabemos ya que la materia viva es inerte, que no puede entrar en movimiento por sí misma y que las acciones automáticas son debidas siempre a la irritación de un nervio sensitivo, que transmite la excitación a un nervio motor a través de la célula.

Y así es como se ejecutan los actos de la respiración, contracción del corazón, digestión, etc., en los cuales la voluntad no interviene habitualmente. Pero, se comprobó que existe un punto colocado en el cerebro que modera las acciones reflejas. El alma manifiesta siempre su presencia, bien de manera directa, por los movimientos voluntarios, o indirecta, en las acciones reflejas, por la intervención de los centros moderadores.

La argumentación de Luys se limita a afirmaciones desmentidas por la ciencia, de manera que sus razonamientos, apoyándose en bases falsas, llegan a deducciones en oposición formal a la verdad. Ni la sensación, ni la fosforescencia, ni el automatismo tienen el sentido y el alcance que se les quiere otorgar. Y precisamente por esas interpretaciones mutiladas es donde la teoría materialista parece tener una fuerza que, efectivamente, no posee.

CONCLUSIÓN

De las teorías examinadas hasta ahora, ninguna da la certeza de que el alma no sea una entidad. Mediante un examen atento, se deduce, por el contrario, la convicción de que el espíritu o alma existe realmente y manifiesta su presencia en todas las acciones de la vida.

Ni los profundos conocimientos químicos de Moleschott, ni el gran talento de sabios como Broussais, Büchner, Carl Vogt, Luys, etc., son suficientes, no sólo para invalidar la creencia en el alma, sino simplemente para hacer dudar de su realidad.

Hace un siglo que tenemos a nuestro alcance un poderoso instrumento de investigación que nos revela, de manera formal, la existencia del alma. Queremos referirnos a la ciencia magnética.

De las discusiones anteriores, todavía pueden subsistir dudas en el espíritu de algunos lectores.

La autoridad de nuestros contradictores podrá hacer pensar que son incapaces de engañarse de una manera tan ingenua, podrán sospechar de nuestras conclusiones que son, además, las de la ciencia oficial. Pero, con los hechos proporcionados por el magnetismo, se separa el alma del cuerpo, se desprende de él y manifiesta su realidad por fenómenos sorprendentes, se afirma separada de su vestidura carnal y dice estar viviendo una existencia especial.

Esta es la razón por la que nos ocuparemos, en la segunda parte, de los hechos que dejan fuera de duda la existencia del *yo* pensante, del alma.

SEGUNDA PARTE

I

EL MAGNETISMO Y SU HISTORIA

Dejando las serias discusiones de los capítulos precedentes, parecerá quizás extraño a algunas personas, que entremos en un asunto como el del magnetismo, ciencia que hasta ahora no puede encontrar su lugar en las Academias.

Desconocido, ridiculizado e incluso perseguido desde hace mucho tiempo, el magnetismo, como todas las grandes verdades, tiene una vida intensa. Lejos de debilitarse por las persecuciones, creció considerablemente y se nos presenta con su cortejo de hombres ilustres y eruditos, con millones de experimentos probados, como para mostrar a la humanidad de qué aberraciones son capaces las corporaciones científicas.

Hoy existe una reacción en su favor. En todas partes, los periódicos y las revistas médicas se ocupan de los hechos maravillosos producidos por el hipnotismo, nombre nuevo del que se reviste el magnetismo. Al abrigo de ese pseudónimo, se insinuó en el santuario de los príncipes de la ciencia, que no reconociéndole al principio, le hicieron una buena acogida, ahora, sin embargo, sabiendo con lo que tratan, desearían negar el estrecho parentesco con el magnetismo, al que continúan tratando como a un proscrito.

Antes de estudiar a ese recién llegado en capítulo especial, ocupémonos del magnetismo propiamente dicho. En la primera parte de esta obra, quedó establecido que la ciencia no autorizaba a nadie a hablar en su nombre, cuando se trata de combatir la existencia del alma. Los más eminentes fisiólogos reconocen su incapacidad para explicar la vida intelectual, sin la intervención de una fuerza inteligente. La Filosofía concluyó por la necesidad del principio pensante, la experiencia prueba, a su vez, a través de los procesos de magnetismo, la evidencia de la presencia del alma como potencia directriz de la máquina humana.

Hace un siglo que se realizan investigaciones minuciosas en ese tema. Hombres serios, convencidos y dedicados mostraron que el charlatanismo no tiene nada que ver en las verdaderas acciones magnéticas y que se encontraban delante de una modificación nerviosa que era preciso estudiar.

Puységur, Deleuze, Du Potet, Charpignon, Lafontaine y otros, hombres de ciencia y de una honestidad sin tacha, han descrito en sus numerosas publicaciones, millares de experimentos verídicos, que constan en actas firmadas por los nombres más honestos y conocidos. Negar hoy esos hechos sería infantilismo o mala fe.

Para mostrar nuestra imparcialidad, sólo tomaremos, como demostración de la existencia del alma, los experimentos bien constatados, y nos referiremos sobre todo al informe sobre el magnetismo presentado en la Academia de Medicina, y leído en las sesiones del 21 y 28 de junio de 1831, en París, por Husson.

Traeremos otros testimonios, bien de adversarios de las doctrinas espiritualistas, que no podrán ser acusados de militar en estas filas, o de escritores especiales, que han tratado estas cuestiones, pero, en este caso, sus narraciones se apoyan en la autoridad de médicos, que las han acompañado en todas sus fases.

Des este modo, podremos razonar sobre observaciones auténticas y extraer conclusiones tan claras como las que se deducen del estudio de la naturaleza y que han sido formuladas bajo el nombre de leyes físicas y químicas.

HISTÓRICO

La ciencia magnética comprende un número de divisiones, conforme a las diferentes categorías de fenómenos. Señalaremos aquí, los hechos que se relacionan con el desprendimiento del alma, dejando de lado el aspecto terapéutico de esa ciencia cultivada por nuestros antepasados.

Sin hacer una historia detallada del magnetismo, podemos recordar que fue conocido en todos los tiempos. Los anales de los pueblos de la antigüedad abundan en narraciones circunstanciales que muestran el profundo conocimiento que tenían del magnetismo los antiguos sacerdotes.

Los magos de Caldea, los brahmanes de la India, curaban por la mirada y por medio de ella inducían al sueño. Todavía hoy, en Asia, los sacerdotes poseen el secreto de sus predecesores, y particularmente en el Indostán los faquires cultivan con éxito las prácticas magnéticas, como cuentan los viajeros que han recorrido esas regiones.

Los egipcios bebieron su religión y sus misterios en la gran fuente de la India, utilizaban los pases y la imposición de manos para aliviar sufrimientos, como lo empleamos en nuestros días. Cita Herodoto, en muchos pasajes, los santuarios donde iban los peregrinos, deseosos de curarse con los remedios que los sacerdotes descubrían en el sueño. Diodoro de Sicilia dice que los enfermos llegaban multitudinariamente al templo de Isis, para ser adormecidos allí por los sacerdotes. La mayor parte de los pacientes caían en crisis e indicaban, ellos mismos, el tratamiento necesario para recuperar su salud.

El templo de Serapis, en Alejandría, era famoso porque restituía el sueño a los que se veían privados de él. Cuenta Estrabón que, en Memfis, los sacerdotes se adormecían y, en ese estado, daban consultas médicas. La historia está repleta de narraciones de curas por ese proceso. Arnobio, Celso y Jamblico enseñan en sus escritos que había, entre los egipcios, en todas las épocas, personas dotadas de la facultad de curar por medio de la imposición de manos y de insuflaciones, consiguiendo en muchas ocasiones hacer desaparecer dolencias consideradas incurables.

Los griegos, a su vez, recibieron de los pueblos de Egipto un gran número de conocimientos que no tardaron en igualar, sino que llegaron a sobrepasar a sus maestros. Los sacerdotes del altar de Trophonius habían adquirido una gran celebridad en esos misterios. Lo que prueba que el magnetismo estaba muy extendido en esa época y que, según Herodoto, algunos sacerdotes mataron por celos a una maga que hacía curas por medio de fricciones magnéticas.

El ilustre taumaturgo Apolonio de Tiana no ignoraba esas prácticas. Curaba la epilepsia con objetos magnetizados, predecía el futuro y anunciaba acontecimientos que ocurrían a gran distancia. Se conserva constancia del siguiente caso:

En su vejez, el filósofo se refugió en Efeso. Enseñaba un día en la plaza pública, cuando sus discípulos le vieron detenerse de repente y exclamar, con voz vibrante: “Valor, hiere al tirano”. Se quedó callado por algunos instantes, en la actitud de quien espera con ansiedad y continuó:

- Perded el temor, efesios, el tirano ya no existe, acaba de ser asesinado.

Algunos días después, se supo que, en el momento en que Apolonio hablaba, Domiciano caía bajo el puñal de un liberto.

Los romanos también tenían templos donde se reconstituía la salud a través de operaciones magnéticas. Cuenta Celso que Asclepiades de Prusa adormecía, magnéticamente, a las personas atacadas de frenesí. Galeno, uno de los padres de la medicina moderna, suprimía ciertas dolencias con la aplicación de los mismos remedios que le hicieron pasar por hechicero y le obligaron a dejar Roma.

Declaró este notable sabio, que debía gran parte de su experiencia a las luces que recibía en sueños. También decía Hipócrates que las mejores medicinas le eran indicadas durante el sueño. Quien obtuvo mayor fama en ese sentido fue Simón *el Mago*, que, soplando en los epilépticos, destruía el mal que les atacaba.

En la Galia, los druidas y druidesas poseían en alto grado la facultad de curar, como lo atestiguan muchos historiadores. Su medicina magnética se hizo tan célebre que les venían a consultar de todas las partes del mundo. Es fácil comprobar cómo era de universal su fama, consultando a Tácito, Plinio y Celso. En la Edad Media, el magnetismo fue practicado principalmente por los sabios. El

clero, ignorante y supersticioso, temía la intervención del diablo en esas operaciones un tanto extrañas, de manera que esta ciencia permaneció siendo privilegio de los hombres instruidos.

Avicena, famoso médico que vivió de 980 a 1036, escribió que el alma actúa no sólo sobre su propio cuerpo sino sobre cuerpos extraños, a los que puede influenciar a distancia.

Ficin, en 1460, Cornelio Agripa, Pomponaceo en 1500 y sobre todo Paracelso, contemporáneo suyo, establecieron las bases del magnetismo moderno, como sería enseñado más tarde por Mesmer.

Arnaud de Villeneuve buscó en los autores árabes el conocimiento de los efectos magnéticos y su éxito fue tan grande que atrajo el odio de sus cofrades y fue condenado por La Sorbona.

En 1608, Gloucenius, profesor de Medicina en Marburg, editó una obra que trataba de las curas magnéticas. Desde esa época intentó dar una explicación racional de esos fenómenos.

Van Helmont decía, rehabilitando la memoria de Paracelso, de quien fue continuador:

El magnetismo sólo tiene de nuevo el nombre, es una paradoja para los que se ríen de todo y atribuyen a Satanás todo lo que no pueden explicar. Hay en el hombre –dice más adelante– una energía tal, que puede actuar fuera de él e influenciar de manera permanente un ser u objeto que está distante. Tal fuerza es infinita en el Creador, pero limitada en la criatura por los obstáculos naturales. Estos nuevos conceptos y osadas visiones fueron atacadas por la Iglesia, que se encuentra siempre en la ruta de los innovadores, empeñada en impedirles el paso, y el célebre médico se vio obligado a refugiarse en Holanda, donde ya estaba el gran Descartes.

El escocés Robert Fludd socorrió a Van Helmont en su lucha. Más tarde, Maxwell, en 1679, sustentó las mismas ideas. El padre Kircher, hablando de Fludd, decía que sus escritos estaban inspirados por el diablo. Cita en ellos numerosos ejemplos de simpatías y antipatías, proporcionando incluso indicaciones para magnetizar bien.

En 1682 Greatrakes en Inglaterra hacía milagros, simplemente con las manos, sin buscar explicación sobre este hecho.

En Francia, Borel y Vallée, al comienzo del siglo XVII, habían utilizado el magnetismo por insuflación para combatir las molestias nerviosas rebeldes a cualquier otro tratamiento. Gassner llenó Alemania con el ruido de los resultados obtenidos por el magnetismo, tal como es practicado en nuestros días. Fijaba

enérgicamente su mirada en los ojos del enfermo y los friccionaba desde arriba hacia abajo, sacudiendo los dedos cuando llegaba a la extremidad para expulsar los malos principios.

No vamos a narrar la odisea de Mesmer, que ya es bastante conocida y por eso creemos innecesario reproducirla, basta destacar que a él le debemos la divulgación de la ciencia magnética.

El magnetismo es hoy estudiado metódicamente, y una notable propiedad descubierta por el marqués de Puységur le hizo dar pasos de gigante: nos referimos al sonambulismo provocado, que será el objeto de nuestro próximo estudio. No teniendo intención de extendernos sobre la historia del magnetismo, nos detenemos en este punto. Nuestra intención era sólo mostrar que esta ciencia, despreciada por los ignorantes, tiene una genealogía gloriosa y se remonta a épocas bien lejanas.

Todavía hace poco se atribuían a la credulidad y superstición las narraciones de los antiguos referentes a curaciones magnéticas. Actualmente, las investigaciones en ese campo nos hacen ver que se pueden obtener los mismos resultados, llenémonos, por tanto, de admiración hacia esos sacerdotes que poseían una ciencia tan completa de la vida y que la ejercían con tanta habilidad.

II

EL SONAMBULISMO NATURAL

Después de una jornada agotadora, cuando reposamos, sentimos que, poco a poco, un bienestar nos invade, se produce una tranquilidad general, calma en el cerebro, nuestros ojos se cierran, dormimos. ¿Qué realizamos durante esa suspensión de la vida activa?

El sueño tiene por carácter esencial romper la solidaridad que existe, habitualmente, entre las diferentes partes del cuerpo, entre las diversas funciones del organismo y las múltiples facultades del hombre. Durante ese tiempo, cada una de las unidades que componen el todo, concentra en sí misma la fuerza que le es propia, se aísla de las otras, y así el cuerpo se separa del mundo exterior por el reposo de los sentidos.

Hasta aquí se han emitido las teorías más contradictorias para explicar ese estado, pero es también más difícil comprender la situación en que nos encontramos cuando no se está durmiendo, porque la vida está repartida por períodos de actividad y de reposo que no son menos naturales ni normales uno del otro. El sueño no es pues, como algunos pretenden, imagen de la muerte. Estudiando con Longet los síntomas que se manifiestan en los seres que se van a dormir, comprobamos que el sueño no se apodera bruscamente de nosotros: nuestros órganos se adormecen sucesivamente en grados variables, algunos velan todavía mientras otros se sumergen en un completo entorpecimiento. En general, son los músculos de los miembros los primeros que se relajan y debilitan. Los brazos y las piernas, inmovilizados, permanecen en la posición escogida y que está en relación con la forma de las articulaciones y de las principales masas musculares.

Después de los miembros, son los músculos voluntarios del tronco los que se aflojan, en la calma de la noche, nuestros sentidos inactivos no reciben impresiones externas y esta inactividad que favorece la somnolencia es luego seguida de una atonía completa.

Casi siempre es la vista el primer sentido que se debilita, la mirada fatigada se embota, pierde el brillo y se fija en objetos que no ve, al mismo tiempo que los párpados se cierran. Después es el oído el que se adormece y termina la sucesión de los fenómenos que indican la invasión del sueño.

Es de notar que el oído, tan rebelde a la fatiga, resiste también por último los ataques de la muerte, se oye todavía cuando los demás sentidos cesaron de vivir, así como se perciben sonidos cuando los diferentes órganos se encuentran ya

adormecidos. Otra circunstancia curiosa es la siguiente: por el oído es por donde entran, la mayor parte de las veces, las influencias soporíferas, y el oído vigila todavía, cuando el cuerpo, por su acción, no es más que una masa inerte. Se sabe, en efecto, con qué facilidad la monotonía de un sonido aniquila el conocimiento: el ruido del agua, el murmullo del viento a través de los árboles, los cantos dolientes, las ingenuas y suaves nanas de las madres, arrullando a sus pequeños, son una de tantas pruebas de lo que decimos.

El gusto, el olfato, el tacto, cesan, generalmente de manifestar propiedades activas desde las primeras señales del sueño, que podemos considerar como el reposo del cuerpo.

En ese estado los órganos y sentidos recuperan la fuerza nerviosa que desprendieron durante la vigilia, y cuando la máquina humana se vuelve nuevamente apta para las funciones de relación, el hombre despierta.

La serie de actos que acabamos de describir es la que se produce normalmente. No indicamos los casos particulares que puedan presentarse y que varían conforme los individuos, pero existe un punto en que es bueno insistir, porque nos situará en el camino de las explicaciones relativas a los sueños: es la marcha decreciente de las facultades, en el momento del sueño.

Puede muy bien suceder que la percepción o el poder de conocer se extingan en nosotros, antes que los sentidos adormezcan. En efecto, ¿cuantas veces, después de laboriosas vigiliadas, se nos cae un libro en el que no distinguíamos sino puntitos negros? Un poco antes veíamos esas letras, las reuníamos, leíamos, pero no concebíamos. Más tarde veíamos, pero no leímos, perdíamos la consciencia de nuestro estado. En ese último caso, es innegable que la percepción se debilita antes del sentido que transmite la impresión.

Otras veces, al contrario, el órgano sensorial adormece antes de la concepción, de manera que la última imagen percibida sirve de punto de partida a una serie de ideas que nacen en razón del género de trabajo del individuo. Que la idea de luz sea, por ejemplo, la última recibida por los sentidos, al físico, llevará al espíritu al estudio de la luz, volverá a ver las experiencias múltiples de refracción, polarización, etc., cuyos innumerables problemas podrán desfilar delante de él. Al fisiólogo le recordará los misterios de la visión, al pintor, cuadros mágicos, ocasos espléndidos, auroras inmaculadas y al hombre de mundo, fiestas y saraos.

Es decir, como todas esas visiones interiores pueden ser determinadas por una o varias sensaciones finales, producidas en los órganos de los sentidos, y como son capaces de actuar simultáneamente, las facultades del espíritu se mezclan unas con otras, produciendo las más fantásticas y extraordinarias asociaciones de ideas. Es precisamente lo que ocurre en el sueño habitual, donde sobreviven también, muchas veces, por causas puramente materiales, que actúan en el cuerpo adormecido.

El sueño, pues, en el momento mismo en que sobreviven, destruye la solidaridad que existe entre las diversas facultades del espíritu, de manera que adormecen sucesivamente, cuando una de ellas permanece activa, adquiere una fuerza tan grande que ninguna sensación externa neutraliza su acción.

Existen pruebas notables del hecho. Si nos preocupamos con la solución de un problema o nos domina una idea, todas nuestras fuerzas se concentran en ese punto único, y si el recuerdo permaneciese, veríamos de qué grandes obras era capaz el espíritu humano.

Esto nos conduce al caso particular del sueño, llamado sonambulismo. En este estado, el individuo camina durmiendo y procede como si estuviese despierto. Los tratados de Fisiología están llenos de observaciones sobre esta curiosa anomalía. Podemos citar ejemplos históricos de sonambulismo.

Fue durante el sueño cuando Cardan compuso una de sus obras y Condillac, el famoso filósofo sensualista, terminó su curso de estudios. Voltaire rehízo, en sueños, en su totalidad y mejor que si lo hubiera realizado despierto, uno de los cantos de la *Henriade*. Massillon, durmiendo, escribía muchos de sus elegantes sermones. Bardach, el fisiólogo, que se interesó mucho por esta cuestión, relata lo siguiente:

“El 17 de junio de 1882, en la siesta, soñé que el sueño, como el alargamiento de los músculos, es un retorno a sí mismo que consiste en la supresión del antagonismo. Alegre, con la viva luz que esa idea me parecía esparcir sobre los fenómenos vitales, me desperté, pero luego todo entró en sombra, porque ese modo de ver estaba, en el momento, en contradicción con mis ideas, pero fue el germen de las que se desarrollaron después en mi cerebro”.

Este último hecho es simplemente un sueño, pero los citados anteriormente presentan un carácter especial. Así, para componer una obra o escribir sermones, cuando el cuerpo está adormecido, es necesario que el autor se disloque, que sus miembros hagan ciertos movimientos en relación con el fin a alcanzar: he ahí el sonambulismo natural. Se distingue pues del sueño por dos caracteres:

1. El andar durante el sueño.
2. La pérdida de recuerdo de lo que pasó, al despertar.

Durante el sonambulismo, los miembros obedecen la voluntad y ésta actúa sobre el cuerpo sin ser solicitada por ningún estímulo externo.

Eso se produce con frecuencia en los individuos jóvenes. Los niños, sobre todo los irritables, se levantan muchas veces, de noche, o provocan movimientos diversos en la cama, sin que su sueño sea interrumpido. Si los órganos de la voz despiertan, traducirán los pensamientos del sueño, millares de seres tienen el hábito de soñar en voz alta. Pueden incluso mantener una conversación con personas despiertas durante cierto tiempo, pero es necesario adivinar el objeto de sus preo-

cupaciones, porque la respuesta que dan se dirige, no al interlocutor real, sino al personaje ideal del sueño.

Tales son, en conjunto, las enseñanzas dadas por la Fisiología, para explicar el sonambulismo. Es fácil comprobar que son insuficientes, en la gran mayoría de los casos.

Tenemos, en primer lugar, la *Enciclopedia*, que no puede ser acusada de condescendencia con las teorías espiritualistas. Relata, en el artículo “Sonambulismo”, la historia de un joven sacerdote que se levantaba todas las noches, iba a la escribanía, componía sermones y volvía a dormir. Algunos de sus amigos, deseosos de saber si él, de hecho dormía, le espionaron y en una noche en que escribía, como de costumbre, interpusieron un grueso cartón entre sus ojos y el papel. Él no se interrumpió, continuó la redacción y, una vez terminada, se acostó normalmente sin sospechar la prueba a la que había sido sometido. El autor del artículo resalta: “Cuando terminaba una página, la leía en voz alta del principio al fin (si se puede llamar lectura a esta acción sin la ayuda de los ojos). Si no le gustaba algo, lo retocaba y realizaba las correcciones con total exactitud. Yo vi el comienzo de uno de esos sermones que escribía durmiendo, me pareció muy bien hecho y correctamente escrito. Pero había una enmienda sorprendente: habiendo puesto en un lugar *-ce divin enfant*, al volver a leer, consideró sustituir la palabra *divin* por *adorable*, y colocó una t al lado de las letras precedentes, de manera que se leía *cet adorable enfant*.”

Aquí no es posible limitarnos a las explicaciones arriba enunciadas, para explicar los hechos, porque hay una fase en el fenómeno en que no sería bueno insistir: es la *visión sin los ojos*. Este es un detalle muy importante, porque nos demuestra que un sonámbulo puede caminar por una habitación, escribir con los ojos cerrados y hacer correcciones que indican una vista bien nítida. Eso nos probará que existe en él una fuerza que seguramente le dirige, que actúa fuera de los sentidos, en una palabra, que el alma vela cuando el cuerpo duerme.

En la historia referida por la *Enciclopedia*, se puede pretender que una fuerte contención del espíritu, durante la vigilia, predispusiese al cerebro del joven sacerdote a la redacción de sus homilias. Pero si es fácil admitir que tenía la costumbre de trabajar en su escribanía y que, maquinalmente iba allí durante el sueño, pero es imposible explicar cómo veía a través de un cartón, para escribir correctamente, volver las páginas cuando llegaba al final de ellas, situar letras en el lugar preciso donde fuese necesario y practicar todos los actos que exigen la ayuda de la vista.

Los hechos que siguen, tan extraños como el precedente, y además innegables, son del Dr. Debay, materialista convencido y que no posee ninguna benevolencia para con los espiritualistas en general y para los espíritas en particular. Expondre-

mos después las luminosas teorías que presenta, admitidas en general por los incrédulos y afirmaremos, una vez más, la lamentable insuficiencia de esos sistemas que quieren apartar al alma en la explicación de los fenómenos de la vida.

Este es el primer caso observado por el propio doctor:

“Una bonita noche de verano, percibí a la claridad de la luna una forma humana caminando por los tejados de una casa muy alta. La vi rastrear, extenderse y después agarrarse fuertemente a los ángulos agudos del techo y sentarse en el caballete del tejado.

Para mejor observar esta extraña aparición, tomé un binóculo y distinguí claramente a una mujer todavía joven con un niño en los brazos, junto a su pecho. Se quedó cerca de media hora en esa peligrosa posición y luego descendió con sorprendente agilidad y desapareció.

Al día siguiente, a la misma hora, realizó la misma ascensión, con la misma actitud y agilidad recorrió los tejados. Por la mañana, conté al dueño de la casa lo que había visto. Me oyó asustado y me dijo que su hija era sonámbula, pero ignoraba completamente sus paseos nocturnos. Le aconsejé tomar minuciosas precauciones, para impedir un terrible accidente.

Caída la noche, vi, de nuevo a la joven haciendo lo mismo que los días precedentes. Corrí a advertir al padre y le encontré triste y pensativo. Me dijo que, después de ir a acostarse su hija, había cerrado con dos vueltas de llave la puerta del cuarto y puesto un candado por fuera.

¡Ah! –decía– la pobrecita, no teniendo otra salida, abrió la ventana, y, como de costumbre, se dirigió al tejado. Al volver, después de un cuarto de hora, golpeó con el puño un batiente de la ventana que el viento había cerrado, se hirió levemente y se despertó, dando un agudo grito. Felizmente, el niño, que escapó de sus manos, había caído en un sillón, que había tenido el cuidado de colocar junto a la ventana, para servirle de escalón.

En ese momento, entró la sonámbula. Era una mujer delicada y enfermiza. Traía reflejada en su rostro la tristeza y tenía el aspecto de una histérica. La prisión del marido, condenado político, la había impresionado en extremo y contribuía mucho a su estado.

Cuando le hablé de sus peligrosos paseos, sonrió lánguidamente y no quiso creerlo. Preguntándole sobre la naturaleza de sus sueños, me dijo que parecía haber tenido hacía algunos días, un sueño pesado y penoso. Unas veces soñaba que gendarmes, guardias, toda una horda de policías invadía su casa para apresar a su marido, el republicano. Otras veces era a ella y al niño a quienes querían llevarse.

Al despertar tenía una gran laxitud, se sentía fatigada, triste, abatida, con dolor de cabeza, y atribuía toda la dolorosa separación que la privaba de su esposo.”

Hasta aquí el relato del doctor, al que siguieron estas observaciones suyas:

“Reflexionando en las condiciones físicas y morales de esa joven, se descubre que era propensa al sonambulismo, por su organización, y que le acompañaba siempre el mismo pensamiento: la prisión del marido. De esa idea, durante el sueño, nacían muchas otras, por asociación: el órgano encefálico, fuertemente estimulado, ponía en juego el aparato locomotor y lo dirigía para el techo de la casa. El motivo de esa peligrosa ascensión era el peligro con que se creía amenazada, ella y su hijo”.

Muy bien. Pero aquí no se puede invocar el conocimiento de los lugares y la costumbre, para explicar sus paseos por las aristas agudas del tejado, porque, ciertamente esa dama no daba allí sus paseos ordinarios.

Nos preguntaremos ¿qué fuerza la dirigía? ¿dónde iba a buscar la seguridad y lucidez necesarias para guiarla en ese camino peligroso? Aunque hubiese podido servirse de sus ojos, el niño que llevaba en brazos, podía aterrorizarla, y eso hubiese acabado con ambos.

En ese estado, hay que reconocer que el alma dirigía al cuerpo sin la ayuda de los sentidos, y para que no quede ninguna duda, tomamos del mismo autor otros dos hechos donde, con el cuerpo dormido, el alma gozaba de todas sus facultades intelectuales.

El profesor Soave, que enseñaba Filosofía e Historia en la Universidad de Padua presentó el siguiente caso de sonambulismo:

Un farmacéutico de Pavía, sabio químico, a quien se deben importantes descubrimientos, se levantaba todas las noches, durante el sueño, e iba a su laboratorio a continuar los trabajos interrumpidos. Encendía los hornos, preparaba los alambiques, retortas, vasos, etc. y proseguía sus experimentos con una prudencia y agilidad tal, que despierto no lo haría mejor. Manejaba las sustancias más peligrosas, los más violentos venenos, sin que jamás ocurriese el más mínimo accidente.

Cuando le faltaba tiempo durante el día para preparar las recetas encargadas por los médicos, iba al armario donde estaban guardadas, las abría, las colocaba en la mesa, unas sobre otras, y procedía a su preparación, con todo el cuidado y las precauciones requeridas.

Era verdaderamente extraordinario verle coger la balanza, tomar los gramos, decigramos o centígramos, pesar con precisión farmacéutica las mínimas dosis de las sustancias contenidas en las recetas, triturarlas, mezclarlas, probarlas, ponerlas en frascos o paquetes, según la naturaleza de los remedios, pegar los rótulos y disponer finalmente los preparados en las estanterías de la farmacia, dispuestos para ser entregados cuando los viniesen a buscar.

Terminados los trabajos, apagaba los hornillos, ponía en orden los objetos y volvía a la cama, donde dormía tranquilo hasta la hora de despertar. Dice el profesor Soave que el sonámbulo tenía constantemente los ojos cerrados y confiesa

que, si la memoria de los lugares y la idea de acabar los trabajos bastasen para guiarle en el laboratorio, la lectura y preparación de las recetas, cuyo contenido ignoraba, permanecerían inexplicables.

Aquí llegamos a una circunstancia que, según confiesan los sabios, no se puede comprender por sus teorías. Son incapaces de explicar esos fenómenos extraños, pero esa incapacidad se origina sólo por su obstinación. Mientras rechacen sistemáticamente el alma, la naturaleza humana tendrá siempre misterios que no podrán sondear.

Cuenta también el doctor Esquirol que un farmacéutico se levantaba todas las noches y preparaba unas pociones cuyas fórmulas se encontraban en la mesa. Para comprobar si había discernimiento por parte del sonámbulo, o sólo movimiento automático, un médico colocó en el mostrador de la farmacia la siguiente nota:

–Sublimado corrosivo ..2 octavas.

–Agua destilada4 onzas.

Para tomar de una vez.

El farmacéutico se levantó durante el sueño y, como de costumbre, descendió a su laboratorio, tomó la receta, la leyó varias veces, pareció muy asustado y entabló el siguiente monólogo, que el autor del relato, oculto en el laboratorio, escribió palabra por palabra:

“Es imposible que el doctor no se haya equivocado en esta fórmula: 2 granos ya serían suficiente, pero aquí está legiblemente escrito 2 octavas, que son más de 150 gramos. Esto es más que suficiente para envenenar a veinte personas. Se equivocó, indudablemente. No preparo esta poción”.

El sonámbulo tomó otras prescripciones que estaban sobre la mesa, las preparó, las rotuló y las colocó en orden para ser entregadas al día siguiente.

Sigamos al Dr. Debay en las explicaciones que da sobre la narración anterior.

Tenemos tres casos de sonambulismo natural, imposibles de comprender, sin admitir la existencia de un principio espiritual, director de la materia y no sometido al sueño, como el cuerpo. Los sabios buscan disfrazar su ignorancia por medio de teorías oscuras, más difíciles de admitir que las nuestras. Así, Debay explica que el ojo no es el único órgano por donde se opera la visión y que puede transmitir al cerebro, la percepción de los objetos. Somos de esta opinión, donde diferimos en la interpretación del mecanismo de la visión sonambúlica que, según nuestro doctor, ¡se puede hacer por la punta de la nariz, por el epigastrio o por la extremidad de los dedos!

¡No se ría, lector! Él pretende que la visión por el epigastrio o por la punta de la nariz tiene más fundamento del que en honor a la verdad podría creerse, que existen quizás, ramificaciones del nervio óptico que van a esas extremidades y por ellas se puede guiar el sonámbulo.

Si nos dejásemos llevar por ese fantástico concepto, sería posible justificar la creencia de que el hombre perfecto sería el que posea un ojo fijo en el extremo de una cola móvil.

“Por la hipótesis de las ramificaciones –continúa Debay– el estímulo externo actuaría sobre esas anastomosis desconocidas y las vibraciones que determinen en el cerebro bastarían para producir la percepción.” Y resalta gravemente: “No conviene negar, es más sabio dudar, esperando nuevas demostraciones”.

¿Qué se debe decir ante tales suposiciones? Para una discusión seria es preciso examinar el primer caso expuesto.

Debay explica esos fenómenos a través de una comparación. Como un capitán dirige su navío sirviéndose de un mapa, de la misma forma, en el sonambulismo, la memoria dirige al cuerpo por las impresiones que le proporciona.

Es admirable ver a un médico, a un fisiólogo, afirmar tal cosa.

No sabíamos que la memoria dirige el cuerpo, sino la voluntad, guiada por diversas influencias, una de las cuales podría ser la memoria. A pesar de la dificultad en admitir esa teoría cuando los movimientos del individuo se producen en una residencia que le es habitual ¿qué decir de las circunstancias en que el sonámbulo se conduce maravillosamente bien y con una seguridad que no tendría ni despierto, en medios totalmente desconocidos para él?

Tomemos el ejemplo de la joven señora cuyo marido estaba preso. ¿Es posible afirmar que la memoria la conducía, cuando caminaba por el tejado, iba por las aristas puntiagudas y se sentaba por fin en el caballete? Es imposible suponer que se dedicase a estos ejercicios en su estado normal. Pero entonces ¿qué poder la protegía y evitaba su caída? ¿Con qué órgano veía, ya que tenía los ojos cerrados en ese estado?

No se puede imaginar que las ramificaciones del nervio óptico, terminando en el epigastrio o en otro lugar, sean capaces de transmitir vibraciones luminosas al cerebro, porque sabemos, y desde hace mucho que las sensaciones luminosas y auditivas están localizadas en los órganos de esos sentidos, y que es tan difícil explicar la visión por los oídos como la audición por los ojos.

Y aunque el nervio óptico se ramificase, como quiere Debay, no teniendo en su extremo un aparato receptor, es decir, la cámara oscura que constituye la parte

principal del ojo, no podrían en absoluto, transmitir vibraciones luminosas al cerebro.

Pero el hecho está ahí, innegable. Es preciso explicarlo exclusivamente por el mecanismo de la máquina humana o admitir el alma como causa eficiente.

Se diría, con el doctor, que cuando no se da la visión, el cerebro sufre esa función por una visión interna de los objetos que busca. ¿Qué quiere esto decir? ¿Y cómo podría existir esa percepción íntima para objetos que no han sido vistos por los ojos del cuerpo? Esa hipótesis es absolutamente inadmisibles y el autor presenta luego otra.

Los órganos de los sentidos –dice– desarrollados en exceso en el sonámbulo, experimentan a distancia, la acción de los cuerpos y le hacen evitar los peligros que le amenazan.

Entramos en el dominio de la fantasía con esta suposición, que no puede tampoco explicar todas las particularidades observadas. En efecto, en el caso referido por Esquirol, el farmacéutico adormecido que preparaba sus pociones pudo ser advertido del peligro que corría su cliente si hubiese aceptado la receta, no por una emanación del papel.

Procedió como en estado ordinario y discutió metódicamente la imposibilidad de tal medicina. Preguntamos ¿quién discutía, quién veía?

Se podría admitir, en rigor, que un individuo practicase durante el sueño, actos puramente mecánicos, como los que ejecuta despierto y no exigen ninguna aplicación del espíritu, como que el cochero cuide sus caballos, que el artista toque el piano o la cocinera lave su vajilla. En este caso, es natural concebir ciertas acciones reflejas del sistema nervioso, superexcitado por una idea fija. Pero cuando el raciocinio entra en juego, cuando todas las facultades funcionan, como normalmente, y es real que el individuo está adormecido, o de otra forma, cuando las funciones de la vida de relación cesan, decimos que es preciso aceptar la existencia de un agente que no duerme, que piense, que razone, que quiera, y a esta fuerza que vela sobre el cuerpo y lo conduce, la llamamos alma.

Finalmente pues, el doctor Debay, que cree un desvarío la creencia en los espíritus, no es muy positivo, y su escepticismo no descansa en cualquier prueba de la locura de nuestras creencias.

En resumen, para no prolongar la discusión: queda establecido que el sonambulismo natural ofrece características notables, que serán incomprensibles si negamos la realidad del alma. Podríamos citar otros mil casos de sonambulismo, de los que están llenos los tratados de Fisiología, pero no nos ofrecerían nada mejor que los ya citados. El capítulo siguiente está dedicado al sonambulismo magnético y ahí comprobaremos que la alternativa espiritualista está bien fundada.

Por último, durante el famoso debate en la academia de Medicina, con ocasión de la lectura del informe del Sr. Husson, los hechos combatidos han sido, sobre todo, los de visión sin ayuda de los ojos. Pero si los doctos incrédulos hubiesen pensado que los sonámbulos se mueven hábilmente con los ojos cerrados, habrían evitado el ridículo de rechazar un hecho reconocido por ellos mismos.

III

EL SONAMBULISMO MAGNÉTICO

El *Curso de Magnetismo* del barón de Potet contiene en gran número, documentos que nos persuaden que es una verdad el sonambulismo artificial, es decir, el provocado por el magnetismo. Les acompañamos otras narraciones, de diversas autoridades de la ciencia magnética, Charpignon y Lafontaine, siempre con el apoyo de actas firmadas por los médicos más conocidos. Los hechos que siguen son pues, auténticos y confirmados.

El sonambulismo magnético está comúnmente caracterizado por una completa insensibilidad de la piel. Se puede impunemente pinchar al adormecido, pellizcarlo, hacerle quemaduras que no despertará ni mostrará la menor señal de sufrimiento.

El amoníaco concentrado, llevado por la respiración a las vías aéreas, no determina la menor alteración, y lo que, en estado natural, podría producir la muerte, no tiene efecto en esta clase de sonambulismo. Si la sensibilidad se extingue, el oído no parece menos desprovisto de acción. No se hace oír ningún ruido, la voz, la caída o agitación de los cuerpos sonoros no comunica ningún sonido a los nervios acústicos que parecen paralizados por completo. Incluso tiros de pistola disparados junto al oído, afectando la carne de alrededor, no tienen efecto, por lo que podemos creer en la privación de ese sentido.

Potet realizó numerosos experimentos en 1820, en el Hotel Dieu de París. Así las cuenta a sus discípulos:

“Ya sabéis que el sonambulismo se ofreció a nuestra observación y que gran número de médicos incrédulos, atraídos por la novedad del espectáculo fueron testigos. Habían querido asegurarse por ellos mismos de la verdad de lo que yo les decía. Les dejé hacer lo que entendiesen, porque en cuestión de fenómenos extraordinarios, sólo se debe creer por el testimonio de los sentidos.

La presencia de mucha gente no impidió la producción del sonambulismo, y una vez producido ese estado, los asistentes utilizaron todos los medios posibles para comprobar la insensibilidad de los magnetizados. Comenzaron por pasarles hilos de pluma muy leves por los labios y las aletas de la nariz, después les pincharon en la piel de tal modo que les produjeron moratones, les echaron humo en las fosas nasales e incluso pusieron los pies de una sonámbula en un baño de mostaza con agua muy caliente.

Ninguna de esas acciones produjo la menor alteración ni la más ligera señal de sufrimiento, el pulso se mostraba regular. Pero al despertar, se hicieron sentir viva-

mente todos los dolores resultantes de esos experimentos, y los enfermos se indignaron con el trato que les dieron”.

No olvidemos que esos experimentos fueron realizados, no por Potet, sino por incrédulos. Él sólo dio a conocer los testimonios escritos. A continuación presentamos un acta firmada por el Dr. Roboam:

“Yo, abajo firmado, certifico que el 8 de enero de 1821, a petición del Sr. Recamier, puse en sueño magnético a la llamada Le Roy (Lise), de la cama 22, de la sala Ste. Agnes, él la tenía amenazada previamente con un cauterio, si se dejase adormecer.

Contra la voluntad de la enferma, yo, Roboam, la hice pasar al sueño magnético, durante el cual Gilbert quemó agárico junto a las fosas nasales y ese desagradable humo no produjo nada notable. Recamier la aplicó un cauterio en la región epigástrica, que le produjo una escara de 15 líneas de largo y 9 de ancho. Durante su aplicación, la enferma no manifestó el menor dolor por gritos, movimientos o variaciones del pulso, permaneció en una insensibilidad completa. Al despertar, sintió mucho dolor”.

Estaban presentes en esta sesión los señores Crilbert, Créqui, etc.

Firmado: Roboam, doctor en Medicina⁸.

Si nos extendemos sobre ese testimonio, es para demostrar que el magnetismo es una fuerza y el sonambulismo una verdad, a despecho de todos los sabios que quieran ahogar ese descubrimiento.

Aquí damos una última prueba de la insensibilidad de los sonámbulos.

Algunos cirujanos del “Hotel Dieu” cambiaron de hospital y uno de ellos, el Dr. Margue, fue al gran hospicio de Salpêtrière. En su nueva residencia, se dedicó al magnetismo y en breve, el sonambulismo se manifestó en muchos enfermos. Esquirol, de quien ya hablamos, no se opuso a esos estudios, incluso permitió que se hiciesen públicos: la multitud de curiosos era grande y numerosos los incrédulos.

Se volvieron a practicar, en las pobres mujeres, los experimentos del “Hotel Dieu” y más tarde, cuando creyeron que el dolor podía ser soportado hasta cierto punto, sin ser manifestado, cuando estuvieron seguros que se podía soportar la quemadura más fuerte sin mostrar ninguna señal externa, estimaron que lo mejor sería darles a respirar amoníaco concentrado. A tal efecto, se buscó en el hospital un vaso que contuviese cuatro onzas de amoníaco y lo colocaron durante muchos minutos en la nariz de cada sonámbula, teniendo cuidado para que la inspiración llevase al pecho el gas. Repitieron la operación varias veces y nunca pudieron sorprender el más leve síntoma de manifestación de incomodidad o malestar.

⁸ Ver todas las actas en los “*Cursos de Magnetismo*” del barón de Potet.

Una anécdota curiosa: un doctor, sin duda más incrédulo que los otros, quiso certificar por sí mismo que el vaso contenía amoníaco y, habiéndose aproximado para olerlo, casi pagó con su vida su imprudente curiosidad.

Esos fenómenos pues, prueban que el sonambulismo es un estado particular del sistema nervioso, que presenta grandes analogías con la parálisis sensitiva producida por los anestésicos, como el cloroformo o el éter. Veremos más adelante la verdad de esta afirmación.

Los hechos que acabamos de describir fueron examinados con escrupulosa atención y confirmados por testimonios honorables como Husson, Bricheateau, Delens y muchos otros médicos. Las actas, redactadas en el sitio, fueron depositadas en París, en la notaría del Sr. Dubois y se hizo una copia en un libro, que tuvo una gran repercusión. Jamás nadie desmintió la veracidad de los hechos.

Veamos ahora otras características del sonambulismo magnético. El sonámbulo siente con más precisión que en el estado normal, la parte de su cuerpo que está afectada. La ve, y muchas veces indica el remedio más conveniente. En un grado más elevado, abarca toda su anatomía y su poder se extiende hasta leer el pensamiento de las personas que entran en relación con él.

Una de las características del sueño sonambúlico es el olvido, al despertar, de todo lo que pasó.

Llegamos, en fin, a lo que se llama *transposición de los sentidos*, que es la facultad que tienen ciertos sonámbulos de ver sin que intervengan sus ojos, de oler sin el órgano del olfato y de oír sin la ayuda del oído.

Si insistimos en esas extrañas facultades, es que no puede presentar para ellas una explicación racional aquel que se obstina en no reconocer la existencia del alma, la de un poder que se manifiesta fuera de las condiciones de la vida habitual. Los ejemplos que siguen establecen, perentoriamente, la doble visión.

Deleuze, bibliotecario y profesor de historia natural en el Jardín de las plantas, en una memoria sobre clarividencia de los sonámbulos, narra este episodio:

“La joven enferma había leído correctamente siete u ocho líneas, *aunque sus ojos estaban cubiertos de manera que no podía servirse de ellos*. Fue después obligada a parar, diciendo estar muy fatigada”.

Algunos días después, queriendo convencer incrédulos, Deleuze presentó a la joven una caja de cartón cerrada, en la que estaban escritas estas palabras: *amistad, salud, felicidad*. Ella cogió la caja por algún tiempo, manifestó tener mucha fatiga, y dijo que la primera palabra era amistad, pero que no podía leer las otras. Al instarle para que hiciera una nueva tentativa, consintió y dijo: no veo bien, pero creo que las dos palabras son: *bondad, dulzura*. Se equivocó en los dos últimos

términos, pero como se ve, tienen mucha semejanza con los que estaban escritos, y esa coincidencia no puede ser atribuida al azar⁹.

Escogemos este hecho entre muchos otros, para mostrar que la facultad sonambúlica puede, en la misma persona, presentar grados diversos, que van desde la vista incompleta a la vista perfecta. Demos la palabra al señor Rostan, que escribió el artículo *Magnetismo*, en el *Diccionario de Ciencias Médicas*.

“Pero si la vista es abolida en su sentido natural, para mí está totalmente demostrado que existe en muchas partes del cuerpo. He aquí un experimento que repetí frecuentemente y fue realizado en presencia de Ferrus. Tomé mi reloj, los coloqué a tres o cuatro pulgadas detrás de su nuca y pregunté a la sonámbula si veía alguna cosa.

–Sí, veo algo brillante y que me hace mal.

Su rostro demostraba dolor y el nuestro debía expresar espanto. Nos miramos y Ferrus, rompiendo el silencio, me dijo que si ella veía brillar algo, diría sin dudar lo que era.

–¿Qué ve?

–Ah, no se, no puedo decir nada.

–Mire bien.

–Espere, eso me fatiga...espere: ¿es un reloj?

Nuevo motivo de sorpresa. Pero, si ella sabe que es un reloj –dijo Ferrus–podrá sin ninguna duda ver la hora que es.

–Oh, no. Es muy difícil.

–Preste atención, busque bien.

–Espere...voy a esforzarme, le diré quizás bien la hora, pero no puedo ver los minutos. Son las ocho menos diez.

Era exactamente esa hora. Ferrus quiso repetir el experimento él mismo, y ella contestó correctamente. Me hizo cambiar, muchas veces, las agujas del reloj que le presentábamos y ella, sin ver, no se equivocó ni una sola vez”.

Aquí tenemos una prueba concluyente y que presenta una circunstancia particular, que debe ser estudiada. Desde luego, el fenómeno de la vista sin ojos está bien establecido. Ya demostramos que la teoría del Dr. Debay, es decir, la de las ramificaciones nerviosas, aceptada por todos los incrédulos, es inadmisibile. Sólo queda,

⁹ La semejanza citada no existe entre las palabras españolas salud y bondad y entre felicidad y dulzura, pero existe realmente entre las palabras francesas: *santé* y *bonté*, *bonheur* y *douceur* (nota del editor).

para comprender lo que ocurre, reconocer que es el alma que, momentáneamente se desprende y percibe de manera diferente que en la vida normal.

Ya tenemos dos pruebas de clarividencia, sin embargo, son a corta distancia, porque según Deleuze, la joven sostenía la caja en sus manos y Rostan dijo que él colocó el reloj a tres o cuatro pulgadas detrás del occipital, puede constatarse la visión a distancia en otras condiciones. Tenemos otro caso de un doctor en Saboya. La sonámbula, hija de un rico negociante de Grenoble, no puede ser sospechosa de desempeñar una farsa y, por eso, el caso reviste un gran valor.

Entre las diferentes fases que presentó esta enfermedad que el doctor Despine, médico jefe del establecimiento de Aix, describió con multitud de detalles, insiste especialmente sobre el sonambulismo.

Transcribimos literalmente:

“No sólo nuestra enferma oía por la palma de la mano, también la vimos leer sin ayuda de los ojos, por la extremidad de los dedos, que agitaba con rapidez encima de la página que quería leer, sin tocarla, como multiplicando las superficies sensibles. La vimos leer también una página completa de una novela de moda.

Otras veces escogió, de un mazo de treinta cartas, una que le había sido indicada. Leyó fuera de su alcance, la hora en un reloj. Escribía cartas y corregía los errores que había cometido, volviéndolas a leer. Copiaba una carta, palabra por palabra. Durante todas estas acciones un antifaz de cartón grueso tapaba su visión completamente.

Los mismos fenómenos se realizaban por la planta de los pies y por el epigastrio”.

La visión presenta mayor intensidad en este caso: lectura de páginas enteras, redacción de cartas, etc., y todo eso con una vigilancia minuciosa, estando la sonámbula con los ojos cerrados y un cartón interpuesto entre ella y el papel.

La visión doble se va a confirmar en todo su esplendor y el doctor Charpignon, de Orleans, nos cuenta lo siguiente:

“Una noche, teníamos en casa a dos sonámbulas, y en la casa de al lado se daba un baile. Apenas comenzó a tocar la orquesta, una de ellas se agitó al oír la música. Ya hemos dicho que ciertos sonámbulos, aislados, son sensibles a la música. Pronto, la segunda sonámbula lo oyó también y comprendieron que se trataba de un baile.

–¿Queréis verlo? –les pregunté.

–Claro.

Inmediatamente las dos jóvenes comenzaron a reírse y charlar sobre la actitud de los que bailaban y los vestidos de las mujeres.

–Mire aquellas jóvenes de vestido azul como bailan de alegres, y su padre gira con la novia... Ay, que graciosa señora, con qué desparpajo dice que no está dulce su

agua y quiere más azúcar. ¿Y ese hombrecito? ¡Qué ropa roja más rara! ¡Nunca vimos un espectáculo tan gracioso y curioso!

Dos de las personas presentes, dudando de la realidad de la visión, fueron a la sala de baile y quedaron admirados viendo a las jóvenes vestidas de azul, al hombrecillo del traje rojo y al padre de la novia que las dos sonámbulas habían citado.

En otra ocasión –continúa Charpignon– una de nuestras pacientes quería, en uno de sus sonambulismos, ir a ver a su hermana que estaba en Blois. Ella conocía el camino y lo siguió mentalmente.

–*¡Anda! –dijo– ¿Dónde va el señor Jouanneau?*

–*¿Dónde estás?*

–*Estoy en Meung, en las Malvas, y veo al señor Jouanneau, vestido de fiesta que va, sin duda, a comer a algún lugar.*

Después, continuó el viaje. Ahora bien, quien se había presentado espontáneamente a la vista de la sonámbula era un habitante de Meung, conocido de todos los presentes. Le escribieron para saber qué había de verdad sobre su paseo en el lugar y hora indicados. La respuesta confirmó minuciosamente lo que había dicho la señorita Celina”.

¡Cuántas reflexiones y estudios psicológicos en ese hecho producido fortuitamente! La visión de esa sonámbula no había sido lanzada, como generalmente sucede, en el lugar deseado. Ella recorrió toda la carretera de Orleans a Blois y captó, en ese viaje rápido, todo aquello que llamaba su atención.

No sólo es la clarividencia a corta distancia, sino la vista real con los ojos cerrados, la que se ejerce a lo largo de un viaje. Es preciso decir adiós a todas las ramificaciones posibles porque, desde que el cuerpo de la joven estaba en Orleans, una parte de ella necesariamente debía haberse destacado para ver lo que ocurría en la carretera de Malva. Aunque disguste a los materialistas, esto sólo puede ser el alma.

Queda, es verdad, el recurso de negar los hechos, es más cómodo que razonar. Pero ¿a quién se hará creer que doctores como Rostan, Deleuze, Despines y Charpignon, investigando lejos unos de otros, en pacientes diferentes y con todas las precauciones posibles, pudiesen ser engañados por chiquillas? La buena fe de esas personas está por encima de cualquier sospecha, porque ellos no tenían otro objetivo publicando sus trabajos, que el de confirmar la verdad.

En esa época, todo lo que se refería al magnetismo era escarnecido por la multitud ignorante y por las academias oficiales, por lo que tuvieron que tener un gran valor para exponer sus teorías.

Para los espiritualistas, los hechos referidos pueden parecer anormales, aunque no inexplicables, ya que el alma, esa parte inmaterial del hombre, puede en ciertas circunstancias, destacarse del cuerpo y transportarse a distancia. Pero, para los materialistas, que se contentan con su escepticismo ante estas narraciones, es indispensable encontrar una explicación, buena o mala, para no quedar mal.

Conocemos ya la teoría de los plexos nerviosos y de sus ramificaciones. Veamos otra, que se encuentra normalmente en libros que tratan el mesmerismo, bajo el punto de vista material.

Los magnetizadores pretenden que el fluido nervioso que recorre los nervios no se detiene siempre en la superficie de la piel, sino que se lanza hacia afuera en ocasiones, bajo el imperio de la voluntad, formando así una verdadera atmósfera nerviosa en torno al paciente, algo semejante a la esfera de actividad de los cuerpos electrizados.

Todo encaja bien y racionalmente, esa doctrina fue admitida por el célebre fisiólogo Humboldt y puede explicar los hechos del magnetismo puro, así como la acción del magnetizador sobre su paciente y el efecto curativo del agente magnético. Se puede suponer, en efecto, que el operador emita suficiente fluido nervioso para saturar al magnetizado, de manera que pueda recuperar las fuerzas que perdió. Pero, para el sonambulismo, y particularmente para la visión doble, la explicación es insuficiente. Veamos lo que imaginaron entonces. Lo vamos a citar textualmente, porque merece la pena:

“Se sabe que el mundo no acaba donde nuestra vista no llega más. Hay una inmensidad de cosas que escapan a nuestros sentidos, ya que no están lo suficientemente desarrollados o sutiles para captarlas. Es culpa de nuestra imperfección sensorial e intelectual que la imposibilidad no está donde la creemos ver, sino al contrario, mucho más allá del punto en que la colocamos.

Tomemos, por ejemplo, una concha de tortuga y pongámosla entre nuestros ojos y un libro abierto. Pararemos de leer, porque los rayos luminosos que parten del libro para reflejarse en la retina, son interceptados por un obstáculo.

Admitamos ahora, por una parte que la luz penetra todos los cuerpos, en diversos grados y, por otra que la concha esté dividida en cien láminas muy delgadas. Cada lámina aislada será necesariamente diáfana, pudiendo ver a través de ella.

Es precisamente lo que ocurre con el sonámbulo, Los nervios ópticos adquieren tan alto grado de fuerza visual, que los cuerpos más espesos y opacos, pasan al estado de transparencia, y son totalmente diáfanos. Es fácil entonces, a los rayos objetivos, atravesar esos cuerpos y, penetrando en los párpados cerrados de la sonámbula, ir a dibujar sobre la retina lo que ellos representan”.

Observemos en primer lugar, que la luz no atraviesa todos los cuerpos. Es falsa, pues, la hipótesis. Después, suponiendo que la concha de la tortuga sea dividida en

cien láminas y que, separadamente, cada una de ellas pueda ser atravesada por la luz, no es menos cierto que, reunidas, ofrecerán una barrera infranqueable a la mirada normal y, todavía con más razón, al de una sonámbula dormida.

Los nervios ópticos, a pesar de la fuerza que se les quiera suponer, y la energía visual, sólo se ejercerá cuando los rayos reflejados por los objetos se puedan dibujar en la retina. Ahora bien, la sonámbula, con los ojos cerrados, no puede ver nada con ellos.

Herschell nos cuenta que conoció a un hombre que distinguía a ojo los satélites de Júpiter. Cierto, ese individuo tenía una facultad visual poco normal, pero estamos convencidos que, cuando cerraba los ojos, no veía nada. Es decir, por más activos que puedan ser, los nervios ópticos no sirven de explicación al fenómeno cuando los párpados están cerrados.

Y, en lo que hemos citado anteriormente ¿qué significa la última frase, cómo pueden los rayos dibujar en la retina lo que representan?

Eso no quiere decir nada.

Por todo ello, se debe concluir que cuanto más se estudian los estados particulares del cuerpo humano, más se impone la existencia del alma como una verdad brillante. Los que quieren negarla quedan reducidos a las más ridículas concepciones al explicar los fenómenos del pensamiento y del magnetismo, tanto natural como provocado.

No podemos ocultar que hechos tan característicos como los que acabamos de narrar, sean poco comunes en la vida ordinaria. Pero todos los que se han ocupado del magnetismo, en mayor o menor medida, pueden comprobarlos. Los libros y revistas que tratan del asunto están llenos de observaciones semejantes, y sólo por mala fe o por ignorancia se pueden refutar hoy en día.

Llegamos ahora al informe de Husson, sobre las experiencias magnéticas realizadas por la comisión de la Academia de Medicina durante tres años, y leído en las sesiones del 21 al 28 de junio de 1831. En él descubriremos un tercer carácter del sonambulismo: la previsión del futuro.

La comisión se reunió en el Gabinete de Burdeos el día 6 de octubre, al mediodía, hora en que llegó Cazot. Foissac, el magnetizador, había sido invitado a venir a las doce y media. Se quedó en el salón, sin que Cazot lo supiese ni tuviese ninguna comunicación con nosotros. Le fueron a decir, por una puerta oculta, que Cazot estaba sentado en un sofá, a diez pies de una puerta cerrada, y que la comisión quería que le durmiese y despertase a esa distancia, quedando él en la sala y Cazot en el gabinete.

A las 12:37, mientras Cazot hablaba con nosotros o examinaba los cuadros del gabinete, Foissac, en la habitación contigua, comenzó a magnetizarle. Nos dimos cuenta que, al cabo de cuatro minutos, Cazot pestañeaba ligeramente, se mostraba

inquieto y se dormía pasados nueve minutos. Guersent, que le había tratado en el hospital infantil, de ataques de epilepsia, pregunta si le conoce. Respuesta afirmativa. Itard pregunta cuándo tendrá un ataque. El responde que de hoy en cuatro semanas, – el 3 de noviembre, a las 4:05 de la tarde.

Le preguntan seguidamente cuando tendrá otro. Después de concentrarse y dudar un poco dice que será cinco semanas después de lo que acaba de indicar, el 9 de diciembre, a las 9:30 de la mañana. El acta de esa sesión fue leída en presencia de Foissac para que la firmase junto a nosotros. Intentamos inducirle a error, diciendo que el primer ataque de Cazot sería el 4 de noviembre, domingo, le engañamos también en cuanto al segundo. Foissac tomó nota de las falsas indicaciones, como si fuesen exactas. Pero, algunos días después, habiendo sumido a Cazot en estado sonambólico, como acostumbraba a hacer, para aliviar sus dolores de cabeza, supe por él, que era el 3 y no el 4 el día de su primer ataque. Avisó a Itard, a primeros de noviembre, suponiendo que hubiese errores en el acta, cuya pretendida veracidad fue, sin embargo, mantenida por Itard.

La comisión tomó las precauciones convenientes para observar el ataque el 3 de noviembre, fue a las 4 de la tarde a casa de Georges, el sombrerero para el que trabajaba. Allí supe que Cazot había trabajado toda la mañana hasta las dos y que, al comer, tuvo dolor de cabeza. Bajó para seguir trabajando, pero el dolor aumentó y sintiendo vértigo, subió a su cuarto donde se echó y se quedó dormido.

Bopurdols, Fouquier y el narrador subieron, precedidos por Georges, al cuarto de Cazot. Georges entró solo y le encontró durmiendo profundamente, lo que nos mostró a través de la puerta entreabierta.

Después, le habló en voz alta, le agitó y sacudió por los brazos, sin que despertase, y a las 4:06, dentro de los intentos realizados por Georges para despertarle, Cazot fue presa de los principales síntomas que caracterizan un ataque de epilepsia, igual en todo a los que habíamos observado en él anteriormente.

El segundo ataque, anunciado para el 9 de diciembre, es decir, con *dos meses de antelación*, ocurrió a las 9:30 y se caracterizó por los mismos fenómenos precursores y por los mismos síntomas de los del 7 de septiembre, 1º de octubre y 3 de noviembre.

El 11 de febrero, Cazot fijó la época de un nuevo ataque, el 22 de abril siguiente, a las 12:05, y éste ocurrió como los antecedentes, con diferencia de unos 5 minutos. Ese ataque, notable por su violencia y el furor con que Cazot mordía la mano y el antebrazo y por las convulsiones bruscas que le levantaban, duró 35 minutos, cuando Foissac, que estaba presente, magnetizó al enfermo. Luego cesó el estado convulsivo, dando paso al sonambulismo magnético, durante el cual Cazot se levantó, se sentó y dijo que estaba muy fatigado y que iba a tener todavía dos ataques más: uno, de allí a 9 semanas, a las 6:03 (25 de junio). No quería pensar en el segundo ataque y resaltó que, dentro de tres semanas, después del ataque del 25 de junio, se volvería loco. Su locura duraría tres días y será tan negativa que pegará a todos, maltratará incluso a su mujer y a su hijo, con los que no se le debería permitir estar y no sabía incluso si llegaría a matar a alguien, que no mencionó. Será preciso, entonces, sangrarle inmedia-

tamente los pies. En fin, dijo él, me curaré en agosto, y, una vez curado, la enfermedad no volverá más en ninguna circunstancia.

El 22 de abril nos fueron anunciadas estas precauciones y, dos días después, al intentar Cazot detener a un caballo que había cogido el freno entre los dientes, fue precipitado bajo las ruedas del carro, sufriendo fractura del orbital izquierdo, que le dolió horriblemente. Le llevaron al hospital, donde murió el 15 de mayo.

Hemos observado a un hombre sujeto a ataques epilépticos durante diez años. El magnetismo actúa en él, aunque *él ignora lo que se le hace*. Se vuelve sonámbulo, mejoran los síntomas de la enfermedad, los ataques disminuyen, los dolores de cabeza y la opresión desaparecen, bajo la influencia del magnetismo. Sigue un tratamiento apropiado a la naturaleza de su mal, con el que pueda alcanzar la curación. Magnetizado, *sin saberlo*, cae en el sonambulismo, donde es retirado *con la misma rapidez* con que es magnetizado de cerca. Indica con rara precisión, un mes o dos antes, el día y la hora en que tendrá un ataque de epilepsia. Mientras, dotado de previsión para hechos lejanos, y todavía más, para ataques que no se producirán, no prevé que dos días más tarde sufrirá un accidente mortal.

Sin buscar investigar lo que semejante observación puede tener de contradictorio a primera vista, la comisión destacó que las previsiones de Cazot sólo se refieren a sus ataques, que se reducen a la conciencia de las modificaciones orgánicas que se preparan y son como el resultado necesario de las funciones internas. Que esas previsiones, a pesar de su precisión y extensión, son muy parecidas a las de ciertos epilépticos que reconocen, por ciertos síntomas precursores, que van a tener un ataque. ¿Sería terrible que los sonámbulos, cuyas sensaciones son más vivas, como vimos, pudiesen prever sus ataques, mucho tiempo antes, por algunos síntomas o impresiones internas que escapan al hombre despierto?

De esta forma se podría comprender la previsión testificada por Arétée, en dos partes de sus obras inmortales, por Sauvage, que relata un ejemplo y por Cabanis.

Destacamos que la previsión de Cazot no es rigurosa, absoluta, pero sí condicionante, ya que, prediciendo el ataque, dice que no se producirá si le magnetizan. Dicha previsión es totalmente orgánica, interna. Entendemos porque no predice un acontecimiento externo, es decir que encontraría un caballo desbocado, al que tendría la imprudencia de querer detener y por ello recibiría una herida mortal.

El pudo prever un ataque que nunca se debería dar. Fue como la aguja de un reloj que debe recorrer, en un tiempo dado, una porción de la esfera y que no nos dice porque el reloj se rompe.

El doctor Husson define perfectamente el papel del sonámbulo en la previsión. Es el de un espectador que examina el juego de los órganos de una máquina y percibe que, en un momento dado, se va a producir un accidente. En este ejemplo, el alma se confirma independiente del cuerpo, ya que juzga, calcula, razona e indica exactamente las crisis que se realizarán en un tiempo muy lejano.

Debemos aceptar que los prejuicios están profundamente enraizados en el corazón humano, porque esos hechos se produjeron hace un siglo, no aisladamente, sino por toda Europa y todavía se encuentran sabios, poco celosos de su nombre, que ridiculizan tales prácticas y les llaman imposturas de charlatán.

Los casos que narramos tienen tanta autenticidad como cualquier fenómeno físico o químico. Sabios de primer orden y una comisión de la Academia proclamaron la veracidad y el carácter científico de esos estudios. Por eso nos asiste el derecho de afirmar que tenemos la prueba experimental de la existencia del alma.

Cuando se ve un hombre o una mujer sonámbulos es decir, en un estado tal que las más violentas acciones físicas son incapaces de producirles la menor impresión, cuando se comprueba que este ser, que se creería muerto, ve y oye al magnetizador, señala los objetos colocados detrás de él, indica lo que pasa, no sólo en casa, sino también a gran distancia, ¿cómo dudar que reside en él un agente que no obedece a las leyes de la materia, como rechazar la evidencia?

Ese individuo, en el que los órganos sensoriales están inactivos, tiene una percepción más viva y nítida que en el estado normal. Prevé los accidentes que han de sobrevenir en el transcurso de su enfermedad y da todas las señales de una actividad intelectual más intensa y penetrante que la de los asistentes. Francamente, ante ese conjunto abrumador de pruebas, diremos que es imposible negar el alma. El magnetismo no sólo tiene que luchar solamente contra los materialistas, sino también con los incrédulos, incluso espiritualistas.

Bersot, que escribió un interesante volumen sobre el magnetismo, pasa revista a los fenómenos naturales que presentan analogías con el Mesmerismo y el Espiritismo. Los reencontraremos en otro capítulo al respecto de estas ideas. Aquí sólo nos ocupamos del sonambulismo.

Bersot intenta explicar los hechos maravillosos que comprobamos. Veamos cómo. En primer lugar, no niega el sueño sonambúlico:

“En el magnetismo animal lo que parece innegable es el sueño, la insensibilidad y la obediencia al magnetizador. No hablemos de insensibilidad, que es un hecho común, el sueño es artificial y no es menos real por eso, solo hay que discutir el artificio”.

Muy bien. Pero si la insensibilidad está tan bien comprobada y es tan común, ¿por qué dice más adelante, a propósito de los gestos que reproduce el sonámbulo?:

“¿No es cierto que los sentidos, en este estado extraordinario, están bastante excitados para percibir lo que, de otro modo, les sería insensible, que el oído recoge el movimiento indicado y su dirección, que el tacto juzga por la impresión del calor proveniente de un cuerpo que se aproxima o se aparta?”

Explicándose así las cosas, prescinde en verdad, del misterio, pero yo, lo confieso, soy uno de los que se contentan con los misterios que ya existen en el mundo y que no buscan otros por placer”.

Suprimiendo, con tan lógicas explicaciones, los casos embarazosos, es muy difícil que Bersot encuentre misterios. Tan trivial le parece la insensibilidad, que no se quiere ocupar de ella, y dos páginas más adelante expone una teoría que se basa, por el contrario, en una sensibilidad mucho mayor que la del estado normal. Para un crítico, esto no es convincente.

Mucho le cuesta tener que rechazar a los sonámbulos la previsión del futuro, le invitamos a leer la narración de Husson y esto le aliviará de un gran peso.

Por fin, declara que no cree en la visión a través de los cuerpos, es una infelicidad, contra la cual nada podemos, pero entre su incredulidad y la afirmación de los hombres de ciencia ya citados, no dudamos, les creemos más aptos para decidir que Bersot.

El autor declara que no tiene repugnancia en admitir la comunicación de espíritu a espíritu, pero no puede creer que se establezca entre magnetizador y sonámbulo porque dice que cuando el alma está en el cuerpo, sólo se puede comunicar bajo ciertas condiciones físicas, que no se cambian a voluntad.

Cierto. Si quisiéramos, en estado normal, leer el pensamiento de otro, existiría alguna dificultad en la operación, a pesar de haber dado Cumberland pruebas de que eso no es impracticable. Pero, en este caso, el sonámbulo se encuentra en un estado especial, con el alma desprendida, o menos ligada al cuerpo, lo que le permite la radiación a distancia, la clarividencia.

A todo esto se reducen las objeciones, es todo lo que los críticos más acreditados encuentran como “explicación” de los hechos del sonambulismo.

Hay que reconocer que sus lectores no son difíciles de satisfacer, ya que se contentan con estos argumentos tan frágiles. Pero el hecho existe o no existe. Si existe, les damos el trabajo de comprobarlo cuidadosamente y traernos argumentos plausibles, en vez de negaciones que no reposan sobre nada. Si no existe, entonces es inútil discutir.

Veamos otro ejemplo de la desenvoltura con que Bersot explica los hechos maravillosos. Oigámosle:

“El don de hablar lenguas desconocidas que se encuentra tantas veces entre los convulsionarios de las Cevenas, y que vemos en ciertos enfermos convulsivos, sugiere una reflexión. Si fuesen lenguas existentes, pero que el enfermo nunca hubiese oído hablar antes, que se nos permita negar simplemente el hecho, sin mayores explicaciones”.

Es más fácil que hacer comprender como se puede producir el fenómeno, y dudamos que Bersot convenza a mucha gente con la elocuencia persuasiva que emplea, esa es una confesión de imposibilidad, que es bueno tener en cuenta. Pero si la negación pura tiene sus atractivos, no rivaliza con la explicación dada para el caso en que el enfermo habla una lengua de la que escuchó algunas palabras, o, por ejemplo, el latín, que ha pasado más o menos por los ojos de todo el mundo.

Ese prodigio es debido sólo a una excitación de la memoria y la inteligencia. Por ejemplo, si un sujeto, durante la crisis, habla latín, es simplemente porque oyó al cura de la aldea o al médico rural pronunciar algunas palabras en ese idioma. Y empleará, entonces, en su discurso, reglas gramaticales que nunca aprendió, vocablos que nunca hirieron sus oídos. Pero no importa, todo está determinado por una sobreexcitación de la memoria y la inteligencia.

Francamente, es difícil reírse de los demás con tal desenvoltura. Creemos soñar, leyendo tales cosas que los espíritas, tachados de locos e impostores por sus detractores, nunca emitieron teorías tan absurdas y contrarias al sentido común.

A pesar de todas las críticas, diremos con Charles Richet: –“Desde 1875, los numerosos autores que estudiaron el magnetismo, sacaron *todos*, sin excepción alguna, la conclusión de que el sonambulismo es un hecho indiscutible”.

IV

EL HIPNOTISMO

Hace algunos años que se habla mucho, en los hospitales y en el mundo médico, de un nuevo estado nervioso llamado hipnotismo. Definamos primero lo que se entiende por esa palabra.

Si un paciente se fija, durante algún tiempo, en un objeto brillante, de vidrio o metal, colocado encima de su frente, la fatiga nerviosa que resulta de esa tensión de la mirada produce, insensiblemente, un sueño particular, caracterizado por la insensibilidad total o parcial que se manifiesta en todo el cuerpo, por la tendencia a conservar la posición que se da a los miembros, y por una visión doble análoga a la que determina el magnetismo.

El primero en ocuparse de esta doctrina fue el abate Faria. Tuvo como continuadores al general Noizet y al doctor Bertrand. En 1841, Jenner Braid, cirujano de Manchester, escéptico al principio, acabó por descubrir, en la fijeza prolongada de la mirada, la causa de los fenómenos que había visto realizar a un magnetizador francés, el Sr. Lafontaine. Intentó demostrar que ni un fluido ni la voluntad eran comunicados por el operador al paciente, y que todo ocurría en el cerebro de este último. En 1843, publicó una obra llamada "La Neurohipnología" donde exponía su opinión sobre el estado producido por el agotamiento nervioso. Esas investigaciones tuvieron poca repercusión, el trabajo de Braid se cita por primera vez por Carpenter en 1849, en la Enciclopedia de Tood.

En Francia, hasta 1855 no se le menciona en el diccionario de Robin y Littré, y la obra del médico inglés sólo fue traducida al francés en 1883, por el doctor Jules Simon. Azam, profesor en la Escuela de Medicina de Burdeos, había reproducido, en 1859, algunas experiencias descritas por Braid con éxito, y el doctor Broca comunicó el resultado de las mismas a la academia de Medicina, en ese mismo año. Desde entonces, se lanzó la nueva ciencia y comenzaron a ocuparse de ella. ¡Pero con cuantos obstáculos debía toparse el reciente descubrimiento, antes de ser admitido!

Como no se buscaba en esa época en el hipnotismo, sino un medio de provocar la anestesia, se reconoció que era difícil sumergir a los enfermos en el sueño nervioso, por causa de la emoción que provoca siempre la expectativa de una operación grave.

En vano el doctor Durand de Cros publicó en 1866, bajo el pseudónimo de Philips, un curso teórico y práctico de Braidismo. Esa obra y las conferencias

públicas hechas por el autor en París y algunas grandes ciudades dejaron al mundo médico hostil o indiferente.

Es preciso llegar al año 1875 para encontrar nuevas investigaciones sobre la materia. Fueron realizadas por Charcot, Bourneville, Regnard y Paul Richer, sus discípulos. Probaron con histéricas, en Salpêtrière. Aquí resumimos los resultados a los que llegaron:

1°. El enfermo es colocado delante del foco de una lámpara de Drummond o de un arco voltaico. Se le pide que fije sus ojos en esa luz viva y, al cabo de algún tiempo, que puede variar de algunos segundos a minutos, entra en estado cataléptico, caracterizado por los siguientes síntomas: mirada fija y muy abierta, cuerpo con insensibilidad completa y los miembros en la postura que se les quiera dar. La comunicación con el mundo exterior está interrumpida, no ve ni oye más nada. Una circunstancia notable a señalar es que el rostro reproduce, fielmente, la expresión del gesto. Si se da al cuerpo una actitud trágica, inmediatamente el rostro toma una expresión dura, por el contrario si le aproximan las manos a los labios, como para enviar un beso, el paciente presenta una actitud sonriente. Varían hasta el infinito las causas que constituyen lo que se llaman sugestiones. Ese estado cataléptico dura el tiempo en que la retina está influenciada por los rayos luminosos.

2°. Si se suprime bruscamente el foco de luz, apagándole o cerrando los párpados del enfermo, se comprueba inmediatamente una alteración en el estado del hipnotizado. La catalepsia cesa, si el enfermo estaba de pie, cae de espaldas, con el cuello hacia adelante. Permanece entonces en una especie de somnolencia particular, que Charcot llama letargo, y que no deja de ser verdadero sonambulismo. La rigidez de los miembros desaparece, los ojos se cierran. Salvo la anestesia, que continúa completa, no subsiste ninguno de los antiguos síntomas.

Si le llaman, el paciente se dirige al observador, a pesar de tener los ojos cerrados. Pueden hacerle leer, escribir, coser... En ese estado responde, con más precisión de lo normal, a las preguntas que le hacen y la inteligencia parece más desarrollada que en la vida habitual.

Es útil recordar que Braid hizo experimentos sobre ese estado particular, y que, en 1860, añadió a su libro un curioso relato.

El médico inglés no cree en los fluidos magnetizadores, atribuye todo lo que describe a la gran sensibilidad de los sentidos. Dice que los hipnotizados, *no enfermos*, ni histéricos en modo alguno, pueden, teniendo los ojos cerrados, escribir, dibujar, descubrir objetos ocultos, *designar los individuos a los que pertenecen esos objetos*, oír una conversación en voz baja, en una habitación contigua, y, por último, predecir el futuro.

Esos hechos se parecen a los del sonambulismo magnético, tanto más cuanto el paciente no conserva el menor recuerdo de lo que dijo o hizo durante el sueño hipnótico. Volvamos a los trabajos de Charcot.

El estado letárgico o soporífero, que vimos que seguía al estado cataléptico, cesa inmediatamente cuando se sopla la frente del paciente. Hay, además, una particularidad notable: se puede pasar a voluntad al enfermo del estado letárgico al cataléptico, basta para ello, abrir su párpado, para que la luz le pueda impresionar la retina. Es necesario, para obtener las alteraciones, que la claridad o la oscuridad sean producidas bruscamente, sin que el paciente se conserve en la última fase en que estaba. La influencia luminosa no es el único agente que provoca el hipnotismo.

Sentándose una enferma en la caja de resonancia de un gran diapasón, y apartándose violentamente, por medio de una palanca, los brazos de éste, el diapasón vibra y la sensitiva entra en catalepsia. Suprimiendo instantáneamente el sonido, el letargo se declara con los mismos síntomas que en el caso precedente.

Se llegaron a producir los mismos efectos por medio de la mirada. En ese caso, el ojo del experimentador sustituye a las acciones físicas mencionadas más arriba y de esa manera es como Donaro y Carl Hensen obtienen magníficos resultados.

Un pasaje del libro que Bernheim, profesor de la Facultad de Nancy, publicó, últimamente sobre el hipnotismo, nos demuestra que se ocupó mucho con el asunto.

“Detalle a continuación como procedo para obtener el hipnotismo:

Comienzo por decir al paciente que es posible curarle o aliviarle a través del sueño, que no se trata de ninguna práctica nociva o extraordinaria sino de simple sueño que se puede provocar en cualquier persona, sueño tranquilo, benéfico, etc. En caso necesario hago dormir en su presencia a una o dos personas, para mostrarle que el sueño no tiene nada de penoso ni servirá de experimento. Cuando aparte de su espíritu la preocupación que la idea del magnetismo provoca y el temor un tanto místico unido a ese desconocido, el paciente se confía y se entrega.

Entonces le digo: Óigame bien y sólo piense en dormir. Va a sentir peso en sus párpados y fatiga en los ojos. Sus ojos hacen guiños, se van a humedecer, la vista se vuelve confusa y los ojos se cierran.

Algunos pacientes cierran los ojos y se duermen inmediatamente. Con otros, tengo que repetir, acentuar y exagerar el gesto, de la naturaleza que sea. Coloco dos dedos de la mano derecha delante de los ojos de la persona y le pido que los fije en ellos o paso las dos manos de arriba abajo delante de sus ojos o, todavía más, hago que fije en mí sus ojos y me esfuerzo en concentrar su atención en la idea del sueño. Y digo: sus párpados se cierran, no podrá abrirlos más, nota un gran peso en sus brazos y piernas, no siente más, sus manos están inmóviles, no ve nada más, el sueño llega y, digo en tono imperioso: –duerma. Muchas veces esta palabra lo resuelve todo, los ojos se cierran y el enfermo se duerme”.

Paremos un instante para señalar la curiosa semejanza entre la manera de operar de Bernheim para hipnotizar y la que emplea Deleuze para magnetizar.

El profesor Bernheim hace gestos, pasa las manos arriba y abajo del enfermo y termina pronunciando con voz imperiosa la palabra “¡duerma!” Los magnetizadores no hacen otra cosa, y como los resultados obtenidos por Bernheim son los mismos que narramos en el apartado del sonambulismo, podemos decir que el magnetismo y el hipnotismo no son más que denominaciones diferentes del mismo fenómeno. Los procesos descritos en la memoria del doctor con respecto al sonambulismo, pueden ser considerados como un perfeccionamiento del método magnético, relativo a la producción de sueño, como vamos a ver. Lo que sigue a continuación lo probará de modo evidente.

Bernheim prosigue:

“Si el paciente no cierra los ojos o no los conserva cerrados, no prolongo la fijación de su mirada en la mía o en mis dedos, porque algunos mantienen los ojos infinitamente abiertos y, en vez de concebir así la idea del sueño, sólo tienen la de fijar con rigidez. Cerrar los ojos será lo mejor en este caso.

Al cabo de dos o tres minutos, como máximo, le mantengo sus párpados cerrados o los bajo, suavemente sobre sus globos oculares, cerrándolos progresivamente cada vez más, imitando el movimiento que se produce cuando el sueño viene de forma natural. Acabo por mantenerlos cerrados, continuando con la sugestión: –Sus párpados están cerrados, no podrá abrirlos más, se hace cada vez mayor la necesidad de dormir, no resistirá más. Bajo gradualmente la voz y repito la orden: –¡duerma! Es raro que pasen cuatro o cinco minutos sin que se produzca el sueño.

A la dulce sugestión, conviene la aspereza, el tono autoritario, para reprimir la tendencia a la risa o a la resistencia involuntaria que esta maniobra puede provocar.

Muchas veces, en personas aparentemente refractarias, tuve éxito, manteniendo durante mucho tiempo la oclusión de los ojos, imponiendo silencio e inmovilidad, hablando continuamente y repitiendo las mismas fórmulas: “Siente un entorpecimiento, pesadez, sus brazos y piernas están inmóviles, tiene calor en sus párpados, su sistema nervioso se tranquiliza, usted no tiene más voluntad, sus ojos permanecen cerrados, el sueño llega”, etc., etc. Al cabo de ocho a diez minutos de esa sugestión auditiva prolongada, retiro los dedos y los ojos quedan cerrados, levanto los brazos, que permanecen en el aire. Es el sueño cataléptico.

Muchos se impresionan después de la primera sesión, otros, en la segunda o tercera. Después de una o dos sesiones, la influencia se hace mucho más rápida.

Basta casi, mirarlas, extender los dedos delante de sus ojos y decir “¡duerma!” para que, en algunos segundos, instantáneamente incluso, los ojos se cierren y aparezcan todos los fenómenos del sueño. Otros no llegan sino al final de cierto número de sesiones, en general poco numerosas, al hecho de dormir rápidamente.

Intentaron hacer, respecto a esas experiencias, las mismas observaciones que para el magnetismo. Las querían atribuir a efectos de la imaginación. Durante mucho tiempo, ese argumento fue el caballo de batalla de nuestros adversarios,

pero se demostró que el hipnotismo se ejercía también sobre los animales. Desde entonces, la explicación de los incrédulos perdió valor.

Un pollo, cogido a una tabla, donde se traza una línea, queda en estado hipnótico si le obligan a mirar hacia esa línea o raya durante cierto tiempo.

Deberíamos haber ya mencionado los trabajos de Liébault, de Nancy, que habían servido de punto de partida a Bernheim en la publicación de su artículo. Liébault, sin conocer las investigaciones de Braid, estudió durante muchos años las cuestiones relativas al hipnotismo, en especial bajo el punto de vista terapéutico.

En 1866, publicó un libro importante sobre "*El sueño y sus estados análogos*" que pasó casi desapercibido.

Llevando más allá que el médico inglés el método sugestivo, lo aplicó con éxito en la cura de ciertas dolencias. Últimamente, la curiosidad pública se ha visto vivamente suscitada por dos conferencias impartidas en el círculo St. Simon por Brémaud, doctor de Infantería de Marina. El interés que despertaron venía del espíritu científico del autor y del carácter especial del auditorio, compuesto en gran parte por miembros del Instituto.

Se trataba de demostrar no sólo que el hipnotismo es una verdad, algo innegable después de los sabios trabajos de Charcot y Dumontpallier, sino que ese estado puede ser producido en cualquier individuo y no sólo en histérico-epilépticos como pretendían sus adversarios, que hicieron de esa condición el último refugio de la resistencia a las nuevas doctrinas.

Diversos periódicos *Le Temps*, *Le Debats*, *La France*, etc., que citamos libremente, nos proporcionan interesantes observaciones.

El doctor Brémaud, después de haber sido testigo de un caso de hipnotismo parcial, en la isla Borbón, no pensaba más en esas extrañas manifestaciones, cuando hace dos años, el famoso Donato vino a ofrecer en Brest representaciones de magnetismo. Las mismas experiencias que, por un momento, sorprendieron a París por entero, produjeron en Brest una extraordinaria emoción. Algunos amigos pidieron a Brémaud, cuya conciencia científica conocían, que investigase la parte de verdad y charlatanismo que pudiesen existir en esas exhibiciones.

Lo que intrigó al doctor, conocedor de los trabajos de Salpêtrière, era ver a Donato operar en gran número de jóvenes de Brest, que no parecían enfermos, y con los que había obtenido rápidamente resultados análogos.

Se puso a la búsqueda de la mayor parte de los que se habían prestado a la influencia de Donato, les hizo ir a su casa, les estudió de cerca y, sin mucho trabajo, consiguió reproducir en ellos los mismos efectos que el magnetizador. Con su ayuda, dio algunas sesiones en la Escuela de Medicina Naval, donde reprodujo,

exactamente, todos los ejercicios de los que la gente se admiraba. Prosiguió los experimentos con muchos marineros puestos a su disposición y llegó a la certeza de que, entre los hombres reputados sanos de cuerpo y espíritu, había un gran número susceptible de ser puesto en estado de hipnotismo, letargo, catalepsia y sonambulismo, comprobado ya en individuos afectados por histeria y epilepsia.

Creyó incluso, poder establecer, para la raza bretona, que de 10 individuos de 16 a 27 años, hay 2 o 3, es decir, cerca de un cuarto sobre los que los experimentos instituidos pueden dar buen resultado. Esta proporción –dice Brémaud– puede variar con la raza, el medio y el género de vida. Es lo que compete a las investigaciones determinar.

Un segundo resultado fue notar, en el desarrollo de esos estados mórbidos que forman una serie progresiva, un estado inicial que, según él, no se produciría en los histérico-epilépticos, hasta aquí observados, y que denomina *fascinación*.

El paciente es, al principio, fascinado, es decir, antes de llegar al letargo o a la catalepsia, cae en un estado de abulia completa, o por otra, pierde la voluntad, se convierte en esclavo del operador, un puro autómatas que obedece inconscientemente a cualquier impulso. El segundo grado, provocado por procesos más simples, es el letargo y después la catalepsia, por la contracción de los músculos. Esta se obtiene parcial o total, a voluntad, un golpecito en un miembro o una ligera fricción la hacen cesar.

Del letargo se pasa al sonambulismo. En este último estado, ciertos sentidos o facultades, según los individuos, adquieren una agudeza o un poder verdaderamente espantosos. El doctor Brémaud citó ejemplos muy notables, si bien todavía lejos de poderse comparar a los de Braid.

Uno de sus pacientes, que estaba en su gabinete, cerca del fuego, le repitió la conversación que dos personas mantenían en voz baja en la calle, a unos 50 metros. Uno de sus pacientes, en estado sonambúlico, resolvió, sin esfuerzo, un difícil problema de trigonometría que no podría entender despierto, ni comprendió después de volver al estado normal.

Destaquemos que, según la costumbre de los hombres de ciencia, Brémaud atribuía a los sentidos un papel que no podían representar.

No es creíble que el oído, facultad particular del organismo, pueda proyectarse para el exterior, franquear paredes e irradiarse a cincuenta metros, de forma de captar una conversación en voz baja.

No se comprende como un chico podría resolver mejor un problema de trigonometría sumergido en el sueño que despierto. Admitida el alma, todo se explica y se vuelve sencillo y comprensible.

Como los hechos valen más que las palabras, Brémaud se hacía acompañar por dos ayudantes de 23 y 26 años, personas conocidas, con una situación oficial al abrigo de cualquier sospecha y en perfecto estado de salud. A medida que describía los fenómenos, los iba produciendo y haciendo comprobar por el auditorio. La catalepsia era bien real, la contracción de las piernas, brazos y cuerpo era positiva, el estado sonambúlico perfecto. Todos se rendían a la evidencia y se realizaron experimentos muy curiosos. Así, se vio a uno de esos jóvenes, en estado de fascinación, obedecer instantáneamente cualquier orden, le oyeron repetir, como un perfecto fonógrafo, palabras chinas y rusas con perfecta entonación, como si estuviese acostumbrado a hablar esos idiomas y los pudiese comprender perfectamente.

Al otro se le hizo beber un vaso de agua, le persuadieron de que había tomado catorce vasos de cerveza y se sintió realmente embriagado, veía las figuras que se representaban en el espacio y se reía si tenían gracia o se asustaba si eran amenazadoras.

Una observación muy importante: si, mientras el paciente está en esa contemplación, se le pone delante de los ojos un cristal prismático, ve dos figuras, lo que prueba, dice el doctor Brémaud, que no existe alucinación propiamente dicha, es decir, exteriorización de una idea subjetiva, pero sí ilusión sensible producida por la acción del rayo luminoso sobre los nervios oculares.

Veremos, en el último capítulo, que existe en realidad una figura, formada fluidicamente.

La experiencia puede presentarse bajo una forma quizás más interesante si, en ese estado, se separan los dos ojos del paciente por una lámina. Se puede entonces mostrar al individuo una figura grotesca al lado derecho y esa mitad del rostro se vuelve risueña y describir a la izquierda una imagen horrible, con lo que la otra mitad del rostro se contrae con terror, de manera que el paciente queda como partido entre dos seres, experimentando sensaciones contrarias de cada uno, obedece a impulsos opuestos y vive una vida diferente, lo que se puede explicar, probablemente, por la disociación de los dos hemisferios cerebrales.

El doctor Brémaud mostró a los asistentes fenómenos inesperados: la aniquilación de la voluntad e incluso del *yo*, la dislocación de las funciones, cuya unidad constituye la vida psíquica normal, estado de insensibilidad, rigidez, letargo, donde la propia vida parece desaparecer, seguida de una excitación nerviosa, donde los músculos, los sentidos y ciertas facultades intelectuales adquieren un tremendo poder.

Todos esos fenómenos no son nuevos y sólo son curiosos porque son producidos en personas jóvenes *perfectamente sanas de cuerpo y espíritu* y porque el doctor Brémaud no puede ser acusado de charlatanismo.

Se observa el interés que se une a la solución de tales problemas. Es imposible quedarnos indiferentes a las perspectivas ofrecidas a nuestro espíritu. Bajo el punto de vista práctico, la importancia es quizás mayor todavía para la medicina legal y, sin duda, también para el tratamiento de los alienados.

El sistema nervioso puede ser influenciado por causas externas, todavía mal definidas, a punto de modificar por completo al individuo en lo moral y lo físico, de transformarle en un autómatas y de sustituir, por diversas sugerencias su voluntad por una voluntad extraña. Los experimentos realizados en Alemania y Francia, en estos últimos años, no dejan ninguna duda al respecto.

Liégois, profesor de Derecho de la Facultad de Nancy, acaba de llamar la atención nuevamente sobre estos hechos, en una interesante memoria leída en la Academia de Ciencias Morales y Políticas el 5 de abril de 1884.

Liégois quiso, al principio, comprobar personalmente la realidad de los fenómenos hipnóticos y ver hasta qué límites se puede extender la influencia del hombre a sus semejantes. Con la ayuda del profesor Bernheim, su colega cuya manera de operar ya explicamos, hipnotizó a cierto número de personas, *sanas de cuerpo y espíritu*, y llegó a las mismas conclusiones de sus antecesores.

El hipnotizado se convierte en un autómatas inconsciente y lo más curioso es que conserva, durante días y semanas restos de ese automatismo, hasta tal punto que las sugerencias anteriores persisten mucho tiempo y pueden llevarle a practicar actos independientes de su voluntad.

El operador podrá inspirar a su paciente la idea de acciones criminales que, al despertar, serán ejecutadas fatalmente, en todos los puntos, con días y meses de intervalo, según afirma Liégois.

De esta forma, ciertos pacientes fueron, en el día y hora fijados por Liégois, a acusarse ante la policía o al procurador de la República de crímenes imaginarios, con todos los pormenores y en los términos que les habían sido dictados la víspera o la antevíspera.

Algunos hipnotizados ejecutaron o creyeron ejecutar actos terribles. Una joven-cita, entre otras, pegó un tiro a su madre con la mayor sangre fría. Inútil decir que el arma no estaba cargada. Otros reconocieron obligaciones que no habían contraído en absoluto. Otros, a los que se les había sugerido ciertas frases, ciertos relatos, juraron por su honor lo que habían visto u oído, que realmente se les había indicado durante el sueño hipnótico.

Existe pues, indudablemente, un campo nuevo abierto a la medicina legal.

Es conocida la historia de Didier, condenado la primera vez por la policía correccional, sin saber de qué se trataba, y que había actuado en estado sonambúlico.

Después fue absuelto, en la Corte de Apelación, gracias al doctor Motet, comisionado para el examen médico legal y que, magnetizándole, le hizo repetir la escena que motivó su encarcelamiento. Se reconoció la no culpabilidad o, por los menos, la carencia de responsabilidad del paciente, y el juicio que se apelaba fue anulado.

No podemos dejar de mencionar, con Parville, el libro, repleto de hechos extraños, pero comprobados que acaba de publicar Charles Richet: *El hombre y la inteligencia*. No insistiremos en los fenómenos más conocidos, pero examinaremos algunos casos en que la personalidad desaparece completamente.

“Eres más vieja” se dice a una joven hipnotizada y a partir de ahí su caminar y sus sentimientos son los de una anciana. “Eres una niña” y después el paciente presenta el lenguaje, los gestos y los gustos de un niño. Se puede transformar a la hipnotizada en campesina, actriz, general o sacerdote. Ahora, nada más curioso que transformarla en un general.

Páseme los prismáticos –dice– Está bien. ¿Dónde está el comandante del 2º de Zuavos? Allí está Kroumisrs, los veo subiendo un barranco. Comandante, tome una compañía y cargue sobre ellos. Lleve también una batería de campaña. Son buenos, estos zuavos ¡cómo suben!

¿Qué necesita? ¿Cómo? ¿No hay órdenes? (aparte). Es un mal oficial, no sabe hacer nada. Venga, mi caballo, mi espada... (Hace el gesto de envainar la espada) Avancemos... ¡ah! estoy herido...

Y todo esto pronunciado en voz baja, con un simple movimiento de labios. La paciente cree ser el personaje que le dicen, tanto que se enfada cuando la acusan de engañar a los asistentes. Se puede igualmente, por la sugestión, cambiar un hombre en animal, en perro, en mono o en papagayo.

Cuenta Richet que, en una ocasión, había hipnotizado a un amigo y le dijo: – mira por donde te has convertido en un papagayo, amigo mío.

Después de dudar un momento, el amigo dijo:

–¿Debo comer las semillas que hay en la jaula?

Otra vez, una dama a quien le habían persuadido de que era una cabra, trepó con agilidad en un sofá e hizo todos los esfuerzos posibles por subirse a una estantería.

Comprobamos que el hipnotizado ve, realmente, lo que se le quiere mostrar, pero lo más notable es la sugestión por orden, debiendo realizarse en un tiempo determinado. Las más simple de producir es la del sueño. –“Mañana te dormirás a las tres” Y, al día siguiente, el paciente se duerme a las tres, no importa el lugar en que se encuentre. ¿No parece un cuento de hadas, en el que un mal encantador hace dormir a un palacio entero?

Sin embargo, es una gran verdad. Le dijeron en estado sonambúlico, dormirás. Y el paciente olvida la orden, al despertar, y, a pesar de todo, se duerme, llegado el momento. El operador, probablemente, no piensa más en la recomendación que, sin embargo, está grabada a conciencia en el cerebro del hipnotizado, y el autómatá obedece, como si fuese un aparato registrador que indicase un fenómeno en el momento en que se produce, movido por una maquinaria de relojería.

Citamos aquí unas pruebas que demuestran todavía más esa especie de obsesión imperativa.

A. está dormida. Richet le dice: “Cuando se despierte, tome este libro, que está en la mesa, lea el título y colóquelo en mi biblioteca”. A. se despierta, se restriega los ojos, mira alrededor suyo, asustada, se pone el sombrero para salir, después echa un vistazo sobre la mesa, ve el libro, lo toma y lee el título.

–*¡Oh!*– dice–, *V. le Montaigne, voy a colocarlo en su sitio. Y lo pone en la biblioteca.*

Le preguntaron por qué hacía eso. Ella se asombró. –“¿No podía mirar el libro?” –dijo tranquilamente. Tenemos aquí un acto ejecutado, sin motivo conocido, y resultado directo de una sugestión.

B. está dormida. “Cuando se despierte, retirará la pantalla de la lámpara”. La despiertan. *No hay mucha luz* –dice– y retira la pantalla.

En otra ocasión: –“cuando se despierte, ponga bastante azúcar en su té”. Sirven el té. La paciente, bien despierta, hacía un cuarto de hora, llena la cuchara de azúcar.

–¿Qué hace? –le preguntaron.

–*Echo azúcar.*

–Pero echa mucho.

–*Qué más da*– y, diciendo esto, pone más azúcar todavía. Después, encontrando el té detestable:

–*¿Qué quiere que le diga? Fue una tontería. ¿Usted nunca hace tonterías?*

Entre los experimentos de Richet, es necesario citar el siguiente, que es el más característico.

La paciente está dormida, –“Vendrá tal día, a tal hora”. Despierta, ella se olvida de todo.

–*¿Cuándo quiere que vuelva?*

–Cuando pueda, en la próxima semana.

–¿A qué hora?

–Cuando guste.

Y, con una puntualidad sorprendente, ella llega en el día y hora indicados.

Una vez, A. llega a la hora exacta, con muy mal tiempo.

–No sé realmente por qué vine –dice– tenía mucha gente en casa, corrí hasta aquí y no tengo tiempo para quedarme. Es absurdo, no entiendo por qué vine. ¿Será un fenómeno de magnetismo?

En otra ocasión, esta señora llega también a la hora prescrita y confiesa que no sabía, antes de ponerse en camino, que iría. Evidentemente, obedece una orden imperativa. No se acuerda de nada, ignora absolutamente, lo que le ordenaron durante el sueño y mientras, obedece. El recuerdo, inconsciente, persiste en estado latente y determina el acto. Será preciso, como dice Liégois, desconfiar de la inconsciencia, hay allí un dominio absolutamente ignorado, que reclama un estudio profundo y muy curioso.

Para finalizar, diremos con Parville:

Magnetismo, hipnotismo, ilusiones de ayer, realidades de hoy. En verdad, ha sido necesario mucho tiempo antes que se decidan a estudiar de cerca esos hechos extraños, pero se puede afirmar, ahora, que los más eminentes fisiólogos consideran como innegables los principales fenómenos de hipnotismo y de magnetismo animal. Por tanto, concluimos con la existencia del alma, que se confirma en todos esos experimentos.

V

ENSAYO DE TEORÍA GENERAL

Al lado de los fenómenos que estudiamos, pueden situarse los estados producidos por los anestésicos, como el cloroformo, el éter y el protóxido de nitrógeno, entre otros. Los pacientes, sometidos a la acción de esos agentes, muestran una insensibilidad completa a las impresiones externas. Esa propiedad es la que se utiliza en cirugía para librar al enfermo de la sensación del dolor.

No podemos, dada la extensión de esta obra, estudiar detalladamente todos los efectos provocados por esos productos químicos, así que nos limitaremos al siguiente hecho:

El doctor Velpeau, en un informe que presentó a la Academia de Ciencias en 1842, apostó por la adopción del tratamiento con cloroformo en todas las intervenciones quirúrgicas dolorosas. Cita un gran número de circunstancias en que los anestésicos dieron buenos resultados y señala, como carácter distintivo del sueño producido, la pérdida al despertar del recuerdo de lo que pasó.

Cuenta la siguiente experiencia en una señora a quien operaba de un cáncer en un seno. Después de haberla dormido por los procesos ordinarios, efectuaba la operación cuando la paciente le dijo, llenándole de asombro, que veía lo que sucedía en casa de una de sus amigas, no lejos de allí. El médico no dio mayor importancia a esa comunicación que tomó por una fantasía de la paciente. Pero cual no fue la sorpresa cuando la señora en cuestión, al venir a preguntar por la salud de la amiga, declaró que hacía exactamente lo que la enferma había visto durante el sueño. Nos detendremos en poner en evidencia el desprendimiento del alma, que consideramos perfectamente demostrado.

Lo que debemos destacar son las analogías notables existentes entre el sonambulismo magnético, el hipnotismo y la anestesia provocada por sustancias químicas.

1. La insensibilidad.
2. La pérdida del recuerdo al despertar.
3. La visión doble.

Tal identidad en los resultados indica identidad de causa. Debemos buscarla y podemos, en los tres casos, atribuir los fenómenos comprobados a una modificación en el sistema nervioso.

Esa modificación, producida en el conjunto del sistema nervioso, determina el desprendimiento del alma, y cuando esta parte inmaterial de nosotros mismos se

vuelve más libre que en el estado normal, cuando está menos unida al cuerpo, puede irradiar a distancia y presentar los caracteres que se le atribuyen, a falta de mejor explicación, a una sobreexcitación de los órganos de los sentidos.

Vamos a probar lo que anticipamos:

Es innegable que el sistema nervioso queda profundamente modificado en esos fenómenos, estudiemos, pues, con Claude Bernard, cuales son los excitantes que lo pueden influenciar.

Hay tres clases de excitantes del sistema nervioso: los físicos, los químicos y los vitales. Fijemos nuestra atención en los irritantes químicos y entre esos estudiemos la acción de los anestésicos en el organismo. Según Claude Bernard, “los anestésicos disminuyen la excitabilidad, no de manera general ni en todos los tejidos: el cloroformo sólo actúa en los nervios de la sensibilidad, lo mismo se producirá con el éter, el alcohol y el protóxido de nitrógeno.

Cuando están bajo la influencia de los anestésicos, los nervios sensitivos no son atacados más por los excitantes normales, ni incluso por los anormales, que, en estado ordinario, aumentarían la intensidad de los fenómenos, hasta el punto de producir la muerte. La vida de los nervios se vuelve entonces casi latente, o por lo menos se encuentran en un estado de entorpecimiento que les protege.

Cuando se aplican en el hombre los anestésicos, podemos notar, en el caso citado por Vulpian, que el estado nervioso en que se encontraba el paciente, caracterizado por la insensibilidad, la pérdida del recuerdo al despertar y por la visión doble, coincide con la insensibilidad de los nervios, con la del sentimiento, con una vida latente de los nervios sensitivos. Creemos, pues, que todas las veces que encontremos reunidas esas condiciones, el sistema nervioso sensitivo estará paralizado.

Es lo que sucede cuando se examinan los fenómenos del hipnotismo. Todos los agentes físicos empleados, como la luz, el sonido, la mirada, son excitantes del sistema nervioso, que sumergen al paciente en un estado especial, llamado sueño hipnótico, por no poderse definir mejor ese género de vida particular. Este sueño deriva de la parálisis de los nervios sensitivos, bajo la influencia de los excitantes físicos, que actúan en determinadas condiciones.

El método del profesor Bernheim, que une a los procesos hipnóticos a las prácticas de los magnetizadores, nos lleva a preguntar si los excitantes físicos podrían, en ocasiones, sustituir a los excitantes vitales.

Responde Claude Bernard:

“Algunas veces, los excitantes físicos pueden producir los mismos efectos que los excitantes vitales. Así, ciertos ácidos provocan la contracción del músculo, la electri-

cidad hace el mismo efecto. Pero, en el estado fisiológico, ese fenómeno se manifiesta bajo la influencia del nervio.

Du Bois-Reymond creía poder atribuir esa influencia a una causa física, considerando el nervio como un órgano que segregase electricidad, de algún modo. Lamentablemente, los hechos no han venido todavía a demostrar esta hipótesis, a la que el propio Bois-Reymond parece haber renunciado. Estamos forzados, pues, a llamar a esta fuerza nerviosa, hasta nueva orden, un irritante vital, es decir, una fuerza que todavía no se puede incorporar en las fuerzas físico-químicas, ya que esta expresión vital no tiene otro sentido”.

Lo que los magnetizadores llaman el *fluido*, que pese a Bersot, tiene pues, una existencia real en el cuerpo humano. Es fluido nervioso es un irritante vital, puede actuar a distancia, ser lanzado por la voluntad en determinada dirección, como se ve en los experimentos de la Academia, relatados por Husson. Hemos visto, en efecto, que el paciente Cazot dormía bajo el influjo enviado por el magnetizador Foissac, desde otra habitación.

Debemos destacar también que la voluntad es una fuerza y, en absoluto como se supone, un simple estado de conciencia.

Es lo que se comprueba del siguiente párrafo de Claude Bernard: “La acción de la voluntad constituye un excitante vital por excelencia, imposible de sustituir y que actuaría de modo particular sobre la médula espinal. Estos hechos fueron puestos en evidencia por Van Deen”.

Por otra parte, Rosenthal, en el libro “*Los músculos y los nervios*”, describe una experiencia por donde se puede medir la influencia de la voluntad, por las corrientes eléctricas, que determina en los músculos.

Podemos, por tanto, admitir que los hechos del sonambulismo provocado por las prácticas magnéticas son debidos a la acción del fluido nervioso del magnetizador, dirigido por su voluntad, y que va a irritar el sistema nervioso sensitivo del paciente, para sumergirle en un estado especial, durante el cual los nervios sensitivos quedan aniquilados, entorpecidos.

La voluntad es ese *irritante vital por excelencia*, que se propaga por el fluido nervioso, al que sirve de conductor, del magnetizador al paciente. En el caso del sonambulismo natural, es la propia voluntad del paciente la que le lleva a ese estado. Basta una intensa preocupación por algo para explicar porqué el espíritu sobreexcitado hace mover su cuerpo, en estado sonambólico.

Los diferentes excitantes de que hablamos sólo actúan sobre el sistema nervioso sensitivo. Pero no tienen todos y siempre la misma intensidad, de ahí las diferentes fases de los fenómenos observados. Esto está de perfecto acuerdo con la Fisiología.

“Todos los irritantes, cualquiera que sea su naturaleza, físicos, químicos o vitales, deben considerarse como irritantes especiales de ciertos tejidos y órganos.

Pero la especialidad no lo es todo, hay que tener en cuenta la cantidad del irritante. La importancia de esa consideración ya fue señalada por Brown, que llamaba *incitación normal* la que producía el irritante empleado en su dosis ordinaria. Cuando se sobrepasaba esa dosis, la incitación se transformaba en irritación y producía fenómenos enfermizos. Broussais siguió esos datos y formaron la base de su patología general. La cantidad de irritante es, pues, un punto importante.

Cuando se hace pasar por un órgano una corriente eléctrica muy débil, los tejidos no son irritados ni reaccionan. Pero, una vez aumentada la fuerza de la corriente, se obtienen fenómenos cuya intensidad irá creciendo, con ciertas cualidades de la corriente, hasta tomar un verdadero carácter enfermizo.

Hay, pues, cierta medida a alcanzar en la aplicación de un irritante y esa medida depende, al mismo tiempo, de la mayor o menor cantidad de irritante y de la susceptibilidad más o menos delicada del órgano en cuestión.”

De ahí el poder más o menos fuerte de los magnetizadores, según la energía de su voluntad y la fuerza de su fluido nervioso. También se comprende que los pacientes sean más o menos sensibles, conforme sus organismos sean más o menos groseros o delicados.

Braid había pretendido establecer, a través de sus experimentos, que el sonambulismo magnético no estaba determinado por la acción fluídica del operador sobre el paciente. Empleaba irritantes físicos para producir el sueño, pero sólo había visto una parte de la cuestión. Se le podría responder, actuando con los anestésicos, que sólo esos agentes eran capaces de producir el sonambulismo.

En resumen, de todas esas apreciaciones se comprueba que el alma se desprende, cuando el sistema nervioso sensitivo está paralizado.

Creemos que está bien establecido, por tanto, que los diferentes estados del cuerpo humano conocidos por los nombres de sonambulismo natural, sonambulismo magnético, hipnotismo y estado anestésico son debidos, simplemente, a la acción de irritantes de diversas naturales del sistema nervioso sensitivo.

La fascinación es el primer grado de acción modificadora, el letargo es un estado más acentuado del fenómeno, el sonambulismo es la acción integral del irritante sobre el sistema nervioso y la catalepsia, por fin, es la exageración de la acción irritante¹⁰, el comienzo de los estados enfermizos.

¹⁰ Este orden no es en el que los fenómenos se presentan habitualmente en el hipnotismo, pero creemos que es el más lógico desde el punto de vista teórico.

Este es el lado puramente material de tales fenómenos. Los aspectos psíquicos, que se han querido atribuir a una sobreexcitación de los sentidos, son debidos, ya lo dijimos, al desprendimiento del alma.

Mientras no se nos demuestre que estamos en un error por otros argumentos que no sean los que se nos han presentado hasta ahora, tenemos derecho a afirmar que la existencia del alma está experimentalmente probada por los hechos del magnetismo, del hipnotismo y de la anestesia.

Tendremos ocasión, en la cuarta parte de esta obra, que trata del periespíritu, de volver a la serie de actos que se realizan en el momento en que el alma se desliga de las trabas del cuerpo.

TERCERA PARTE

I

PRUEBAS DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA POR LA EXPERIENCIA

A la pregunta –¿existe el alma? –la ciencia responde quizás, los fenómenos del magnetismo, hipnotismo y anestesia dicen que sí, y eso confirma todas las deducciones de la filosofía y las afirmaciones de la conciencia.

Obligados, por la evidencia de los hechos, a admitir una fuerza directriz en el hombre, un gran número de materialistas se refugian en una última negativa, sosteniendo que esa energía se extingue con el cuerpo, de la que sólo era una emanación. Como todas esas fuerzas físicas y químicas, dicen, el alma, ese resultado vital, cesa con la causa que la produce. Muerto el hombre, está aniquilada el alma.

¿Será posible? ¿No seremos más que un simple conglomerado vulgar de moléculas sin solidaridad unas con otras? ¿Debe desaparecer para siempre nuestra individualidad llena de amor y, de lo que fue un hombre, no quedará verdaderamente sino un cadáver destinado a desintegrarse lentamente en la fría noche de la tumba? Ante la grandiosa cuestión de la inmortalidad del ser pensante, delante de ese temible problema que ha apasionado a las mayores inteligencias, ante ese ignoto punto, lleno de misterio, no dudamos en responder de manera afirmativa.

Tenemos pruebas seguras de la existencia del alma después de la muerte. Podemos establecer irrefutablemente que hemos alcanzado la verdad, con auxilio de experimentos simples. Prácticos, al alcance de todos, y para cuya explicación no hace falta ser un genio trascendente. El ignorante puede, como el sabio, tener una convicción, y ese resultado es debido a una ciencia nueva: el espiritismo.

Cuando se piensa en la gravedad unida a la solución del problema de la supervivencia del yo y en las consecuencias que de ahí resultan, no insistiremos bastante en los fenómenos que nos muestran, confirmando, la existencia del alma después de la muerte. La vida social y las leyes que la dirigen están basadas en un ideal moral que sólo se puede apoyar en la creencia en Dios y en una vida futura.

Hace muchos siglos que los pueblos, confiando en los principios de sus religiones, que les parecían inamovibles, habían aceptado las leyes dictadas por sus legisladores. Pero, con los tiempos modernos, con la libertad, se levantaron dudas sobre la legitimidad de esas leyes, el derecho divino, que hacía de un hombre el amo de un pueblo, zozobró en la tormenta de 1798, y ese resultado es debido, tanto en política como en Filosofía, al descrédito en que cayeron las ideas religiosas. Existía

una alianza íntima entre la realeza y el clero, cuando los enciclopedistas minaron los dogmas, con el mismo golpe se desmoronó el trono.

La fe ciega, impuesta por los sacerdotes, produjo errores y crímenes innumerales, contra los que se rebeló el espíritu humano, libre de prejuicios. Nadie puede recordar sin horrorizarse las matanzas de albigenses, camisardos y valdenses. Los gritos de las víctimas de San Bartolomé, de los Savonarola y Juan Huss repercuten dolorosamente en el fondo de los corazones y los suplicios de la Inquisición, sus monstruosos autos de fe arrojan una sangrienta mancha en la historia del catolicismo. Los fanáticos que condenaron a Galileo no conocían nada de las maravillas del universo, la fe estrecha e intolerante que poseían sólo podía generar la ignorancia y la credulidad.

Los cristianos de la Edad Media tenían una pobre idea de nuestro mundo, que sólo conocían en parte. Le consideraban como la base del universo, no veían en el cielo sino la morada de Dios y en las estrellas más que puntos luminosos. Habían, de esta forma, establecido una jerarquía grosera, situando el infierno en el centro de la Tierra y el paraíso encima del Sol, de manera que éramos el eje de toda la creación, y fuera de nuestro pequeño mundo no existía nada más.

La astronomía, sin embargo, vino a destruir esa fabulosa concepción. Se ampliaron nuestros conocimientos, al levantar nuestros ojos, el infinito descubrió sus espacios. Las estrellas no son más puntos brillantes diseminados por la mano del Creador para iluminar las noches, sino mundos inmensos que ruedan en el vacío, soles radiantes que arrastran en su camino, a través del infinito, a un cortejo de planetas. La inmensidad se nos apareció con su profundidad insondable, sabemos que nuestra Tierra es una parte ínfima de esa polvareda de mundos que rotan en el éter, de manera que las creencias basadas en nuestro orgullo, se apagaron al soplo de la realidad.

El universo entero ostentó delante de nosotros los esplendores de su armonía eterna, la simetría inalterable de sus transformaciones, su inmutabilidad, su inmensidad. Ante tan nuevos espectáculos, los hombres reconocieron la futilidad de sus primitivas creencias, quemaron lo que habían adorado y, llevando el desdén del pasado hasta sus últimos límites, repelieron la noción de Dios y del alma, como si fuesen vetustas entidades, sin ningún valor objetivo. Así se estableció la corriente materialista nacida en el siglo XVIII, de la lucha contra los abusos.

El hombre de nuestra época no quiere creer más, desconfía hasta de la razón y se refugia en la experiencia sensible como la única que le puede traer la verdad, por eso exige pruebas positivas de los fenómenos que eran, hasta entonces, del dominio de la Filosofía. Estas consideraciones nos explican el poco éxito de escritores eminentes como Ballanche, Constant Savy, Esquirol, Charles Bonnet o Jean Reynaud, que predicaron la inmortalidad del alma.

En nuestros días, un filósofo y sabio, Camille Flammarion, sigue la ruta gloriosa de esos grandes hombres. Este genial divulgador siembra a manos llenas las ideas del renacimiento humano, y los resultados corresponden a sus nobles esfuerzos. Sin embargo debe su fama más a la belleza del estilo que emplea que a las ideas que emite. El espíritu humano, agitado hace siglos entre los más diversos sistemas, está cansado de las especulaciones metafísicas y se aferra a la observación material como a una tabla de salvación. De ahí el gran crédito de los hombres de ciencia en el mundo actual. Forman cuerpos sagrados, cuyos juicios no tienen apelación. Poseen la soberbia de los antiguos colegios sacerdotales, sin compartir las raras virtudes, y en ambas partes la intolerancia es la misma.

La mayoría de la gente, que sólo percibe el exterior de las cosas, viendo los conocimientos antiguos destruidos por los conocimientos modernos, cree ciegamente en sus nuevos conductores y se lanza, detrás de ellos, al materialismo absoluto. No se razona más, se va con la cabeza baja hasta las últimas consecuencias, y, como está probado que el cerebro es la sede del pensamiento, ya no existe el alma, porque no se cree más en Jehová parado sobre las nubes. Dios no pasa de ser un fabuloso mito.

El espiritismo reacciona contra esas tendencias. Siendo nuestro siglo el de la demostración material, presenta al observador imparcial hechos bien comprobados.

El espiritismo deja aparte las teorías nebulosas, se desprende de los dogmas y de las supersticiones y se apoya en la base inamovible de la observación científica. Los mismos positivistas podrán declararse satisfechos con las pruebas que aportamos a la discusión, porque nos han sido traídas por los mayores nombres con que se honra la ciencia contemporánea.

Hace 50 años que esa doctrina reapareció en el mundo, fue sometida a críticas apasionadas y a ataques muchas veces desleales. Sus adeptos fueron escarnecidos, ridiculizados, anatemizados, se quiso hacer de ellos los últimos representantes de la brujería. Sin embargo, a pesar de las persecuciones, hoy son más numerosos y poderosos que nunca y se encuentran, no entre los ignorantes, sino entre los esclarecidos: escritores, artistas, sabios...

El espiritismo se esparce por el mundo con una rapidez inaudita. Ninguna filosofía ni religión adquirió un desarrollo tan considerable en tan corto espacio de tiempo.

Hoy, más de 40 publicaciones, mensuales o semanales, ponen de relieve el resultado de las investigaciones emprendidas en todas partes del mundo, y sus partidarios, agrupados en sociedades, se cuentan por millones en toda la superficie del globo.

¿A qué es debida esta formidable progresión? Tan sólo a la simplicidad de las enseñanzas espiritistas, basadas en la justicia de Dios, y, sobre todo, a los medios prácticos que esa nueva ciencia emplea para convencer a todos de la inmortalidad del alma.

Hay dos fases distintas en la historia del espiritismo, que es útil señalar. La primera comprende el período que va desde 1846, fecha de su aparición, hasta 1869, año de la muerte de un escritor célebre, Allan Kardec. Durante ese tiempo, se estudió por todas partes el fenómeno espírita, los experimentos se multiplicaron y los observadores serios descubrieron que los hechos nuevos eran producidos por inteligencias que vivían una existencia diferente de la nuestra.

De esa certeza nació el deseo de estudiar tan curiosas manifestaciones, y, con documentos recogidos en todas partes, Allan Kardec compuso *El libro de los espíritus* y, más tarde, *El libro de los médiums*, que son indispensables a las personas deseosas de iniciarse en esas nuevas prácticas. El gran filósofo que los escribió, imprimió un vigoroso impulso a tales investigaciones, y es a su dedicación infatigable a la que se debe la propagación tan rápida de esas consoladoras verdades.

El segundo período, que se extiende de 1869 hasta nuestros días¹¹, se caracteriza por el movimiento científico, que se dirigió hacia las manifestaciones de los espíritus. Inglaterra, Alemania y América parecen caminar de acuerdo con esas investigaciones. Ya los más autorizados sabios de esos países proclaman en alto la realidad de los fenómenos espiritistas y, dentro de poco, el mundo entero se asociará a esos nobles trabajos, que tienen por fin arrancarnos la creencia degradante del materialismo. Ya veremos los documentos en que se basa nuestra afirmación.

Pasó el tiempo en que se podía a priori, repeler nuestras ideas sin darles la honra de discutirlos. Hoy, el espiritismo se impone a la atención pública. Es preciso que los absurdos prejuicios que le acogieron en la cuna desaparezcan ante la realidad. Es necesario saber que, lejos de ser visionarios, y de poseer un cerebro hueco, los espiritistas son observadores fríos y metódicos, que sólo relatan los hechos bien observados.

Es hora que se convenzan que muchos millones de hombres no son víctimas de una locura contagiosa, que si creen, es porque la doctrina les ofrece las enseñanzas más dignas, y porque abre al espíritu los más amplios horizontes. Conviene que se dejen de lado las posturas burlonas empleadas hace veinticinco años en los perioducos, y que ni siquiera hacen reír a los que los editan.

¹¹ Tengamos en cuenta que esta obra fue publicada en 1885 (nota del traductor español).

La nueva ciencia que enseñamos no consiste, solamente, en el movimiento de una mesa, porque, tan grande es la distancia que va de estos modestos ensayos a sus consecuencias, como de la manzana de Newton a la gravitación universal.

Invitamos a los hombres de buena fe a realizar investigaciones serias, les pedimos que mediten en las enseñanzas de nuestra filosofía y se convencerán de que en nuestras explicaciones nunca interviene lo sobrenatural.

El espiritismo repele el milagro con todas las fuerzas. Hace de Dios el ideal de la justicia y de la ciencia. Dice que el Creador del mundo, habiendo establecido leyes que expresan su pensamiento, no puede derogarlas, ya que son obra de la razón suprema y es imposible cualquier infracción a esas leyes. Los hechos espíritas pueden ser, sino explicados, por lo menos comprendidos con los datos de la ciencia actual, lo que demostraremos al final de esta obra.

La parte espiritual del hombre fue despreciada por los sabios, sus trabajos versaban tan sólo sobre el cuerpo y he aquí que los espíritus invaden la ciencia que les había desdeñado.

HISTÓRICO

Comentaremos sucintamente como se produjeron los hechos.

Los golpes, de los que no se podía adivinar la causa, se hicieron oír por primera vez en 1846, en casa de un tal Veckmann, en una pequeña aldea llamada Hydesville, no lejos de Arcadia, en el estado de Nueva York.

Se intentó todo para descubrir al autor de los ruidos misteriosos. Pero resultó inútil. Una vez, durante la noche, la familia se despertó con los gritos de la más joven de las hijas, de ocho años de edad, que aseguró tener sentido cualquier cosa como una mano que hubiese recorrido la cama y, después, sobre su rostro, lo que se dio en muchos otros lugares en que los golpes se hicieron oír.

Desde ese momento no se manifestó nada más, durante seis meses, cuando la familia dejó la casa, que pasó a ser habitada por un metodista, John Fox, y su familia, compuesta de mujer y dos hijas. Durante tres meses vivió allí tranquilamente, después los golpes volvieron a producirse con mayor intensidad.

Al principio eran ruidos ligeros, como si alguien pegase en el suelo de los cuartos de dormir, que vibraba a cada ruido. Las personas echadas percibían la vibración y la comparaban a la acción producida por la descarga de una batería eléctrica. Los golpes se hacían oír sin interrupción y no era posible dormir en la casa. Duran-

te toda la noche esos ruidos leves y vibrantes se manifestaban suavemente, pero sin cesar. Fatigada, inquieta, siempre en alerta, la familia se decidió, por fin, a llamar a los vecinos para que les ayudasen a descubrir la llave del enigma. Desde entonces, los golpes misteriosos atraieron la atención de todos.

Se situaban en la casa grupos de seis u ocho individuos, o entonces salían todos, y el agente invisible golpeaba siempre. El 31 de marzo de 1845, no habiendo podido dormir la Sra. Fox y sus hijas la noche anterior, ya exhaustas, se durmieron, pronto, en el mismo cuarto, esperando así, escapar a las manifestaciones que se producían, normalmente a altas horas de la noche. El señor Fox estaba ausente. Los golpes volvieron a producirse después y las dos mozas, despertadas por el ruido, se pusieron a imitarle, haciendo chasquear los dedos. Vieron asombradas que los golpes respondían a cada chasquido, entonces, la más joven Kate, quiso comprobar este hecho sorprendente: dio un chasquido, se oyó un golpe, dos, tres... y el ser o agente invisible respondía siempre con el mismo número de golpes. La hermana, riéndose, dijo:

–Ahora, haga como yo, cuente uno, dos, tres, cuatro... – y chasqueaba con la mano el número indicado.

Los golpes siguieron con la misma precisión, pero, como la más joven de las chicas se alarmó con esta señal de inteligencia, cesó con el experimento.

Dijo entonces, la Sra. Fox:

–“Cuenta diez” –e inmediatamente se hicieron oír diez golpes.

Continuó: –“¿Quiere decir la edad de mi hija Catalina?”

Y los golpes indicaron el número de años que tenía la niña.

Preguntó después la señora Fox si era un ser humano el autor de los golpes. No hubo respuesta.

Dijo ella: –“Si es un espíritu, dé dos golpes” Inmediatamente, se hicieron oír.

–“Si es un espíritu a quien le han hecho algún mal, responda de la misma forma” – Y se hicieron oír de nuevo los golpes.

Tal fue la primera conversación establecida y comprobada en los tiempos modernos entre los seres de este y el otro mundo. De esta forma la señora Fox llegó a saber que el espíritu que le respondía era el de un hombre asesinado, hacía muchos años, en la casa que habitaba, que se llamaba Charles Ryan, que era un buhonero viajante, tenía 31 años cuando la persona que le hospedó le asesinó para robarle el dinero.

Preguntó la señora Fox al interlocutor invisible, si los golpes darían respuestas si llamase a los vecinos. Se hizo oír un golpe afirmativo.

Los vecinos llamados no tardaron en llegar, pensando reírse a costa de la familia Fox, pero la exactitud de los pormenores proporcionados por los golpes, en respuesta a las preguntas dirigidas al ser invisible, sobre los negocios particulares de cada uno, convencieron a los más incrédulos. Se propagó a distancia la fama de estos hechos y más tarde vinieron de todas partes sacerdotes, médicos, jueces y una multitud de personas.

La familia Fox, que los autores de los golpes acompañaban de casa en casa, acabó estableciéndose en Rochester, importante ciudad del estado de Nueva York, donde millares de personas vinieron a verles intentando descubrir, en vano, si existía alguna impostura en el caso.

El fanatismo religioso se irritó con esas manifestaciones del más allá de la tumba, y la familia Fox fue atormentada. La señora Hardinge, que se hizo defensora del espiritismo en Norteamérica, cuenta que en las sesiones públicas dadas por las hijas de la señora Fox, es donde corrieron más serios peligros. Se nombraron tres comisiones para examinar los fenómenos y afirmaron que la causa del ruido les era desconocida. La última sesión pública fue la más tempestuosa y, si no hubiese sido por la protección de alguien, las pobres chiquillas hubiesen perecido, víctimas de su fe, linchadas por una multitud en delirio.

Es triste constatar que en el siglo diecinueve se encuentran hombres lo bastante atrasados para renovar las escenas bárbaras de las persecuciones de la Edad Media. Esto es tanto más lamentable, dado que este ejemplo de intolerancia se dio en Norteamérica que se autoproclamaba la tierra de todas las libertades.

La noticia del descubrimiento se esparció rápidamente y en todas partes se produjeron manifestaciones espirituales. Un ciudadano, Isaac Post, tuvo la idea de recitar el alfabeto en alta voz e invitar al espíritu a indicar, por medio de golpes dados en el momento justo que lo pronunciase, las letras que debían componer las palabras que quisiese dictar. Ese día se descubrió la telegrafía espiritual. Ese incómodo proceso se hizo muy fatigoso y los propios golpeadores indicaron un nuevo modo de comunicación. Bastaba, simplemente, reunirse las personas en torno a una mesa, poner las manos encima, y la mesa, levantándose, mientras se deletreaba el alfabeto, daría un golpe en el momento justo en que se pronunciase cada una de las letras que el espíritu quisiese designar. Este proceso, a pesar de ser muy lento, produjo excelentes resultados, y así aparecieron las mesas giratorias y parlantes.

Debemos decir que la mesa no se limitaba a levantarse en un pié para responder a las preguntas que le hacían, se agitaba en todos los sentidos, giraba bajo los dedos de los experimentadores, algunas veces se elevaba en el aire, sin que se pudiese ver la fuerza que la mantenía así, suspendida. Otras veces, las respuestas se daban por chasquidos, que se oían en el interior de la madera. Esos hechos extraños atrajeron

la atención general y, en breve, la moda de las mesas giratorias invadió todo América.

Además de los curiosos superficiales que interrogaban a los espíritus sobre amores o sobre un objeto perdido, personas serias, sabios, pensadores, en vista de lo popular de estos fenómenos, resolvieron estudiarlos científicamente, para prevenir a sus conciudadanos de lo que llamaban *locura contagiosa*.

En 1856, el juez Edmonds, eminente jurisconsulto, que gozaba de una gran autoridad en el Nuevo Mundo, publicó un libro en el que afirmaba la realidad de esas sorprendentes manifestaciones. Mapes, profesor de química en la Academia Nacional de los Estados Unidos, se entregó a una rigurosa investigación y concluyó admitiendo la intervención de los espíritus.

Lo que produjo, sin embargo, mayor efecto fue la conversión a las nuevas ideas de Robert Hare, célebre profesor de la Universidad de Pensilvania, que estudió científicamente el movimiento de las mesas y reunió sus experimentos en 1856 en un volumen titulado *–Experimental investigations of the spirit manifestation. (Investigaciones experimentales de la manifestación del espíritu)*

Desde entonces se empeñó una batalla entre incrédulos y creyentes. Escritores, sabios, oradores, eclesiásticos se lanzaron a la pelea, y para dar una idea del desarrollo de la polémica, basta recordar que, en 1854, había sido presentada una petición firmada por 15.000 nombres al Congreso, solicitando que se nombrase una comisión, para estudiar el neo-espiritualismo (este nombre es el que se da al espiritismo en Norteamérica). La petición fue rechazada por la asamblea, pero el impulso estaba dado, surgieron sociedades que fundaron periódicos y en ellos se continuó la guerra contra los incrédulos.

Mientras esos hechos se producían en el Nuevo Mundo, la vieja Europa no quedaba inactiva. Las mesas giratorias se convirtieron en una interesante actualidad y en 1852 y 1853 muchos se ocuparon de hacerlas girar en Francia. En todas las clases sociales se hablaba de esa novedad. Se hacía a todos esa pregunta fundamental: ¿Ya hicieron girar las mesas? Y después, como toda moda, después del momento de interés, las mesas dejaron de ocupar la atención y se trataron otros asuntos.

Aquella manía tuvo, sin embargo, un resultado importante, el de hacer que muchas personas reflexionasen sobre la posibilidad de la relación entre los vivos y los muertos. Por la lectura se descubrió que aquello que se llama creencia en lo sobrenatural era tan antiguo como el globo.

La historia de Urbano Grandier y de las religiosas de Loudun, de los tembladores de las Cevenas y de los convulsionarios jansenistas, probaron que muchos hechos históricos merecían ser esclarecidos, y para citar sólo los más celebres, el

demonio de Sócrates y las voces de Juana de Arco, que la llevaron a salvar a Francia, son todavía misterios para los sabios. En vano Lélut quiso hacer aparecer a la heroica doncella de Lorena como una alucinada, le desearíamos idéntica molestia, para que se le esclareciese el juicio.

La narración de la posesión de Louviers, la historia de los iluminados martinistas, de los swedenburgenses, de las estigmatizadas del Tirol y, hace sólo 50 años, la del padre Gassner y la vidente de Prevorst, condujeron a los hombres serios a examinar los fenómenos nuevos. Se comparó al espíritu de Hydesville al que revolucionó el presbiterio de Cydeville, una teoría general nació del examen de todos esos hechos, está expuesta en las obras de Allan Kardec.

La misma cólera que acompañó a las manifestaciones espirituales en América se produjo en Francia. Los periódicos, las revistas científicas y las academias agotaron los sarcasmos hacia la nueva doctrina. Llamaban a sus partidarios gratuitamente locos, idiotas e impostores. Nos acusaban de querer hacer volver al mundo a los malos días de la superstición de la Edad Media. Se pedía asimismo a los tribunales que impidiesen la explotación vergonzosa de la credulidad pública. Los sacerdotes bramaron desde lo alto de los púlpitos contra los fenómenos espiritistas, que decían ser obra del diablo. Como remate, el arzobispo de Barcelona mandó quemar en la plaza pública las obras de Allan Kardec, por estar contaminadas de brujería.

Podría pensarse que soñamos al leer tales cosas. Lamentablemente son totalmente verídicas y muestran como de rutinarios son todavía los hombres, a pesar del progreso magnífico que supuso el movimiento científico moderno. Es necesaria una doctrina como la nuestra, que brilla por su simplicidad y su lógica, para conducir los espíritus a las grandes verdades que se llaman Dios y alma. Nuestra filosofía, en su forma primitiva, sintetiza las creencias más elevadas de los pensadores, pero tiene sobre todo el hecho, que se impone por sí mismo, como el Sol, el rey del día.

Es nuestro deber apartar cualquier sospecha de nuestros experimentos. Es indispensable que intentemos destruir las prevenciones y mostrar su falsedad, cómo son de falsas, mezquinas e incompletas, comparadas a las nuestras, las explicaciones creadas para los fenómenos espíritas.

Es lo que haremos fácilmente en las páginas siguientes, al examinar las objeciones que nos han presentado. Antes, sin embargo, describiremos el movimiento espiritualista que se produjo en Inglaterra y Alemania, y se verá cuantos hombres de ciencia son espíritas convencidos.

En Francia, la opinión pública se acostumbró a confiar completamente en algunos notables literatos o científicos, en cuanto a sus juicios sobre los hombres y las cosas, de manera que, si esas personalidades tuviesen interés en enterrar un tema, la

mayor parte del público les acompañaría y se haría el silencio y el vacío en torno a las materias en litigio. Para protestar contra ese ostracismo, reproducimos las afirmaciones de los sabios de la Gran Bretaña. Verán como esos hombres íntegros poco se inquietan del qué dirán y con qué honestidad enérgica proclamaron su opinión, sólidamente basada en los hechos.

Comenzaremos por citar las memorables palabras pronunciadas por William Thompson, en el discurso inaugural, leído en 1871, en la Asociación Británica de Edimburgo: “La ciencia está obligada, por la eterna ley del honor, a encarar sin temor cualquier problema que le sea presentado”.

Son nobles sentimientos, compartidos por gran número de hombres de ciencia. Camina al frente Willam Crookes, eminente químico, a quien se debe el descubrimiento del talio, y que, en Westminster, demostró la existencia de un cuarto estado de materia al que llamó, según Faraday, materia radiante.

Para que comprendamos la grandeza del descubrimiento, escuchemos los elogios que le brindaron:

“De ahora en adelante, los experimentos del sabio inglés, para siempre ilustre, establecen problemas que se relacionan con la naturaleza más íntima de las cosas y abren a la imaginación científica horizontes de los que mal comienza a percibir los esplendores. –*Edmond Perrier*”.

Parville, en su boletín científico, califica de grandioso aquel descubrimiento y anuncia que va a revolucionar las teorías actuales.

Wurtz, el conocido químico, se pronuncia de esta forma en la *Revue des Deux Mondes*:

“El ilustre inventor del radiómetro penetra en un dominio hasta entonces completamente desconocido, que, marcando el límite de las cosas que se conocen, toca en las que se ignoran y que, quizás, nunca se sepan”.

Ese químico ilustre, ese físico genial, Crookes, sometió a estudio las manifestaciones espíritas, no con ideas preconcebidas, sino con el firme deseo de instruirse y de apoyar su juicio en la evidencia. Dijo:

“En presencia de semejantes fenómenos, los pasos del observador deben ser guiados por una inteligencia tan fría y poco apasionada como los instrumentos de que haga uso. Teniendo la satisfacción de comprender que está en la senda de una verdad nueva, ese único objetivo debe animarle a proseguir, sin considerar que los hechos que se le presentan son posibles naturalmente o no”.

Con esas ideas, comenzó sus estudios sobre el espiritismo, que duraron cerca de diez años y fueron publicados con el título de *Recherches sur les phénomènes du Spiritualisme (Investigaciones sobre los fenómenos del espiritismo)*, traducido del inglés por J. Alidel.

En ese libro, declara lealmente los resultados de su búsqueda, tal como se le presentaron, y no contento del testimonio de los sentidos, construyó delicados instrumentos, que miden matemáticamente las acciones espirituales.

Lejos de temer el ridículo, Crookes responde así a los que le inducían a disimular la fe, para no comprometerse:

“Habiéndome asegurado de la realidad de esos hechos, sería una cobardía moral no aportar mi testimonio, sólo porque mis anteriores publicaciones fueron ridiculizadas por críticos y personas que nada conocen del tema, además de estar llenos de prejuicios, lo que les impide ver y juzgar por sí mismos. Diré simplemente, lo que vi y lo que me fue demostrado por experimentos repetidos y fiscalizados, y necesito que me prueben que no es razonable el esfuerzo por descubrir la causa de los fenómenos inexplicados”.

Este es lenguaje de la verdadera ciencia y honestidad, ¡ojalá lo aprovechen nuestros sabios franceses!

Podría creerse que Crookes es una brillante excepción, aunque sería grosero suponerlo, y si las afirmaciones de ese hombre son inestimables para nuestra causa, todavía está acrecentada y consolidada por las de otros sabios que se tomaron la molestia de estudiar el espiritismo.

Citaremos en primer lugar a Cromwell Varley, ingeniero jefe de las compañías de telegrafía internacional y trasatlántica, inventor del condensador eléctrico. Es un físico cuyas afirmaciones no son menos interesantes que las de Crookes. Hizo experimentos en su casa, bajo las más rigurosas condiciones de fiscalización, y su convicción es absoluta. Termina una carta suya diciendo:

“No hacemos más que estudiar lo que fue objeto de investigaciones de los filósofos, hace dos mil años. Si una persona, bien versada en el conocimiento del griego y el latín, a la vez que en los fenómenos que, en tan gran escala, se producen desde 1848, quisiera traducir cuidadosamente los escritos de aquellos grandes hombres, el mundo sabría que todo lo que pasa ahora es una nueva edición de la vieja cara de la historia. Estudiada por espíritus osados, llegó a un grado que expresa la credibilidad de esos viejos sabios clarividentes, porque se elevaron por encima de los estrechos prejuicios de la época y, por lo que parece, estudiaron el tema en proporciones que, bajo varios aspectos, sobrepasan con mucho, nuestros conocimientos actuales”.

Como se ha podido ver, físicos y químicos no rechazan su pertenencia al espiritismo. Otro sabio, célebre naturalista que descubrió al mismo tiempo que Darwin la ley de selección, Alfred Russel Wallace, hizo también profesión de fe espírita, en una carta dirigida al *Times*, que reflejaremos al exponer los hechos sobre los que se basa nuestra convicción. Contaremos solamente en qué condiciones fue llevado a ocuparse con las manifestaciones de los espíritus.

Existe en Londres, independientemente de la Sociedad Real, que es la Academia de Inglaterra, un gremio de sabios, la Sociedad Dialéctica, y cuenta con hombres notables como Thomas H. Huxley, Sir John Lubbock, Henry Lewes y otros. Esta sociedad resolvió, en 1869, estudiar los pretendidos fenómenos espíritas, para esclarecer al público.

Se nombró una comisión de treinta miembros, y dieciocho meses después, presentó su informe, enteramente favorable a las ideas espíritas. Según la costumbre, la Sociedad, viendo sus ideas desmentidas por los hechos, no imprimió las conclusiones de sus comisarios. También la Academia de Medicina rechazó el trabajo de Husson sobre el magnetismo animal, lo que prueba que las corporaciones de sabios son las mismas en todos los países, se componen de ilustres mediocridades, que se apartan, aterrorizadas, ante cualquier novedad.

Cuando una novedad como el espiritismo, se manifiesta de forma anormal y atrae la atención pública, por la singularidad de sus procesos, se eleva un clamor de reprobación y se busca sofocar oficialmente las teorías que tuvieron la irreverencia de producirse fuera de los laboratorios diplomados de esos señores.

Felizmente, para honor del género humano, se encuentran todavía hombres que no retroceden ante la verdad y Wallace pertenece a ese grupo. Miembro de la junta de investigación, pudo observar una serie de hechos que le convencieron y publicó un libro *Miracle and modern Spiritualism (Milagro y espiritualismo moderno)*, donde relata ampliamente sus experimentos.

Hizo notar precisamente que, en el seno de la comisión, el grado de convicción producida en el espíritu de los diversos miembros fue, teniendo en cuenta la diferencia de los caracteres, proporcional al tiempo y cuidados empleados en la investigación. Esto nos lleva a considerar que quiere experimentar seriamente y consagrar algunos meses al estudio del Espiritismo, llegará ciertamente a convencerse.

En Francia, sin embargo, se quiere aparentar saberlo todo sin estudiar jamás. Veamos una prueba:

Un diputado, el señor Naquet, anunció hace algunos años, que iba a dar una conferencia sobre el espiritismo y sus adeptos. Se esperaba del elocuente orador una refutación en regla, apoyada en buenos argumentos. No hubo nada de eso, se limitó a volver a los lugares comunes, fuera de moda, y llevó su audacia al punto de decir que ningún hombre de cierta notoriedad se había ocupado del asunto. Se levantó entonces una señora y le dio una lista de los sabios extranjeros que habían publicado obras sobre el espiritismo. Naquet confesó ingenuamente su ignorancia.

Ante tales hechos ¿no habrá llegado el tiempo de reaccionar? ¡Cómo! Sabios y conferenciantes pretenden destruir lo que llaman nuestras supersticiones, y no están

siquiera al corriente de los trabajos publicado sobre el espiritismo. Es verdaderamente triste constatar tal presunción aliada a tanta negligencia.

Podemos todavía citar en Inglaterra, entre los adeptos al nuevo espiritualismo, a algunos hombres eminentes: Augusto de Morgan, presidente de la Sociedad Matemática de Londres, Oxon, profesor de la Facultad de Oxford, P. Barkas, miembro del Instituto Geológico de Newcastle y el profesor Tyndall, autor de notables estudios físicos. Todos se hicieron espiritistas, después de comprobar en primera persona las manifestaciones de los espíritus.

No citamos, a propósito, a los magistrados, publicistas y médicos que trataron el tema, no porque sus testimonios carezcan de valor, sino para conservar en nuestras citas el carácter eminentemente científico. Después de enumerar tantos nombres ilustres, podemos sonreír ante la ingenua pretensión de los que, sin estudios preliminares, quieren rechazar al espiritismo, considerándolo como una superstición o como “una tontería del mundo moderno”, en la divertida opinión de Dupont White, reproducida por Jules Soury.

Si es una tontería, estamos en buena compañía, porque la estudiosa Alemania nos ofrece también un respetable contingente. Vemos, al frente, al ilustre astrónomo Zöllner que, en sus memorias científicas, cuenta los experimentos que realizó con Ulrici, profesor de Filosofía, Weber, célebre fisiólogo, Fechner, profesor de la Univesidad de Leizpig, con Slade el médium americano.

Destaca, de esos estudios y de los experimentos conscientes realizados por esos sabios, no sólo que las manifestaciones espíritas son reales, sino dignas, en el más alto grado, de atraer la atención de los científicos.

En Francia, por las razones ya citadas, no contamos en nuestras filas tantos notables oficiales, pero los nombres de Flammarion, Victor Hugo, Sardou, Girardin, Vacquerie, Luois Jourdan, Maurice Lachâtre y otros tiene algún valor y forman un bello contingente, en el que Dupont White y Jules Soury no podrán encontrar, jamás, lugar.¹²

¹² Después de la primera edición de este libro, fue creado en París un Instituto Metapsíquico Internacional, para el estudio de los fenómenos espíritas, y numerosos sabios afirman la autenticidad de los hechos.

II

LAS TEORÍAS DE LOS INCRÉDULOS Y EL TESTIMONIO DE LOS HECHOS

Se enunciaron, a partir de las mesas giratorias y del espiritismo, los juicios más contradictorios. Entre los más severos está Bersot, al que ya vimos tan bien informado sobre el magnetismo. Si admite, en parte, algo del mesmerismo, no quiere ni oír hablar del espiritismo. Oigámosle:

“En fin, el espiritismo, hay que decirlo claramente, se explica por causas muy naturales: ilusionismo, trapacería y credulidad. Como si no fuese suficiente la debilidad de la razón, le opusieron el corazón humano, y en esto nos dividimos entre la indignación contra los que se ríen de esos sagrados sentimientos y la simpatía por los que de esta forma se dejan engañar”.

Como se puede ver, no es benigno nuestro crítico, no somos sólo estúpidos, sino bellacos.

Para dar un formal desmentido a estas imputaciones calumniosas, vamos a examinar cuidadosamente los hechos, no los que hemos observado, que no serían bastante convincentes, sino los relatados por los sabios de que hablamos. Citaremos en muchas ocasiones a Wallace y a Crookes, hombres cuya buena fe, honestidad y valor intelectual responden victoriosamente a las acusaciones de credulidad, trapacería o ilusionismo, que con tanta generosidad nos prodigan los emuladores de Jules Soury.

Según ciertas leyendas, es necesario, cuando se quiere hacer girar la mesa, que las personas estén con los dedos en contacto con ella y fijen su atención ininterrumpida, en el mismo punto del mueble. Eso es totalmente inútil. Basta colocar las manos, levemente, sobre la mesa, y esperar que se manifiesten los movimientos. Al cabo de un tiempo, se oyen estallidos, indicando que el fenómeno va a producirse y, en un momento dado. La mesa se levanta por uno de sus pies y da uno o muchos golpes. Entonces se le pregunta siguiendo el proceso ordinario.

A veces, los movimientos del mueble son violentos. Dice Eugène Nus, en el libro titulado *Choses de l'Autre Monde (Cosas del otro mundo)*, como consiguió, junto a varios amigos, hacer que la mesa girase:

“Trajimos al medio de la habitación una maciza y pesada mesa de comedor, nos sentamos alrededor de ella, aplicamos las manos, esperamos siguiendo las formalidades y, después de algunos minutos, oscila bajo nuestros dedos.

—¿Quién es el gracioso?

Todos declaran su inocencia, pero cada uno desconfía de su vecino, cuando, de repente, la mesa se levanta en dos pies. Esta vez no hay duda posible. Es lo bastante pesada para que el esfuerzo, incluso aparente, la pudiese inclinar de esta forma.

Además de eso, como para reírse de nosotros, permanece inmóvil, en equilibrio, sobre las dos patas de atrás, formando con el suelo un ángulo casi recto, y resiste a los brazos que quieren hacerle volver a su posición horizontal, lo que consiguen después de un gran esfuerzo”.

“Nos mirábamos asombrados” –dice el autor. Debemos destacar que ese asombro, muy natural, fue compartido por Babinet, al ver elevarse una mesa en el aire, sin que nadie la tocara.

Leemos, en la *Revue Spiritualiste* de 1868:

“Un hecho notable y de gran importancia para las ideas que representamos acaba de producirse en París. El ilustre sabio Babinet, presente en Montet, fue testigo de la elevación de una mesa, aislada de todo contacto. El académico quedó sorprendido de tal forma, que no pudo dejar de exclamar: –¡Es asombroso!

Sabemos esto de varios testigos presenciales, entre los que se cuenta el honrado general barón de Brévern, que nos autorizó a dar ese hecho con el aval de su nombre. Está dispuesto a renovar su testimonio ante quien sea”.

Las mesas manifiestan señales de inteligencia, bien golpeando con un pie un número de veces, o haciendo oír en la madera pequeños estallidos cuando se pronuncia la letra que el espíritu quiere señalar. De esta forma se puede establecer una conversación.

No creamos que la mesa sea un mueble indispensable y que el espíritu se aloje en la madera, como algunos han dicho. Cualquier objeto puede servir a esa clase de fenómeno, y se escogió la mesa, por ser más cómoda que cualquier otro instrumento, cuando son muchos a experimentar.

En ese estudio, seguiremos a William Crookes, que catalogó los fenómenos, yendo de los más simples a los más complejos. Salvo raras excepciones, que él mismo indica, los hechos se produjeron en su casa, a la luz y en presencia del médium y de algunos amigos.

1. *Movimiento de cuerpos pesados con contacto, pero sin esfuerzo mecánico*

“Es uno de los fenómenos más simples que observé. Varía desde los golpes en una habitación y en su mobiliario hasta la ascensión de un cuerpo pesado, cuando la mano se encuentra encima.

Se puede objetar a esto que cuando se toca un objeto en movimiento, es posible empujarle, impulsarle o levantarlo: *Probé a través de la experiencia* que, en numero-

esos casos, no podía suceder eso, pero, como elementos de prueba, concedo poca importancia a esa clase de fenómenos y sólo los menciono como preliminares a otros movimientos del mismo género, pero producidos sin necesidad de contacto”.

2. *Fenómenos de percusión y otros sonidos de la misma naturaleza*

“El nombre popular de golpes da una idea muy falsa de esa clase de fenómenos. Muchas veces, en nuestros experimentos, oí sonidos delicados, que parecían producidos por la punta de un alfiler, una cascada de sonidos intensos como los de una máquina de inducción en pleno movimiento, detonaciones en el aire, ligeros ruidos metálicos, agudos, crepitaciones como las que se oyen cuando una máquina de fricción está en acción, sonidos que parecen raspaduras, gorjeos como de pájaros...

Esos ruidos, que observé con casi todos los médiums, tienen cada uno sus particularidades especiales. Con Home son más variados, pero, en cuanto a su intensidad y regularidad no encontré a nadie que se pudiese comparar a Kate Fox. Durante muchos meses, tuve el placer, en innumerables ocasiones, de comprobar los diversos fenómenos que se producían en presencia de esa señora y son esos los ruidos que estudié particularmente.

Con otros médiums es necesario generalmente, para la normalidad de la sesión, que todos se sienten antes que se hagan oír los ruidos, pero con respecto a la Srta. Fox, basta colocar su mano en cualquier lugar para que se escuchen sonidos vigorosos, como un triple choque y algunas veces con suficiente fuerza para ser percibidos a través de varias habitaciones.

Los oí en un árbol, en un cristal, en un hilo de hierro extendido, en una membrana estirada, en un tambor, en la cubierta de un coche de caballos y el suelo de un teatro. Es más, el contacto inmediato no es siempre necesario. Percibí los ruidos saliendo del suelo, de las paredes, cuando un médium tenía los pies y manos unidos, o estando de pie en una silla, o cuando se encontraba en un balancín, suspendido del techo, cuando estaba encerrada en una jaula de hierro y en trance, en un canapé.

Los oí en una armónica, los sentí en mis hombros y en mis manos. Los oí en una hoja de papel que sujetaba entre los dedos y suspendida por el extremo de un hilo que pasaba por el canto de esa hoja. Tenía conocimiento de las teorías expuestas, sobre todo en Norteamérica, para explicar esos sonidos. Los experimenté de todas las formas que pude imaginar, hasta que no tuve más remedio que admitir que eran reales y que no se producían por fraude o por medios mecánicos”.

Es de destacar la persistencia y el escrúpulo con que el sabio inglés examinó el fenómeno en todas sus facetas. Después de numerosas observaciones, llegó a la conclusión que se producen golpes, ruidos, etc., que no se pueden atribuir al fraude, o a medios mecánicos, imaginados por el embuste o la falsedad. Estos ruidos y grandes golpes deben ser estudiados, son de una naturaleza muy especial y atraen forzosamente la atención.

Por eso, desde que fueron comprobados, así como los movimientos de la mesa, sabios notables como Faraday, Babinet y Chevreul intentaron explicarlos por hipótesis más o menos racionales, no les resultó fácil, porque la ciencia, que rechazó con tanto desdén el fluido magnético, no podía representar aquí su papel.

Para salir del problema, Faraday realizó muchos experimentos para demostrar que la adherencia de los dedos a la superficie de la mesa era condición de su movimiento, porque, según él, una vez establecida esta adherencia, las trepidaciones nerviosas y musculares de los dedos acabar por volvérselo bastante potentes para imprimir movimiento a la mesa.

¿Es esto verdad? –Crookes dice que no, y lo prueba.

Diseñó unir el extremo de una larga tabla a una balanza muy sensible, mientras el otro extremo reposaba en la pared. De esta forma, la balanza indicaba cierto peso, que se anotó. El médium puso las manos en la parte de la tabla de la pared, de manera que cualquier presión haría levantar la tabla, lo que sería detectado por la disminución de peso, que a su vez sería acusado por la balanza.

En lugar de eso, la tabla fue hacia abajo con una fuerza de seis libras y media. Home, el médium, para probar que no ejercía ninguna presión, colocó bajo los dedos una frágil cajita de cerillas, y se reprodujo el mismo hecho. En esta última circunstancia, cualquier adherencia de los dedos sería destruida y, aunque se produjese, perturbaría en vez de favorecer el fenómeno.

Todavía dice Crookes que no publicó sus observaciones, sino después de haber visto que los hechos se producían una *media docena de veces*, bien comprobados cada una de ellas.

Para descartar la teoría de la adherencia, el sabio químico construyó un segundo aparato, con idéntico principio que el anterior, pero en el que el contacto se producía a través del agua, de manera que fuera imposible transmitir a la plancha cualquier movimiento mecánico. Notó, además, que la balanza acusaba, muchas veces, un aumento de peso cuando Home conservaba las manos *muchas pulgadas por encima del aparato*. La hipótesis de Faraday, pues, es totalmente falsa.

Babinet encontró otra hipótesis, o mejor, formuló la misma que Faraday, pero en otros términos.

Según él, los desplazamientos de la mesa se producían por movimientos nacientes e inconscientes, es decir, que, involuntariamente, las personas reunidas en torno a la mesa le comunicaban, de forma automática, ciertos movimientos.

Estableció esta teoría antes de haber observado todos los casos que se podían presentar, ya que la elevación de un mueble sin contacto es inexplicable por su

método. Es más, el experimento de Crookes citado anteriormente, reduce a la nada esas pseudo-explicaciones.

Chevreur, el químico, no tuvo más éxito en sus intentos. Publicó un artículo llamado *La baguette divinatoire et les tables tournantes (La varilla adivinatoria y las mesas giratorias)*, en el que expone los siguientes principios:

- 1º. Un péndulo en acción, suspendido al lado de una pared, comunica su movimiento de oscilación a un segundo péndulo suspendido al otro lado de la pared.
- 2º. La fricción producida en el extremo de una barra de hierro hace vibrar al otro extremo.
- 3º. La resultante de las fuerzas digitales de muchas personas, que actúan lateralmente, puede vencer la inercia de la mesa.

Como se puede ver, siempre se trata de la misma teoría, bajo diversos nombres. Adherencia, movimientos nacientes u oscilación del péndulo, son hipótesis que reposan en una acción puramente física, por parte de las personas que experimentan. Ahora, en los citados experimentos de Crookes, es imposible atribuir el fenómeno a tales causas, hay que concluir pues, que, hasta entonces, la ciencia que no admite el fluido magnético es incapaz de indicar la fuerza que produce esos hechos extraordinarios.

Necesitamos, ahora, examinar una segunda categoría de observadores, que ven en el movimiento de las mesas efectos magnéticos que se ejercen de manera desconocida.

Se encuentra entre estos Thury, profesor de la Academia de Ginebra, y Gasparín, que publicaron obras llenas de observaciones curiosas que dejan fuera de duda la existencia de los fenómenos, independientemente de la acción material, por parte de los operadores. Según Thury, los hechos comprobados son debidos a la influencia de una fuerza que llama *esténica*, ejercida a distancia, y que puede producir, bajo la influencia de la voluntad, ruidos y desplazamientos de objetos, y en consecuencia, manifestar inteligencia. Gasparín es de esa opinión. Demos la palabra a los hechos, porque como dice Alfred Wallace, “son cosas obstinadas”.

Dice Crookes, siguiendo sus notas sobre los golpes:

“Una cuestión importante se impone a nuestra atención: *¿Esos movimientos y ruidos son gobernados por una inteligencia?* Desde el comienzo de mis investigaciones, comprobé que el poder que provocaba esos fenómenos *no era simplemente una fuerza ciega*. Una inteligencia los dirigía o, por lo menos, estaba asociada a ellos. Así, los ruidos que acabo de citar, se repitieron un determinado número de veces, se hicieron fuertes o débiles y, a petición mía, resonaron en diversos lugares. A través de

un vocabulario de señales, previamente establecido, se tuvo respuesta a las preguntas realizadas y a los mensajes presentados, con mayor o menor exactitud”.

Hasta aquí los partidarios de la fuerza esténica o psíquica (es la misma cosa), pueden en rigor explicar esos fenómenos. Pueden decir que, cuando se desea vivamente alguna cosa, se proyecta una especie de descarga nerviosa que produce los ruidos deseados. Tal suposición es difícilmente admisible, cuando se obtienen “gorjeos de pájaros”, pasemos sobre esa imposibilidad y vamos a comprobar, siempre con Crookes, que se produce otro género de acción:

“La inteligencia que gobierna esos fenómenos es, algunas veces, manifiestamente inferior a la del médium y, *muchas veces en oposición directa con sus deseos*. Cuando se tomaba una determinación que podía ser considerada como poco razonable, vi que se daban mensajes induciéndonos a reflexionar de nuevo. Esa inteligencia es, a veces, de tal carácter, que *estamos forzados a creer que no emana de ninguna de las personas presentes*”.

Esta última frase destruye la teoría de Thury, porque, si la fuerza nerviosa no está dirigida por la voluntad del operador y de los espectadores, es preciso admitir entonces a una inteligencia extraña, es decir, la intervención de los espíritus.

Es innegable, evidentemente, que si la mesa da respuestas sobre asuntos desconocidos de los asistentes o contrarios a sus pensamientos, no es de ellos de quien parten las respuestas. Al ser necesario que sean dadas por alguien, las atribuimos a una inteligencia oculta que viene a manifestarse.

Esa concepción no es una invención humana, porque, siempre que se manifestaba una inteligencia y se le preguntaba quién era, constantemente respondía ser el alma de una persona que había habitado en la Tierra. Para comprender bien la manera en que ocurren los fenómenos, urge realizar el relato de una sesión de evocación.

Puede parecer ridículo colocarse alguien delante de una mesa y creer que uno de sus parientes fallecidos venga a conversar por medio de ese mueble. Sin embargo, es una gran verdad, y entre los millares de hechos contados por los más honorables hombres de ciencia citaremos la siguiente carta de Alfred Wallace, no sólo por ser una excelente prueba, sino porque el autor está fuera de toda sospecha.

Carta de Alfred Russel Wallace al editor del *Times*:

“Señor. Señalado por muchos de sus lectores como uno de los hombres de ciencia que creen en el espiritismo, pido que se me permita establecer, brevemente, las pruebas sobre las que se funda mi creencia.

Comencé mis investigaciones hace ocho años aproximadamente, y considero una circunstancia feliz para mí que los fenómenos maravillosos fuesen, en esa época, me-

nos comunes y mucho menos accesibles que hoy. Esto me llevó a experimentarles en gran escala, en mi casa y en compañía de amigos, en los que podía confiar.

Tuve así, la satisfacción de demostrar, con ayuda de una gran variedad de experiencias rigurosas, la existencia de ruidos y movimientos *que no pueden ser explicados por ninguna causa física conocida o concebible*.

De esta forma, familiarizado con esos fenómenos, cuya realidad no deja la menor duda, estuve en condiciones de compararlos con las más poderosas manifestaciones de los médiums de profesión y pude reconocer la identidad de causa entre unos y otros, en vista de semejanzas, no muy numerosas, pero sí bastante características.

Conseguí igualmente obtener, gracias a la paciente observación, pruebas ciertas de la realidad de algunos fenómenos de los más curiosos, que me parecieron, y todavía me parecen de los más concluyentes. Los detalles de esas experiencias exigirían un libro entero, pero quizás me sea permitido describir sucintamente una de ellas, por las notas tomadas en el momento, para mostrar a través de un ejemplo, cómo es posible evitar los fraudes de que el observador paciente es víctima muchas veces, sin sospecharlo.

Una señora, que nunca había visto uno de esos fenómenos, nos pidió, a mi hermana y a mí, que la acompañásemos a ver un médium profesional, bien conocido. Fuimos allí y tuvimos una sesión particular, a plena luz del día, en verano. Después de un gran número de movimientos y golpes, como de costumbre, nuestra amiga preguntó si el nombre de la persona fallecida, con quien deseaba comunicarse, podía ser deletreado. Siendo afirmativa la respuesta, la señora apuntó, sucesivamente, las letras de un alfabeto impreso, mientras yo anotaba las que correspondían a los tres golpes afirmativos.

Ni mi hermano ni yo conocíamos el nombre que nuestra amiga deseaba saber, así como ignorábamos los de sus difuntos padres, no había pronunciado ella el nombre en cuestión y nunca había visto al médium antes.

Describiré exactamente lo que pasó, cambiando sólo el apellido, por no tener autorización para publicarlo.

Las letras que anoté fueron: Y, R, N, E, H, N, O, S, P, M, O, H, T.

Una vez pronunciadas las tres primeras letras, Y, R, N, dijo mi amiga: *es un contrasentido, sería mejor volver a empezar*. Justo, en ese momento, su lápiz estaba en la letra E, y los golpes se dieron. Me vino una idea (había leído un hecho parecido, sin haber sido nunca testigo) y dije: –Ruego que continúe, pienso saber lo que esto quiere decir.

Cuando mi amiga acabó de deletrear, le presenté el papel. No tenía sentido alguno para ella. Hice una división después de la primera letra H, y pedí a la señora que leyese las dos partes, al revés. Con gran asombro suyo, surgió, correctamente escrito el nombre Henry Thompson, que era el de su hijo muerto, del que ella quería información. Justo por esa época, yo había oído hablar, hasta la saciedad, de la destreza maravillosa de la médium en apañar las letras del nombre que los visitantes engañados

esperaban, a pesar del cuidado que tenían en pasar el lápiz sobre las mismas, con perfecta naturalidad.

Esa experiencia (que garantizo en la exacta descripción detallada anteriormente) era y es, a mi modo de ver, la refutación completa de todas las explicaciones presentadas hasta aquí sobre los medios empleados para indicar, por golpes, los nombres de las personas fallecidas.

No espero que los escépticos, se ocupen de la ciencia o no, acepten tales hechos, de los que podría además citar gran número de mi propia experiencia, pero también, por su parte, no deben ellos esperar que yo o millares de hombres inteligentes, a quienes se han dado pruebas tan irrecusables, escojamos un corto y fácil modo de explicación. Permítanme que haga todavía algunas observaciones sobre las ideas falsas que gran número de hombres de ciencia han concebido, en lo que respecta a la naturaleza de estas investigaciones. Tomaré como ejemplo las cartas de su lector Dircks.

Parece que él considera como argumento contra la realidad de esas manifestaciones la imposibilidad de producirlas y mostrarlas a voluntad. Otro argumento es el de que no pueden ser explicadas por ninguna ley conocida. Pero, ni la catalepsia, ni la caída de los meteoros, ni la hidrofobia pueden ser producidas a voluntad, pero son hechos indiscutibles. El primero fue simulado en alguna ocasión, el segundo negado en otros tiempos y los síntomas del tercero muy exagerados, por eso ninguno de esos hechos fue definitivamente admitido en el dominio de la ciencia, y mientras nadie utilizará ese argumento para rechazar el ocuparse de ellos¹³.

Además de eso, es extraño que un hombre de ciencia motive su rechazo en examinar el espiritismo, en estar éste *en oposición a todas las leyes naturales conocidas, especialmente la de gravitación, y en contradicción abierta con la química, la fisiología humana y la mecánica*. Ahora bien, los hechos, si son reales, dependen de una o muchas causas, capaces de dominar o ir en contra del efecto de aquellas fuerzas diversas, exactamente como ellas van en contra o dominan a otras. Debería ser esto un fuerte estímulo para llevar a un hombre de ciencia a examinar el caso.

No pretendo el título de verdadero hombre de ciencia, hay muchos que merecen ese nombre y que no fueron considerados especialistas por su lector. Juzgo como tales al finado Dr. Robert Chambers, al profesor William Gregory, de Edimburgo, y al profesor Hare, de Filadelfia, lamentablemente muertos, así como al doctor Guilly de Malvern, sabio médico y al juez Edmonds, uno de los mejores jurisconsultos de Norteamérica, que realizaron más amplias investigaciones sobre el tema. Todos ellos estaban no sólo convencidos de la realidad de los hechos maravillosos, sino que aceptaban la teoría del espiritismo moderno *como la única que podría englobar todos los fenómenos y explicarles*. Conozco también a un fisiólogo, este todavía vivo, de elevada posición, que es al mismo tiempo, hábil investigador y fervoroso creyente.

¹³ Esto fue escrito en el siglo XIX. Hoy todos esos hechos son dominio de la ciencia (nota del editor).

Para concluir (aviso a Bersot), puedo decir que, a pesar de haber oído hablar de un gran número de embustes, nunca los descubrí, y si la mayor parte de los fenómenos extraordinarios son burlas, sólo podrían ser producidos por máquinas o aparatos ingeniosos, y estos todavía no han sido descubiertos. No exagero declarando que los principales hechos están bien establecidos ahora y son tan fáciles de estudiar como cualquier otro fenómeno excepcional de la naturaleza, cuya ley todavía no se conoce.

Son hechos de gran importancia para la interpretación de la Historia, llena de casos semejantes, así como para el estudio del principio de la vida y de la inteligencia sobre el que las ciencias físicas lanzan una débil e incierta luz. Creo firme y convincentemente que cada rama de la filosofía debe ser permitida, hasta que sea escrupulosamente examinada y tratada como constituyendo parte esencial de los fenómenos de la naturaleza humana.

Con todo respeto. Alfred R. Wallace”.

* * *

Es difícil precisar mejor la cuestión de lo que lo hizo el eminente naturalista. El nombre de Henry Thompson, que apareció letra por letra, en orden inverso, demuestra la intervención de una inteligencia independiente de los asistentes y replica victoriosamente la objeción de la transmisión por el pensamiento. Expliquemos lo que significa esta locución.

Cierto número de observadores, no pudiendo negar los fenómenos ni las respuestas inteligentes dadas por la mesa, pero rechazando categóricamente admitir una intervención espiritual, habían imaginado que los operadores emiten cierta cantidad de fluido nervioso, que, concentrado en la mesa, le comunica el movimiento.

“Es de destacar –dice uno de ellos– que las respuestas de las mesas no pasan de ser el eco de las respuestas mentales de los asistentes” y Chevreul todavía añade: “Es fácil concebir que una pregunta dirigida a la mesa pueda despertar, en la persona que la hace, un movimiento cerebral, y este, que no es más que el del fluido nervioso, pueda propagarse a la mesa, de ahí resulta que si el impulso fuese proporcionado, inteligente, la mesa lo repetirá”.

Haremos observar al eminente químico que el caso citado por Wallace está en oposición formal a su explicación. Suponiendo incluso, que la señora que evocaba al hijo hubiese evocado mentalmente su nombre, es imposible comprender como ese nombre se dictó en sentido contrario, sin ninguna duda, y, sobre todo, como la acción no cesó cuando la señora había declarado, a la tercera letra, que era inútil continuar, por no tener significado las letras presentadas. Se debe estar de acuerdo pues, que Chevreul no tiene éxito con sus *explicaciones*, muy cercanas a las de Bersot.

La transmisión del pensamiento es un fenómeno que se opera del magnetizador al magnetizado. En ciertos casos, el magnetizador no tiene necesidad de enunciar mentalmente su voluntad para hacerse obedecer, le basta pensar y el sonámbulo ejecuta la orden que recibió, o responde a la pregunta que se le hizo. Aquí puede imaginarse lo que ocurre. Se establece, por la acción magnética, una corriente fluídica entre los dos sistemas nerviosos, de manera que las vibraciones emanadas del cerebro del magnetizador impresionan, de manera sensible, al del magnetizado y hacen que surjan en su espíritu las mismas ideas del operador.

Tal es, por lo menos, la teoría presentada para este hecho notable.

En las mesas giratorias, sin embargo, no son las mismas condiciones. Si suponemos a muchas personas alrededor de la mesa, como dice Wallace, ¿cómo se establecerá el acuerdo entre los fluidos y las vibraciones de todos esos cerebros?

El de la señora que evocaba encontraba el fenómeno imposible, mientras que el de Wallace lo suponía posible: ciertamente, aquella supuesta explicación es inaceptable.

Como está muy divulgada la objeción de la transmisión del pensamiento, vamos a citar otros ejemplos que demostrarán lo absurdo de la misma cuando se quiere aplicar a las manifestaciones espíritas.

Cuenta Crookes, que en una sesión con Home, una regla pequeña, que se encontraba en la mesa, a poca distancia de las manos del médium, atravesó la mesa sola, vino, en plena luz, hasta él, y le dio una comunicación (así es como se llaman los mensajes de los espíritus), golpeando en una de sus manos.

“Deletreé –dice Crookes– el alfabeto, y la regla, cuyo extremo se encontraba en la mesa, golpeaba las letras necesarias. Los golpes eran tan nítidos, tan precisos, y estaba la regla bajo tan evidente influencia de un poder invisible que pregunté: –La inteligencia que dirige los movimientos de esta regla, ¿podría cambiar el carácter de esos movimientos y darme, a través de golpes en mi mano, un mensaje telegráfico en el alfabeto Morse?”

Tengo razones para creer que el alfabeto Morse era totalmente desconocido para los presentes, y yo mismo lo conocía poco. Apenas había pronunciado esas palabras, cambió el patrón de golpes y el mensaje continuó en la forma que se había solicitado. Las letras se daban rápidamente, de manera que se perdía alguna que otra palabra, y el mensaje se perdió. Sin embargo, vi lo suficiente para convencerme que al otro extremo de la regla había un buen operador de Morse, quienquiera que fuese”.

Aquí no hay ni sombra de transmisión de pensamiento, y desafiamos a Chevreul, Thury y a los demás a explicarnos lo que ocurre en este caso, si no hubiese intervención espiritual.

Un último hecho, igualmente probatorio.

“Una señora escribía, automáticamente, por medio de la cestita. Intenté descubrir el medio de probar que lo que ella escribía no era debido a la acción inconsciente del cerebro. La cestita afirmaba, como lo hace siempre, que, aunque se ponía en movimiento a través de la mano y el brazo de esa señora, la inteligencia que la dirigía era la de un ser invisible, que se valía del cerebro de la señora como de un instrumento de música y de esta forma le hacía mover los músculos.

Le pregunté a esa inteligencia:

–¿Puede ver lo que hay en este cuarto?

–Sí, escribió la cestita.

–¿Ve ese periódico y lo puede leer? –añadí, poniendo mi dedo en un ejemplar del *Times*, que estaba en una mesa, detrás de mí, pero sin mirar.

–Sí, dijo la cestita.

–Bien –dije yo–, si puede verlo, escriba ahora la palabra que está tapada por mi dedo, y le creeré.

Le cestita comenzó a moverse lentamente y con mucha dificultad escribió la palabra *honour* (*honra*), me volví y vi que esa palabra era la que estaba tapada por mi dedo.

Cuando realicé ese experimento, evité a propósito, mirar el periódico, y era imposible que la señora hubiese visto una sola palabra impresa, porque estaba sentada a la mesa, el periódico estaba en otra, detrás de mí, y mi cuerpo lo tapaba”.

Después de tan notables pruebas, si no se cree en la intervención de los espíritus, tendríamos que pensar en un rasgo de mala fe.

El testimonio de sabios como Crookes y Wallace es de un gran valor, porque sería difícil creer que esos grandes hombres se estuviesen divirtiendo, mistificando, como vulgares farsantes, a sus contemporáneos. Por otra parte, su sabiduría y el profundo hábito de experimentar, les aparta de cualquier acusación de credulidad.

Es necesario pues, concluir que ellos realmente vieron que los hechos eran bien reales y que los espíritus se manifiestan a los hombres. Si no temiésemos prolongar esta obra, citaríamos todavía un gran número de hechos, pero preferimos encaminar al lector deseoso de instruirse a los volúmenes publicados por esos sabios.

Las manifestaciones espíritas no se limitan al movimiento de las mesas. La experiencia reveló que los espíritus actúan sobre los hombres, de diferentes formas, para dictar sus comunicaciones. Pero, cualquiera que sea su forma de operar, es necesario que exista entre los asistentes un individuo que pueda ceder parte de su fluido vital. Los que tienen esa propiedad son los llamados médiums.

El más extraordinario entre los fenómenos espíritas es, indudablemente, el de la escritura directa.

Citémos a Crookes, como de costumbre:

“La escritura directa es la expresión empleada para designar aquella que no es producida por ninguna de las personas presentes. Obtuve, en muchas ocasiones, palabras y mensajes escritos en papeles marcados con mi sello particular y bajo la fiscalización más rigurosa.

Oía, en la oscuridad, al lápiz moviéndose en el papel. *Las precauciones preliminares que tomé fueron tan grandes que mi espíritu se convenció, como si hubiese visto formarse los caracteres.* Pero, por falta de espacio, me limitaré a citar los casos en que mis ojos y oídos fueron testigos de la operación. El primer hecho, es cierto, se realizó en una sesión oscura, pero el resultado no fue menos satisfactorio.

Yo estaba al lado de la médium, la Srta. Fox, no había más personas presentes, aparte de mi mujer y otras señora pariente nuestra. Yo aseguraba las manos de la médium con una de las mías mientras que sus pies estaban sobre los míos. Había papel en la mesa y en mi mano libre mantenía un lápiz. *Una mano luminosa* descendió del techo y, después de haber planeado cerca de mí por algunos segundos, cogió el lápiz de mi mano, escribió rápidamente en una hoja de papel, dejó el lápiz y, a continuación se elevó por encima de nuestras cabezas y, poco a poco, se perdió en la oscuridad”.

En este caso no puede existir ninguna negación, ni fuerza esténica o psíquica, porque la mano luminosa, que escribe directamente, no necesita a ningún intermediario. No es la primera vez que tales hechos se producen. El barón de Guldenstube publicó en 1857 un curioso libro titulado *La Réalité des Esprits et le phénomène merveilleux de leur écriture directe.* (*La realidad de los espíritus y el fenómeno maravilloso de su escritura directa*).

En ese libro, el autor cuenta como realizó ese experimento. Estaba a la búsqueda de una prueba, al mismo tiempo inteligente y palpable, de la realidad del mundo de los espíritus, para demostrar la existencia del alma con hechos irrefutables.

Colocó, pues, un papel de carta, blanco, y un lápiz en una caja, cerrándola con llave y no dijo nada a nadie. Para mayor seguridad, puso la llave en el bolso.

Esperó 12 días en vano, sin notar nada nuevo. Cuál no sería su sorpresa cuando, el 13 de agosto de 1856, vio algunos caracteres en el papel. No podía creer lo que veían sus ojos y repitió el experimento diez veces en el mismo día, para convenirse que no era juguete de una ilusión.

Contó a su amigo, el conde Ourches, el maravilloso descubrimiento. Lo experimentaron ambos, y después de varios intentos, obtuvo el conde una comunicación de su madre, muerta hacía veinte años. La escritura y la firma se reconocieron como verdaderas. Eso aparta cualquier interpretación sonambúlica del fenómeno.

Se ha dicho que los mensajes recibidos a través de ese proceso son, en su mayor parte, insípidos. Responde Oxon, profesor de la Facultad de Oxford: “En cuanto a

la inteligencia de los mensajes escritos fuera de los procesos comunes, no quiero saber si es no digna de aprecio, por el contenido de las comunicaciones. El escrito puede ser tan insensato como las críticas que se le hagan. Si no hay nada más tonto, eso favorece mi argumento. ¿Está o no escrito? Dejemos de lado los absurdos del pensamiento y atengámonos a los hechos.

Es lo que hacemos, teniendo en cuenta, no obstante, que esos escritos están lejos de ser algo tan ridículo como se pretende. A propósito de la escritura directa, escribe Oxon, sabio profesor, que la estudió durante cinco años: (cito textualmente al autor de *Choses de l'Autre Monde* (*Cosas del otro mundo*))

“Hace cinco años que me es muy familiar el fenómeno de la psicografía (escritura de los espíritus). Lo observé en un gran número de casos, con psíquicos (médiums) conocidos del público o con personas que poseían el don de producir ese resultado. En el curso de mis observaciones, vi psicografías obtenidas en cajas cerradas (escritura directa), en papel escrupulosamente marcado y colocado en una posición especial, donde no podía ser descolocado, en papel marcado y colocado en la mesa, en la oscuridad, en papel colocado bajo mi codo o tapado por mi mano, en papel, en un sobre cerrado y lacrado o en pizarras unidas y tapadas.

Vi escritos producidos también casi instantáneamente y esos experimentos me demostraron que esos escritos no eran siempre obtenidos por el mismo proceso.

Por lo que se ve, algunas veces, el lápiz escribe como si fuese conducido por una mano, o bien invisible, *o bien dirigiendo sus movimientos de manera visible*, el escrito parece producido por un acto instantáneo, sin ayuda del lápiz”.

Al de Crookes se une el testimonio de Oxon. Estos sabios, operando lejos uno de otro, llegan a los mismos resultados. Ambos afirman haber visto manos que han tomado los lápices y han escrito frases. ¿No hará esto reflexionar a los más incrédulos?

Veamos el testimonio de sabios de otras partes de Europa. Cuanto más mostremos el carácter universal de las manifestaciones de los espíritus, más valor tendrán a los ojos de los hombres de buena fe.

Zöllner, en Alemania, acaba de confirmar los experimentos de sus colegas y apoya su narración en autoridades como Fechner, Weber y Schreibner. Veamos el siguiente párrafo que Eugenio Nus, que lo tradujo directamente del alemán:

“En la noche siguiente –es Zöllner quien habla– viernes, 16 de noviembre de 1876, coloqué una mesa de juego con cuatro sillas, en una habitación donde Slade todavía no había entrado. Después que Fechner, el profesor Braune, Salde y yo colocamos las manos entrelazadas sobre la mesa, se oyeron golpes en ese mueble. Yo había comprado una pizarra, que firmamos, colocamos en ella un trozo de lápiz y Slade los puso en el borde la mesa. Mi navaja fue levantada, súbitamente, a la altura de un pie y volvió a

caer en la mesa. Repitiendo el experimento, se vio que el fragmento de lápiz, cuya posición fue marcada con una señal, quedó en el mismo lugar en la pizarra.

La pizarra doble, después de ser limpiada y provista de un lápiz doble, fue puesta por Slade sobre la cabeza del profesor Braune. Se oyó una raspadura y, una vez abierta la pizarra, se encontraron muchas líneas escritas. Una cama que estaba en la habitación, detrás de un biombo, se trasladó inopinadamente hasta quedar a dos pies de distancia de la pared y apartó el biombo. Slade estaba lejos de la cama y le daba la espalda, tenía las piernas cruzadas, lo que todos podían ver.

Se organizó inmediatamente en mi casa una segunda sesión, con Weber, Schreiber y yo. Se oyó un violento estallido, como la descarga de una botella de Leyde, nos volvimos, alarmados y el biombo se partió en dos pedazos, las piezas de madera estaban rotas, sin que hubiese contacto visible de Slade con el biombo, y los pedazos rotos yacían a cinco pies de Slade, que estaba de espaldas al biombo.

Nos asustamos con esa manifestación de una fuerza mecánica y pregunté a Slade lo que esto quería decir. Respondió que el fenómeno sucedía, a veces, en su presencia. Como él hablaba de pie, colocó un trozo de lápiz en la superficie pulida de la mesa, lo cubrió con la pizarra, comprada por mí y totalmente limpia, apretó la superficie con los cinco dedos abiertos de la mano derecha, mientras que su mano izquierda reposaba en el centro de la mesa. Comenzó la escritura en la superficie interior, y cuando Slade le dio la vuelta se encontró escrito en inglés lo siguiente: –No era nuestra intención hacer mal, perdonen lo que sucedió.

Mientras se producía la escritura, *las manos de Slade estaban inmóviles*”.

Estas pruebas son suficientes para establecer la existencia de la escritura directa. Ahora bien, en ese escrito, es necesario que alguien dirija el lápiz, y como ninguno de los presentes lo podía hacer, serán aquellos a quien se llama espíritus lo que lo hacen.

Justifica esa inducción que se hayan visto, muchas veces, a manos luminosas servirse del lápiz para trazar mensajes. No se permite, pues, la duda en cuanto a la causa de esas manifestaciones. Pero entonces, si los espíritus pudiesen agitar mesas pequeñas de un solo pie, si les fuese posible escribir haciendo ver sus manos, ¿Por qué no se harían visibles ellos mismos? Impresionado por estas consideraciones, Crookes constató espléndidos resultados que analizaremos en el capítulo en que tratamos especialmente de la mediumnidad.

Se ha debido notar que nos contentamos, hasta ahora, en referir los experimentos, sin darle cualquier tipo de explicación, y que no queremos debilitar su alcance con comentarios, que podrían dar lugar a crítica. Por más extraños y raros que puedan parecer esos fenómenos, hay una cosa cierta, evidente, y es que existen, ya que fueron comprobado por eminencias de Inglaterra, Alemania y América. Además de eso, en ningún caso se pueden atribuir a la intervención humana, porque se tomaron las necesarias precauciones para apartar esa eventualidad. Necesari-

riamente se producen por individualidades independientes de los operadores, en otras palabras, por los espíritus.

En un siglo de positivismo intransigente como el nuestro, tales revelaciones eran indispensables para confirmar la creencia en la inmortalidad. Desaparecida la fe con las religiones abandonadas, se hacía necesario el hecho brutal para restablecer la verdad. Hoy se impone a todos, a pesar de las negaciones interesadas del materialismo, triunfará sobre todos los obstáculos amontonados delante de ella.

Los fenómenos espíritas han sido tan ridiculizados que es útil insistir mucho en los hechos que obran en su favor. Los científicos de nuestro país, por tendencia natural o temor al ridículo, no se atreven a iniciar esas investigaciones. No tenemos la pretensión de convencerles, detallando los trabajos de sus colegas del mundo entero, pero si esa lectura les pudiese inspirar el deseo de comprobar lo que hay de verdadero o falso en tales aserciones, habríamos alcanzado nuestro objetivo.

Se ha pintado a los adeptos al espiritismo con tan absurdos colores, que mucha gente cree que se trata de enfermos o alucinados. Hay dificultad en presentar en público, a un partidario de Allan Kardec, como un buen burgués normal, cuando esto es fácil de comprobar, frecuentando la sociedad espírita. En lugar de rostros desfigurados, con los ojos brillantes de fiebre, se ve a personas honestas que experimentan tranquilamente y discuten los resultados obtenidos con tanta sangre fría y lucidez como en cualquier otro medio en que se estudie. Los prejuicios tienen un imperio tan poderoso sobre los hombres de todas clases, que no nos debemos asustar ante la vigorosa oposición, cuando traemos las manos llenas de ideas antagónicas a lo que generalmente se cree.

Ofrecemos la carta de un amigo de Crookes que describe perfectamente ese estado psicológico:

“No puedo –respondía al célebre químico– encontrar una respuesta razonable a los hechos que Vd. expone. Y es curioso que yo mismo, incluso con la tendencia y el deseo de creer en el espiritismo, con fe en su poder de observación y su perfecta sinceridad, experimente la necesidad de comprobar por mí mismo, y me es penoso pensar que necesito de muchas pruebas. Digo penoso, porque observo que no hay razones que puedan convencer a un hombre, a menos que el hecho se repita tantas veces, que la impresión pueda convertirse en un hábito del espíritu, un viejo conocimiento, una cosa conocida hace tanto tiempo que no se puede dudar más de ella.

Es una de las facetas curiosas del espíritu humano y los hombres de ciencia la poseen en alto grado, más que los otros, en mi opinión.

No debemos, por eso, decir que un hombre es desleal porque se resiste mucho tiempo a la evidencia. La vieja muralla de las creencias debe ser abatida a fuerza de golpes”.

Y esta también es nuestra opinión, y así se explica la persistencia con que reunimos el mayor número posible de documentos, para implantar la convicción en las almas sinceras. Si rechazan seguirnos en todas las consecuencias que obtenemos de la observación, al menos nada se podrá decir que nuestras creencias no tengan un punto serio de partida.

Los espiritistas no son fanáticos ni sectarios, no quieren imponer a quienquiera que sea la teoría que han deducido de la apreciación imparcial de los hechos. Si les demostrasen mañana que están en un error, abandonarían inmediatamente su manera actual de ver, para colocarse al lado de la verdad, porque su método es, sobre todo, el racionalismo.

Hasta ahora, sin embargo, consideran su doctrina la más probable y continúan enseñándola.

III

LAS OBJECIONES

En el experimento tan notable narrado por Crookes, en que quedó probado que la inteligencia que se manifiesta es capaz de leer una palabra desconocida para el médium y el experimentador, se puede ver la siguiente frase: “Una señora escribía automáticamente a través de la cestita”. Expliquemos esta nueva clase de mediumnidad.

Como ya dijimos, las primeras manifestaciones se dieron en Hydesville por golpes en las paredes, después se pasó a emplear la mesa, pero ese proceso era largo e incómodo, de manera que los espíritus indicaron otro. Una vez, uno de los seres invisibles que producía la manifestación ordenó al médium que tomase una cesta y le atase un lápiz, que los colocase sobre una hoja de papel blanco y pusiese las manos en el borde de la cesta, sin presionarla. Al seguir estas recomendaciones, con gran asombro de los asistentes se obtuvieron algunas líneas de un incipiente escrito. El fenómeno se reprodujo algunas veces más y luego desapareció.

Los espíritus, en vez de servirse de la mesa y responder con golpes o levantando el pie de la mesa, actuaban directamente sobre la cesta, con el fluido proporcionado por el operador. El proceso fue perfeccionado rápidamente, se vio que la cesta era sólo un instrumento, no importando su forma ni composición, y se construyó una pequeña placa de madera con un lápiz en su extremo.

De esta manera se obtuvieron verdaderas cartas dictadas por los espíritus, con tal rapidez como si lo hubiesen escrito directamente ellos. Más tarde se vio que la cesta o la placa eran simples accesorios, apéndices inútiles y el médium, tomando directamente el lápiz, escribió mecánicamente bajo la influencia de los espíritus. La facultad de escribir inconscientemente sobre los más diversos asuntos, ciencia, filosofía, literatura, etc., y empleando lenguas muchas veces desconocidas para el médium, tomó el nombre de *mediumnidad mecánica*.

A través de este nuevo método, las comunicaciones entre el mundo espiritual y el nuestro se hicieron más fáciles y rápidas, pero las personas dotadas de ese poder se encuentran con más dificultad que las que las obtienen a través de la mesa. Se comprobó, con la práctica, que todos los sentidos se podían prestar a las manifestaciones del más allá y por eso hubo médiums videntes, auditivos, sensitivos y otros.

Para un incrédulo, la mediumnidad mecánica está sujeta a las más graves objeciones.

Dejando de lado cualquier idea de embuste, puede creer que la acción de escribir automáticamente es debida a un modo de acción particular del sistema nervioso, a una especie de acción refleja de la inteligencia del médium, ejercida sin la fiscalización de la conciencia. Es verdad que esto es hipotético, pero esa teoría, ya bastante difícil de concebir, es inútil e inaceptable ante la experiencia de Crookes antes relatada. El médium escribiente no podía ver la palabra del *Times*, oculta por el dedo del ilustre químico, este no podía transmitir a la señora su pensamiento ya que ignoraba la palabra indicada. La intervención de una inteligencia extraña, manifestada a través de la señorita Fox es la única explicación posible.

El caballero de Mousseaux cuenta que se encontraba un día en casa de una familia donde acostumbraba a pasar las tardes y que ahí se hacía espiritismo en presencia de muchos sabios lingüistas. En esa época, sólo se conocían las comunicaciones por la mesa, pero el resultado no fue, por eso, menos convincente. Por ese proceso se obtuvo un dictado en lengua hebraico-siriaca, que nadie conocía, pero que, llevado a la Escuela de Lenguas Extranjeras, comprobaron que se trataba de un dialecto fenicio, empleado hace más de 2000 años en los alrededores de Tiro.

El señor de Mousseaux, muy escéptico al principio, se mostró convencido de la intervención de una inteligencia extraña a los asistentes, pero concluyó atribuyendo al diablo esas maravillosas manifestaciones. Nosotros, que no creemos ni en Satanás ni en los demonios, preferimos admitir que un espíritu se manifestó de ese modo para dar un testimonio brillante de la existencia del mundo oculto.

Nosotros fuimos testigos, en París, de una comunicación escrita en caracteres árabes por una persona que nunca salió de Francia, y cuya instrucción no deja lugar a suponer una falsedad. El mismo hecho se reprodujo de otra forma. Esta vez, el dictado de los espíritus fue realizado en dialecto italiano, en respuesta a una pregunta formulada en dicho idioma. Conviene saber que el médium no conoce ni el italiano ni el árabe.

A veces ocurre, que el espíritu comunicante, deseoso de hacerse reconocer, utiliza la misma escritura que tenía en vida y firma como acostumbraba a hacerlo. Si no hay siempre pruebas tan palpables, ya que es bastante raro, se comprueba muchas veces, en las comunicaciones de los espíritus, una sabiduría, visión elevada y tan sublimes pensamientos que no podrían emanar del médium, que comúnmente es un ser normal que no se distingue de sus semejantes por cualidades especiales.

Citamos aquí, a propósito, lo que dice Sarjeant Cox, distinguido jurisconsulto, escritor y filósofo de gran valía y, consecuentemente, buen juicio, dice Wallace, en materia de estilo. Dice aquel sabio haber oído a un empleado de oficina, sin conocimientos, sostener, cuando estaba en trance, una conversación con un grupo de filósofos sobre la presciencia, voluntad y fatalidad, y llevarles bastante ventaja.

“Le propuse –dice Serjeant– las más difíciles cuestiones de Psicología, y recibí respuestas siempre sensatas, llenas de vigor y expresadas invariablemente en un lenguaje escogido y elegante.

Un cuarto de hora después, ya en su estado natural, era incapaz de responder a la más simple cuestión filosófica y, con dificultad, conseguía encontrar las palabras para expresar ideas normales”.

Las facultades mediúmnicas menos sujetas a sospecha son, innegablemente, la vidente y la auditiva. Como su nombre indica, la primera consiste en el poder que tienen algunas personas de ver espíritus. En este caso, no hay dudas, porque si el médium describe la figura, vestidos y gestos habituales de un ser al que nunca vio, se reconoce que esa descripción es precisamente la del pariente muerto, en quien nadie pensaba. Es preciso admitir que la visión es real y que la personalidad descrita existe, positivamente, ante los ojos del médium.

Allan Kardec cuenta, en la *Revue Spirite*, que un tal señor Adrián poseía ese poder en su más alto grado. Conocemos también, en París, una comadrona, la Sra. R., que ve continuamente a los espíritus, hasta tal punto que le cuesta distinguirlos de los vivos. Aquí no se dejará de apuntar inmediatamente la gran palabra alucinación: es el refugio de los incrédulos y el caballo de batalla de todos los que combaten al Espiritismo. Pero atribuir los fenómenos a esa causa es conocerlos bien poco.

La alucinación es un hecho anormal que se produce, casi siempre, a consecuencia de accidentes patológicos o en los momentos que preceden o siguen al sueño, mientras que los médiums, que hemos citado, la visión de los espíritus es, por así decirlo, permanente. No se debe olvidar también que, ese estado enfermizo sólo puede presentar a la imaginación enferma escenas que nada tienen en común con la vida real, fenómenos puramente subjetivos, y que, en ningún caso, puede un alucinado dar la descripción exacta de una persona que nunca vio, para hacerla reconocer por sus parientes y amigos. Volveremos a esta cuestión en la quinta parte de esta obra.

Ya hemos citado muchos sabios que comparten nuestras ideas, nombres ilustres y respetados, para poder afirmar nuestra creencia en la inmortalidad del alma, sin temor a las burlas.

Buscamos colocar a la vista del lector ese majestuoso conjunto de testimonios para hacer patente, a aquellos que lo ignoran que el espiritismo es una ciencia, cuyas bases están bien asentadas en el momento actual. No se puede decir que sean vanas supersticiones, como hacían en otro tiempo, porque, si un error pudiese propagarse tan universalmente, si los hombres sabios, autoridades científicas y filósofos pudiesen, en todas partes del mundo y simultáneamente, ser víctimas de ellas, sería preciso convenir que existía un fenómeno más extraño que los hechos espíritas.

Además ¿Qué hay de tan extraordinario en creer en los espíritus? Todas las filosofías espiritualistas demuestran que tenemos un alma inmortal, las religiones lo enseñan por toda la superficie de la Tierra. Demostrando que esas almas se pueden manifestar a los vivos, parece natural que nuestra convicción se expanda, con rapidez, por el universo entero. Por medio de las mesas giratorias, de los médiums mecánicos y otros, podemos tener la convicción de que los seres que nos fueron queridos, los muertos que hemos llorado, están a nuestro lado y velan solícitos por nuestra felicidad, sustentándonos moralmente en la vida. Nada vemos ahí que pueda herir a la razón.

El Espiritismo tiene, ciertamente, muchos enemigos interesados en su perdición, de un lado los materialistas y de otro los sacerdotes de todas las religiones, de manera que sus infelices partidarios están entre la espada y la pared, para recibir duros golpes de todas partes.

Los materialistas tienen argumentos extraordinarios. No conciben la buena fe en sus adversarios y declaran que los fenómenos espiritistas son todos debidos a la mistificación o la prestidigitación. Para esos espíritus fuertes, sólo existen dos clases en el mundo: la de los engañadores y la de los engañados.

Ahora bien, compartiendo esa opinión, seremos necesariamente engañadores y nuestros médiums, vulgares charlatanes. Para que no se nos acuse de pintar intencionalmente el cuadro, podríamos citar numerosos artículos donde se pide nada menos que prisión para castigar las prácticas espiritistas. Algunos, dándose cuenta que el siglo no se presta mucho más a persecuciones brutales, hicieron vibrar otra cuerda: pretendieron que todos los adeptos a la nueva doctrina estaban locos y que solamente ellos poseían la sabiduría impecable. Se adjudicaron el derecho de sólo tener ellos sentido común y de esta forma nos maltratan en sus escritos, de la peor manera.

Daremos una muestra de esto, citando los artículos de Jules Soury, aparecidos en la *République Française* de 7-10-1879. El método del periodista es muy sencillo: consiste en negar sin pruebas, como siempre, en proceder por afirmaciones sobre los asuntos en litigio y en insinuar que los espíritas, incluso los más autorizados sabios, padecen de manías irrazonables, dada su avanzada edad, que no les permite juzgar correctamente lo que ocurre ante sus ojos. Oigamos esta ópera prima de la mala fe:

“Él (Zöllner) precisamente hizo acompañar por Weber y Fechner las experiencias que cree haber tenido con Slade. Nunca se olvida de citar a esos ilustres sabios, como testigos de esas experiencias, y de hecho, el testimonio de ellos no dejaría de tener peso, ¡si uno no tuviese 66 años y el otro 79!”

Y de esta forma, esos hombres venerables, cuyos cabellos han encanecido en la investigación de la verdad, son declarados ineptos para pronunciarse en una cues-

tión científica, porque habían tenido la mala suerte de desagradar a Soury. Se podría decir que nuestro periodista, que no es sino una mezquina personalidad al lado de esos grandes nombres, descubrió el medio de conocer a qué edad precisa se razona y en qué otra se pierde la capacidad de razonar.

Nunca se habría creído, leyendo lo anterior, que se necesitase alcanzar los sesenta y seis años para volverse idiota. Realmente es ridículo recurrir a tales argumentos para combatir una idea.

Nuestro crítico no se contenta con suprimir moralmente las ilustraciones que le molestan. Llama a Zöllner loco lúcido y declaró que el profesor Ulrici padece de manía. Uno se pregunta si, leyendo tales absurdos, no se está soñando y se encuentra más inclinado a examinar el estado mental de Jules Soury que a estigmatizar sus procesos de polémica.

Si Jules Soury se limitase a decir semejantes cosas, se podría ser condescendiente con él, porque el buen sentido público hace justicia a esas locuras, pero él va más lejos y trata al médium Slade como un vulgar explotador. No podemos dejar pasar esto sin protestar enérgicamente. Vamos a citar algunos párrafos de un artículo de Fauvety y de la Sra. Cochet, muy bien escritos, donde se dejan al desnudo los artificios de nuestro crítico:

“No duda en presentar a Slade, en Francia, como un refinado bellaco. Veamos las pruebas que aporta. Cree haber denunciado a la perspicacia de vuestros lectores que Henry Slade es muy alto, con brazos largos, manos largas, dedos largos. Se extiende con placer sobre su palidez de espectro, sus ojos brillantes, su risa silenciosa. De manera que ese retrato recuerda al del lobo de Caperucita Roja o al Mefisto de Fausto. Las personas imaginativas hasta le pondrán garras al extremo de esos larguísimos miembros, y los espíritus positivos supondrán que se trata de un don que debe ayudar mucho las agilidades del pase de un prestidigitador.

A eso se llama proceder por insinuación. Muy hábil, señor, pasemos.

Recuerde el proceso intentado contra Slade en Inglaterra, en octubre de 1876. Ahí tiene otra prueba de habilidad, sabiendo que existe la inclinación de convertir un acusado en culpable.

Pero todas sus investigaciones no le sitúan en la pista del embuste. La acusación es pueril y no se basa en ningún dato positivo, ya que la defensa llevó al tribunal a los hombres más notables de Inglaterra y, principalmente, aquel a quien usted mismo llama el emulador de Darwin, Alfred Wallace. Otro loco lúcido.

No insistiré en ese proceso que acabó, en la Corte de Apelación, con una absolución.

Le sigo, ahora, a Berlín.

En Berlín, Slade tuvo a su favor a todos los sabios. ¿Y contra quien? Un prestidigitador que imita lo que usted llama “las ligerezas de Slade”.

La afirmación es muy vaga, por primera vez toca la cuestión de saber si “*si o no, Slade usa medios materiales para producir los fenómenos que dice son debidos a una causa extraña*”. Aquí es necesario dar todos los detalles para esclarecer la opinión. ¿Tendrán más peso que las ocho largas columnas en las que amontonó insinuaciones contra Slade, *sin presentar un solo hecho*?

Es importante saber en qué condiciones se colocó Hermann para imitar los “pases”, si los reprodujo todos o sólo algunos, si operó en su casa o en un lugar preparado, es decir, si sometió a la fiscalización de los asistentes lo que Slade experimentó. Y no dijo una sola palabra sobre tan importantes circunstancias. Eso sí, dice con la mayor inconsecuencia: “El médium encontró, realmente, un compadre en Bellanchini, prestidigitador de la corte, que declaró ante notario, que Slade no era un cofrade, sino un sabio”.

Nos preguntamos en que pruebas se basa usted para acusar tan ligeramente a Bellanchini de compadreo, es decir, de bellaquería. Si está seguro de su complicidad, hay que apoyarlo en hechos, proporcionar pruebas. Si, por el contrario, hace una afirmación gratuita, está de más el tono afirmativo y los lectores pueden exigirle que las presente. Eso también se aplica a esta otra afirmación: “Las repuestas escritas son de la mano de Slade”. Está bien dicho, pero olvida sólo un detalle: *la prueba*”.

Así suelen proceder los detractores del espiritismo. Afirman sin pruebas, hechos de ninguna forma demostrados, y parten de esas afirmaciones falsas para extraer consecuencias contra la doctrina. Tal modo de actuar denota una idea preconcebida o ignorancia del tema. Nos inclinamos a creer que ahí predomina la pasión, porque cuando se propone a nuestros Aristarcos que se produzcan los fenómenos delante de ellos, se evaden prudentemente para no inclinarse ante la evidencia.

Fue lo que ocurrió con Jules Soury: le invitaron a una sesión espírita y lo rechazó obstinadamente¹⁴.

Entre las objeciones, que nunca dejan de ser dirigidas a los espíritas, se encuentra la siguiente: —¿Por qué, si los fenómenos que producís son reales, no podéis obtenerlos cuando queráis ante los incrédulos?

La respuesta es fácil. Se comprobó experimentalmente que, para tener comunicaciones con los espíritus son necesarias varias condiciones: 1º.- Es necesario que exista un médium. 2º.- Es preciso que su facultad corresponda al tipo de manifestación que se pide. Así, el médium de evocación por la mesa no será el mismo del de la escritura, así como puede suceder que el médium vidente no sea auditivo.

¹⁴ Un moderno emulador de Soury, Paul Heuzé, empleó los mismos procesos y tuvo la misma actitud. Se le pueden aplicar las mismas respuestas.

Hay personas privilegiadas que reúnen muchas facultades en alto grado, como Home y Slade, pero entre esos favoritos, la mediumnidad no es constante, y se ve sometida a fluctuaciones e incluso a suspensiones que les retiran todo su poder. De manera que, para convencer a un incrédulo, no basta tener un médium, es necesario saber si estará en buenas condiciones para servir de intermediario a los espíritus. Se ignoran todavía cuales son las leyes que dirigen esa especie de flujo y reflujo de la mediumnidad, pero creemos que es posible atribuir las a dos causas: o a la salud física del médium o a los espíritus, que no pueden o quieren manifestarse.

Se puede observar en médiums poderosos, como Florence Cook, Home y Slade, después de las sesiones espíritas de manifestaciones, un consumo de fuerzas que les producía malestar y desfallecimientos, y que no les permitía dar más sesiones por mucho tiempo.

Ese estado de postración se parece a las intermitencias que se observan en la videncia de los sonámbulos. El célebre Alexis, que conquistó tanta fama, confiesa que, por varias razones, su facultad le abandonó durante algunos días, sin que pudiese dar con las razones de este hecho.

Hay que considerar también que los espíritus son seres como nosotros, sometidos a leyes que no pueden contrariar a voluntad y que tiene, además, su libre albedrío en virtud del cual no están obligados nunca a responder a nuestra llamada.

Una queja que vemos formular a menudo es precisamente lo absurdo que existe en creer que filósofos como Sócrates, físicos como Newton o poetas como Corneille sean forzados a venir a conversar con media docena de pazguatos alrededor de una mesa. Sería ridículo tal hecho. La doctrina espírita enseña, por el contrario, que los espíritus pueden responder a nuestras evocaciones, pero que sólo lo hacen cuando lo consideran necesario.

Si los experimentadores sólo buscan en las prácticas espíritas una diversión pueril, pueden estar seguros que serán víctimas de espíritus farsantes, los que les contarán toda clase de disparates posibles, y además bajo el señuelo de los nombres más ilustres.

En general, se ignora que el mundo de los espíritus está compuesto de los más diversos elementos. Así como en la Tierra encontramos inteligencias en todos los grados de desarrollo, también en el mundo espiritual, que es el nuestro con un cuerpo de menos, hay individualidades elevadas al lado de espíritus muy atrasados.

Podemos pues, obtener dictados espíritas, que varían de elevación moral conforme el ser que los produce. El nombre de un espíritu es de una importancia secundaria, lo que importa considerar son las ideas emitidas. Si la enseñanza es grandiosa, predica el amor a nuestros semejantes, si nos hace comprender las leyes

morales, emana de un espíritu elevado, si la comunicación encierra ideas vulgares, enunciadas en términos impropios, el espíritu está poco adelantado.

Todas esas observaciones fueron realizadas en múltiples ocasiones por Allan Kardec en sus libros y en la revista que dirigía, pero nuestros contradictores nunca se tomaron el trabajo de leerlas, por lo que estamos obligados a recapitularlas.

Los observadores serios, deseosos de saber lo que existe de verdad en el espiritismo, se han sometido a todas las condiciones indispensables para el buen éxito de la experiencia. Lejos de exigir pruebas convincentes desde la primera sesión, se han familiarizado lenta y metódicamente con todas las fases del fenómeno. Barkas estuvo a la expectativa 10 años, Crookes 6, Oxon, 8. Por el estudio atento de los hechos se habían habituado a las singularidades aparentes de las manifestaciones, buscando las causas capaces de producirlos, y después de reunir una gran cantidad de observaciones, en diferentes medios, hicieron la síntesis y se decantaron finalmente por la existencia e intervención de los espíritus.

Sabemos que semejante estudio pide mucho tiempo y un ardiente deseo de conocer la verdad, que, por eso, no está al alcance de todos. Los propios sabios no siempre tienen la valentía de seguir realizando intentos que les pondrán en contradicción con sus colegas y les acarrearán muchos disgustos. Por eso, en vez de un informe serio y adaptado a las circunstancias, la Academia de Ciencias admitió, como explicación de los fenómenos espíritas, los movimientos del peroneo.

Parece que ese músculo, cercano al tobillo, tiene la propiedad de chasquear, lo que hizo que Schiff pidiese a Jobert de Lamballe que comunicase a la Academia ese luminoso descubrimiento. Los doctores Velpau y Cloquel estuvieron de acuerdo inmediatamente y confirmaron en hecho. Quedó demostrado por la ciencia oficial que, cuando los golpes responden a una pregunta mental, no son los espíritus los que producen esos ruidos, sino el largo músculo peroneo que hace de las suyas. Si obtuviese, como Crookes, el nombre de una palabra oculta por el dedo, es siempre el largo peroneo, porque no sólo estalla y chasquea, sino que también está dotado de doble visión.

Si los espíritas han sido acusados, en ocasiones, de fantasiosos, confesamos que los sabios, en asamblea, son capaces de imaginar situaciones más graciosas que todas las que pudiésemos inventar. Nada tan cómico como emitir algo muy seriamente cuando no le acompaña la razón. El genial descubrimiento de los señores Schiff y Jobert de Lamballe fue maravilloso para que sus contemporáneos se desternillasen de risa.

Fue la única vez que el espiritismo se presentó a la ilustre reunión, y ésta debe conservar un especial recuerdo.

Continuemos con el examen de las críticas al espiritismo. Se ha hecho la siguiente pregunta: –suponiendo que el espiritismo sea verdad, ¿por qué los espíritus para manifestarse necesitan una mesa y un médium?

Sería absurdo suponer que un espíritu esté obligado, para darnos instrucciones y consejos, a alojarse en el pie de una mesa o de una silla o similar, porque se verían privados de comunicaciones aquellos que no dispusiesen de estos muebles, además no tienen ellos una virtud especial que pueda legitimar tal poder.

Es necesario familiarizarnos con la vida de los espíritus y su modo de operar, para comprender lo que ocurre con la tiptología.

Los espíritus han existido siempre, pues son ellos quienes, a través de la reencarnación, pueblan la Tierra. También siempre han ejercido influencia sobre el mundo visible por manifestaciones físicas e inspiraciones dadas a los hombres. Los pensamientos inspirados en el cerebro del encarnado no dejan rastro, pero, si los invisibles quieren mostrar su presencia de manera ostensiva, se sirven de un médium, que les presta el fluido necesario, y pone en movimiento el primer objeto que se les presenta, mesa o silla, para indicar su presencia. La mesa no es condición indispensable para el fenómeno, pero se sirven de ella los espíritus, eso es todo. El médium es necesario porque sin su acción no se puede producir nada, pero es un simple intermediario, muchas veces inconsciente, y no tiene otro mérito que el de su docilidad.

Una causa de asombro a los que conocen poco los principios de la doctrina espírita es que los espíritus no responden siempre cuando se les interroga sobre el futuro o cuando les presentan cuestiones relativas a la solución de ciertos problemas científicos.

Las preguntas que se oyen a cada instante prueban una ignorancia completa de la misión de los espíritus y del fin de sus manifestaciones. Toda petición de índole puramente personal o egoísta no recibe respuesta alguna y, si aparece alguna, proviene de los espíritus farsantes, que buscan engañarnos. No es preciso decir que los espíritus serios y adelantados son excepción, porque si así no fuese, nuestro mundo sería más perfecto.

En el espacio hay seres que nos rodean y que se interesan por nuestra vida y buscan, frecuentemente, divertirse a nuestra costa, cuando perciben que la codicia u otros propósitos parecidos son los únicos móviles de un consultante. Utilizan mil tretas, de las que el imprudente es víctima. Observamos con lástima a aquellos que en el espiritismo sólo buscan objetos perdidos, piden consejos sobre su posición material o intentan descubrir tesoros ocultos.

La ciencia espírita tiene un fin más noble y grande. Su principal objetivo es demostrar la existencia del alma después de la muerte, si se alcanzase sólo ese

resultado, las consecuencias resultantes, bajo el punto de vista moral y social, ya serían considerables. Pero no se limitan a eso sus beneficios. Nos proporciona informaciones ciertas sobre la otra vida, nos permite comprender la bondad y justicia de Dios, nos da la explicación de nuestra existencia en la Tierra, en una palabra, es la ciencia del alma y de su destino.

Esto nos lleva a hablar de las instrucciones de los espíritus superiores, a quienes llamamos guías. Ya han desvelado a nuestros ojos una gran parte de los misterios que encubrían el futuro, más allá de la muerte, iniciándonos en los esplendores de la vida espiritual y haciéndonos entrever las grandes leyes que dirigen la evolución de las cosas y de los seres hacia destinos más elevados. Pero no nos pueden decir todo, porque entonces no existiría ningún mérito por nuestra parte, y como nuestras adquisiciones espirituales deben ser el resultado de nuestros esfuerzos, no les está permitido revelarnos todo lo que saben.

Por otra parte, es evidente la necesidad de proporcionar la enseñanza, de conformidad al adelantamiento de los hombres. ¿Qué diríamos de un profesor que quiera enseñar cálculo integral a un niño de diez años? Que estaba loco, porque es necesario que ese niño aprenda antes, las diferentes partes de la matemática, que, por secuencia lógica, le llevaran hasta esta parte. De la misma forma, los espíritus sólo nos pueden revelar progresivamente las verdades que conocen, según nos vamos haciendo más aptos para comprenderlas.

Han dado, sin embargo, a través de comunicaciones, las más altas ideas a que han llegado las deducciones modernas. Allan Kardec pregonaba la unidad de la fuerza y la materia en una época en que esas nociones estaban lejos de ser admitidas por la ciencia oficial. Nuestros guías nos prometen para un futuro revelaciones aún más grandiosas y es por ello que, esperanzados por lo que nos han anunciado, esperamos con paciencia, nuevos descubrimientos en el futuro.

Juzgan un argumento decisivo contra los espíritas, no tener los espíritus de diferentes países la misma opinión sobre un gran número de puntos: unos admiten la reencarnación, mientras que otros la rechazan, unos son católicos, otros protestantes. Se basan en esto para afirmar que las comunicaciones pueden ser el reflejo del espíritu de los médiums, según el punto de vista de cada uno, como dice Dassier.

Ya hemos combatido esa forma de pensar y demostramos que, cuando la influencia espiritual se ejerce, son inteligencias extrañas al médium las que producen el fenómeno. Además nos dicen que han vivido en la Tierra no una, sino muchas veces. No existe nada razonable para dudar de esa afirmación, tanto más cuando corrobora un sistema filosófico totalmente lógico. La pluralidad de las existencias del alma concilia todas las dificultades que las religiones actuales no pueden resolver, por eso adoptamos esa forma de ver las cosas.

La reencarnación es una ley sin la que no se podría comprender la justicia divina. Es confirmada por millares de seres, que muestran en su razonamiento y estilo, un grado avanzado de avance espiritual. Debemos concluir que los espíritus que no comparten esas ideas son almas atrasadas, que llegarán a la verdad más tarde.

En la Tierra, incluso en un país civilizado como el nuestro, pocos hombres conocen las enseñanzas de la ciencia.

Si nos situamos en la vía pública, paramos a veinte transeúntes y examinamos sus conocimientos, dieciocho por lo menos –podríamos asegurar– serían incapaces de dar una explicación exacta sobre las diferentes funciones de la digestión. ¿Y existe un fenómeno más habitual y frecuente que este? Ahora bien, si la multitud está tan poco instruída sobre lo que más le importaría saber, con más razón descuidará los complicados problemas de los que depende la vida espiritual.

El mundo de los espíritus es absolutamente igual al nuestro y por eso no nos debemos asombrar de las divergencias en las comunicaciones. Lejos de aceptar todas las ideas que nos llegan a través de los médiums, conviene pasar por la criba de la razón las teorías que nos presentan, y rechazar, sin dudar, las que no estén de acuerdo con la lógica.

Dios colocó en nosotros esta antorcha divina que nada debe extinguir, y es un sagrado derecho creer tan sólo en aquello que comprendemos nítidamente. Por eso, el espiritismo, tan bien resumido en las obras de Kardec, responde a las aspiraciones de nuestra época, y de ahí su rápida propagación en el mundo.

Un escritor positivista, Dassier, tuvo la pretensión de liberar al hombre de lo que él llama “las enervantes alucinaciones del espiritismo” después de prometer tanto, esperábamos una refutación en regla de todos los argumentos espíritas, pero nos encontramos delante de una reedición disfrazada de viejos agravios: charlatanismo, superstición, etc. Dassier, mientras, da un paso al frente, consiente en creer que es una realidad lo que llamamos periespíritu, le denomina duplo fluídico, personalidad póstuma o mesmeriana, y le atribuye los más amplios poderes.

Ese autor reunió documentos notables, que prueban que el hombre está duplicado y que, en ciertas circunstancias, se puede producir una separación entre los dos principios que lo componen.

Volveremos a este estudio en los capítulos siguientes. Destaquemos solamente el proceso de Dassier que, combatiendo nuestras doctrinas, reconoce sin embargo la exactitud de los hechos afirmados por Allan Kardec y la buena fe de los médiums. Cree explicar todo por la hipótesis de la transmisión del pensamiento y de la supervivencia temporal de la individualidad. Según él, en el momento de la muerte, la fuerza vital no se destruye. Lo que formaba el duplo fluídico puede vivir

todavía algún tiempo, pero se va dividiendo a medida que los elementos que lo constituyen van a unirse a sus similares en la naturaleza.

Para rechazar esta doctrina, basta decir que tenemos millares de comunicaciones que nos afirman lo contrario. Además, el autor se limita a exponer su opinión, sin proporcionar ninguna prueba. Aprovechó a su favor, parte de las teorías teosóficas, que admiten también que los hombres no tienen todos en el mismo grado, la posibilidad de alcanzar la inmortalidad.

Todos esos sistemas prueban el progreso en relación al materialismo puro, pero no pueden satisfacer a aquellos que no se limitan a nociones vagas y que exigen datos positivos donde asientan sus convicciones.

Han buscado comparar al médium escribiente a un sonámbulo lúcido. Se sabe, en efecto, que el magnetizador puede, en ciertos casos, hacer que el paciente ejecute los movimientos en los que piensa, sin ser obligado a enunciar, oralmente, su voluntad. No se puede establecer cualquier analogía entre ese hecho y la mediumnidad. En las experiencias espíritas el médium no duerme y el evocador es, muchas veces, ignorante de las prácticas magnéticas. El pensamiento del consultante no podría, pues, producir los efectos verdaderamente notables que se observan.

Además de eso, el médium mecánico puede mantener una conversación, mientras su mano escribe automáticamente, estando él intelectualmente en estado normal. No es posible comparar ese estado con el sonambulismo natural o provocado.

La Iglesia entró en guerra con el espiritismo, porque destruye la creencia en el infierno, y, en consecuencia, en las penas eternas. Mina la teoría del pecado original y convierte en un Dios bueno y misericordioso a la divinidad vengativa y cruel de los sacerdotes. La filosofía espírita no se apoya en la fe, sino en las luces de la razón, y para combatir el dogma se basa en la observación científica.

Por eso se puede adivinar la acogida que tiene. Recordemos la historia del arzobispo de Barcelona, haciendo quemar los libros de Allan Kardec bajo el pretexto de brujería. Ese proceso renovado de la Inquisición muestra muy bien lo que sería de los espiritistas, si se tuviese el poder de destruirlos. En Francia, la inmunidad del clero no va tan lejos. No existe la hoguera, pero los sacerdotes no dejan de pregonar en contra de nuestra doctrina, que dicen estar inspirada por Satanás.

Esas calumnias no ejercen ninguna influencia sobre nosotros, porque hace mucho tiempo que no creemos más en un dios del mal. Ese sombrío genio, inventado por la casta sacerdotal a fin de atemorizar a los pueblos infantiles de la Edad Media, hoy ya no está de moda y sus calderas vengativas se apagan ante las luces del progreso. Tenemos una idea muy elevada de la divinidad para saber que no pudo crear seres eternamente dedicados al mal. Además, el antiguo concepto del

infierno está desmentido por el testimonio cotidiano de los espíritus, ese concepto pues, no nos puede influenciar de manera alguna.

Pero, aceptemos, por un instante, la idea católica y supongamos que el espíritu del mal ronde alrededor de nosotros –*quaerens quem devoret (buscando a alguien para devorarlo)*– deberíamos reconocer al árbol por sus frutos y mantenernos en guardia contra sus sugerencias. ¿Pregona el odio, la envidia o la cólera? ¿Nos incita a satisfacer nuestras pasiones?

No. Los espíritus enseñan la fraternidad, el perdón de las injurias y la mansedumbre con amigos y enemigos.

Nos dicen que el camino único de la felicidad es el del bien y que los sacrificios agradables al Señor son los que hacemos a nosotros mismos. Nos exhortan a vigilar cuidadosamente nuestros actos para evitar las injusticias, nos recomiendan el estudio de la naturaleza y el amor a nuestros semejantes, como el único medio de elevarnos rápidamente para un futuro más brillante.

Lejos de decirnos que la salvación es personal, nos hacen plantearnos la felicidad de nuestros hermanos como la meta superior donde deben dirigirse nuestros esfuerzos. Sitúan la felicidad suprema en la más sublime fraternidad, la del corazón.

Si fuesen estos los procesos empleados por Satanás para pervertirnos, habría que reconocer que se parecen extrañamente a los que Jesús empleaba para reformar a los hombres, y el ángel de las tinieblas llevaría mal su negocio, recomendándonos en sus comunicaciones la virtud a través de una moral austera.

Si nos es imposible creer en la legión de los condenados, no quiere esto decir que los malos gocen de impunidad. En *El Cielo y el Infierno*, Allan Kardec describió el sufrimiento de los espíritus infelices, y si ese infierno no existe, no por ello dejan las almas perversas de sufrir terribles castigos. Pero esas penas no serán eternas. Dios permite al pecador abreviarlas, dándole la facultad de rescatarlas por expiaciones proporcionales a las faltas. Por eso diferimos de todos los dogmas y nuestra esperanza se funda en la justicia y bondad infinita del Creador. No podemos suponer que Dios sea más cruel con nosotros que un padre con hijo arrepentido, y esa esperanza retira de nuestros corazones el pensamiento punzante de una desesperación eterna.

¿Qué nueva luz trae el espiritismo? No hay más inseguridad sobre nuestro futuro, el más allá misterioso, velado bajo las ficciones de las religiones, aparece en toda su realidad.

No hay más infierno ni más cielo, sino la continuación de la vida, que prosigue en el tiempo y en el espacio, eterna como todo lo que existe. La perenne ascensión para destinos más elevados, esta es la verdadera felicidad. Lejos de acreditar en una beatitud ociosa, colocamos la ventura en una actividad incesante y en el conocimiento cada vez más perfecto de las leyes universales.

Echemos una mirada sobre los beneficios que el hombre ha tenido con el progreso de las ciencias, comparemos el bienestar material que actualmente goza con las condiciones miserables de su vida hace cien años, y se comprende que, si tales revoluciones son posibles en el dominio físico, no serán más que pobres avatares al lado de los esplendores que nos promete la evolución moral para el infinito.

¡No hay más dogmas, no hay más cosas incomprensibles, sino una armonía sublime que se revela en los mejores detalles de esa inmensa máquina que se llama el universo! Y la satisfacción profunda por percibir cual es, en suma, nuestra finalidad en la Tierra es el resultado del estudio atento de las manifestaciones espíritas. Para comprender mejor el carácter y alcance científico del espiritismo, vamos a resumir en algunas palabras los puntos principales sobre los que se apoya, enviando los libros de Allan Kardec los lectores deseosos de estudiar más profundamente esta creencia.

El espiritismo enseña, en primer lugar, la existencia de Dios, motor inicial y único del universo, en Él se resumen todas las perfecciones, llevadas al infinito. Él es eterno y todopoderoso.

Nadie le puede conocer en la Tierra, pero todos experimentan Sus leyes. Nuestro entendimiento es todavía débil, para elevarnos hasta esas sublimes alturas, pero no dice la razón que Él existe, y los espíritus, mejor situados que nosotros para que aprecien su grandeza, se inclinan con respeto ante Su majestad infinita.

Nos falta desarrollo intelectual para abrazar, en toda su extensión, esa grandiosa noción de divinidad, pero tendemos hacia ella como la luciérnaga hacia la luz.

El deseo de conocer desarrolla en los corazones las aspiraciones más nobles y, más tarde, desprendido de la materia, gravitando hacia la perfección, el espíritu tendrá una idea más elevada del Omnipotente, de la que presenta hoy y que conocerá algún día.

Se acabó el tiempo en que se concebía a Dios como una potencia implacable y vengativa, condenando eternamente al hombre por la falta de un momento. La sombría divinidad bíblica no planea más sobre nosotros como una amenaza perpetua, no es más el Jehová terrible que ordenaba degollar a los que no creían en Él y que hacía doblarse a millones de hombres al soplo de su cólera, como un cañaveral batido por la tormenta furiosa.

El Dios moderno nos aparece como la expresión perfecta de toda ciencia y virtud. Su inteligencia se manifiesta en el admirable conjunto de las fuerzas que dirigen el universo, Su bondad por la ley de reencarnación, que nos permite redimir las faltas con expiaciones sucesivas y elevarnos gradualmente hasta Su infinita majestad.

¡El Dios que comprendemos es la infinita grandeza, el infinito poder, la infinita bondad y justicia! ¡Es la iniciativa creadora por excelencia, la fuerza incalculable,

la armonía universal! Se sitúa encima de la Creación, la envuelve con Su voluntad, la penetra con Su razón y gracias a Él los universos se forman, las masas celestes ruedan sus esplendores en las profundidades del vacío, y los planetas gravitan en los espacios formando radiantes aureolas alrededor de los soles. Dios es la vida inmensa, eterna, infalible, es el comienzo y el fin, el alfa y el omega.

El espiritismo enseña, en segundo lugar, la existencia del alma, es decir, del *yo* consciente, inmortal y creado por Dios.

Ignoramos el origen de ese *yo*, pero, cualquiera que sea, creemos que Dios hizo a todos los espíritus iguales y les dotó de facultades iguales para llegar al mismo fin –la felicidad. Nos dio, a la vez que la conciencia, el libre albedrío, que nos permite acelerar más o menos nuestra evolución para destinos superiores. Sabemos que el alma del hombre existía antes que su cuerpo y que éste podría no haber existido, que la naturaleza entera podría no existir sin que esto alcanzase al alma, en resumen, es inmaterial e indestructible.

El *yo* consciente es el que adquiere, a través de la voluntad, todas las ciencias y todas las virtudes, que le son indispensables para elevarse en la escala de los seres. La creación no está limitada a la débil parte que nuestros instrumentos nos permiten descubrir, es infinita en su inmensidad. Lejos de considerarnos como habitantes exclusivamente del pequeño globo, el espiritismo demuestra que debemos ser los ciudadanos del universo.

Vamos de lo simple a lo compuesto. Partiendo de un estado rudimentario, nos elevamos, poco a poco, a la dignidad de seres responsables. A cada conocimiento nuevo, podemos entrever horizontes más amplios y experimentamos una felicidad mayor. Lejos de situar nuestro ideal en una ociosidad eterna, creemos, al contrario, que la suprema felicidad consiste en la actividad incesante del espíritu, en su conocimiento cada vez mayor y en el amor que se desarrolla en proporción que avanzamos en el arduo camino del progreso. ¡El amor es el motor divino que nos arrastra hacia ese foco radiante que se llama Dios!

Se comprende que esas ideas nos obliguen a admitir la pluralidad de existencias, es decir, la ley de la reencarnación. Cuando se piensa, por primera vez, en la posibilidad de vivir un gran número de veces en la Tierra en cuerpos humanos diferentes, la idea parece muy extraña.

Sin embargo, cuando se reflexiona en la suma enorme de adquisiciones que debemos poseer para vivir en Europa, en la distancia que separa el salvaje del hombre civilizado y en la lentitud con la que se adquiere un hábito, se dibuja con más claridad la evolución de los seres y se conciben las vidas múltiples y sucesivas, como una necesidad impuesta al espíritu, tanto para adquirir o saber como para rescatar las faltas que se hayan podido cometer anteriormente.

La vida del alma, bajo este punto de vista, demuestra que el mal no existe, o mejor dicho, que somos nosotros los que lo creamos, en función de nuestro libre albedrío.

Dios establece leyes eternas que no debemos trasgredir, pero si no nos conformamos con ellas, nos deja la facultad de redimir, a través de nuevos esfuerzos, las faltas o los crímenes cometidos. Así, de esta forma, los espíritus, ayudándose unos a otros, llegan a la felicidad, que es la meta de todos los hijos de Dios.

Nuestra filosofía enriquece el corazón. Considera a los infelices y desheredados del mundo como hermanos a quien debemos socorrer. Pensamos pues, que una simple cuestión de tiempo separa a los más embrutecidos salvajes de los hombres geniales de las naciones civilizadas. Lo mismo ocurre bajo en punto de vista moral, y los monstruos como los Nerones o Calígulas pueden llegar al mismo nivel de un San Vicente de Paul.

El espiritismo destruye completamente el egoísmo. Proclama que nadie puede ser feliz si no ama a sus hermanos y no les ayuda a progresar moral y materialmente. En la lenta evolución de las existencias, podemos ser varias veces y recíprocamente: padre, madre, esposa, hijo, hermano... Así se cimentan los poderosos lazos de amor. A través de la ayuda mutua adquirimos las virtudes indispensables para nuestro avance espiritual.

Ninguna filosofía se elevó a la más alta concepción de vida universal, ninguna pregonó una moral más pura. Por eso, detentores de una parte de la verdad, la presentamos al mundo sobre las bases inamovibles de la observación física.

Como ciencia progresiva, el espiritismo se basa en la revelación de los espíritus. Ahora bien, éstos, a la vez que progresan y nosotros avanzamos intelectualmente, descubren verdades nuevas, de manera que su enseñanza es gradual y se amplía a medida que ellos mismos se vuelven más instruidos.

No tenemos dogmas ni puntos doctrinarios inamovibles. Fuera de las comunicaciones de los muertos y de la reencarnación, que están absolutamente demostradas, admitimos todas las teorías que se refieren al origen del alma y a su futuro. En una palabra, somos positivistas espirituales, lo que nos concede una gran superioridad sobre otras filosofías, cuyos adeptos están encerrados en límites más estrechos.

Así es, en grandes líneas, la filosofía que se ha procurado vilipendiar por mentiras y calumnias. Se puede concebir que nuestras ideas y el valor de nuestras creencias nos coloquen mucho más arriba de esas críticas, pero es necesario que el sol de la justicia se levante sobre nosotros y permita a los pensadores apreciar, en toda su grandeza, esta noble doctrina.

CUARTA PARTE

I

¿QUÉ ES EL PERIESPÍRITU?

Hemos demostrado, en los capítulos precedentes, que el alma es inmortal, es decir que cuando un cuerpo en que ella habita, durante su estancia en la Tierra, se destruye, no es alcanzada por esa transformación, conserva su individualidad y puede todavía manifestar su presencia por intervenciones físicas. Aquí tropezamos con una dificultad. ¿Cómo hacer comprender la acción del alma sobre el cuerpo?

Según la filosofía y según los espíritus, el alma es inmaterial, en otras palabras, no tiene nada que ver con la materia que conocemos. No se puede concebir que el alma tenga propiedades análogas a las de los cuerpos de la naturaleza, ya que el pensamiento que es la imagen de ella, la emanación, escapa a cualquier medida, a cualquier análisis físico o químico. Pero, ¿se está obligado a tomar la palabra inmaterial en su más absoluto sentido? No, porque la verdadera inmaterialidad sería la nada, pero esta alma constituye un ser cuya existencia es tal, que nada en la Tierra nos podría dar una idea de ella. Para precisar bien nuestro pensamiento, deseamos instruir a nuestros lectores sobre el sentido de la palabra *inmaterial*, para que no se preste a confusión.

Pretendemos que ningún estado de la materia puede hacernos comprender el del alma y, mientras, la ciencia llegó a resultados sorprendentes en lo que se refiere a la división de la materia. Esto es lo que resulta de las experiencias de Crookes, en la Academia de Ciencias.

Se sabe que ese físico tiene una teoría especial, según la cual las moléculas de los cuerpos gaseosos pueden moverse por sus propias fuerzas, cuando disminuye su número, haciendo el vacío.

Para llegar a ese resultado es preciso operar con extrema precisión y utilizar numerosas manipulaciones complicadas. Crookes llegó a hacer el vacío de tal forma que, la presión del aire en el aparato fue reducida a un millonésimo de atmósfera. En esas condiciones, se manifiestan los caracteres del estado radiante.

Habitualmente, los fenómenos nuevos, en física o química, son producidos por adicción de la materia, es curioso verificar que en este caso ocurre lo contrario, efectos de extrema energía resultan de una sustracción de materia. Reduciéndola a casi nada, enrareciéndola más allá de lo verosímil, fue como Crookes obtuvo los fenómenos tan singulares. Cuanto más retiraba la materia, tanto más sorprendente se convertía la acción. Es la física de la nada, y se queda tentado de preguntar si

tiene el derecho de atribuir a la materia efectos tan poderosos, cuando hizo tantos esfuerzos por desembarazarse de ella. No debe existir ningún equívoco a este respecto y no debemos juzgar según la impresión de nuestros sentidos aquellos que puede escapar a ellos perfectamente.

La naturaleza va mucho más allá de nuestras sensaciones, es necesario pues, resguardarnos de nuestros errores. Cuando las máquinas más perfectas han retirado de un espacio cerrado tanto aire y tanto gas como fue posible, no se puede saber que más pueda quedar allí.

Crookes redujo el contenido de sus tubos a un millonésimo del aire que conocemos, y que es tan impalpable que lo rompemos a cada instante, sin tener conciencia que está alrededor de nosotros. Parecería que el millonésimo de cosa tan insignificante fuese para nosotros menos que nada. Ese juicio es falso, como vamos a ver.

El cálculo muestra que en un balón de 13 centímetros de diámetro como el que utilizó Crookes, lleno de aire a presión normal, existen por los menos mil cuatrillones de moléculas.

1.000.000.000.000.000.000.000.000.000

Enrarezcer ese aire al millonésimo es dividir por un millón el número precedente, y todavía quedarían mil trillones de moléculas ¡Mil trillones!

Es una cifra enorme y bien lejos de la nada. Para dar idea de ese número gigantesco, dice Crookes:

“Tomo el balón en el que he hecho el vacío y lo atravieso con la centella de la bobina de inducción, que produce un orificio microscópico, pero suficiente para que las moléculas gaseosas penetren en el balón y destruyan el vacío.

Supongamos que la pequeñez de las moléculas sea tal que entren en el balón cien millones por segundo. En esas condiciones, ¿cuánto tiempo creen que es necesario para que el recipiente se llenase de aire? ¿Una hora, un día, un año, un siglo? Requeriría una eternidad, un tiempo tan grande que la imaginación no puede concebirlo. Serían necesarios más de 400 millones de años, un tiempo tal, que, según las previsiones de los astrónomos, ¡el Sol habrá agotado su energía calorífica y luminosa y estaría ya hacía mucho tiempo extinguido!”.

El cálculo es fácil de hacer y Crookes no se llama a engaño.

Según Johnston Stoney, en un centímetro cúbico de aire existen mil trillones de moléculas. El balón de Crookes, con 13 centímetros de diámetro encierra, por tanto:

1.288.252.350.000.000.000.000.000 de moléculas de aire a presión normal.

Cuando se disminuye la presión hasta un millonésimo de atmósfera, el balón contiene todavía:

1.288.252.350.000.000.000 de moléculas.

Todo vuelve al estado primitivo, cuando entra por el orificio que se había retirado, es decir:

1.288.251.061.747.650.000.000.000 de moléculas.

Si, hipotéticamente, pasan cien millones por segundo, tenemos el tiempo que duraría el desfile:

12.882.510.617.476.500 segundos, es decir más de 12 mil billones de segundos, que lo pasaremos a minutos, horas, días y años:

214.708.510.291.275 o más de 214 billones de minutos.

3.578.475.171.521 horas, es decir, más de 3 billones de horas.

149.103.132.147 días, más de 149 mil millones de días.

408.501.731 años ¡más de 400 millones de años!

La realidad es que el vacío de un balón de Crookes se llena en menos de hora y media, lo que prueba que la exigüidad de las partículas es tan grande que deben pasar por segundo, en la abertura más fina, no 100 millones, sino más de 300 millones de cuatrillones. ¡Qué pequeñez infinita deben tener esas partículas!

Pues bien, por más quintaesenciada que sea la materia, por minúscula e impalpable que la ciencia la muestre, es todavía grosera en relación al espíritu, que es una esencia, un ser todavía infinitamente más sutil. En este sentido es como entendemos la palabra inmaterial aplicada al alma. Es de tal forma imponderable, que no tiene ninguna relación con la materia que conocemos en la Tierra.

Pero constatamos en el hombre la unión de estos dos elementos: el cuerpo y el alma. Están unidos de forma íntima, reaccionando uno sobre otro, como lo demuestra el testimonio diario de los sentidos y la conciencia. Después de lo que dijimos del alma, parece haber una contradicción, sin embargo el alma es más aparente que real, porque el hombre no está sólo formado de cuerpo y alma, sino de un tercer principio intermediario entre uno y otro llamado *periespíritu*, o *envoltorio* del espíritu. Se comprenderá enseguida la necesidad de ese mediador haciendo el paralelo entre la espiritualidad del alma y la materialidad del cuerpo.

El alma es inmaterial, porque los fenómenos que produce no se pueden comparar a ninguna propiedad de la materia. El pensamiento, la imaginación, el recuerdo no tienen forma, ni color ni duración o maleabilidad. Esas producciones del espíritu no están sujetas a ninguna ley que rige el mundo físico, son puramente espirituales,

no se pueden medir ni pesar. El alma escapa, por su naturaleza, a la destrucción, pues se manifiesta en toda su plenitud, después de la desaparición del cuerpo, es pues, inmaterial e inmortal.

El cuerpo es ese envoltorio del principio pensante que vemos nacer, crecer y morir. Los elementos que lo componen son extraídos de la materia que forma nuestro globo. Después de pasar cierto tiempo en el organismo, ceden lugar a otros que les vienen a sustituir. Esas operaciones se renuevan hasta la muerte del individuo. Los átomos que componen, en último lugar el cuerpo humano, son retomados por la circulación de la vida y entran en otras combinaciones en virtud de la gran ley de que nada se crea ni se pierde en la naturaleza.

Cuerpo y alma son, pues, esencialmente distintos: uno, notable por sus transformaciones incesantes, la otra por la inmutabilidad de su esencia. Presentan cualidades radicalmente opuestas, pero comprobamos que viven en perfecta armonía y ejercen una influencia recíproca. El odio, la cólera, la piedad, el amor, se reflejan en el rostro e imprimen un particular carácter a la fisionomía. El organismo se perturba con las emociones violentas: una alegría súbita o un dolor imprevisto pueden provocar desórdenes que conduzcan a la muerte. La imaginación actúa también sobre el físico, con gran violencia. Lo demuestran las obras de medicina sobre este tema, de manera que, por una parte, estando bien determinados esos efectos y de otra, comprobándose la inmaterialidad del alma, permanece insoluble para los filósofos el problema de la acción mutua del alma sobre el cuerpo.

Las mayores mentes pensantes se aplicaron para explicar la acción del alma sobre el cuerpo, pero ni Descartes, Malebranche, Spinoza, Leibnitz o Euler llegaron a una explicación satisfactoria de esos hechos.

Según Descartes, el alma y el cuerpo, por un sabio designio de la Providencia siguen a lo largo de la vida, dos líneas paralelas y mientras, su naturaleza los convierte en extraños uno al otro. Dios modifica el alma conforme los movimientos del cuerpo, y da movimiento al cuerpo en consecuencia de las voluntades del alma. Cada sustancia es, pues, no la causa, pero sí una parte coyuntural de los fenómenos que se manifiestan en la otra. De ahí que la teoría cartesiana fue llamada por los historiadores la *hipótesis de las causas ocasionales*.

Según Leibnitz, cuerpo y alma, viviendo separadamente, han recibido tal organización que las modificaciones de una son reproducidas en el otro, más o menos como las agujas de dos relojes bien regulados, que marcan la misma hora. Esa armonía es más antigua que el mundo, tiene su fundamento en la inteligencia divina y por eso la han denominado, de acuerdo con Leibnitz, *preestablecida*.

Euler, el matemático, tenía una teoría mucho más vulgar, la del *influjo físico*, que admite la acción directa y recíproca del cuerpo sobre el alma.

Todos esos sistemas levantan graves objeciones y no resisten a la crítica. ¿Cómo conciliar las hipótesis de Descartes y de Leibnitz con el sentimiento de nuestro yo, de nuestra actividad personal, con la experiencia diaria del imperio que el hombre ejerce sobre la naturaleza y que ésta posee sobre el hombre? ¿Quién nos persuadirá, cuando extendemos el brazo, que no somos la causa de ese movimiento?

Sabemos, por experiencia, que el menor acto de nuestra voluntad, por fugaz que sea, se traduce por un gesto, y cuando sentimos un dolor, es señal de que se ha producido una alteración orgánica, y no una intervención de Dios para infringir al alma el sufrimiento experimentado por el cuerpo.

Las doctrinas de Descartes y Leibnitz, absolutamente insuficientes para explicar los hechos, están, además, en contradicción con la experiencia. La doctrina del influjo físico está menos alejada del sentido común, pero todavía deja que desear, porque no ofrece prueba alguna y rebaja al alma, quitándole la inmaterialidad. Como se ve, el problema es espinoso, ya que hombres de esa talla genial no han podido resolverlo.

Veamos otros filósofos, que se aproximan a nuestro punto de vista.

Un inglés, Cudworth, imaginó una sustancia intermediaria entre el cuerpo y el alma, que llamó *mediador plástico* y cuyo papel consistía en unir el espíritu a la materia, participando de la naturaleza de ambos. Esta teoría podría ser aceptada, aunque con algunas modificaciones, porque no podemos admitir que el alma, esencia indivisible, se alíe al cuerpo, cediendo parte de su sustancia. Además la definición de Cudworth es muy vaga: preferimos la opinión de algunos fisiólogos, cuando dicen: “Toda acción, continua e inconsciente, intermitente o voluntaria, del alma sobre la materia ponderable del cuerpo, se ejerce a través de ciertas fluctuaciones del fluido imponderable, fluctuaciones que tienen por conductor al sistema nervioso, tanto cerebroespinal como ganglionar”.

Ese es nuestro pensamiento y no podemos definir mejor el papel del periespíritu, sino asimilándole a la acción de un fluido imponderable que ejerce su acción por los nervios. La mejor prueba de la existencia del periespíritu es mostrar que el hombre puede desdoblarse en ciertas circunstancias. Si, por una parte, se ve el cuerpo material y de otra la reproducción exacta de este cuerpo, pero fluídica, no existen más dudas. El periespíritu, como veremos a continuación, sirve no sólo para explicar la acción recíproca del alma sobre el cuerpo, sino también para hacernos comprender cuál es la vida del espíritu desprendido de la materia y habitando el espacio.

Hasta entonces, sólo había ideas vagas sobre el futuro del alma. Las religiones y las filosofías espiritualistas se contentaban con afirmar su inmortalidad, sin aclarar sobre su modo de vida más allá del sepulcro. Para unos, la eternidad espiritual se basaba en un paraíso mal definido, donde se encontrarían las delicias reservadas

para los elegidos, para otros, el infierno era un lugar terrible, donde las almas pasaban por horribles torturas.

Además, las observaciones de la ciencia se detenían en la materia tangible, de donde resultaba un abismo difícil de cruzar entre el mundo espiritual y el corporal. Los nuevos descubrimientos y el estudio de fenómenos poco conocidos vienen, en parte, a rellenar ese abismo.

El espiritismo nos enseña que las relaciones entre los dos mundos no están interrumpidas, que existe una permuta constante entre los vivos y los que llamamos muertos. Por el nacimiento, el mundo espiritual proporciona almas al mundo corporal, y por la muerte, éste restituye al espacio las almas que temporalmente vinieron a habitar la Tierra. Hay pues, numerosos puntos de contacto entre la humanidad y la espiritualidad, y la distancia que parecía separar el mundo visible del invisible está considerablemente disminuida. Si demostramos que ese mundo está formado de materia como el nuestro y que los espíritus también tienen un cuerpo material, las diferencias que parecían tan radicales se reducirán a simples matices, que van de más a menos, pero no encontraremos más anomalías sorprendentes.

La naturaleza del alma nos es desconocida, pero sabemos que está envuelta y rodeada por un cuerpo fluídico que la convierte, después de la muerte, en un ser distinto e individual.

El alma, según Allan Kardec, es el principio inteligente, considerado aisladamente, es la fuerza que actúa y piensa y que, sólo como abstracción, podemos considerarla aislada de la materia. Revestida de su envoltura fluídica o periespíritu, constituye el ser llamado *espíritu*, así como, revestida de la envoltura corporal, constituye el hombre. Ahora, si bien en estado de espíritu goza de facultades y propiedades especiales, no cesa de pertenecer a la humanidad. Son pues, los espíritus seres semejantes a nosotros, ya que cada uno de nosotros se convierte en espíritu después de la muerte del cuerpo, y cada espíritu viene a ser nuevamente hombre después del nacimiento.

Ese envoltorio no es en modo alguno el alma, porque no piensa, no es más que un vestido. Sin alma, el periespíritu, así como el cuerpo, no pasan de ser materia inerte, privada de vida y sensaciones. Decimos materia porque, el periespíritu, aunque es de naturaleza etérea y sutil, no deja de ser materia, al igual que los fluidos imponderables y además, materia de la misma naturaleza y origen que la materia tangible más grosera. Es lo que demostraremos en el segundo capítulo.

El alma no posee ese vestido solamente en estado de espíritu, es inseparable de ese envoltorio que la sigue en la encarnación y la erraticidad. Durante la vida humana, el fluido periespiritual se identifica con el cuerpo y sirve de vehículo a las sensaciones venidas del exterior y las voluntades del espíritu. Penetra el cuerpo en

todas sus partes, pero con la muerte el periespíritu se desprende con el alma, con la que comparte la inmortalidad.

Se podría, quizás, poner en duda la utilidad de ese órgano, diciendo que el alma puede actuar directamente sobre el cuerpo y nuestra teoría sería inválida. Pero como nos apoyamos sobre hechos y nuestra convicción es fruto del estudio y la observación y no de una concepción arbitraria, no depende de nosotros cambiarla. Esto se desprende claramente de los hechos que se expondrán en el capítulo siguiente.

II

PRUEBAS DE LA EXISTENCIA DEL PERIESPÍRITU. SU UTILIDAD. SU PAPEL

Entre los numerosos casos de bicorporeidad del ser humano, vamos a realizar una selección, no sólo por la cantidad de ellos que existen, sino para presentar al lector sólo fenómenos bien comprobados y de innegable certeza. Tomemos precisamente de los adversarios del espiritismo la narración de esas manifestaciones. Dassier, del que ya hablamos en la tercera parte de esta obra, cuenta la siguiente historia, que le contaron durante su estancia en Rio de Janeiro:

“Fue en 1858. Todavía se hablaba en la colonia francesa de esa ciudad, de una aparición asombrosa, que se había producido algunos años antes. Una familia alsaciana, compuesta de marido, mujer y una hija pequeña, iba en barco hacia Rio de Janeiro para reunirse con sus familiares allí establecidos. La travesía fue larga y la mujer enfermó y, posiblemente por falta de cuidados y alimentación adecuada, sucumbió antes de llegar. El día que murió, tuvo un síncope, permaneciendo mucho tiempo en ese estado y cuando recuperó el sentido, dijo a su marido, que estaba a su lado:

–Muerdo contenta, porque ahora sé que está asegurada la suerte de nuestra hija. Vengo de Río de Janeiro, donde encontré la calle y la casa de nuestro amigo Fritz, el carpintero. Estaba en el marco de la puerta, le presenté a la pequeña y estoy segura que, a tu llegada, la reconocerá y cuidará de ella.

Expiró instantes después. El marido se sorprendió con la narración, pero no le dio importancia.

Ese mismo día y a la misma hora, Fritz, el carpintero –el alsaciano de quien acabo de hablar– se encontraba tomando el sol a la puerta de su casa, en Río de Janeiro, cuando creyó que veía pasar por la calle a una de sus compatriotas con una niña en brazos. Le miraba con aire suplicante y parecía que le presentaba a la niña. La figura era muy delgada y le recordaba los rasgos de Lota, la mujer de su amigo y compatriota Schmidt. La expresión del rostro, la forma de andar, que se diría más de un fantasma que de alguien real, impresionaron vivamente a Fritz. Queriendo asegurarse que no era víctima de una ilusión, llamó a uno de sus empleados, que trabajaba en la tienda y que era también alsaciano y del mismo lugar.

–Mira –le dijo– ¿no ves pasar por la calle a una mujer con una niña en brazos y no te parece que es Lota, la mujer de nuestro pariente Schmidt?

–No sabría decir, no la distingo bien –respondió el empleado.

Fritz se calló, pero las diversas circunstancias de esa aparición real o imaginaria se grabaron con fuerza en su espíritu, en especial el día y la hora. Algún tiempo después, vio llegar a su compatriota Schmidt, con una niña en los brazos. Se acordó entonces de la visita de Lota y antes que Schmidt abriese su boca le dijo:

–Mi pobre amigo, lo sé todo. Tu mujer murió durante la travesía y antes de morir vino a presentarme a vuestra hija para que velase por ella. Esta es la fecha y la hora.

Eran exactamente el día y la hora que recordaba Schmidt a bordo del navío”.

Hagamos algunas observaciones. Veamos, en primer lugar, que el duplicado fluídico reproduce fielmente los rasgos del individuo en que se procesa el fenómeno. La semejanza es tal, que permite a Fritz reconocer a la mujer del amigo, que no veía hacía mucho tiempo.

El segundo detalle a observar es la rapidez con la que se mueve la aparición, pues en el momento en que fue vista por Fritz coincide con el síncope de la enferma a bordo.

Tercero, es necesario retener este detalle, el de que la alsaciana estaba sumergida en una especie de letargo, mientras su alma viajaba a lo lejos.

Para explicar este hecho, los espíritas admiten que el periespíritu o envoltura fluídica del alma, puede, en ciertas circunstancias, separarse del cuerpo, al que mientras permanece unido por un cordón fluídico. El periespíritu reproduce la forma del individuo, porque, como veremos más adelante, a él debemos la conservación de nuestro tipo material y la constitución física de nuestro cuerpo. El alma, en ese caso, goza de parte de las facultades que posee cuando está enteramente desprendida de la materia, así se explica la rapidez del desdoblamiento de la alsaciana. La enfermedad o el síncope no son siempre necesarios para el desdoblamiento.

Veamos otro hecho relatado por Gouguenot des Mousseaux, y citado por Dassier:

Robert Bruce, procedente de una ilustre familia escocesa y segundo a bordo de un navío, navegaba un día cerca de Terranova y, cuando hacía los cálculos creyó que estaba su capitán sentado en su escribanía, pero mirando con atención se dio cuenta que la persona a la que veía era un extraño, cuya mirada clavada en él le sorprendió. Cuando sube a ver al capitán, éste percibe su espanto y le pregunta:

–¿Pero quién está en su escribanía?

–Nadie

–Sí, sí, hay un extraño, ¿y cómo es eso?

–Usted sueña o se está burlando

–En absoluto, Baje conmigo y lo verá.

–Bajaron y no había nadie en la escribanía. Revisaron el navío por todas partes y no se encontró a ningún extraño.

–Pero a quien yo vi, escribía en su pizarra, y lo que escribió debe estar allí, dijo Bruce.

–Se examinó la pizarra y tenía estas palabras: *steer to the north west* , es decir vayan al noroeste.

–Pero ¿esta escritura es suya o de alguien de a bordo?

–¡No es!

Se pidió a todos que escribiesen la misma frase y ninguna escritura se parecía a la de la pizarra.

–Pues bien, obedezcamos y pongamos proa al noroeste, el viento está bien y permite la experiencia.

Tres horas después, el vigía señalaba una montaña de hielo y vio allí un navío de Quebec, desarbolado y lleno de gente con destino a Liverpool. Sus pasajeros fueron llevados en chalupas a la embarcación de Bruce.

Cuando uno de los hombres subía al navío libertador, Bruce se estremeció y retrocedió, emocionado. Era el extraño que vio trazando las palabras en la pizarra. Contó al capitán ese nuevo incidente.

–Le ruego que escriba *steer to the north west* en esta pizarra –dijo el capitán al recién venido, presentándole el lado donde no había nada escrito. El extraño trazó las palabras que le pedían.

–Bien ¿esta es su letra? –dijo el capitán, impresionado por el parecido de las dos escrituras.

–Pero, usted me vio escribirlas ¿cómo va a dudarle? El capitán, como respuesta dio la vuelta a la pizarra y el extraño quedó confundido, viendo su letra por ambos lados.

–¿Ha soñado que escribía en esta pizarra? –preguntó al extraño el capitán del navío naufragado

–No, por lo menos no me acuerdo.

–¿Qué hacía al mediodía este pasajero? –preguntó el capitán salvador a su colega.

–Estaba muy fatigado y dormía profundamente, según puedo recordar, y eso fue antes del mediodía. Una hora después se despertó y me dijo: –“¡Capitán, nos salvarán hoy mismo!” –y añadió: –“Soñé que estaba a bordo de un barco y que venía a socorrernos”. Describió el navío y sus características y nuestra sorpresa fue grande al reconocer lo perfecto y detallado de su descripción.

Por fin, el pasajero dijo:

–“Lo que me parece extraño es que aquí todo me resulta conocido y nunca vine aquí”.

El desdoblamiento de personalidad es tan manifiesto aquí como en el primer caso, las condiciones son casi las mismas, el cuerpo está profundamente dormido.

Dos detalles nos llevan, sin embargo, un poco más lejos en el camino de los descubrimientos.

En primer lugar, el recuerdo de lo que pasó durante ese viaje del alma parece estar apagado, o por lo menos, sólo presenta al espíritu vagas reminiscencias, el pasajero reconoce el barco que visita, sin saber como ocurre, ya que antes nunca había estado en él. No es un deseo ardiente, como en el caso de Lota, lo que determinó el fenómeno, el hecho tiene menos nitidez bajo el punto de vista de la memoria, pero presenta otra particularidad que debemos señalar.

En el ejemplo de la alsaciana, Fritz ve a su compatriota, ella le presenta a la niña con aire suplicante, pero el carpintero fue incapaz de decir si lo que vio era una aparición o la mujer de su amigo

En el segundo caso, el personaje fluídico *escribe*, no es pues, sólo una vaga apariencia, sino una persona tangible que tiene cierta fuerza para dirigir una tiza en la pizarra. Este punto es realmente importante, porque existe una materialización de la segunda personalidad del individuo, y vamos a ver que, en muchos casos, así sucede.

Presentamos una descripción extraída del *Curso de Magnetismo* del barón du Potet.

“El hecho siguiente está bien atestiguado y puede ser clasificado entre los fenómenos más difíciles de explicar en lo referente al espiritismo. Fue publicado en el manual de los amigos de la religión, en 1814 por Jung Stilling, a quien se lo contó el barón de Sulza, ayuda de cámara del rey de Suecia, como una experiencia personal.

Cuenta el barón que, yendo a hacer una visita a un vecino, volvió a casa cerca de la medianoche, hora en que, en verano en Suecia, hay claridad, de manera que se puede leer la más delicada impresión.

–Cuando llegué –dice– a mis tierras, mi padre vino a mi encuentro, a la entrada del parque, vestía una especie de hábito y se apoyaba en un bastón, tallado por mi hermano. Le saludé y conversamos por mucho tiempo. Llegamos hasta su casa y a la entrada de su cuarto. Cuando entré vi a mi padre desvestido, echado en la cama y profundamente dormido. En ese mismo instante, la aparición se desvaneció.

Poco tiempo después mi padre se despertó y me miró con aire de interrogación.

–Querido Eduardo –me dijo– bendito sea Dios que te veo sano y salvo. Tuve un terrible sueño donde me pareció que te habías caído al agua y que te ibas a ahogar.

En ese día –comenta el barón– yo había ido con uno de mis amigos al río, para pescar cangrejos y casi fui arrastrado por la corriente. Conté a mi padre su aparición a la entrada de la casa y que habíamos charlado por bastante tiempo. Me respondió que se daban muchas veces hechos semejantes”.

Esta narración presenta una circunstancia bien notable. El fantasma humano habla con su hijo durante mucho tiempo. Vimos, hace poco, que la mano periespiritual del pasajero del barco era real, que escribía. Aquí es el órgano vocal el que se utiliza. Podemos decir pues, que en ambos casos el periespíritu se había materializado, por lo menos en parte. El duplicado fluídico reprodujo totalmente, como se ve, todas las partes del cuerpo del paciente, es una copia exacta de él, o mejor, como veremos más adelante, un esbozo imponderable sobre el que se modela el cuerpo del encarnado.

Esa manera de ver es tanto más exacta como vamos a observar, en la historia que sigue, la presencia simultánea del paciente y su duplicado, en circunstancias que nos ayudaron a descubrir aspectos característicos de esos fenómenos.

“Sir Robert Dale Owen era embajador de los Estados Unidos en Nápoles. En 1845, cuenta ese diplomático, existía en Livonia ¹⁵ el colegio de Neuwelke, a doce leguas de Riga y a media legua de Wolmar. Ahí había 42 internos, la mayor parte de familias nobles, y entre las profesoras se encontraba Emilie Sagée, francesa, de 32 años de edad, con buena salud, pero nerviosa, y con una conducta digna de los mayores elogios.

Pocas semanas después de su llegada, se observó que cuando una alumna decía que la había visto en un lugar, otra, muchas veces, afirmaba que estaba en un lugar diferente. Un día, las jóvenes vieron, de repente, a dos Emilie Sagée exactamente iguales, haciendo los mismo gestos, una tenía en su mano una tiza y la otra, sin embargo, nada.

Poco tiempo después, Emilie ayudaba a vestirse a una de las jóvenes, Antoniette de Wrangel, cuando vio en el espejo que había dos Emilies que la estaban vistiendo y se desmayó del susto.

Algunas veces, en las comidas, la figura duplicada aparecía en pie, por detrás de la silla de Emilie e imitaba los movimientos que ésta hacía para comer, pero sus manos no sujetaban ningún cubierto. Pero la persona desdoblada no parecía imitar sino accidentalmente a la persona real, y algunas veces, cuando Emilie se levantaba de la silla, el duplicado continuaba sentada.

Una vez, Emilie estaba en la cama enferma. La señorita Wrangel le leía un libro. De repente, Emilie se quedó inmóvil y pálida, parecía que iba a desfallecer. La joven alumna le preguntó si se sentía mal. Ella respondió negativamente, pero con una voz muy débil. Algunos segundos después, la señorita Wrangel vio, con todo lujo de detalles, al duplicado de Emilie andando por todo el cuarto.

Pero el más asombroso ejemplo de bicorporeidad que se observó en la profesora fue el siguiente: Un día, las cuarenta y dos internas bordaban en una sala en la planta baja. Cuatro puertas con vidrieras daban al jardín. Ellas pudieron ver en el jardín a Emilie cogiendo flores, cuando de repente su figura apareció en un sofá vacío. Las alumnas miraron inmediatamente hacia el jardín y continuaron viendo a Emilie allí,

¹⁵ Lavonia es parte hoy de los estados de Letonia y Estonia (nota del traductor).

pero notaron la lentitud de sus movimientos y que parecía triste, estaba como dormida y agotada,

Dos de las más atrevidas se acercaron al duplicado e intentaron tocarlo. Notaron una ligera resistencia, como si fuese un objeto de muselina o crep. Una de ellas pasó a través de parte de la figura, que conservó la misma apariencia hasta que, gradualmente, fue desapareciendo.

El fenómeno se produjo de diferentes formas, durante el tiempo en que Emilie estuvo trabajando allí, es decir de 1845 a 1846, por espacio de un año y medio. Hubo intermitencias de una a muchas semanas. Se comprobó que cuanto más distinto y con apariencia material era el duplicado, tanto más mortificada y abatida estaba la personalidad real. Al contrario, cuando el duplicado se esfumaba, la real volvía adquirir sus fuerzas. Emilie, mientras, no tenía ninguna conciencia de este desdoblamiento, y sólo lo conocía por lo que le decían, nunca había visto al duplicado ni sospechaba siquiera el estado en que permanecía. El fenómeno inquietó tanto a los padres, que retiraron a sus hijas del internado y la institución quebró”.

De esta narración se desprende un hecho, la relación íntima que existe entre el estado del cuerpo y el duplicado. Cuando el periespíritu se vuelve menos vaporoso, más sólido, el cuerpo se debilita, cuando se vuelve fluídico, el organismo material retoma sus fuerzas. Esto indica que existe un lazo entre el cuerpo y el duplicado. Dassier lo denomina tejido vascular invisible. Kardec dijo, hace mucho tiempo que, durante el sueño, el alma se desprende del cuerpo, pero queda unida a él por un cordón fluídico que, si se rompiese, provocaría la muerte instantánea de la persona.

Emilie Sagée, de constitución muy nerviosa, estaba sujeta al desprendimiento del alma, pero el hecho es notable porque el desdoblamiento se daba, incluso despierta, mientras que, normalmente, se produce cuando el cuerpo está sumergido en el sueño.

Si nos retrotraemos a los casos de sonambulismo lúcido, narrados por Charpignon, comprenderemos la serie ascendente que se manifiesta en esos diferentes fenómenos. En el sonambulismo, natural o provocado, el alma se desprende del cuerpo, porque éste, sumergido en el sueño, tiene una vida menos activa, lo que permite al espíritu escaparse, por unos instantes de su envoltura y ver lo que pasa a distancia.

En el caso del desdoblamiento, el alma se separa, en el sueño, de la misma forma, pero se materializa de manera imperfecta, como vimos en la alsaciana, o bien toma un aspecto completamente material, puede escribir y hablar. Si el fenómeno es todavía más acentuado, la bicorporeidad se manifiesta sin que la persona esté dormida, como prueba el caso precedente, pero entonces, cuanto más tangible sea el duplicado, más la profesora se vuelve débil y languidece.

Estas observaciones confirman plenamente las enseñanzas de Allan Kardec. En efecto, encontramos en *El libro de los espíritus*, la explicación racional de todos

esos casos singulares. El alma está unida al cuerpo por su periespíritu, que tiene por conductor el sistema nervioso. De ahí que todas las modificaciones llevadas a ese sistema, que tengan por finalidad paralizar su acción, favorecerán el desprendimiento del alma.

Leemos en la *Revue Spirite* de 1859, página 137:

“La Sra. Schultz, una de nuestras amigas, que pertenece a este mundo y no parece querer dejarlo tan pronto, habiendo sido evocada durante el sueño, dio, más de una vez, la prueba de la perspicacia de su espíritu en ese estado. Una noche, después de una conversación, dijo:

–Estoy fatigada, duermo, tengo necesidad de reposar.

Pero le contestamos:

–Su cuerpo puede reposar, hablándole no le molesto. Es su espíritu el que está aquí y no su cuerpo, puede pues, entretenerse conmigo, sin que sufra por ello.

Ella respondió:

–Hace mal creer eso, mi espíritu se desprende un poco de mi cuerpo, pero es como un globo cautivo, retenido por cuerdas. Cuando el globo recibe las sacudidas ocasionadas por el viento, el poste que le sujeta, se resiente de ellas. Transmitidas por las cuerdas. Mi cuerpo sirve de poste para mi espíritu, con la diferencia que experimenta sensaciones desconocidas para el poste, y que fatigan mucho al cerebro, por eso, tanto mi espíritu como mi cuerpo necesitan reposo.

Esta explicación, que según nos declaró, no había pasado nunca antes por su mente en estado de vigilia, muestra perfectamente las relaciones que existen entre el cuerpo y el espíritu, durante el tiempo en que este último goza de una parte de su libertad. Esto, sin embargo, no nos parecía sino una engañosa comparación, cuando después esta figura tomó las proporciones de realidad.

M. R, antiguo embajador de los Estados Unidos en el reino de Nápoles, dijo conocer a un hombre muy esclarecido sobre el espiritismo. Habiendo venido a visitarnos, nos preguntó si en los fenómenos de las apariciones nunca habíamos observado un detalle diferente entre el espíritu de una persona viva y el de una muerta, en una palabra, si, cuando un espíritu aparece espontáneamente, en la vigilia o durante el sueño, tenemos un medio de reconocer si la persona está muerta o viva.

Después de oír nuestra respuesta, que nosotros no conocíamos otro medio sino preguntar al espíritu, nos dijo haber conocido en Inglaterra a un médium vidente, dotado de un gran poder que, cada vez que se aparecía un espíritu de una persona viva, notaba que un hilo luminoso salía de su pecho, atravesaba el espacio, sin distorsionarse con los objetos materiales, e iba a terminar en el cuerpo, una especie de *cordón umbilical* que unía las dos partes momentáneamente separadas del ser vivo. Nunca lo pudo observar cuando ya no existía vida corporal y era esta señal la que le hacía reconocer si el espíritu era de una persona muerta o todavía viva”.

La existencia de este cordón fluídico fue constatada con frecuencia después de esa época. Es pues, un hecho probado. La comparación tan perfecta, del globo cautivo, muestra la íntima unión del cuerpo y del periespíritu, de tal manera que todo cambio en uno repercute en el otro. Veremos más adelante las consecuencias de esta observación.

En los hechos que hemos presentado, una cosa, sobre todo, parece extraña, es la facilidad con que el duplicado fluídico pasa a través de los cuerpos materiales. Sin duda, ahí existe un fenómeno extraordinario, pero no sin analogía en la naturaleza. La luz y el calor se propagan a través de ciertas sustancias, la electricidad camina a lo largo de un conducto y sabemos por la experiencia de Cailletet y de Sante-Claire Deville, que los gases pasan fácilmente a través de las paredes de un tubo fuertemente calentado.

Todos los cuerpos son porosos, no tocándose, sus moléculas pueden dar paso a un cuerpo extraño. Los académicos de Florencia han demostrado este punto, haciendo una violenta presión sobre el agua contenida en una esfera de oro totalmente cerrada, al cabo de poco tiempo se veía al líquido sudar en pequeñas gotas a la superficie de la esfera.

Comprobamos, por esos ejemplos, que la materia puede atravesar la materia. En los casos que acabamos de citar, es necesario utilizar la presión o el calor para dilatar las sustancias que se quieren hacer atravesar por otras. Esto es necesario, porque las moléculas del cuerpo que atraviesa, no habiendo adquirido el grado necesario de dilatación, permanecen cerradas unas contra otras. Pero, si imaginamos un estado de la materia en que las moléculas estén mucho menos próximas y eminentemente tenues, podrá atravesar todas las sustancias, sin necesidad de manipulación. Es lo que sucede con el periespíritu que, formado de moléculas menos condensadas que la materia que conocemos, no puede ser detenido por ningún obstáculo.

Una segunda propiedad del periespíritu parece inexplicable. Difícilmente se comprende que un vapor muy enrarecido o un fluido imponderable puedan, a pesar de su levedad, conservar determinada forma. Cuando el humo se escapa del horno, no tarda en propagarse en la atmósfera, volviéndose invisible al poco tiempo. ¿Cómo puede el periespíritu, formado de materia infinitamente más enrarecida, presentarse con un aspecto nítidamente determinado?

Una experiencia curiosa va a aclararnos esto:

Admitiendo la idea de la materia, William Thompson, para explicar el retorno de una sustancia a su estado primitivo cuando se desprende de una combinación, asemeja los movimientos del medio elástico, al que llama materia, al de los torbellinos de humo, en forma de rollos, que se ven como producto de la combustión del hidrógeno fosforado, o en ocasiones, salir de la chimenea de una locomotora, cuando arranca.

Imaginemos un aparato que permita obtener esos rollos a voluntad y, tomando grandes dimensiones, fuese posible estudiar su forma. Una caja de madera, perforada en su parte anterior con una abertura circular, contiene dos vasos, uno de los cuales tiene una solución de álcali volátil y el otro, ácido clorhídrico de comercio. Los gases que se escapan de esas soluciones producen, combinándose, abundante humo que llena la caja. Un golpe seco, aplicado a la pared opuesta a la abertura, impele el humo, que se escapa produciendo una bella corona que se propaga en línea recta.

Helmholtz, que observó los torbellinos, demostró que las partículas de humo giran sobre sí mismas y ejecutan movimientos de rotación que van del interior al exterior, en el sentido de la propagación y alrededor de un eje circular que forma, por así decirlo, el núcleo de los torbellinos. De ahí, Helmholtz pasa al caso de un medio en que no hubiese ningún roce, demuestra que los rollos se descolocarán y cambiarán de forma, *sin que nada venga a destruir las uniones que existen entre las partes constituyentes*.

Deducimos de esto que existen estados de la materia en que una determinada forma se conserva indefinidamente, con la condición de que esta materia sea sometida a una fuerza constante y no experimente ningún roce. Es lo que sucede con el periespíritu, cuya materia enrarecida puede ser tomada, por su naturaleza etérea, como desprovista de roce. Podemos pues, concebir que conserve un patrón determinado en virtud de su constitución molecular.

Podemos llevar más lejos aún la analogía.

Experimentos efectuados en Inglaterra han mostrado que, si se deforman esos rollos, tenderán a volver a tomar la forma circular, si se les coloca en su trayectoria una lámina, la rodean, sin dejarse cortar, ofreciendo de este modo la imagen material de alguna cosa invisible e inagotable. Además, dos rollos, moviéndose en la misma línea, pueden atravesarse sin perder su propia individualidad, el rollo atrasado se contrae, cuando su velocidad aumenta, atraviesa al que le precede y después se dilata a su vez y va hacia adelante.

Así, esos anillos se penetran mutuamente, pasan uno a través del otro, sin perder nada de su autonomía, sin deformarse. La materia, en ese estado poco enrarecido, que está lejos de alcanzar la levedad extrema del periespíritu, goza, pues, de propiedades que nos revelan las leyes todavía poco conocidas que dirigen las evoluciones del duplicado fluídico. Comprendemos sin dificultad, por analogía, que el periespíritu pueda atravesar todos los cuerpos, como la luz pasa a través de los cuerpos transparentes ¹⁶.

¹⁶ Podemos aportar a estas observaciones las curiosas experiencias que Zöllner hizo en compañía de Slade. Aquí están, según la narración de Eugéne Nus:

En los ejemplos citados hasta ahora, vemos al alma en su envoltorio, pero no podemos todavía determinar todas las propiedades de este cuerpo fluídico, porque está unido al organismo material y no goza enteramente de su libertad de acción. Para conocer su composición y funcionamiento es necesario estudiar el alma cuando, una vez desembarazada de su envoltorio grosero, se mueve libremente en el espacio. Es lo que nos proponemos hacer en el capítulo siguiente y allí explicaremos como el duplicado fluídico puede volverse visible y material.

El conocimiento del periespíritu lanza una nueva luz sobre muchos fenómenos de la Fisiología. No se puede estudiar al hombre sin encontrar un primer motor, invisible e intangible: la vida. Esa fuerza desarrolla el ser, según un plan determinado.

Geoffroy Saint-Hilaire decía: “El patrón según el cual la vida forma el cuerpo desde el origen es también aquel según ella lo mantiene y repara. La vida es, al mismo tiempo, formadora, conservadora y reparadora, siempre conforme a ese modelo ideal, regla invariable de todos sus actos”.

¿Ese modelo ideal está contenido en el ser material que se transforma sin cesar? Evidentemente, no. Es exterior a él, o mejor, es en él donde se vienen a incorporar las moléculas materiales. Es el esbozo fluídico del ser.

Si reflexionamos en las transformaciones múltiples, incesantes, a las que está sometido el cuerpo, comprenderemos la necesidad de esa fuerza directriz que indica a los átomos materiales el lugar que deben ocupar. ¿Cómo concebir que el cerebro, instrumento tan frágil y complicado, cuya sustancia se renueva continuamente,

“Zöllner, habiendo colocado dos anillos de madera torneada, con un diámetro interior de 74 milímetros, pasó por ellos una cuerda de violín, fijó la cuerda con cera, por los extremos, en la mesa. Puso sobre la cera su sello, dejando los anillos libres en la cuerda. Quería ver los anillos entrelazarse. Se sentó a la mesa, al lado de Salde, y puso las manos sobre la cuerda en el punto señalado. Una mesa pequeña estaba delante de los anillos.

Después de algunos minutos –dijo Zöllner–, oímos, en la pequeña mesa redonda que estaba junto a nosotros, un ruido, como si los pedazos de madera pegasen unos con otros. Nos levantamos, para buscar el origen de este ruido y, con gran sorpresa, encontramos los dos anillos (que, antes de los seis minutos estaban enfilados en la cuerda del violín) de vuelta al pie central de la mesa pequeña, en perfecto estado.

De esa forma –destaca Zöllner– un experimento antes preparado no salió conforme fue previsto, los anillos no fueron entrelazados uno en el otro y sí, transferidos de la cuerda de violín para el pie de la mesa redonda hecho de bambú.

En este caso hubo, desintegración momentánea de la materia de los anillos y recomposición de los mismos alrededor del pie de la mesa. Aunque pueden parecer extraordinarios esos hechos, son reales, a menos de que se acuse al ilustre sabio de mentir al público”.

pueda funcionar de manera constantes, si no existiese un modelo fluídico en el que las moléculas materiales se vayan a incorporar?

Con la muerte del cuerpo, no existiendo más ese duplicado, todo sucumbe, se degrada y destruye, en un corto lapso de tiempo. Es este esbozo fluídico que, difiriendo según los individuos, conserva la estructura particular de cada uno, las formas generales del cuerpo y de los rasgos que le hacen reconocible durante el curso de su existencia. Vimos en la primera parte que los materialistas no pueden explicar esa transformación de la sensación en percepción. Pues bien, con la noción de periespíritu todo se hace más fácil y comprensible.

Sabemos que los nervios sensitivos terminan en una parte del cerebro llamada tálamo óptico, ahí cada aparato sensorial posee un núcleo de células ganglionares, que está unido a la periferia cortical por fibras blancas. Una vez recordado esto, veamos como los estímulos exteriores penetran y se encaminan al organismo cuando se trata de un fenómeno auditivo o visual, que pone en actividad las células de la retina o el nervio auditivo. ¿Qué pasa, entonces, en la intimidad de los conductores nerviosos?

Esos estímulos o excitaciones, transmitidos consecutivamente, ponen en juego las actividades específicas, es decir, las propiedades especiales de las diversas células que componen los núcleos de los tálamos ópticos.

Las células del centro óptico, entrando en vibración, las transmiten a la capa cortical por las fibras radiantes y, una vez ahí, esas vibraciones, que son, hasta ese momento, simples movimientos moleculares, encuentran el duplicado fluídico y le comunican la impresión. Desde entonces, este movimiento ondulatorio se propaga hasta el alma que tiene conciencia del mismo. A ese conocimiento es a lo que se llama percepción, no podría efectuarse si el intermediario fluídico no existiese.

No hay que olvidar que el periespíritu no es un cuerpo homogéneo, tiene partes casi materiales, que se refieren al organismo, y partes casi inmateriales, referentes al alma. Podemos compararlo al vapor contenido en un tubo, para una mejor comprensión. Ese vapor, muy condensado en la base, se va enrareciendo a medida que se eleva. Existe, así, una serie de estados intermedios, desde la materialidad hasta la espiritualidad. Es una especie de color que va desde el negro, que representaría al cuerpo, hasta el blanco que sería el alma.

En resumen, el periespíritu está formado de fluidos, en diferentes grados de condensación, desde los fluidos materiales, que se unen al cerebro, hasta los espirituales, que se aproximan a la naturaleza del alma. De manera que, si una vibración impresiona un nervio sensitivo, éste la transmite a los tálamos ópticos, que la reflejan para el sensorium, o suma de las percepciones de un organismo. Una vez llegue la vibración ahí, actúa sobre el fluido periespiritual, que rápidamente informa al espíritu.

Así, como piensan los fisiólogos que ya hablamos, las ondas del fluido periespiritual son las que transmiten las sensaciones al alma y, recíprocamente, la voluntad del alma se manifiesta a los órganos por ondas en sentido inverso a las primeras, que van de la parte más depurada a la más material.

Una vez llegan a la superficie de las capas corticales, las ondas impresionan a las células del sensorium y ponen en acción la energía nerviosa que está contenida ahí. Esta, bajo la forma de descarga nerviosa, atraviesa los núcleos del cuerpo estriado, donde adquiere una fuerza mayor y se distribuye, enseguida, por los nervios motores, conforme a la voluntad del alma.

Si nuestra teoría es correcta, es decir, si una sensación se toma un tiempo para recorrer los nervios y otro para ir del cerebro al alma, se debe poder medir el tiempo de ese trayecto. Es lo que se hizo, como vamos a referir.

Este es el método:

En una cámara oscura se encuentra un observador que es el encargado de hacer una señal cuando vea una luz. Se anota, con gran precisión, el momento exacto de la aparición de la luz y en el que el observador hace la señal convenida. Como la distancia del observador al foco luminoso es muy corta y la luz recorre 300.000 km por segundo, el tiempo empleado por el rayo luminoso para alcanzar el ojo es insignificante, de manera que se admite que una vez producida la luz, alcanza la retina. El tiempo que transcurre entre el momento en que el observador vio la luz y en el que hizo la señal es pues la medida del tiempo que el estímulo invirtió para ir de la retina a la capa cortical del cerebro, del cerebro al alma y para volver del alma a los órganos del cuerpo que hacen la señal.

Según Helmholtz, la sensación recorre los filamentos nervios con una rapidez de 30 metros por segundo. Basta pues, restar del tiempo total inscrito:

- 1°. El tiempo empleado por la sensación para ir de la retina a la periferia del cerebro.
- 2°. El tiempo empleado por la voluntad para partir de la periferia del cerebro y actuar sobre el miembro que realiza la señal, para obtener el tiempo empleado por la sensación para atravesar dos veces el órgano periespiritual.

Estas son las cifras publicadas por Hirsch de Neufchatel:

- Para la visión..... 0"1974 a 0"2083
- Para la audición..... 0"194
- Para el tacto..... 0"1733

Tomando la mitad de esos números, tenemos el tiempo empleado para que la sensación atraviese el periespíritu, es decir, sea transformada en percepción. Estas

medidas no tienen solo un interés teórico, sino un gran valor práctico para el astrónomo observador. Cuando estudia, por ejemplo, el paso de un astro por el meridiano y calcula la duración de ese paso, visto en el telescopio, por medio de las oscilaciones del péndulo de segundos, comete siempre un pequeño error, proveniente del tiempo necesario para hacer percibir cada una de las impresiones visuales.

Ese error no es el mismo para dos experimentadores diferentes. Si se quieren comparar las observaciones de astrónomos diferentes, es necesario conocer esta diferencia, es decir, la ecuación personal de cada uno de ellos.

Si no existiese el periespíritu no habría esas diferencias, y la percepción se realizaría con igual rapidez para todos, pero estando el duplicado fluídico más o menos purificado, es decir, más o menos radiantes, las sensaciones se encaminan ahí con rapidez variable.

Se puede uno preguntar cómo es que el alma actúa de esa manera tan eficaz sobre el periespíritu para determinar movimientos del cuerpo que revelan, a veces, una gran fuerza mecánica, que el alma sería impotente para producir. ¿No es asombroso comprobar que el espíritu, por la voluntad puede hacer al cuerpo ejecutar los más rudos trabajos, que un Hércules levante con el brazo los pesos más pesados?

Si, como señalamos, el punto de partida de esa energía está en el alma, se puede creer que esta es muy débil para producir tales efectos. Responderemos con Luys:

“Los procesos de motricidad voluntaria comienzan por una incitación puramente psíquica y se vuelven, insensiblemente, una incitación física, a través del juego natural de los engranajes del organismo. Transformándose así, en su evolución sucesiva, ofrecen el cuadro interesante que vemos presentarse, intensamente, ante nuestros ojos, de una máquina a vapor. Vemos en ese caso, una fuerza, mínima al principio, transformarse y convertirse, por las serie de aparatos que pone en marcha, en una causa de desarrollo de una gigantesca potencia mecánica. En el momento de poner la máquina en marcha ¿no basta un débil movimiento, la simple intervención de la mano del mecánico que levanta la palanca y deja pasar el vapor a la parte superior del pistón?

Esta fuerza viva, en libertad, desarrolla inmediatamente su potencia, que es proporcional a la superficie sobre la que se difunde, el pistón baja, su eje arrastra el balancín, la sacudida se desarrolla con los volantes y el movimiento inicial, tan débil en su comienzo, se amplía y aumenta sin cesar, a medida que el volumen y la potencia de los aparatos puestos a su disposición se vuelven más considerables y potentes”.

El alma es la mano del mecánico, la fuerza es la energía vital o fluido nervioso contenido en los diferentes aparatos del cerebro, de la médula espinal y de los nervios.

La experiencia nos demuestra que existe en el hombre un órgano fluídico que es el esbozo sobre el que se modela el cuerpo. En determinadas circunstancias, el

periespíritu puede desprenderse del envoltorio al que está unido durante la vida, y materializarse hasta el punto de hacerse visible y actuar a distancia.

Esos fenómenos no eran desconocidos para los antiguos. Leemos en las historias de Tácito, capítulos 81 y 82:

“Durante los meses que Vespasiano pasó en Alejandría, esperando la vuelta de los vientos del verano y la estación en que el mar esté en calma, hubo muchos prodigios por los que se manifestó el favor del cielo y el interés que tomaban los dioses por ese príncipe.

Los prodigios redoblaron el deseo de Vespasiano de visitar la morada sagrada de los dioses, para consultarles respecto a los asuntos del imperio. Ordenó que cerrasen el templo para todos. Entró solo y muy atento a lo que iba a decir al oráculo, cuando percibe detrás de él a uno de los principales egipcios, llamado Basilide, *que él sabía que estaba enfermo en un lugar a muchos días de distancia de Alejandría*. Se informó por los sacerdotes y la gente de la ciudad si Basilide había venido ese día al templo, mandó mensajeros a caballo y comprobó que, en aquel momento, estaba a 800 millas de distancia. No dudó más de la realidad de la visión y el nombre de Basilide le sirvió de oráculo”.

Los anales católicos narran muchos hechos de desdoblamiento, que se han producido en personas piadosas. Alfonso de Ligorio fue canonizado, antes del tiempo requerido, por haberse mostrado en dos lugares diferentes, lo que pasó por un milagro. También es verdad que, por esos mismos hechos, pobres mujeres, tenidas por brujas, fueron quemadas por el Santo Oficio.

San Antonio de Padua predicaba en España, en el momento en que su padre, residente en Padua, Italia, era conducido al suplicio, acusado de homicidio. En ese momento, apareció San Antonio, demostró la inocencia de su padre y presentó al verdadero culpable, que fue castigado más tarde. Antonio, en ese momento predicaba en España.

Dassier cita el caso de San Francisco Javier, que se encontraba, al mismo tiempo en dos embarcaciones durante una tempestad y animaba a los compañeros en ese peligro. Así refieren sus biógrafos el prodigio:

“Iba San Francisco Javier, en noviembre de 1571, de Japón hacia China, cuando, siete días después de la partida, se desencadenó una violenta tempestad. Temiendo que una chalupa fuese arrastrada por las olas, el piloto ordenó a quince hombres de la tripulación que la amarrasen al navío. Caía la noche cuando se realizaba esa operación y una ola sorprendió a los marineros que desaparecieron con la chalupa. El santo empezó a orar, desde el comienzo de la tempestad, que redoblaba su furor. Los que habían quedado en el barco, se acordaban de sus compañeros de la chalupa y les daban por perdidos.

Pasado el peligro, Javier les exhortó a que tuviesen coraje, asegurándoles que les encontrarían al cabo de tres días.

Al día siguiente, hizo a alguien subir al mástil, sin que se descubriese nada. El santo entró, entonces, en su camarote, y se puso a orar. Después de haber pasado, así, una gran parte del día, subió al puente, lleno de confianza, y anunció que la chalupa estaba a salvo. Pero, como no se veía nada, al día siguiente, la tripulación, sintiéndose siempre en peligro, dejó de confiar en recuperar a sus compañeros perdidos. Pero Javier les alentó a tener un poco más de paciencia. Volvió después a su camarote y rezó fervorosamente.

Por fin, después de tres largas horas de espera, se vio aparecer la chalupa y, en breve, los quince marineros, que suponían perdidos, alcanzaron el navío.

Según el testimonio de Méndez Pinto, se produjo entonces, un hecho de los más singulares. Cuando los hombres de la chalupa subieron a bordo y el piloto quiso largarla, gritaron diciendo que era necesario dejar salir primero a Javier, que estaba con ellos.

En vano intentaron persuadirles de que no había nadie en la chalupa, ya que los marineros afirmaron que Javier les acompañó durante la tempestad, dándoles ánimo, y que condujo la embarcación al navío.

Ante tal prodigio, todos se convencieron de que debían a las oraciones de Javier el haber escapado a la tempestad.

Es más racional atribuir la salvación del barco a las maniobras y los esfuerzos de la tripulación. Sin embargo todo hace presumir que la chalupa no podría haber alcanzado el navío si no hubiese tenido por piloto al propio santo, es decir, a su duplicado”.

No citaremos los numerosos ejemplos de bicorporeidad que encontramos en los libros especiales, bastando los que hemos citado para establecer, de manera perentoria, la existencia del periespíritu. La Fisiología, como vimos, se une a la observación y a la Filosofía, para demostrar la existencia en el hombre de un duplicado fluídico, que es el molde del cuerpo, su patrón, y que, sin variar como lo hace la materia, conserva y acompaña en su evolución, los rasgos de la individualidad.

En el periespíritu se graban los recuerdos, y se incorporan los conocimientos y, debido a ser inmutable, conservamos, a pesar de las incesantes transformaciones de que es objeto el cuerpo, el recuerdo de lo que pasó en un tiempo lejano.

Es el que constituye la identidad del ser, vive con él, que piensa, que ama, que reza. Y es con él con quien nos encontramos después de la muerte, desprendidos solamente de la materia terrena, pero conservando nuestros hábitos, nuestros gustos y nuestra manera de ver, todos ellos idénticos, a excepción del cuerpo que teníamos en la Tierra.

Eso prueba que el mundo de los espíritus es tal como el nuestro, que contiene seres en todos los grados de la escala intelectual, desde los salvajes ignorantes hasta los hombres versados en el estudio de las ciencias. Explicamos también, a través de la inmortalidad de ese envoltorio, los avances del progreso. Es evidente

que cuanto más depurado es el periespíritu, tanto más vivas son las sensaciones. El alma actúa en el envoltorio fluídico por la voluntad, que es una fuerza muy poderosa, como comprobamos con Claude Bernard. El cerebro humano, reproducción material de esa parte del fluido periespiritual, es, de alguna manera, un instrumento sobre el que el espíritu actúa, cuanto más perfecto es el aparato, más bello es el resultado obtenido, así, un artista que tiene un buen violín, más agradables melodías tocará.

Por la instrucción desarrollamos ciertos compartimentos del cerebro, en los que se registran las adquisiciones intelectuales, ahora, esas modificaciones son reproducidas por el periespíritu. De ahí se desprende que llevamos a la muerte nuestro bagaje científico y moral, y, cuando volvemos a reencarnar, tenemos en germen en el cerebro todo aquello que habíamos fijado con anterioridad. Por eso los niños, a veces, nos maravillan con la precocidad de su inteligencia y por la aptitud con que asimilan todas las ciencias. En este caso, para ese niño, aprender es recordar, como decía Platón.

Así como traemos a la Tierra las cualidades previamente conquistadas, tenemos también los vicios que no nos dejan y contra lo que necesitamos luchar enérgicamente para dejarlos. Ese conjunto de virtudes y pasiones es lo que constituye la individualidad de cada persona. A través de nuestra doctrina, se comprende la diversidad de las inteligencias desde la cuna, mientras que las demás filosofías enmudecen en ese punto. El alma desde la concepción forma su envoltorio, no tanto de manera consciente, sino efectiva.

Durante la gestación el espíritu fluidifica a la madre que, incorpora los elementos que deben formar el cuerpo humano y el cerebro material se modela por el cerebro periespiritual.

Los defectos físicos de una encarnación anterior pueden, a veces, influenciar el duplicado fluídico de tal forma que las modificaciones orgánicas se reproducen aún en la encarnación siguiente. Por eso hay niños enfermos y deformes, a pesar de la buena salud y excelente constitución de sus padres.

Uno de los más curiosos fenómenos de la biología es el atavismo, es decir, la reproducción en una raza, de ciertos caracteres pertenecientes a los antepasados, pero desaparecidos en sus descendientes. Darwin cita casos muy notables y confiesa no poder explicar ese detalle. Si extendemos a los animales estas mismas teorías, si los suponemos dotados de un principio inteligente, revestidos de un duplicado fluídico, que reproduce exactamente la forma del cuerpo, comprenderemos fácilmente que el animal, reencarnado al cabo de cierto tiempo, puede traer consigo los caracteres físicos que había tenido durante su paso anterior por la Tierra. Pero como sus congéneres han progresado, él surge como una anomalía.

Los hombres presentan, bajo el punto de vista moral e incluso físico, casos semejantes. Los espíritus rutinarios y atrasados, siempre opuestos a cualquier idea de progreso, son almas que no se adelantaron suficientemente, y que dan ejemplos de atavismo intelectual.

En resumen, diremos, con Allan Kardec, que el individuo que se muestra, simultáneamente en dos lugares diferentes, tiene dos cuerpos, pero de esos dos cuerpos, uno sólo es permanente, el otro sólo es temporal. Se puede decir que el primero tiene la vida orgánica y el segundo la del alma. Al despertar, los dos cuerpos se reúnen y la vida del alma reaparece en el cuerpo material.

No parecería posible que pudiesen dos cuerpos, en estado de separación, gozar simultáneamente, y en el mismo grado, la vida activa e inteligente. Pero, contradicen esta ley los ejemplos citados de Antonio de Padua y de Francisco Javier.

Se debe quizás, atribuir esa divergencia a los cronistas, que impresionados por hechos tan extraños, los quisieron hacer todavía más misteriosos, atribuyéndoles una simultaneidad absoluta.

Se deduce de esos fenómenos que el cuerpo real no podría morir mientras el cuerpo aparente se mostrase visible, ya que la aproximación de la muerte atraería el espíritu hacia el cuerpo, aunque sólo fuese por un instante. De ahí resulta igualmente que el cuerpo aparente no podría morir, ya que no está formado, como el material, de carne y hueso.

Charles Bonnet, discípulo de Leibnitz, había entrevisto la existencia del periespíritu y su necesidad. Esto es lo que escribió en diferentes libros que publicó ¹⁷:

“Al estudiar, con cuidado, las facultades del hombre, observando su mutua dependencia, o la subordinación de unas con otras, y la acción de sus finalidades, descubriremos, fácilmente, cuales son los medios naturales por los que se desarrollan y perfeccionan. Podemos pues, concebir medios análogos y más eficaces que llevarían esas facultades al más alto grado de perfección. El grado de perfección que el hombre puede alcanzar en la Tierra está en relación directa con los medios que le han sido dados y con el mundo que habita.

Un estado más adelantado de las facultades humanas no podría estar en relación con el mundo en que el hombre debe pasar los primeros momentos de su existencia. Esas facultades son infinitamente perceptibles y percibimos que algunos de los procesos naturales que los perfeccionarán un día pueden existir desde ya en el hombre.

Estando el hombre llamado a habitar, sucesivamente, dos mundos diferentes, su constitución original debe contener cosas relativas a esos dos mundos.

Dos medios principales podrán perfeccionar, en el mundo futuro, todas las facultades del hombre: sentidos más depurados y sentidos nuevos.

¹⁷ Ver “*Essais de psychologie, contemplations de la nature*” y “*Palingénésie philosophique*”.

Los sentidos son la primera fuente de nuestros conocimientos. Nuestras ideas más abstractas derivan siempre de las ideas sensibles. El espíritu no crea nada, pero obra, casi incesantemente, sobre la multitud de sensaciones diferentes que adquiere por los sentidos.

De esas operaciones del espíritu, que siempre son comparaciones, combinaciones, abstracciones, nacen, por generación natural, las ciencias y las artes.

Los sentidos destinados a transmitir al espíritu las impresiones de los objetos están en relación con esos objetos. El ojo está en relación con la luz, el oído con el sonido.

Cuanto más perfectas, numerosas y diversas son las relaciones entre los sentidos y sus objetos, tanto más ellos manifiestan al espíritu las cualidades de esos objetos, y cuanto más claras, vivas y completas son las percepciones de esas cualidades, más formará el espíritu una idea distinta de ellas. Vemos que nuestros sentidos actuales son susceptibles de un grado de perfeccionamiento muy superior a lo que conocemos y que nos asombran en ciertos individuos. Podemos incluso, hacemos una idea clara de ese incremento de perfección, por los efectos prodigiosos de los instrumentos de óptica y acústica.

Imagine a Aristóteles observando una larva con nuestros microscopios o contemplando con nuestros telescopios a Júpiter y sus lunas. ¡Cuales no serían su sorpresa y éxtasis!

¡Cuales no serán también los nuestros cuando, revestidos del cuerpo espiritual, adquieran nuestros sentidos toda la perfección que puedan recibir del Autor de nuestro ser!”.

Esas deducciones están tanto más justificadas cuando veamos que el espíritu, desprendido del cuerpo, tiene percepciones de las que no podemos hacernos idea. El envoltorio periespiritual le permite percibir vibraciones que nos son desconocidas y que le proporcionan otros conocimientos y en mayor cantidad que en los hombres.

Está claro que hablamos siempre de los espíritus adelantados, ya liberados de los lastres groseros del periespíritu material. En cuanto a los otros, son, como veremos, ignorantes de lo que ocurre alrededor de ellos y conocen menos sobre el universo y sus leyes que muchos sabios de nuestro mundo.

III

EL PERIESPÍRITU DURANTE LA DESENCARNACIÓN. SU COMPOSICIÓN

Hay dos medios para comprobar la existencia del periespíritu en los desencarnados. Podemos, en primer lugar, observarle cuando se producen las manifestaciones del alma, como lo hicimos con el duplicado fluídico del hombre. Después, asegurarnos de su existencia por los médiums videntes y por el testimonio de los espíritus.

Fiel al método positivo, lo primero de todo vamos a comentar unos hechos que establecen que la personalidad póstuma es innegable. Es pues, la demostración al mismo tiempo de la inmortalidad del alma y de su envoltorio, lo que se desprenderá de este estudio.

Dice Allam Kardec en la *Revue Spirite*, de abril de 1860:

“El siguiente hecho de manifestación espontánea fue transmitido a nuestro colega Krotzoff, de San Petersburgo, por su compatriota, el barón Tcherkasoff, que vivía en Cannes, que garantiza su autenticidad. Parece que el hecho es muy conocido y causó una gran sensación en la época en que se produjo:

Al comienzo de este siglo, había en San Petersburgo un empresario que mantenía un gran número de operarios en su empresa, no me acuerdo de su nombre, pero creo que era inglés. Hombre probo, humano y metódico, se ocupaba no sólo con la buena elaboración de sus productos sino también con el bienestar físico y moral de sus empleados,

Una mañana, muchos operarios, al despertar no encontraron sus ropas, que habían dejado a su lado mientras dormían.

Nadie pensó en un robo. Se hicieron indagaciones que resultaron ser inútiles e incluso se pensó que los más maliciosos hubiesen querido gastar una broma a sus compañeros. Después de muchas pesquisas, se encontraron todos los objetos desaparecidos en el granero, en las chimeneas e incluso en el techo. El patrón hizo una amonestación general, ya que nadie se confesaba culpable y todos clamaban por su inocencia.

Poco tiempo después, el hecho volvió a repetirse. Nuevas amonestaciones y nuevas protestas de inocencia. Poco a poco, eso empezó a repetirse todas las noches y el patrón se inquietó muchísimo con esos hechos, porque, además del perjuicio para el trabajo, se veía amenazado con la marcha de todos los empleados, recelosos de permanecer en una casa donde ocurrían –decían ellos– cosas sobrenaturales.

Por recomendación del patrón, se organizó una vigilancia nocturna escogida por los más veteranos para sorprender al culpable, pero no se logró nada, las cosas, por el contrario, empeoraron. Los empleados, para ir a sus aposentos, debían subir escaleras,

que no estaban iluminadas, ahora ocurría que muchos recibían golpes y bofetadas al subirlas, y cuando pretendían defenderse, golpeaban al vacío, pero, la fuerza de los golpes recibidos hacía suponer que se trataba de una persona robusta.

Les aconsejó entonces el patrón que se dividiesen en dos grupos, uno permanecería arriba de la escalera, y el otro abajo. De esta forma, atraparían al gracioso que recibiría un correctivo bien merecido. Pero todo falló, los dos grupos fueron golpeados, sin parar, y cada uno acusó al otro. Las recriminaciones se volvieron más y más violentas y la situación llegó a tal punto que el pobre patrón ya pensó en cerrar la fábrica y cambiar de aires.

Una tarde, estaba sentado, triste y pensativo, rodeado de la familia. Todos se sentían abatidos cuando se hizo oír un gran ruido en el cuarto de al lado, que servía de gabinete de trabajo. Se levantó precipitadamente y fue a ver la causa del ruido. Lo primero que vio, al abrir la puerta, fue su secreter abierto y con la luz encendida. Pero él acababa de dejarlo cerrado y apagada la luz poco antes. Se aproximó y vio, en la escribanía, un tintero de vidrio, una pluma que no era suya y una hoja de papel donde estaban escritas estas palabras: Mande demoler la pared en tal lugar (era en la escalera), ahí encontrará huesos humanos que hará sepultar en tierra sagrada. El patrón tomó el papel y corrió a avisar a la policía.

Al día siguiente, intentaron saber de donde provenían el papel y la pluma. Mostrándoles a los habitantes de la casa, llegaron a un negociante de legumbres y ultramarinos que tenía su tienda en el piso bajo, y los reconoció como suyos. Interrogado sobre la persona a quien se los había dado, contestó: Anoche, había ya cerrado la puerta, cuando oí un pequeño ruido en la ventana, la abrí y un hombre, cuyos rasgos no pude distinguir, me dijo: –le ruego que me proporcione tinta y pluma, que le pagaré bien. Cuando le di los objetos solicitados, me dio una gruesa moneda de cobre, que vi caer al suelo, pero no pude encontrar.

Se demolió la pared en el lugar indicado y se encontraron huesos humanos, que fueron enterrados, y todo volvió a la normalidad. Jamás se pudo saber a quién pertenecieron”.

Vemos en esta historia todos los rasgos distintivos que encontraremos en las siguientes.

1°. El espíritu es invisible, impalpable, sin embargo manifiesta una presencia por efectos físicos que prueban que está materializado.

2°. Pide ser sepultado en tierra sagrada.

Vamos a ver, que en la mayor parte de los casos, suceden así las cosas.

Las apariciones tangibles son menos raras de lo que se podría suponer. Presentamos una relatada también por Allan Kardec:

“El 14 de enero último, el señor Lecomte, cultivador de la comuna de Brix, distrito de Valogne, fue visitado por un individuo, que dijo ser un antiguo compañero, que

había trabajado con él en el puerto de Cherburgo y cuya muerte se remontaba a dos años y medio. Esta aparición le venía a pedir a Lecomte que le mandase rezar por él una misa. El día 15 volvió. Lecomte, ya menos asustado, reconoció efectivamente a su antiguo compañero, pero todavía confuso, no supo qué responder. Lo mismo sucedió el 17 y 18 de enero. El 19 le dijo Lecomte: Ya que deseas una misa, ¿dónde quieres que te la digan? y ¿asistirás?

–Deseo –respondió el espíritu– que la digan en la capilla de San Salvador, en 8 días, y allí estaré.

Y añadió:

–No te veía hace mucho tiempo, y estoy muy lejos para venir a verte.

Dicho esto, le dejó, *estrechándole la mano*.

Lecomte no faltó a la promesa. La misa se dijo el día 27 de enero en San Salvador y vio al antiguo compañero arrodillado en las gradas del altar. Desde ese día, Lecomte no fue más visitado y volvió a su tranquilidad habitual.

Decimos que, al morir, el espíritu lleva consigo sus creencias y prejuicios. Esto lo prueban las dos historias precedentes, ya que el espíritu de San Petersburgo pide que sus huesos reposen en tierra sagrada y el segundo, que se mande decir una misa por él.

El espíritu posee un cuerpo, el periespíritu, que le parece material, va y viene, conforme sus costumbres y se admira cuando ve que no le responden.

Su situación es análoga a la que nos encontramos durante el sueño. Tenemos conciencia de que vivimos, practicamos algunos actos, vemos a las personas y los objetos, pero todo de modo especial. Nunca reflexionamos sobre nuestro estado, durante ese tiempo. Se suceden los acontecimientos, tomamos parte en ellos, pero aunque existan a veces felicidad o sufrimiento, no producen en nosotros las mismas impresiones que durante la vigilia. Parece que el raciocinio y la sensibilidad son desviados de la actividad normal.

En el sueño, el espíritu quiere, piensa, actúa, se pone en contacto con otras personas, conocidas o desconocidas, pero no extrae deducciones de esos encuentros, o de lo que ve. En resumen, no goza de la plenitud de sus facultades.

En la muerte, se reproduce ese mismo fenómeno. El espíritu se perturba, sabe que está vivo, tiene certeza que existe, pero nadie le acoge: parientes y amigos no le dirigen la palabra. Va a sus ocupaciones ordinarias, como durante la vida, y esta situación se prolonga hasta que reconoce su nuevo estado.

Esos hechos no se producen solamente en hombres poco inteligentes, se da también con espíritus cultivados, pero que no tienen ninguna idea o las tienen falsas sobre el futuro del alma. Es natural que el materialista, incluso el más instruido, no

se juzgue muerto, ya que para él, la muerte es sinónimo de la nada. A su vez, los espíritus religiosos que creen firmemente en el juicio de Dios, en el paraíso o el infierno, se persuaden de que no están muertos, ya que poseen un cuerpo y no sucede nada de lo que esperaban.

Detallamos algunos hechos que apoyan nuestro razonamiento.

El primero está recogido en los anales de la Academia de Medicina de Leipzig, fue discutido públicamente por esta sabia corporación y presenta todas las características de ser cierto.

En 1659 murió en Crossen, en Silesia, un joven boticario, llamado Cristóbal Monig. Algunos días después, vieron un fantasma en la farmacia. Todos reconocieron en él a Cristóbal Monig. El fantasma se sentaba, levantaba, iba a las estanterías, tomaba los botes, los frascos y los cambiaba de lugar. Examinaba y probaba los medicamentos, los pesaba, molía las drogas con ruido, servía a las personas que le presentaban recetas, recibía el dinero y lo colocaba en el cajón. Nadie osaba, sin embargo, dirigirle la palabra.

Teniendo, sin duda, resentimientos contra el patrón que estaba entonces seriamente enfermo, la hacía toda clase de perrerías. Un día tomó una capa en la farmacia, y salió por la puerta. Atravesó las calles sin mirar a nadie, entró en muchas casas conocidas, contempló a las personas un instante, sin proferir palabra alguna, y se fue. Encontró en el cementerio a una criada y le dijo: vete a casa de tu patrón y cava en el sótano, ahí encontrarás un gran tesoro. La pobre muchacha, espantada, perdió el sentido y se cayó al suelo. El se agachó y la levantó, pero le dejó una señal, visible por mucho tiempo.

De vuelta a casa, muy asustada, contó lo que había ocurrido. Se cavó en el lugar señalado y se encontró un bote muy antiguo y dentro de él, una hematita. Se sabe que los alquimistas atribuían a esa piedra propiedades ocultas.

Habiendo llegado estos prodigios a oídos de la princesa Elisabeth Charlotte, ordenó que se exhumase el cuerpo de Monig. Pensaban que se podía tratar de un vampiro, pero sólo encontraron un cadáver en avanzado estado de putrefacción. Aconsejaron entonces al boticario que se deshiciese de todos los objetos que habían pertenecido a Monig. El espectro no volvió a aparecer más desde aquel momento.

En este caso, el estado del que hablamos está bien caracterizado. El alma del aprendiz vuelve y se entrega a las ocupaciones habituales. Es lo que sucede en muchas ocasiones, pero la rareza de esas apariciones se explica, porque no siempre se presentan las condiciones necesarias para la materialización del periespíritu.

Veamos cuáles son esas condiciones:

Tomemos a Dassier otro caso en que la individualidad póstuma está también muy acentuada. El autor debe la narración a la gentileza del Sr. Augé, antiguo preceptor en Sentenac, Ariège, parroquia del padre Peytou.

“Sentenac de Sérrou, 8 de mayo de 1879.

Señor:

Pidió para ser contados, a fin de ser discutidos científicamente, los hechos sobre las almas, generalmente admitidos por las personas más estimadas de Sentenac, y que estuviesen rodeados de todo aquello que los haga ser innegables. Voy a citarlos tal como se produjeron y los refieren testimonios dignos de fe.

Primero.- Cuando, hace cerca de 45 años, murió el cura de Sentenac, Peytou, se oía todos los días, a partir del anochecer, a alguien que movía las sillas en los aposentos de la parroquia, pasear, abrir y cerrar una caja de rapé y producirse el ruido de quien lo aspira. El hecho, que se reprodujo por mucho tiempo, fue, como sucede siempre, admitido por los más simples y miedosos. Los que podríamos denominar como “espíritus” fuertes de la ciudad, no le concedieron ninguna importancia. Se contentaban con reírse de los que parecían estar persuadidos de que el Sr. Peytou, el cura muerto, se aparecía.

Antoine Eycheinne, alcalde del lugar en esa época, fallecido hace cinco años y Batista Galy, que todavía vive, los dos únicos individuos un poco instruidos de la ciudad, y por tanto los más incrédulos, quisieron comprobar por sí mismos si todos los ruidos que se decía que se oían en la parroquia, tenían algún fundamento o si eran sólo el producto de imaginaciones débiles, fácilmente asustadizas.

Una noche, armados con un fusil y un machete, resolvieron permanecer en la casa parroquial decididos a saber, si oían alguna cosa, si eran vivos o muertos los que originaban el ruido. Se instalaron en la cocina, cerca de una buena lumbre, y comenzaron a conversar sobre la simplicidad de los habitantes, declarando que no oían nada y podrían reposar perfectamente en un colchón de paja, que habían tenido la precaución de llevar. En ese momento, oyeron en el cuarto de arriba un ruido, después sillas que se movían y alguien que caminaba, bajaba por las escaleras y se dirigía a la cocina. Se levantaron. Eycheinne fue hasta la puerta, con el machete en la mano, dispuesto a herir a quien osase entrar, mientras Galy amartillaba el fusil.

El que parecía caminar, al llegar a la puerta de la cocina, aspiró el rapé, es decir, nuestros hombres oyeron el ruido que se hace con ello y, en lugar de abrir la puerta de la cocina, el fantasma se fue hacia el salón, donde se puso a pasear.

Eycheinne y Galy, armados, salen de la cocina, pasan al salón y no ven absolutamente nada. Suben a los cuartos, recorren la casa entera, escudriñan todos los rincones y encuentran todo en su lugar. Eycheinne, que era el más incrédulo, le dijo al compañero:

–Amigo mío, no son los vivos los que hacen ruido, son realmente los muertos. Es el cura Peytou, lo que hemos oído era su forma de andar y de aspirar rapé. Podemos dormir tranquilos.

Segundo.- Maria Calvet, criada de Ferré, sucesor de Peytou, mujer realmente valiente, que no se dejaba impresionar por nada y que no creía nada que le contase, que hubiese dormido sin miedo en una iglesia, como se dice vulgarmente de una mujer que no tiene miedo. Esta criada, limpiaba una tarde, al caer la noche, en el pasillo del granero, los utensilios de cocina. Ferré, su patrón, que había ido a visitar al cura Desplas, su vecino, no volvía hasta más tarde. Mientras Calvet limpiaba los utensilios, un cura pasó por delante de ella, sin dirigirle la palabra.

–¡Ah! No me da miedo, señor cura –dijo– y no soy tan tonta como para creer que el señor Peytou pueda volver.

Viendo que el cura, a quien tomaba por su patrón, había pasado sin decirle nada, María Calvet levantó la cabeza, se volvió, pero no vio a nadie. Comenzó entonces a asustarse, bajó rápidamente a buscar a los vecinos, para decirles lo que había sucedido y pedir a la mujer de Galy que viniese a dormir con ella.

Tercero.-Ana Maurette, esposa de Raymond Ferraud, todavía viva, se dirigía con su burro a la colina, al amanecer, para buscar leña. Al pasar por delante del jardín parroquial, vio a un cura, que paseaba en la alameda, con un breviario en la mano. Cuando le iba a decir “Buenos días, señor cura, se ha levantado muy temprano”, el cura se volvió y continuó leyendo su breviario. No queriendo interrumpirle, la mujer volvió a su camino, sin tener ningún pensamiento de fantasmas.

Al volver de la colina, con el burro cargado de leña, encontró al cura de Sentenac delante de la iglesia.

–Se levantó muy pronto hoy, señor cura –le dijo– pensé que tenía que hacer un viaje pues, al pasar, le vi rezando en el jardín.

–No, buena mujer –respondió el vicario– no hace mucho que me levanté y acabo de decir misa.

–Entonces –replicó la mujer, muerta de miedo– ¿Quién era ese cura que leía su breviario, al amanecer en el jardín, y se volvió en el momento en que le iba a dirigir la palabra? Estuvo bien que pensase que era usted. Me hubiese muerto de miedo si pensase que era el cura que ya no existe. ¡Dios mío! No tendría más valor para salir por las mañanas.

Aquí le he expuesto tres hechos que no son producto de una imaginación débil y asustada, y dudo que la ciencia pueda explicarlos. ¿Serán los muertos? No lo afirmaré, pero ahí existe algo que no es natural.

Atentamente

J. Augé”.

Todas las circunstancias de esta narración muestran la personalidad póstuma del cura Peytou, al continuar en el otro mundo de la vida terrestre. Anda de un lado para otro en su casa, pasea, lee su breviario. Es pues, imposible negar la persistencia de la individualidad en estas condiciones.

Para no fatigar al lector, nos limitaremos a citar la siguiente historia contada por el caballero Mosseaux, que se expresa de la siguiente forma, hablando de la aparición de los espíritus:

“Estos hechos están confirmados en nuestro días por obras anglo-americanas modernas, publicadas por sabios como el gran juez Edmonds, presidente del Senado, Roger, Bavie, Grégory, profesor de la Universidad de Edimburgo. Entre los innumerables hechos de esta naturaleza, vamos a exponer lo que contaba, a quien quería oírlo, el hombre menos católico y más escéptico del mundo, Lord Byron:

Me dijo el capitán Kidd:

–Me desperté una noche en mi hamaca y sentí sobre mí algo pesado, abrí los ojos y era mi hermano, vestido de uniforme. Quise pensar que la visión no pasaba de ser un sueño, y cerré los ojos para dormir de nuevo. Pero sentí el mismo peso y volví a ver a mi hermano, en la misma posición. Extendí la mano y *toqué* su uniforme, que ¡estaba *mojado*! Llamé, vino alguien, y la forma humana desapareció. Supe después que, *esa misma noche*, mi hermano se había ahogado en el Océano Índico”.

Son abundantes los hechos que demuestran la supervivencia y la manifestación de los espíritus.

No continuaremos nuestra enumeración, y, refiriéndonos al libro de Dassier, tomaremos sus notas principales, deducidas de millares de observaciones. El ser póstumo posee, como el duplicado fluídico del hombre, una forma nítidamente definida, que reproduce los rasgos físicos del difunto. El espíritu, en esas condiciones, pasa a través de los obstáculos materiales que se le opongan, sin ningún problema. Hemos visto cómo se entrega, habitualmente, a las mismas ocupaciones que tenía en vida y cómo cesa, repentinamente las manifestaciones.

Dassier, positivista, negaba, al principio, que la supervivencia fuese posible. Después, vencido por la evidencia, reconoció su error y proclamó la existencia del ser póstumo. Pero, lo más curioso es que no la admite indefinidamente.

Cree que existe, en el fantasma, una existencia momentánea, fruto del resto de fuerza vital que queda en su cuerpo, después de la muerte. Juzga que, destruido el cerebro, no puede el muerto hacer acto de inteligencia, ir, ver, hablar... Nos enseña que el fantasma se disocia lentamente para entrar en un gran “todo”. ¿En qué se basa su apreciación? En que no se reproducen siempre las manifestaciones.

La razón es extraña, ya que las manifestaciones cesan, en general, cuando el ser que se manifiesta lo desea y desde entonces no tiene más motivos para continuar.

Además, las comunicaciones que recibimos, todos los días, nos afirman que el alma es inmortal, y que, en lugar de disolverse lentamente, va, por el contrario, aumentando moral e intelectualmente. Sí, pero Dassier no cree en las comunicaciones, cree que son producidas por el duplicado fluídico de la persona evocadora, por eso que él llama *éter mesmérico*.

Para combatir esta infeliz teoría, basta llamar la atención sobre el hecho de que los médiums están absolutamente en su estado normal cuando obtienen comunicaciones. Si sólo hubiese relaciones con el mundo de los espíritus por medio de los sonámbulos, podríamos admitir la intervención de la personalidad duplicada, pero nuestros médiums permanecen perfectamente despiertos y, además de eso, la hipótesis de Dassier no puede explicar todos los tipos de mediumnidad.

Admitamos, por un instante, que la personalidad mesmeriana del médium esté actuando. Esta personalidad, suponiendo que reproduzca exactamente el físico y el intelecto del médium, no puede adquirir, por el sólo hecho de su mudanza, cualidades que antes no poseía. Además ¿cómo explicar las comunicaciones recibidas en lenguas extranjeras, el hebraico-siriaco de Des Mousseaux y las facultades del cajero del que habla Cox, que trataba los más profundos temas de Filosofía? No, una doctrina como la de Dassier no es aceptable y está lejos de destruir, como pretende, “las enervantes alucinaciones del espiritismo”, viene a confirmar más todavía nuestra fe, por los numerosos argumentos que su libro nos aporta.

Destaquemos dos caracteres del ser póstumo. Se desintegra con tanta rapidez como el fantasma vivo. El hermano del capitán Kidd, muerto en el Océano Índico, le encuentra en el Atlántico, la misma noche de su muerte.

En segundo lugar, el ser póstumo parece huir de la luz, la evita. Todas sus manifestaciones se suelen dar de noche y raramente a la luz del día, y en este caso, cerca del crepúsculo.

Dassier atribuye a la luz una acción desorganizadora, debida a la extrema rapidez de las vibraciones luminosas. Somos de esta opinión, Veremos ahora porqué y en qué condiciones.

Comprobamos, hasta ahora, la existencia del alma después de la muerte, notamos que está revestida de un envoltorio, y todo esto basándonos en la observación de los hechos, cuya autenticidad nos parece estar bien establecida. Pero los incrédulos atribuirán a la alucinación la mayor parte de esos hechos. En vano se les podrá decir que semejante concordancia, entre los casos extraídos de diferentes fuentes, prueba su realidad, continuarán negándoles y atribuyéndoles a una atracción enfermiza que el vulgo siente por lo maravilloso. Desde su escepticismo ignorante no dejarán de sonreír ante esas supersticiones populares.

Quizás, podamos sin embargo, derribar esta seguridad risueña, si ponemos ante sus ojos, no más descripciones tomadas aquí y allí, que siempre es posible rechazar, sino experiencias precisas, realizadas por hombres de ciencias, en sus laboratorios.

Los hechos de materialización de los espíritus, producidos en todas las épocas, no se realizaban de forma regular, y la singularidad de las circunstancias en que se producían, el miedo que tenían los testigos, eran razones para que fuesen mal observados.

Gracias al espiritismo, podemos experimentar hoy día, con alguna certeza, conocemos, teóricamente la causa de esos fenómenos, y si no podemos todavía explicar, científicamente, cómo se producen, encontramos ya en la ciencia los más firmes puntos de apoyo. Vamos a recorrer el trabajo de Crookes *Investigaciones sobre el Espiritismo*, que es la reproducción de artículos que publicó en el *Quarterly Review*, reunido en un libro por la librería de ciencias psicológicas.

Cuando esos notables trabajos aparecieron en Inglaterra, causaron un asombro general. ¿Cómo se atrevía un hombre de ese valor a pronunciarse afirmativamente sobre el tan controvertido asunto y además apoyarlo con experimentos científicos? El hecho era verdaderamente increíble y por todas partes se hicieron oír las vociferaciones de los materialistas. Crookes desdeñó esos ataques, que no tenían base alguna, pero de una vez por todas respondió a los que le acusaban de no tener suficiente competencia para pronunciarse al respecto de esas cuestiones:

“Parece que mi mayor crimen es el de ser un especialista entre los especialistas!”; Yo, un especialista! Verdaderamente, es una novedad para mí, que tenía limitada mi atención a un solo asunto especial.

¿Mi cronista sería capaz de decirme cual es este asunto? ¿Es la Química general de la que he realizado artículos desde la creación del *Chemical New* en 1859? ¿Es el thallium con respecto al cual el público probablemente ha oído decir todo lo que le podía interesar? ¿Se referirá al análisis químico sobre el que publiqué recientemente un tratado de los métodos seleccionados, y que es el resultado de un trabajo de doce años? ¿Será la desinfección y prevención y cura de la peste bovina sobre la que publiqué un artículo que podemos decir que popularizó el ácido carbónico? ¿Es la fotografía, sobre la que he escrito numerosos artículos, tanto sobre su teoría como sobre la práctica? ¿Es la metalurgia del oro y la plata, en la que mi descubrimiento del valor del sodio para el proceso de amalgamación está al día de hoy al uso en Australia, California y América del Sur? ¿Es la óptica, rama para la cual sólo me cabe enviar mis memorias sobre algunos fenómenos de luz polarizada, publicadas antes de cumplir los veintiún años? ¿Será mi descripción detallada del espectroscopio y mis trabajos con este instrumento en una época en que era desconocido en Inglaterra, o a mis artículos sobre los espectros solares y terrestres, a mis estudios sobre los fenómenos ópticos de del ópalo y la construcción del microscopio espectral, o a mis memorias sobre la medida de la intensidad de la luz y la descripción de mi fotómetro de polarización?

Quizás se trate de la Astronomía y Meteorología mi especialidad, ya que durante un año estuve en el observatorio Radcliffe en Oxford, donde, además de mi función especial de supervisar la meteorología, compartí mis tiempos de ocio entre Homero y los matemáticos en Magadalen Hall, a la búsqueda de los planetas y su fijación con M. Pogson, ahora director del observatorio de Madras, y la fotografía celeste ejecutada con el magnífico heliómetro vinculado al observatorio. Las fotografías de la Luna, tomadas por mí en 1855, en el observatorio de M. Hartnup, en Liverpool, han sido durante algunos años las mejores existentes, y la Sociedad Real me honró con una gratificación económica para proseguir mis trabajos en este tema. Estos hechos, junto a mi viaje a Orán, el año pasado, en calidad de miembro de la expedición enviada por el gobierno para estudiar allí el eclipse, y a la invitación que recibí recientemente para ir a Ceilán con el mismo objetivo, parecerían demostrar que la Astronomía es mi especialidad.

A decir verdad, pocos hombres de ciencia se prestan menos que yo a la acusación de ser un especialista entre los especialistas”.

Unamos a este magnífico conjunto de descubrimientos el de la materia radiante, y podremos con osadía caminar detrás de un hombre así, sin temer los sarcasmos de los ignorantes, que nunca nos podrán alcanzar.

Al estudiar con Home fue cuando Crookes obtuvo las primeras manifestaciones visibles y tangibles. Ya dijimos que él vio a una mano luminosa escribir rápidamente, elevarse y desaparecer. Prosiguiendo con los experimentos, tuvo ocasión de comprobar formas y figuras de fantasmas. Esos fenómenos –dice– han sido los más extraños de los que fui testigo. Las condiciones necesarias para su producción parecen tan delicadas, basta tan poca cosa para contrariar la manifestación, que han sido raras las ocasiones de verlas en las condiciones de verificación suficientes. Mencionaré dos casos:

“Al declinar el día, durante una sesión de Home en mi casa, vi agitarse las cortinas de una ventana, que estaba a unos 8 pies de Home. Una forma sombría, oscura, semitransparente, semejante a una forma humana, fue vista por todos los asistentes, de pie, cerca de la ventana, y agitaba la cortina con la mano. Mientras la mirábamos, se desvaneció, y la cortina dejó de agitarse.

El caso que sigue es todavía más interesante. Como en el precedente, Home era el médium:

“Una forma de fantasma se adelantó por la esquina del aposento, tomó un acordeón, y, tocando ese instrumento, se deslizó por el cuarto. Esa forma fue vista por todos los presentes durante muchos minutos, viéndose también a la vez al médium Home. El fantasma, enseguida, se acercó a una señora, que estaba sentada a corta distancia de los demás asistentes. La señora dio un gritito y el fantasma desapareció”.

Ya no se puede rechazar en este caso, la narración de la aparición. No está comprobada por campesinos ignorantes y supersticiosos, no se ha producido en una

época lejana, o delante de personas incompetentes para juzgar. No es posible el embuste, ya que la aparición se muestra en la propia casa de Crookes. Este hecho justifica la posibilidad, y aún más, la certeza de que los otros realmente ocurriesen.

Otras pruebas se vienen a unir a las precedentes y establecen, de modo irrecusable, la existencia y materialización de los espíritus, dadas ciertas condiciones.

Como dijimos, hubo luchas apasionadas, polémicas violentas en los periódicos ingleses, y gracias a esas disensiones tuvimos la alegría de ver a Crookes intervenir en el debate, con una serie de cartas, donde expone los resultados a los que llegó, en compañía de Miss Florence Cook.

Digamos como se procede, comúnmente, para obtener las materializaciones de espíritus, y así podrá el lector acompañar la discusión.

En un cuarto cualquiera, se suspende en diagonal, en una de las esquinas, una cortina, que se puede mover sobre rieles. En ese reducto se coloca al médium, después de examinarle de los pies a la cabeza. Los presentes se sientan en círculo, con las manos unidas. Se cierran todas las puertas. Al cabo de cierto tiempo, aparece un espíritu, saliendo del gabinete, y pasea en el espacio dejado por los asistentes. Dicho esto, volvamos a Crookes. Esta es su primera carta:

“Señor:

Me he esforzado todo lo posible para evitar la controversia en un asunto tan inflamable como los llamados fenómenos espiritistas. Excepto un pequeño número de casos en que la eminente posición de mis adversarios podría dar a mi silencio otros motivos que no son los verdaderos, nunca repliqué a los ataques y falsas interpretaciones que mi unión a esa causa han hecho dirigir contra mí.

El caso cambia, desde que algunas líneas por mi parte puedan apartar sospechas injustas, lanzadas sobre alguien. Y cuando ese alguien es una mujer joven, sensible e inocente, juzgo un deber aportar el peso de mi testimonio a favor de la que creo injustamente acusada.

Entre todos los argumentos presentados por una y otra parte, con referencia a los fenómenos obtenidos por la mediumnidad de la señorita Cook, veo establecidos pocos hechos que puedan llevar al lector a decir, admitiendo que pueda tener confianza en el juicio y la veracidad del narrador: “¡Por fin, aquí tenemos una prueba absoluta!”

Observo muchas falsas aserciones y exageraciones no intencionales, conjeturas y suposiciones sin fin, insinuaciones de fraude, ironías vulgares, pero no observo a nadie presentarse con una afirmación positiva, basada en la evidencia de los propios sentidos, de que, cuando la forma que responde al nombre de Katie está en la habitación, el cuerpo de la señorita Cook está o no, al mismo tiempo, en el gabinete.

Parece que toda la cuestión se encierra en estos estrechos límites. Pruébese como un hecho una u otra de las dos alternativas precedentes, y todas las otras cuestiones subsidiarias serán apartadas.

La sesión se realizaba en casa del Sr. Luxmore y el gabinete (espacio reservado al médium), era una sala separada por una cortina del aposento de enfrente, donde se encontraban los asistentes.

Inspeccionada la sala y examinadas las cerraduras, la señorita Cook penetró en el gabinete.

Al cabo de poco tiempo, apareció la forma de Katie, al lado de la cortina, donde luego se retiró, diciendo que su médium no se encontraba bien, ni podía ser puesta en sueño profundo, para poder apartarse de ella sin riesgo. Yo estaba situado a algunos pies de la cortina, detrás de la que se había sentado Miss Cook, y podía oír, frecuentemente, sus gemidos y suspiros, como si estuviese sufriendo.

Esto continuó a intervalos, durante casi todo el tiempo de la sesión, y *en un momento dado, cuando la forma de Katie estaba delante de mí, en el cuarto, distinguí el sonido de un sollozo doliente, idéntico a los que Miss Cook hacía oír, a intervalos, en el curso de la sesión, y que venía de detrás de la cortina donde estaba sentada.*

Declaro que la figura estaba llena de vida y tenía apariencia de realidad, y tanto como pude ver a la débil luz, sus rasgos se parecían a los de la Srta. Cook, pero la prueba positiva dada por mis sentidos, de que el suspiro provenía de la Srta. Cook, en el gabinete, cuando la figura estaba fuera, esa prueba es lo bastante sólida para ser deshecha por una simple suposición contraria, aunque estuviese bien sustentada”.

El testimonio de Crookes es una garantía de exactitud de los hechos. Vamos todavía a ver que esas manifestaciones, un tanto vagas, se fueron acentuando, hasta llevar a Crookes a decir, en otra carta: “Me siento feliz por haber obtenido, por fin, la prueba absoluta de que lo que hablaba en mi carta anterior”. Demos la palabra al eminente químico:

“No voy a hablar de la mayor parte de las pruebas que Katie me dio en las numerosas ocasiones en que la señorita Cook me favoreció con sesiones en mi propia casa, y no voy a describir sino una o dos de las que han tenido lugar recientemente.

Desde hace algunos años, experimentaba con una lámpara de fósforo, que consiste en una botella de 6 u 8 onzas que contiene un poco de aceite fosforado y permanecía sólidamente tapada. Tenía razones para esperar que a la luz de esta lámpara, algunos de los fenómenos del gabinete pudiesen hacerse visibles y la misma Katie esperaba obtener el mismo resultado”.

“El 12 de marzo, durante una sesión en mi casa, y después de Katie haber paseado entre nosotros y habernos hablado por algún tiempo, se retiró detrás de la cortina que separaba mi laboratorio de mi biblioteca, donde estaban los asistentes, y que temporalmente hacía las veces de gabinete. Poco después, me llamó y me dijo:

–Entre en el cuarto y levante la cabeza de la médium, que se escurre hacia el suelo.

Katie estaba delante de mí, vestida con su ropa blanca habitual y tocada con su turbante. Me dirigí rápidamente a la biblioteca, para levantar a Miss Cook, y Katie se apartó algunos pasos para que pudiese pasar. En efecto, Miss Cook se había escurrido en parte, encima del sofá, y su cabeza estaba en una penosa posición. La coloqué bien en el sofá y tuve, a pesar de la oscuridad, la viva satisfacción de comprobar que Miss Cook no estaba vestida con la ropa de Katie, llevaba su traje habitual de terciopelo negro y se encontraba afectada por un profundo letargo. No habían transcurrido cinco minutos entre el momento en que vi a Katie, de vestido blanco, delante de mí, y en el que levanté a Miss Cook en el sofá, cambiando la posición en la que se encontraba.

Volví a mi puesto de observación, Katie apareció de nuevo y me dijo que creía poder mostrarse al mismo tiempo que la médium. Se bajó la luz de gas y me pidió la lámpara fosforescente. Después de haberse presentado bajo esa luz durante algunos segundos, me la devolvió, diciendo:

–Ahora, entre y venga a ver a la médium.

La seguí de cerca de la biblioteca y, a la luz de la lámpara, vi a Miss Cook reposando en el sofá, exactamente como la había dejado. Miré a mi alrededor para ver a Katie. Sin embargo, había desaparecido, la llamé, pero no recibí respuesta. Volví a tomar mi lugar y después Katie apareció y me dijo que durante todo el tiempo había permanecido de pie, al lado de la Srta. Cook. Me preguntó entonces si ella misma no podría intentar un experimento, y tomando de mis manos la lámpara de fósforo, pasó detrás de la cortina, pidiéndome que no mirase detrás de ella. Al cabo de algunos minutos me entregó la lámpara diciendo que no podía tener éxito, que había agotado todo el fluido de la médium, pero que lo intentaría otra vez.

Mi hijo mayor, de 14 años, que estaba sentado enfrente de mí, en una posición en que podía ver detrás de la cortina, me dijo que había visto claramente la lámpara de fósforo pareciendo fluctuar encima de la Srta. Cook e iluminándola mientras permanecía extendida inmóvil sobre el sofá, pero no vio a nadie manteniendo la lámpara.

Pasaré ahora, a la sesión realizada anoche en Hackney. Katie nunca se apareció con tanta perfección. Durante cerca de dos horas paseó por el aposento, conversando familiarmente con los presentes. Muchas veces al pasar, tomó mi brazo, y la impresión que sentí era la de que una mujer estaba viva a mi lado, y no una visitante de otro mundo. Esta impresión, insisto, fue tan fuerte que casi no pude resistir el intento de repetir una reciente y curiosa experiencia.

Pensando que, si no tenía junto a mí a un espíritu, había, por lo menos, una señora, le pedí permiso para agarrarla, con el fin de comprobar las interesantes observaciones que un osado experimentador hizo conocer recientemente. Me dio su permiso graciosamente y la agarré, como haría cualquier hombre educado, en esas circunstancias.

El Sr. Volkman quedará satisfecho de saber que pude corroborar su aserción de que el fantasma (que, además, no hizo la menor resistencia), era un ser tan material como la propia señorita Cook.

Katie me dijo que esta vez creía que podría mostrarse a la vez que la Srta. Cook. Bajé la luz de gas y, enseguida, con una lámpara fosforescente, penetré en el gabinete. Había pedido antes a un amigo mío, hábil taquígrafo, que anotase cualquier observación que yo pudiese hacer, mientras estuviese en el gabinete, pues, conociendo la importancia de las primeras impresiones, no quería confiar a la memoria más de lo necesario. Estas notas están ahora mismo delante de mí.

Entré en la cámara con precaución, estaba oscura y tanteando busqué a Miss Cook. La encontré encogida, en el suelo.

Arrodillándome, deje entrar aire en la lámpara, y a su claridad, vi a la médium, vestida de terciopelo negro, como al principio de la sesión, y con apariencia de estar inconsciente. No se movió cuando le toqué la mano y le acerqué la lámpara a su rostro, pero siguió respirando tranquilamente,

Levantando la lámpara, miré a mi alrededor y vi a Katie, de pié, cerca y detrás de la Srta. Cook. Vestía un vestido corto y fluctuante, como ya le habíamos visto, durante la sesión. Con una de las manos de la Srta. Cook entre las mías, me arrodillé, suspendí y bajé la luz de gas, tanto para iluminar el cuerpo entero de Katie, como para convencerme plenamente de que veía, de hecho, a la verdadera Katie, que había apretado en mis brazos minutos antes, y no al fantasma de un cerebro enfermo. No habló más, sin embargo meneó la cabeza en señal de reconocimiento. Por tres veces examiné, con cuidado, a la Srta. Cook, encogida delante de mí, para asegurarme de que la mano que tenía agarrada era la de una mujer viva, y por tres veces, viré la lámpara hacia Katie, para examinarla con firme atención, de modo que no tuviese la menor duda de que ella estaba allí, delante de mí. Al fin la Srta. Cook hizo un breve movimiento y después Katie me hizo una señal para que yo saliese. Me retiré para la otra parte del gabinete y allí dejaba de ver a Katie, pero no dejé el aposento hasta que la Srta. Cook hubo despertado y dos asistentes entrasen con una luz”.

Se podría suponer, por los conocimientos que tenemos de las propiedades del periespíritu, que se opera solamente un desdoblamiento de la personalidad de la médium, pero la notas de Crookes van a demostrar que el duplicado fluídico no ejerce aquí ningún papel y que la acción es debida a un ser espiritual, momentáneamente materializado.

“Antes de terminar este artículo, deseo que se conozcan alguna de las diferencias que observé entre la Srta. Cook y Katie. La estatura de Katie es variable, la veía, en mi casa, con más de seis pulgadas que la Srta. Cook. Anoche, con los pies desnudos y de puntillas, tenía 4,5 pulgadas más que la Srta. Cook. Estaba con el cuello descubierto, la piel era perfectamente suave al tacto y a la vista, mientras que Miss Cook tiene una cicatriz en el cuello, que, en circunstancias semejantes, se ve claramente y es áspera. Las orejas de Katie no están perforadas, mientras que las de la Srta. Cook llevan pendientes normalmente. El color de la piel de Katie es muy blanco y el de la Srta. Cook, moreno. Los dedos de Katie son mucho más largos que los de la Srta. Cook y su rostro también es más grande. En los modos y la forma de expresar.

Hasta aquí los hechos, creemos que se encuentran pormenorizados y rodeados de las más minuciosas precauciones.

La buena fe del ilustre sabio no puede ser puesta en duda, no podría ser juguete de una ilusión, de una alucinación, tomando las fantasías como verdades. Esta explicación, que agradaría a Jules Soury, no puede incluso, ser invocada, porque la carta siguiente va a decirnos que se puede fotografiar el espíritu de Katie.

Ahora bien, si es posible concebir un hombre genial o alucinado, es totalmente ridículo pretender que se puedan fotografiar alucinaciones.

Dejemos hablar a los hechos. Esta es la tercera y última carta de Crookes:

“Habiendo tomado parte muy activa en las últimas sesiones de Miss Cook, y habiendo conseguido obtener numerosas fotografías de Katie King, a la luz eléctrica, pensé que la publicación de algunos pormenores sería interesante para los espiritistas.

Durante la semana que precedió a la partida de Katie, sólo dio sesiones en mi casa, casi todas las noches, para que pudiese fotografiarla con luz artificial. Se prepararon cinco máquinas completas de fotografiar a tal efecto. Consistían en cinco cámaras oscuras, una del tamaño de una placa entera, una de media placa, una de un cuarto y dos cámaras binoculares estereoscópicas, que debían ser dirigidas todas sobre Katie al mismo tiempo, cada vez que posase para ser retratada. Se emplearon cinco baños sensibilizadores y fijadores, y numerosas placas de vidrio fueron limpiadas con antelación, dispuestas para su uso para que no se produjesen retrasos de ningún tipo durante las operaciones fotográficas, que ejecutaba yo mismo, asistido por un auxiliar.

Mi biblioteca sirvió de cámara oscura. Tenía una puerta de dos batientes que se abría hacia el laboratorio, uno de esos batientes fue retirado de sus goznes y se puso una cortina en su lugar para permitir a Katie entrar y salir fácilmente. Nuestros amigos que se hallaban presentes, estaban sentados en el laboratorio delante de la cortina, y las máquinas fotográficas estaban colocadas un poco más atrás de ellos, dispuestas a fotografiar a Katie cuando saliese, y a tomar fotografías igualmente del interior del gabinete, siempre que se apartase la cortina con ese fin.

Cada noche había cuatro o cinco exposiciones de placas, lo que daba, por lo menos, quince pruebas por sesión. Algunas se estropearon en el proceso, otras, al graduar la luz. A pesar de todo, dispongo de 44 negativos, algunos mediocres, otros ni buenos ni malos, y otros excelentes. Siguen dos certificados bajo juramento, de que estos experimentos fueron realizados en las mejores condiciones. Fueron publicados en 1875, en un libro titulado *Procès des Spirites*.

* * *

Villa Chancer Road Hern Hill, Londres.

Declaro solemne y sinceramente que siempre realicé mis estudios científicos y que estudié con gran cuidado los fenómenos espíritas durante algunos años. Sé que son reales. En algunos casos descubrí y desenmascaré públicamente alguna impostura.

Asistí a experimentos en que Cromwell Warley, el creador del cable submarino atlántico, y William Crookes, miembro de la Sociedad Real de Londres, obtuvieron, con absoluta evidencia, formas espirituales materializadas y que, en diversas ocasiones, eran fenómenos verdaderos, sin que cupiese ningún tipo de impostura.

En los experimentos de Crookes, vi una prueba de estos fenómenos por instrumentos científicos de este sabio. En las de Warley no vi el resultado en los instrumentos, porque estaba ocupado en anotar las indicaciones de esos mismos instrumentos, *mientras una corriente eléctrica, pasando por el cuerpo del médium en el gabinete donde este último se encontraba*, nos permitía constatar que se encontraba siempre en el mismo lugar e impedido de actuar como un espíritu materializado.

Vi varias veces manos materializadas, que el médium no podía imitar de manera alguna. Un día, en casa de la Sra. McDougall Gregory (21, Green Street, Grosvenor Square, en Londres) vi claramente una mano viva, materializada, que no era de ninguna de las personas presentes, esa mano se agitaba encima del suelo a cinco pies aproximadamente de mí, mientras el médium estaba sentado en una silla.

Esa mano tocaba un instrumento de música, cuando yo la observaba,

Declaró que todo esto es verdadero, y en virtud de un acto de parlamente, etc., etc.

Firmado por William Henry Harisson

* * *

Ante M. Leth del Consejo de la Reina, administrador de los actos jurados, y comprobado por el cónsul francés.

Yo, abajo firmante Edwards Dawson Rogers, de Londres, periodista, certifico haber visto frecuentemente el fenómeno del espiritismo llamado materialización y la aparición de una segunda forma humana, que no era la del médium, salir de una pequeña cámara o gabinete, en la cual el médium había sido amarrado.

Vi esto más de una vez en condiciones rigurosas de experimentación impuestas por el profesor Crookes, el ilustre químico miembro de la Sociedad Real de Gran Bretaña, en que era imposible practicar cualquier engaño. La aparición paseaba en medio de los experimentadores sentados delante del gabinete, con ellos y siendo tocada por ellos. Una vez, estando ocupada de ese modo la aparición, el profesor Crookes entró en el gabinete y apartó la cortina que mantenía al médium. Vimos entonces, al mismo tiempo, al médium y a la aparición materializada.

Firmado: E. Dawson Roger.

Rose Ville Finchley (London W.).

* * *

Katie pidió a los asistentes que permaneciesen sentados. Sólo no se me incluyó a mí en esa medida, porque ya hacía algún tiempo que me había concedido permiso de hacer lo que quisiese, tocarla, o entrar y salir del gabinete, cuando gustase.

La seguí al gabinete y vi, en algunas ocasiones, a ella y a la médium, al mismo tiempo, sin embargo, la mayor parte de las veces sólo encontraba a la médium en letargo, reposando en el suelo. Katie y su vestido blanco había desaparecido instantáneamente.

Durante los últimos meses, la Srta. Cook me hizo numerosas visitas a casa, y permanecía con nosotros semanas enteras. Traía consigo sólo una pequeña bolsa, que no cerraba con llave. Durante el día estaba constantemente en compañía de mi mujer y mía, o de cualquier otro miembro de mi familia. No dormía sola, le faltaba pues la oportunidad de preparar, siquiera levemente, algo que se prestase a representar el papel de Katie King. Preparé y dispuse yo mismo, mi biblioteca y el gabinete oscuro y, de costumbre, después que la Srta. Cook cenaba y charlaba un poco con nosotros, se dirigía directamente al gabinete. A petición suya, yo cerraba con llave la segunda puerta y guardaba la llave conmigo durante toda la sesión. Se bajaba la luz de gas y se dejaba a Miss Cook en la oscuridad.

Entrando en el gabinete, Miss Cook se extendía en el suelo, con la cabeza en una almohada, y caía en letargo. Durante las sesiones fotográficas, Katie envolvía la cabeza de la médium en un chal, para impedir que la luz le diese en la cara. Yo levantaba frecuentemente una punta de la cortina, cuando Katie estaba cerca y de pie. Las siete u ocho personas que se encontraban en el laboratorio podían ver, al mismo tiempo, a Miss Cook y a Katie, a la claridad de la luz eléctrica. Nosotros, en ese momento, no divisábamos la cara de la médium, a causa del chal, pero percibíamos las manos y los pies, y observábamos que se agitaba, penosamente, bajo la influencia de la luz intensa y oíamos sus gemidos, por unos instantes.

Tengo una placa en la que Katie y la médium están fotografiadas juntas, pero Katie está colocada delante de la cabeza de Miss Cook. Mientras yo tomaba parte activa en esas sesiones, la confianza que Katie tenía en mí, aumentaba paulatinamente, hasta el punto de sólo querer dar sesiones cuando yo me encargaba de los dispositivos, diciendo que quería que estuviese siempre cerca de ella y del gabinete. Con tal confianza, y estando ella convencida de que yo iba a cumplir mis promesas, los fenómenos aumentaron en intensidad y tuve pruebas, imposibles de obtener si me hubiese aproximado a la sensitiva de forma diferente. Ella me preguntaba frecuentemente sobre las personas presentes en las sesiones y sabía la manera en que se colocaban, porque en los últimos tiempos se ponía muy nerviosa por algunas sugerencias imprudentes que aconsejaban emplear la fuerza para proceder con métodos más científicos de investigar.

Una de las fotografías más interesantes es aquella en la que estoy de pie, al lado de Katie, teniendo ella el pie desnudo en un determinado punto del suelo. Hice, enseñada, que Miss Cook se vistiese como Katie. Ella y yo nos colocamos en la misma posición y fuimos fotografiados por los mismos objetivos, colocados absolutamente igual que en el otro experimento y con la misma intensidad de luz. Colocando una fotografía sobre otra, se ve que mis rasgos coinciden plenamente en cuanto a estatura, etc., pero Katie es más alta que Miss Cook, una media cabeza, y cerca de ella parece una mujer corpulenta. En muchas pruebas, la longitud de su rostro y el tamaño de su cuerpo difieren esencialmente de la médium y las fotografías muestran asimismo muchos otros puntos en que se diferencian.

Pero la fotografía es tan impotente para describir la belleza perfecta de la cara de Katie, como lo son las palabras para describir el encanto de sus maneras. La fotografía puede verdaderamente dibujar la actitud, pero ¿cómo podría reproducir la pureza brillante de su piel, la expresión de sus trazos, llenos de tristeza al contar algún acontecimiento de su vida pasada, o risueños, llenos de la inocencia de una joven, divirtiéndose a mis hijos, al contarles los episodios de sus aventuras en la India?

Vi a Katie tan bien, iluminada por la luz eléctrica, que me es fácil distinguir las diferencias ya descritas en un artículo precedente, entre ella y la médium.

Tengo la certeza absoluta de que la Srta. Cook y Katie son dos personalidades distintas, por los menos en lo que concierne al cuerpo. Muchos pequeños detalles que se encuentran en el rostro de la Srta. Cook no existen en el de Katie. La cabellera de la Srta. Cook es de un castaño tan oscuro que parece negro. Un mechón de Katie que tengo ante mis ojos, que ella me permitió cortar de sus abundantes trenzas, y que seguí con el dedo hasta la cabeza para comprobar que nacía allí, es de un brillante castaño dorado.

Una noche conté las pulsaciones de Katie: su pulso era de 75, mientras que el de Miss Cook, instantes después, alcanzaba 90, su cifra habitual. Apoyando la oreja al pecho de Katie, pude escuchar su corazón latir en el interior y sus pulsaciones eran todavía más regulares que las del corazón de Miss Cook, cuando, después de la sesión, me permitió realizar el mismo experimento.

Examinados, del mismo modo, los pulmones de Katie se mostraron más sanos que los de la médium, porque Miss Cook estaba siguiendo un tratamiento médico, por sufrir un fuerte resfriado. Los lectores encontrarán interesante, sin duda, que a sus informes y a los de Ross Church, con respecto a la última aparición de Katie, puedan juntarse los míos, excepto aquellos que hubiese podido olvidar.

Cuando llegó el momento de Katie decirnos adiós, le pedí el favor de ser el último en verla. Por eso, después de llamar a cada persona de la sociedad y dirigir algunas palabras a cada uno de ellos, dio instrucciones generales sobre nuestra dirección futura y la protección que deberíamos proporcionar a Miss Cook. De estas instrucciones, que fueron taquígrafadas, cito la siguiente: *Crookes siempre actuó muy bien, y dejo a Florence en sus manos con toda la confianza del mundo, perfectamente convencida de que no abusará nunca de la confianza que deposito en él. En cualquier circunstancia imprevista, él podrá hacerlo mejor que yo misma, porque tiene más fuerza.*

Finalizadas sus instrucciones, me invitó a entrar con ella en el gabinete y me permitió que permaneciese allí hasta el final. Después de cerrar la cortina, charló conmigo por algún tiempo, y atravesó el cuarto para ir donde estaba Miss Cook, que yacía inanimada en el suelo. Inclínándose sobre ella, Katie la tocó y le dijo:

—Despierte, Florence. Es necesario que me vaya ahora, te tengo que dejar.

Miss Cook despertó y, bañada en lágrimas, suplicó a Katie que permaneciese algún tiempo más.

—Querida, no puedo quedarme más, mi misión está cumplida. Que Dios te bendiga

Conversaron durante algún tiempo, hasta que las lágrimas de la Srta. Cook la impidieron hablar. Atendiendo a las instrucciones de Katie, me ocupé de asegurar a Miss Cook que estaba a punto de caerse y sollozaba intensamente. Miré alrededor, pero Katie y su vestido blanco habían desaparecido. Una vez que la señorita Cook se calmó, se trajo una luz y la conduje fuera del gabinete.

Las sesiones casi diarias, con que Miss Cook me favoreció últimamente, agotaron sus fuerzas. Quiero que se sepa lo mucho que le debo por su buena voluntad, durante los experimentos. Se sometía de buen grado a cualquier prueba que le proponía. Su palabra es sincera, y nunca observé el menor síntoma de engaño.

No creo que pudiese cometer un fraude, y si lo hubiese intentado, habría sido descubierta, porque tal manera de proceder era totalmente ajena a su naturaleza. Y en cuanto a pensar que una inocente colegiala de quince años fuese capaz de concebir y sustentar, con éxito total, tan gigantesca impostura, y que durante ese tiempo, se estuviese sometiendo a todas las imposiciones que se le exigieron, soportando las investigaciones más minuciosas, permitiendo ser inspeccionada, sin importar el momento, antes o después de las sesiones, que hubiese tenido más éxito, todavía, en mi casa que en la de sus padres, sabiendo que ella iba allí, expresamente, para someterse a rigurosos ensayos científicos. Imaginar que la Katie King de los tres últimos años es el resultado de una impostura, ataca en gran medida a la razón y al sentido común que creer que ella es lo que afirma ser”.

* * *

Dedicamos estos hechos a Jules Soury, Bersot de Fonvielle y a otros incrédulos, que sólo vieron tonterías o fraudes en las manifestaciones espíritas. Ante la evidencia de los hechos, sólo les queda el recurso de negarlos, pero el público será siempre juez entre afirmaciones temerarias basadas en una negación sistemática y los sabios estudios del hombre más eminente de Inglaterra, actualmente.

Una vez dicho esto, volvemos a nuestro tema.

El espíritu Katie King se materializó, ya no más a una luz dudosa, sino a pleno brillo de la luz eléctrica. Su cuerpo era tan real y tangible como el de Crookes, ya que hasta se oía latir su corazón.

Tenemos pues, que admitir la posibilidad de una materialización temporal de los espíritus. Pero se deduce una condición: es necesaria la presencia de un médium. Siempre que observamos casos de apariciones, podemos, sin recelo, afirmar que hay un médium próximo.

Vamos a intentar explicar cómo suceden las cosas. No tenemos la pretensión de presentar una explicación positiva y completa, sino sólo mostrar cómo se puede concebir la producción de estos fenómenos, por medio de analogías extraídas de la ciencia.

ENSAYO DE TEORÍA

Cuando preguntamos a los espíritus sobre la naturaleza del periespíritu, nos responden que éste está extraído del fluido universal del planeta donde habitamos. A primera vista parece que esto nos aclara poco, pero estudiando a fondo el tema, vamos a ver que tienen toda la razón.

Los espíritus entienden por fluido universal una materia primitiva, de la que provienen todos los cuerpos por transformaciones sucesivas. Para que se justifique este concepto, es necesario demostrar:

1º. Que la materia puede existir en estados diferentes, simplificándose sin cesar hasta el estado inicial.

2º. Que la infinita variedad de los cuerpos puede ser reconducida a una única materia.

Establecidas científicamente estas proposiciones, la existencia del fluido universal no podrá rechazarse más. La primera pregunta a hacerse es la siguiente:

¿Hay fluidos?

Es casi imposible dudar, después de los experimentos de Crookes y de los hechos relatados anteriormente, pero ¿qué se deberá entender por esta expresión? En física, fluidos son los cuerpos líquidos y gaseosos, pero aquí debemos dar a esta palabra un significado especial, que será muy útil definir. Llamamos fluidos a los estados de la materia en la que está más enrarecida que en el estado conocido bajo el nombre de gas. ¿Está justificado ese concepto?

Para responder, escuchemos a Faraday. Así se expresaba en 1816:

“Si imaginamos un estado de materia tan apartado del estado gaseoso como éste del estado líquido, teniendo en cuenta, entiéndase, el incremento de diferencia que se produce a medida que el grado de cambio avanza, podremos quizás, si nuestra imaginación llega hasta ahí, concebir más o menos la materia radiante. Y de la misma forma que al pasar del estado líquido al gaseoso, la materia pierde un gran número de sus cualidades, más todavía debe perder en esta última transformación”.

Esta atrevida concepción fue desarrollada por el gran físico en los años siguientes y se puede leer en sus cartas, recopiladas por Bence Jones, este párrafo:

“Puedo señalar aquí un progreso notable en las propiedades físicas que acompañan a los cambios de estado. Quizás baste para llevar los espíritus inventores y osados a sumar el estado radiante a los otros estados de materia ya conocidos.

A medida que pasamos del estado sólido al líquido y de éste al gaseoso, vemos disminuir el número y la variedad de las propiedades físicas de los cuerpos. Cada esta-

do presenta menos que el precedente. Cuando los sólidos se transforman en líquidos, todas las graduaciones de rigidez y blandura cesan necesariamente de existir, todas las formas cristalinas o de otro tipo desaparecen. La opacidad o el color son sustituidas, en muchas ocasiones, por una transparencia incolora y las moléculas adquieren, por así decirlo, una movilidad completa.

Si consideramos el estado gaseoso, vemos aniquilados un gran número de caracteres evidentes de los cuerpos. Las inmensas diferencias que existen entre sus pesos desaparecen casi por completo. Se apagan los restos de los diferentes colores que tenían. Desde ese momento, todos los cuerpos permanecen transparentes y elásticos. No forman más que un mismo género de sustancias, y las diferencias de rigidez, opacidad, color, elasticidad y forma, que convierten en casi infinito el número de los sólidos y los líquidos, son entonces sustituidas por débiles variaciones de peso y algunos matices sin importancia. De esta forma, para los que admiten el estado radiante de la materia, la simplicidad de los problemas que caracterizan ese estado, lejos de ser una dificultad, es más bien un argumento a favor de su existencia.

Se ha comprobado hasta ahora una desaparición gradual de las propiedades de la materia, a medida que esta avanza en la escala de las formas, y se sorprenderían si ese efecto no se diese en el estado gaseoso. Han visto a la naturaleza hacer los mayores esfuerzos para simplificarse en cada cambio y piensan que, al pasar del estado gaseoso al radiante, ese esfuerzo debe ser más considerable”.

Lo que era hipótesis para Faraday, es certeza para nosotros. Crookes, demostrando la existencia de la materia radiante, puso fuera de duda la existencia de los fluidos. Los cuerpos, efectivamente, no cambian bruscamente de estado, no pasan instantáneamente de sólido a líquido. La mayor parte ocupa una posición intermedia, llamada estado pastoso. De la misma manera, los líquidos no se transforman en gas, sin que sea posible apreciar los niveles que separan esos dos estados. Los vapores son un buen ejemplo de ello. Pero la diferencia entre líquidos y gases está todavía disminuida por los experimentos realizados por Charles Andrew, que mostró que, en ciertos cuerpos, existe una mezcla del estado líquido y gaseoso, de manera que no se puede distinguir si el cuerpo pertenece a uno u otro estado.

La ley de analogía nos lleva, pues, a admitir que entre los gases y el estado radiante existe materia en diferentes estados de rarefacción, desde los más groseros, que se aproximan a los gases, a los más puros que están en el estado radiante.

Si mostramos que las propiedades químicas siguen el mismo orden de progresión descendente, a medida que se sube en la escala de las familias químicas, o dicho de otro modo, si hiciéramos ver que se puede suponer que no existe sino una sola materia, de la que derivan todos los cuerpos que conocemos, por transformaciones sucesivas, estaremos bien cerca de llegar al fluido universal del que nos hablaron los espíritus. Veamos si la unidad de la materia es una idea aceptable.

El sabio químico Wurtz escribió en la *“Teoría atómica”*:

“La idea de la unidad de la materia está renovada, proveniente de Descartes, ya que es verdad que, cuando se trata del eterno e insoluble problema de la materia, el espíritu humano parece girar dentro de un círculo, perpetuándose las mismas ideas a través de los tiempos y presentándose bajo formas rejuvenecidas las inteligencias de élite que han buscado investigar este problema”.

Pero, ¿no existe una cierta diferencia en la manera de obrar de esos grandes espíritus? Sin duda alguna. Unos, más fuertes quizás, pero más aventureros, procedieron por intuición, otros, mejor armados y más severos, por inducción racional. Ahí radica la superioridad de los métodos modernos, y sería injusto pretender que los considerables esfuerzos, de los que hemos sido testigos conmovidos, no hayan impulsado más hacia delante el espíritu humano en el problema arduo de que se trata, como no lo pudieron hacer un Lucrecio o un Descartes.

Muchos sabios modernos han sido llevados por sus investigaciones, a la conclusión de que se debe admitir la unidad de la materia.

En efecto, examinando las relaciones que existen entre las diferentes familias químicas de los cuerpos, estamos obligados a aplicarles, por analogía, las mismas leyes de transformación de las familias naturales de los animales. Tenemos, en nuestra época, una tendencia invencible para la síntesis y la simplificación. Así como los antiguos multiplicaban las causas, nosotros tenemos hoy el cuidado de eliminarlas. Pero no basta suponer, es preciso tener pruebas.

Una de las más potentes que se pueden proporcionar es la que se llama, en química, estados alotrópicos. Algunas sustancias pueden tener propiedades completamente diferentes, sin cambiar de naturaleza, químicamente hablando. De esta forma, el fósforo puede presentar un aspecto rojizo, blanco o negro, según la forma de prepararlo. Lo que es notable es que el fósforo rojo y el fósforo ordinario presentan tales diferencias, que estaríamos tentados de considerarlos distintos. Sin embargo, al analizarlos con métodos precisos, no presentan ninguna diferencia: son siempre fósforo. La transformación se opera exponiendo en el vacío barométrico al fósforo blanco a los rayos del Sol. Creemos que ningún caso demostraría mejor que las propiedades de los cuerpos son debidas sólo al orden de los átomos que componen su estructura.

El ozono es también una modificación alotrópica del oxígeno. El carbono muestra tan múltiples aspectos, propiedades tan diferentes en los alotrópicos que forma, que sólo se reconoce por su infusibilidad y por la propiedad de producir ácido carbónico, quemándolo en oxígeno. Se presenta, al principio cristalizado, es el diamante. Después, bajo la forma de grafito, antracita, coque, negro de humo, carbón... Todos esos cuerpos tienen idéntica composición, pero presentan propiedades diferentes, según se unen sus átomos. Creemos, pues, que sólo existe una única materia, que reviste diferentes aspectos. Vamos a ver una observación que demuestra esta verdad.

Tratando el análisis espectral, Zaborowski refiere las siguientes experiencias: Con el fin de determinar las temperaturas de las diferentes partes del Sol, se tomaron fotografías de los espectros en esas diversas partes. Cada cuerpo en combustión señala, como es sabido, su presencia, en la luz descompuesta en sus elementos o espectral, por unas líneas particulares. Se demostró que “el alargamiento de las líneas de la platina es correlativo a la elevación de la temperatura”. De esta forma, fue posible sacar, provechosamente, fotografías de los espectros de un gran número de estrellas.

Y, de acuerdo con la hipótesis de Laplace, se comprobó que esos astros están en diferentes estados de condensación. Las estrellas blancas, más ardientes, contienen hidrógeno en abundancia y en alta presión. Las estrellas brillantes se aproximan a la constitución de nuestro Sol. Las anaranjadas y rojizas son mucho menos calientes. Apagándose, pasan al estado de los planetas oscuros. Han nacido de las nebulosas. Por lo menos es la gran hipótesis clásica desde Laplace. Esa hipótesis, sin embargo, sólo será comprobable porque la fotografía permitiendo tomar y conservar las imágenes de las nebulosas en diversas épocas, a través de los siglos, nos proporciona los medios de seguir las transformaciones de esas materias cósmicas, especie de protoplasma que genera los mundos.

Con un fin algo diferente, Lockyer (1879) y Huggins (1882) han fotografiado los espectros de una serie de nebulosas, de las más densas a las más enrarecidas. Llegaron a reconocer que el número de los cuerpos simples disminuye a medida que se pasa de las primeras a las segundas. Los espectros fotográficos de los más enrarecidos sólo revelan hidrógeno y fósforo.

Esto es verdaderamente la confirmación de los puntos de vista señalados anteriormente sobre la unidad de la materia.

La correlación señalada por Faraday, entre el estado cada vez más enrarecido de la materia y la pérdida correspondiente de las principales propiedades que la han caracterizado, nos permite decir que, existe un estado radiante de la materia que forma el fluido universal. Y de ese medio es de donde se obtiene el periespíritu.

Dicho esto, intentaremos ver lo que ocurre en una materialización. Para eso es necesario conocer bien lo que es la materia en sí y a qué agente son debidas sus propiedades.

Todos los cuerpos están compuestos de partes infinitamente pequeñas llamadas átomos. Para tener una idea de su levedad, tomemos una sustancia colorante y constataremos que puede teñir varios millones de veces su volumen en el agua, es decir, que las moléculas que constituyen este cuerpo, se expandirán en la masa total del líquido, dividiéndose cada vez más. En vista de eso, se podría creer que los cuerpos son indefinidamente divisibles, lo que sería un error, porque la ley de las proporciones definidas es un argumento sin réplica que se puede invocar a favor de

una divisibilidad limitada. Estos átomos que estructuran todos los cuerpos no se tocan, están colocados unos al lado de otros y agrupados por una fuerza llamada cohesión. Todos los cuerpos de la naturaleza nos aparecen pues, como colecciones de átomos o de moléculas reunidos de forma diferente, por esto las nuevas concepciones científicas tienden a considerar los fenómenos como movimientos moleculares o de transporte en el espacio.

La materia es inerte, incapaz por sí misma de entrar en movimiento. Cuando se comprueba un deslizamiento en un cuerpo, es que ha existido una fuerza que le ha hecho salir de su estado de inercia. Se puede decir, por tanto, que el movimiento es la expresión de la fuerza, pero esta fuerza puede actuar de diferentes maneras, bien deslizando el cuerpo en el espacio, o determinando cambios en su estado molecular.

Por ejemplo, si se mantiene con el dedo una cuerda de violín apartada de su posición de reposo, las moléculas que forman esta cuerda tienden a retomar su primera posición, ejercen una presión sobre el dedo. Existe pues, un trabajo molecular interno. Si, por el contrario, se retira el dedo, la cuerda se pone en movimiento y el trabajo molecular que producía la presión se convierte en movimientos de transporte que se ejecutan de un lado y otro de la posición de reposo de la cuerda. El vaivén se para progresivamente por la resistencia del aire y de los puntos donde las cuerdas están fijadas al violín.

Esta teoría establece, en principio, que las cualidades de los cuerpos son debidas a los movimientos particulares con que están animados los átomos o las moléculas de cada sustancia. Las propiedades químicas serían debidas a agrupaciones diferentes de átomos, sin duda. No se puede suponer, actualmente, a qué especie de movimientos constitutivos es debida, por ejemplo, la diferencia entre el oro y la plata, pero la idea de que reside en estos movimientos, no es por eso hoy menos universalmente aceptada.

No crean que esta teoría haya sido forjada para las necesidades de nuestra causa. Después del descubrimiento de la transformación y de la conservación de la fuerza, es la única que se puede comprender, y se encuentra expuesta en la psicofísica del profesor Delboeuf.

Si esta concepción moderna es verdadera, el universo aparecería ante nuestra inteligencia, supuesta perfecta, como estando compuesto de grupos diferentes de átomos, grupos móviles en el espacio, mientras todos los átomos oscilan alrededor de un centro de equilibrio. Las variedades provendrían de agrupaciones diferentes, o de sentido de la amplitud y de la rapidez de las vibraciones de los átomos.

Todo es movimiento. Del átomo invisible al cuerpo celeste perdido en el espacio, todo está sometido al movimiento, todo gravita en una órbita inmensa o infinitamente pequeña. Mantenido a una distancia definida, unas de otras, en razón

del movimiento que las anima, las moléculas presentan relaciones constantes que sólo pierden por la adquisición o sustracción de una cierta cantidad de movimiento. Según la rapidez de las vibraciones de los átomos, las sustancias estarán en estado sólido, líquido, gaseoso o radiante.

Para hacer pasar a un cuerpo por esos diferentes estados, utilizamos frecuentemente el calor, que no es sino un estado vibratorio del éter, pero no sabemos si otros agentes tienen el mismo poder, es decir, que puedan hacer pasar a las diferentes sustancias por los estados sólido, líquido y gaseoso.

Los espíritus nos han enseñado que la *voluntad* es una fuerza considerable, por medio de la cual actúan sobre los fluidos. Es pues, la voluntad la que determina las combinaciones de los fluidos, que pueden, por su acción, realizar todas las manipulaciones fluídicas que les plazcan, pero para materializar esas creaciones fluídicas necesitan un agente esencial: el fluido vital. Sólo lo encuentran, capaz de cumplir las condiciones necesarias para la materialización, en el organismo humano, con la presencia indispensable de un médium.

Una vez conocido esto ¿cómo concebir que un espíritu pueda primero mostrarse a nosotros y después, enseguida, materializarse?

Para que el espíritu se muestre, es necesario que extraiga el fluido vital del organismo del encarnado. A través de ese agente, produce en su envoltorio una alteración molecular que le transforma de translúcido a opaco. Se encuentra un efecto análogo, aunque inverso, cuando se estudian las propiedades de ciertas sustancias, como el hidrófono, roca silicosa opaca, que se vuelve transparente al sumergirla en agua. Se produce lo mismo con una hoja de papel untada de un cuerpo grasoso. La opacidad es debida a la reflexión de la luz sobre las diferentes partes del papel, pero la interposición de una sustancia que impida la reflexión permite a la luz atravesar el cuerpo, y, en consecuencia, se produce la transparencia.

Un efecto inverso se observa con los espíritus. Además, basta examinar la condensación del vapor en un tubo, para comprender como puede el periespíritu, bajo la influencia de la voluntad y del fluido vital, materializarse.

El envoltorio fluídico que reproduce, generalmente, la apariencia que el espíritu tenía en su última encarnación, tiene todos los órganos del hombre, de manera que, disminuyendo el movimiento molecular radiante de dicho envoltorio, aparece, inicialmente bajo un aspecto vaporoso, como en el caso de la profesora de Riga, después el fluido vital del médium se va acumulando en el cuerpo fluídico y le comunica, momentáneamente, una vida ficticia, que es tanto más intensa cuanto mayor cantidad de fluido despiden los médiums. Esta es la razón por la que los médiums de materialización se sumergen en la catalepsia.

Se puede observar en los casos ya citados de desdoblamiento, que no parecía necesaria la presencia de un médium. El propio encarnado proporciona el fluido vital indispensable, y él era su propio médium, y su duplicado tenía una realidad más o menos tangible, conforme a su abundancia de fluidos.

Una circunstancia que parece extraña es la súbita desaparición del espíritu materializado. Se diría que el periespíritu, que se materializó lentamente, debe volver a pasar por fases inversas para volver al estado fluídico. Esto, sin embargo, se comprende, sabiendo que el agua, incluso en estado sólido, tiene cierta tensión de vapor. No es raro ver desaparecer el hielo, sin haber pasado por la fusión. Pasa bruscamente al estado vaporoso y, en este caso, debemos admitir, lo que ya reconoció el naturalista Plinio, que existe vaporización inmediata.

Este fenómeno fue estudiado por Gay Lussac y Regnault, que habían operado hasta 52 grados bajo cero. Algunos cuerpos sólidos, como el yodo y el alcanfor, pasan también directamente al estado gaseoso. Es fácil comprender que se produce algo semejante en la desaparición súbita de un espíritu materializado.

Para que nuestra demostración fuese completa, sería necesario que se pudiesen realizar experimentos que estableciesen el suministro de fluido vital al organismo del espíritu. No se ha intentado todavía nada con ese objetivo y es difícil, en vista del poco tiempo que se dispone para estudiar esos fenómenos científicamente, bajo todas las leyes. Pero, sea como fuere, creemos que nuestra teoría puede ser aceptada para explicar los hechos y nos congratulará mucho si esos datos pudiesen servir para el esclarecimiento de esas cuestiones, todavía tan poco conocidas.

No tenemos la pretensión de imponer nuestra convicción, nos contentamos en aportar nuestro ladrillo al gran edificio científico que se levantará dentro de poco y que tendrá por cimientos esos estados fluídicos, hoy tan poco estudiados.

Esa manera de encarar el periespíritu nos permitirá comprender más fácilmente el papel que goza durante la vida del espíritu. Vamos a resumir, según Allan Kardec, lo que sabemos sobre el tema.

LA VIDA DEL ESPÍRITU

Tomemos el alma al salir de este mundo y veamos lo que ocurre después de esa transmigración. Una vez extintas las fuerzas vitales, el espíritu se desprende del cuerpo en el momento en que cesa la vida orgánica. La separación, sin embargo, no

es brusca e instantánea. Comienza, algunas veces, antes de cesar la vida, y no se finaliza siempre en el instante de la muerte.

Demostramos que, entre el espíritu y el cuerpo existe un lazo semimaterial que constituye un primer envoltorio. No se rompe súbitamente y, mientras subsiste, el espíritu permanece en un estado de turbación, que puede ser comparado al que pasamos al despertar del sueño. Muchas veces, duda de la muerte, siente que existe y no comprende que pueda vivir sin el cuerpo, del que se ve separado. Los lazos que le unen a la materia le convierten incluso accesible a ciertas sensaciones físicas. Uno de ellos decía que los gusanos le roían el cuerpo.

El espíritu sólo se reconoce después de estar completamente libre: hasta ahí no conoce totalmente su situación. La duración de ese estado de turbación es variable, puede ser de algunas horas o de muchos años, pero es raro que, al cabo de algunos días, no se reconozca, más o menos bien. Estamos hablando de almas llegadas ya a cierto grado de evolución moral, porque, entre los salvajes, la vida espiritual no es suficientemente activa para que se identifiquen con la nueva situación. Estos espíritus reencarnan muy rápidamente, para apresurar el momento en que, gozando de su total libre albedrío, sean los únicos señores de sus destinos.

De la misma forma, para muchos espíritus de las naciones civilizadas, la muerte produce tal alteración, que encuentran todo extraño y es necesario un tiempo para que se familiaricen con la nueva manera de percibir las cosas.

Es solemne el momento en que uno de ellos ve cesar su esclavitud por la ruptura del lazo que le retiene al cuerpo. A la entrada del mundo de los espíritus es acogido por amigos que le reciben, como a la vuelta de un penoso viaje. Encuentra a los muertos amados, cuya pérdida le produjo tanto pesar, y si la travesía fue feliz, si el tiempo de exilio se empleó de forma provechosa, es felicitado por ellos por la lucha sostenida con valentía. A los padres se unen los amigos que conoció en otro tiempo y todos, felices y radiantes, vuelan en el éter infinito. Comienza entonces para él, verdaderamente, una nueva existencia.

El envoltorio fluídico del espíritu constituye una especie de cuerpo de forma definida, limitada y análoga a la nuestra. Hemos visto, por el estudio de los torbellinos de Helmholtz, como se podría concebir este estado, pero este cuerpo no tiene en absoluto nuestros órganos y no puede sentir todas nuestras impresiones.

En la Tierra, la visión, la audición y el tacto, dependen de instrumentos cuya densidad no nos permite sentir las vibraciones, en número infinito, que se extienden más allá de los límites de nuestras débiles percepciones. Pero esas vibraciones existen y, para el ser que las puede captar y comprender su lenguaje, deben tener una voz más penetrante que el majestuoso murmullo del océano y las quejas misteriosas del viento a través de los bosques.

El espíritu siente todo lo que percibimos: la luz, el sonido, el olor, y estas sensaciones no son menos reales, por no tener nada de material. Tienen incluso, algo de más claro, más preciso y sutil, porque llegan al alma sin el intermediario, sin pasar, como entre nosotros, por la serie de los sentidos que las hacen desvanecerse.

La facultad de percibir es inherente al espíritu. Es un atributo de los seres. Las sensaciones le llegan de todas partes y sólo de algunas zonas determinadas. Uno de ellos decía, hablando de la vista: *“es una facultad del espíritu y no del cuerpo, ves por los ojos, pero no es el cuerpo el que ve, es el espíritu”*.

Por la especial conformación de nuestros órganos, necesitamos vehículos para nuestras sensaciones, por eso es necesaria la luz para reflejar los objetos, el aire para transmitir los sonidos. Esos vehículos son inútiles si no poseemos los intermediarios que precisan. El espíritu ve, sin ayuda de luz, oye sin necesidad de las vibraciones del aire. No existe pues la oscuridad para él. Así tenemos la clave de las notables propiedades de los sonámbulos lúcidos, que ven y oyen mucho más allá del alcance de los sentidos materiales. El alma desprendida, goza de parte de las prerrogativas que posee en estado de desencarnación.

Pero las sensaciones perpetuas e indefinidas, por más agradables que sean, se vuelven fatigosas, si no nos podemos sustraer a las mismas. El alma tiene la facultad de suspenderlas, puede, a voluntad, dejar de ver, oír, sentir o sólo sentir, oír y ver lo que quiera. Esa facultad está en función de la superioridad del ser, porque hay cosas que los espíritus inferiores no pueden evitar, lo que convierte la situación en muy penosa.

Esto es lo que, al principio, el espíritu no percibe. Los atrasados no comprenden nada, tal como entre nosotros los ignorantes, que ven y se mueven sin saber cómo.

Esa ineptitud para comprender lo que está por encima de su entendimiento, unida a la jactancia, compañera habitual de la ignorancia, es la causa de las absurdas teorías que presentan algunos espíritus, y que nos inducirían a error a nosotros mismos si las aceptásemos sin más y sin asegurarnos por los medios proporcionados por la experiencia y el hábito de conversar con ellos, del grado de confianza que merecen.

Hay sensaciones que tienen su origen en el propio estado de nuestros órganos. Ahora bien, las necesidades inherentes a nuestro cuerpo no pueden existir desde el momento en que nuestro envoltorio carnal está destruido. El espíritu no experimenta pues, ni la fatiga ni la necesidad de reposo, ni la de la nutrición, porque no hay que reponer ningún gasto, las enfermedades no le afligen. Si, en ocasiones, los médiums ven espíritus jorobados o cojos es porque han tomado esa forma para ser mejor reconocidos por las personas con las que se relacionaron en la Tierra.

Las necesidades del cuerpo acarrear deberes sociales que no tienen razón de ser para los espíritus. Así, las preocupaciones de los negocios, las mil inquietudes a que nos expone la necesidad de ganarnos la vida, la búsqueda de las quimeras que adulan nuestra vanidad, los tormentos que creamos por cosas superfluas, no existen más. Sonríen con pena, viendo los esfuerzos que realizamos para adquirir riquezas vanas o tonterías ridículas. Es necesario, sin embargo, cierto grado de elevación para contemplar las cosas desde esa altura. Los espíritus vulgares se interesan, principalmente, en nuestras luchas materiales y toman parte en ellas, de la forma que pueden, y nos incitan para el bien o el mal, de acuerdo a su naturaleza buena o perversa.

Los espíritus inferiores sufren, pero las angustias no dejan de ser menos dolorosas, por no tener nada de físicas. Tienen todas las pasiones, todos los deseos que nos atenazaban en vida, y su castigo es no poder satisfacerlos. Para ellos es una verdadera tortura, que consideran perpetua, porque su propia inferioridad no les permite ver su final, lo que también es un castigo.

La palabra articulada es también una necesidad de nuestra organización. Los espíritus no necesitan sonidos que hieran sus oídos, se entienden por la transmisión del pensamiento, como aquí, a veces nos entendemos con la mirada. Los espíritus pueden producir algunos ruidos. Sabemos que son capaces de actuar sobre la materia, y ésta nos transmite el sonido, así pueden hacernos oír golpes o gritos y, en ocasiones, cánticos en el vacío del espacio. Trataremos de todo lo que se refiere a las manifestaciones en la quinta parte de esta obra.

Mientras arrastramos penosamente nuestro cuerpo material en la Tierra, presos al suelo, los espíritus, vaporosos, etéreos, se trasladan sin fatiga de un lugar a otro, transportándose por espacios inconmensurables con la rapidez del pensamiento, y penetran en todas partes, sin encontrar obstáculos. El espíritu ve todo lo que vemos y con más claridad, percibe aquellos que no nos permiten nuestros limitados sentidos, y penetrando en la materia, descubre lo que oculta a nuestra vista.

Los espíritus no son seres vagos, indefinidos, como se nos figuran hasta ahora, sino individualidades reales, determinadas, circunscritas, que gozan de nuestras facultades y de muchas otras que nos son desconocidas, porque son inherentes a su naturaleza. Tienen las cualidades de la materia que les es propia y componen la población de ese universo invisible que nos rodea sin cesar. Supongamos, por un instante, que el velo material que les oculta a nuestra vista se levanta. Nos veríamos rodeados por una multitud de seres que estarían a nuestro alrededor, como podríamos hacerlo nosotros en una reunión de ciegos. Para los espíritus, los ciegos somos nosotros y ellos son los que ven.

Hemos dicho que el espíritu, al entrar en su nueva vida, invierte algún tiempo en reconocerse, que todo le es extraño y desconocido. Se puede uno preguntar cómo

es así, si ya tuvo otras experiencias corporales y esos pasajes por la Tierra estuvieron separados por intervalos en el mundo de los espíritus y, además, ya que el espacio es su verdadera patria, el espíritu no debe encontrarse como exiliado. Existen varias causas para que considere como nuevas esas percepciones, a pesar de haberla ya experimentado.

La muerte, ya lo dijimos, está seguida siempre de un instante de perturbación, pero que puede ser de corta duración. Una vez disipada esa turbación, las ideas se aclaran poco a poco y con ellas el recuerdo del pasado, que vuelve a la memoria gradualmente. Sólo cuando el espíritu está totalmente desmaterializado se descubren ante él sus vidas anteriores, como una perspectiva, al salir lentamente de la niebla que le envolvió. Solamente entonces, se acuerda de su última existencia, más tarde, el panorama de sus pasajes sobre la Tierra y su vuelta al espacio, se desvela ante sus ojos. Ve los progresos que hizo y los que le faltan por hacer, y así nace el deseo de reencarnar, para llegar más rápido a los mundos felices que puede entrever.

Se concibe pues, según eso, que el mundo de los espíritus debe parecerle nuevo, hasta el momento en que recupere completamente la memoria. Pero para esta causa es necesaria otra, no menos importante. El estado del espíritu, como tal espíritu, varía extraordinariamente, en función de su elevación y pureza. A medida que sube intelectualmente y progresa moralmente, sus percepciones y sensaciones se vuelven menos densas, adquieren más finura y delicadeza. Ve, siente y comprende las cosas que no podía ver, sentir y comprender en una condición inferior. Ahora, cada existencia corpórea supone un motivo de progreso, le trae siempre a un medio nuevo, donde espíritus de otro nivel tienen pensamientos y hábitos diferentes.

Unamos a eso que esa depuración le permite penetrar en mundos inaccesibles a los espíritus inferiores, como entre nosotros, los salones de la aristocracia están prohibidos a personas mal educadas. Cuanto menos esclarecido sea, más limitado tiene su horizonte, a medida que se eleva y depura, este horizonte aumenta y con él el círculo de sus ideas y percepciones. La comparación siguiente nos puede ayudar a comprender esto.

Supongamos que un campesino ignorante, que viene a París por primera vez, ¿entenderá el París de los sabios y el mundo elegante? No, porque sólo frecuentará la compañía de los individuos de su clase y los barrios donde habiten. Pero, si en un segundo viaje, se hubiese espabilado, adquirido instrucción y maneras más finas, serán muy distintos sus hábitos y relaciones. Verá, entonces, un París que no se parecerá en nada al que conoció la primera vez. Con los espíritus ocurre lo mismo, no todos experimentan esa inseguridad en el mismo grado, según progresan las ideas se desarrollan, la memoria se hace más rápida y se familiarizan más pronto con su nueva situación, y su retorno al mundo de los espíritus no les sorprende

tanto, se encuentran en su medio normal y, pasado el primer momento de turbación, se reconocen en el ambiente casi inmediatamente.

Esa es la situación general de los espíritus en el estado que se llama errante, pero en esta situación ¿qué hacen? ¿En qué ocupan su tiempo? Esta pregunta es de un interés capital para nosotros.

En efecto, nos interesa detenernos en este punto, porque se trata de nuestro futuro espiritual, no pudiendo despreciar los detalles más mínimos. Además, son los propios espíritus los que responden a estas preguntas, porque en todo lo que hemos expuesto hasta ahora, nada es debido a la imaginación. Extrajimos de las enseñanzas de Allan Kardec toda la información necesaria y él mismo basó su teoría en las comunicaciones recibidas de todas las partes del planeta, ofrece pues, todos los caracteres de la verdad. Poniéndose de parte de cualquier opinión sobre el espiritismo, se tiene que aceptar que esta teoría de la vida más allá de la tumba no tiene nada de irracional, sino que presenta una secuencia y un encadenamiento totalmente lógico, del que más de un filósofo se sentiría muy honrado.

Ya lo hemos dicho, sería un error creer que la vida de los espíritus es ociosa, por el contrario es esencialmente activa y todos los espíritus nos hablan de sus ocupaciones, que difieren, naturalmente, conforme es el ser errante o encarnado. En la encarnación, dependen de la naturaleza de los planetas que habitan, las necesidades están en función del estado físico y moral de esos mundos, así como de la organización de los seres vivos.

Los datos de la ciencia, expuestos con tan luminosa claridad en las “*Tierras del cielo*” por Camille Flammarion, ya nos proporciona una idea de lo que es la vida en la superficie de los planetas de nuestro sistema solar. Nuestro fin no es volver a citar lo que tan bien hizo el célebre astrónomo. No hablaremos sino de los espíritus errantes.

Entre los seres que han alcanzado un nivel de elevación, unos velan por el cumplimiento de los designios de Dios en los grandes destinos del universo, dirigen la marcha de los acontecimientos y colaboran para el progreso de los mundos. Otros ponen a los individuos bajo su protección y se convierten en sus genios tutelares, guías espirituales que les acompañan del nacimiento a la muerte, procurando dirigirles hacia la senda del bien, y son felices cuando sus esfuerzos se ven coronados por el éxito.

Algunos encarnan en mundos inferiores para ejercer ahí misiones de progreso, intentan hacerles avanzar en las ciencias, arte o en la moral a través de sus trabajos, ejemplos, consejos y enseñanzas. Se someten, voluntariamente a las vicisitudes de una vida corporal, en muchas ocasiones penosa, para practicar el bien y eso se les tiene en cuenta. Muchos también no tienen atribuciones especiales, van a todas

partes donde su presencia pueda ser útil, dar consejos, inspirar buenas ideas, sustentar a los que titubean, dar energía a los débiles y frenar a los presuntuosos.

Si consideramos el número infinito de los mundos que pueblan el universo y la cantidad incalculable de seres que los habitan, se puede entender que hay ocupación para todos. Los distintos trabajos no tienen nada de penoso, lo hacen voluntariamente y no por presión u obligación, y la felicidad consiste en conseguir lo que emprenden. Nadie piensa en la ociosidad eterna, que sería un suplicio. Cuando las circunstancias lo exigen, se reúnen en consejo, deliberan sobre lo que deben de hacer, dan órdenes a los espíritus subordinados y se dirigen enseguida donde el deber les llama. Esas asambleas son generales o locales, según la importancia del asunto. No hay ningún lugar especial destinado a esas reuniones, el espacio es el dominio de los espíritus, pero se limitan en general a los planetas que constituyen su objetivo.

Los espíritus encarnados en esos mundos y que tienen una misión que cumplir asisten muchas veces a esas asambleas. Mientras sus cuerpos reposan, dan consejos a los otros espíritus y en muchas ocasiones reciben órdenes sobre la conducta que deben mantener como hombres. Al despertar no recuerdan con precisión lo que pasó, pero poseen la intuición que les hace actuar, inconscientemente.

Descendiendo en la jerarquía, encontramos espíritus menos elevados y esclarecidos, pero que no dejan de ser buenos, y que, en una esfera más limitada, cumplen funciones análogas. Su acción, en vez de extenderse a los diferentes mundos, se ejerce en especial sobre un determinado planeta, en relación con su grado de adelantamiento. Su influencia es más individual y tiene por objeto acciones menos importantes.

Después viene la multitud de espíritus vulgares, más o menos buenos o malos, que nos rodean. Se elevan poco por encima de la humanidad, de la que representan todos los matices y son como su reflejo, ya que tienen sus vicios y virtudes. En muchos de ellos se vuelven a encontrar los gustos, las ideas y las tendencias que tenían en vida. Sus facultades están limitadas y su juicio es falible como el de los hombres, muchas veces erróneo y lleno de prejuicios.

En otros, el sentido moral está más desarrollado, sin gran superioridad ni profundidad, juzgan más juiciosamente y condenan lo que han hecho, dicho o pensado durante su vida. Además, y esto es destacable, incluso entre los espíritus más ordinarios hay, en la mayor parte, sentimientos más puros en la erraticidad que en la encarnación. La vida espiritual esclarece sus defectos y, con pocas excepciones, se arrepienten amargamente y lamentan el mal que han hecho, por el que sufren más o menos cruelmente. El endurecimiento absoluto es muy raro y sólo temporal, porque, tarde o temprano, se lamentan de su estado. Se podría decir que

todos aspiran a la perfección, porque perciben que es la única forma de salir de la posición inferior que ocupan.

En resumen, hemos visto que el alma se desarrolla a través de una serie de existencias sucesivas que, habiendo partido del estado más rudimentario, del que encontramos un ejemplo en los pueblos salvajes, debe elevarse gradualmente hasta la suma de cualidades y perfecciones que se pueden adquirir en la Tierra. Cuando alcanza el fin que tenía aquí señalado, sube a los mundos superiores, donde le esperan mejores destinos.

Podría suponerse que el progreso eterno tiene un límite y que la perfección debe ser alcanzada algún día. Es un error, procedente de nuestra naturaleza limitada, que convierte al universo y al infinito en una idea mezquina y estrecha, que tiene poco que ver con la realidad.

Cuando contemplamos la pequeña parte del universo que nuestros instrumentos nos hacen conocer, el espíritu retrocede, deslumbrado ante los millares de mundos que pueblan el espacio. Si, por el pensamiento, medimos el tiempo que nos es indispensable para fijar una cualidad, si lanzamos una mirada retrospectiva sobre las innumerables encarnaciones que nos ha sido necesario soportar, para llegar sólo hasta nuestro estado actual, comprenderemos entonces, que nuestra ascensión indefinida reclama un tiempo enorme, tan grande, que nuestra imaginación más amplia no puede concebir.

Pero, como Dios crea sin cesar, se puede suponer que existen espíritus que ya han recorrido todas las fases y que han llegado, por fin, a la perfección absoluta. Es una falsa interpretación también, porque la perfección absoluta es Dios, es decir, lo infinito, la eternidad.

Ahora bien, teniendo un comienzo, nunca el alma de un hombre será eterna, simplemente inmortal. Es una función que crece desde el cero al infinito. A veces se ha pretendido que el alma no ha sido creada. En nuestra opinión, esta forma de pensar es errónea, porque si admitimos la existencia de Dios, debe ser el autor de todo lo que existe, ya que sin esto, no tendría razón de ser. Además, una vez que progresamos, elevándonos de encarnación en encarnación, vemos que ingresamos en la vida a través de un estado muy simple en el que no tuvimos ninguna facultad de las que hoy poseemos y que adquirimos insensiblemente por medio de una serie de luchas contra la materia. Pero, si fuésemos eternos ¿qué significaría el progreso?

En la eternidad no podríamos aumentar ni disminuir, seríamos inmutables por nuestra propia naturaleza. Sin embargo, la experiencia nos demuestra que progresamos intelectualmente, por eso debemos llegar a la conclusión que fuimos creados. La inmensidad y la eternidad son los únicos límites que encontramos para el progreso, lo que equivale a decir: *“el progreso no tiene límites”*. No nos debe asombrar esta perspectiva, ya que sabemos, por experiencia, que a cada descubrimiento

nuevo, a cada adquisición intelectual, está unida una felicidad, que se incorpora y aumenta la que ya gozábamos. A medida que nuestras facultades se amplían, se ejercen en un campo cada vez más amplio, abrazan horizontes más extensos y, como el universo es ilimitado, podemos imaginar que nos será necesaria la eternidad para comprenderlo y profundizar en sus leyes.

Confiados en la bondad del Padre celestial, debemos creer en las promesas de los espíritus superiores que nos asisten, comprobando la felicidad inefable de la que gozan, la elevación y belleza de sus enseñanzas, nuestro único objetivo debe ser igualarlos, estando seguros de que el poder divino sabrá recompensar siempre nuestros esfuerzos, proporcionándonos la felicidad por los trabajos que hayamos soportado.

IV

HIPÓTESIS

Hasta aquí nos hemos limitado a estudiar el periespíritu en el hombre durante la desencarnación. Como los espíritus nos han enseñado que está formado del fluido universal, aceptamos esa afirmación sin indagar el proceso por el que el periespíritu podría haber adquirido las cualidades de que está dotado. En este capítulo vamos a intentar levantar una punta del velo que encubre nuestro pasado. Para explicar el funcionamiento del envoltorio del espíritu, hacemos la siguiente hipótesis:

El periespíritu fija en sí mismo, durante la evolución del alma, todas las cualidades que le permiten dirigir la vida orgánica, de manera que el hombre poseerá:

1. La vida vegetativa, debida al principio vital.
2. La vida *orgánica*, debida al *periespíritu*.
3. La vida intelectual, que es la del alma.

Intentaremos demostrar que el duplicado fluídico del hombre es el principio director de su vida orgánica, para llegar a esta conclusión admitiremos como absolutamente demostradas las leyes de la transformación, que se adaptan del todo a este tema. Será asentar una hipótesis en una suposición, pero, habiendo ya declarado estar dispuestos a aceptar cualquier otra teoría mejor que se nos ofrezca, podemos sin temor ofrecer la nuestra.

Diremos, para justificarnos, que existe un hábito o tendencia instintiva del espíritu, que nos lleva a querer explicar todo e inventar explicaciones cuando nos faltan. Ahora, si se puede descender de una causa conocida al efecto que produce, no es menos cierto que la operación inversa está absolutamente desprovista de reglas y se entrega a todos los azares de la interpretación.

Si se supiese, dice Jamin, que el agua está comprimida por la atmósfera, se podría prever que subiría en el tubo de una bomba donde se haga el vacío. Pero, supongamos que no se conozca la existencia de esa presión y que se vea subir el agua. Tendríamos que escoger entre una multitud de causas que pueda sugerir nuestra imaginación, y cuando se quiera decidir entre ellas, habrá todas las probabilidades posibles de engaño contra una sola a favor de la certeza. Se sabe como obtuvieron éxito los antiguos, que admitían el horror de la naturaleza por el vacío.

Es la misma necesidad que se quiere satisfacer y la misma operación que se hace cuando se dice que la materia *se atrae*, todo se parece en las dos hipótesis, hasta la manera de expresarlas, y puede ser que lo mismo se dé en la realidad de las explicaciones.

La mecánica demuestra que existe una fuerza agente entre dos astros vecinos, pero cuando se dice que esta fuerza es una atracción de la materia, se hace una suposición tan gratuita como la de los antiguos cuando decían que es el horror del vacío la fuerza que hace subir el agua. Se ve que se producen los fenómenos de calor, electricidad, magnetismo y luz y luego se inventan cuatro fluidos para explicarlos, ¿y qué son esos fluidos? Son creaciones de la imaginación perfectamente escogidas, además, para prestarse a todas las explicaciones, porque habiéndolas creado por la necesidad que se tiene de ellas, se les puede dar todas las propiedades que se quieran.

Y ahí está el nacimiento de un sistema en toda su belleza. La mayoría de la veces esas teorías sólo sirven para encubrir la ignorancia en que nos encontramos respecto a las verdaderas causas y acostumbran al espíritu a contentarse (solamente) con palabras. Es raro que el progreso de las ciencias no acabe con esos brillantes productos de la imaginación, se han hecho muchas, y pocas quedan y ¿Quién puede prever la suerte de las que aceptamos?

Si bien que, para precaverse contra ellas, toman los físicos modernos tanto cuidado como los antiguos en multiplicarles, admiten, sin embargo, todavía algunos sistemas, pero con una condición que les proporciona verdadera utilidad, la que estén contenidas dentro de una hipótesis general capaz de abarcar matemáticamente todas las leyes experimentales de toda una ciencia, e incluso llevar al descubrimiento de otras.

En este número entra la nueva teoría que se acepta en la óptica. Después de haber sido admitido que la luz es un movimiento vibratorio del éter, todas las leyes experimentales se volvieron consecuencias que proceden de la hipótesis, y la óptica llegó poco a poco a ese estado de perfección final en que la experiencia no es más que un auxiliar que comprueba las previsiones de la teoría, en lugar de ser el único medio de buscar las leyes. Por esos caracteres se juzgan hoy los sistemas y en estas condiciones son aceptados.

El espiritismo científico franqueó los primeros pasos de la experiencia, guiado por sabios ilustres, pero la explicación de todos sus fenómenos no puede intentarse todavía, ya que existen pocos documentos en la actualidad, que permitan la buena ejecución de ese trabajo. Presentamos, por tanto, un ensayo, sin la pretensión de verdad absoluta.

En filosofía existe, para explicar la vida en el hombre, aparte el materialismo, tres sistemas diferentes:

- 1°. Los vitalistas.
- 2°. Los organicistas.
- 3°. Los animistas.

Pasemos una rápida revista a estas diferentes escuelas.

Se sabe, de modo general, que el cuerpo crece, como los vegetales, siente y se mueve como el animal, y que tiene una existencia superior, que reside en la vida intelectual. Es necesario pues, que el sistema que explica el hombre físico y moral abrace esos tres órdenes de hechos. Vamos a comprobar que son todos insuficientes, porque se limitan a encarar una sola parte de la cuestión, en lugar de verla en conjunto.

Los *vitalistas* sólo quieren reconocer en el hombre una fuerza, el principio vital, y creen que basta para explicarlo todo. Es en lo que se apoyan sus convicciones.

Observan que existe entre los fenómenos de la naturaleza inorgánica y los de la materia organizada una diferencia radical: los cuerpos brutos obedecen leyes que nos fue dado conocer y formular, de manera que podemos, a voluntad, hacer el análisis y la síntesis de todas las sustancias. Pero cuando pasamos de los cuerpos brutos a la planta más ínfima, más rudimentaria, es imposible reproducirla, cualquiera que sean las condiciones en las que operamos.

Una simple hoja de árbol, arrancada por el viento, es un misterio impenetrable en cuanto a su producción. La química puede descomponer en sus elementos esa hoja, saber el peso y la naturaleza de los cuerpos que entran en su composición, pero no puede reproducirla, porque no dispone de vida, que es la única potencia capaz de organizar esa materia.

En el cuerpo humano, ese principio actúa de la misma manera que en la planta. Nutre las células de los tejidos, las sustituye, sin que el alma tenga conocimiento, y llega a actuar después de la muerte, ya que se encuentran cadáveres en los que han crecido los cabellos y las uñas.

Pero, si queremos explicar todos los fenómenos que ocurren en el hombre por el principio vital, nos encontraremos con dificultades insuperables. Es necesario distinguir cuidadosamente los efectos vitales de los producidos por el alma, porque entre los dos géneros de acción existen enormes diferencias. Por ejemplo, los fenómenos de la digestión, asimilación y circulación de la sangre se operan independientes de la voluntad, sin la participación del alma.

Jeoffroy, el filósofo ecléctico, exclama:

“El yo se siente absolutamente extraño a los fenómenos de la vida, llegan no sólo sin que tenga conciencia de engendrarlos, sino sin que tenga el menor conocimiento e incluso sea advertido de que se producen. Para aprender los fenómenos de la vida sería necesario que *saliésemos de nosotros* y que, por experiencias tortuosas y difíciles sobre el cuerpo humano y de los animales, hiciéramos visible a nuestros sentidos esta vida que no es la nuestra y de la que nuestra conciencia no nos dice nada”.

Barthélemy Saint-Hilaire une a esa proposición que nosotros no intervenimos más en nuestra nutrición, desde el punto de vista de la voluntad, que lo hace una planta. Barthès, el célebre médico, acepta y desarrolla estos argumentos. Opone a la perpetua movilidad del alma, la inalterable inmovilidad de los fenómenos vitales, que parecen producidos por leyes fatales, y concluye diciendo que efectos tan diferentes no pueden provenir de la misma causa. Existe pues, un principio vital, pero que no puede explicar todas las modalidades humanas. Los vitalistas tienen, por tanto, una teoría incompleta.

Los *organicistas* pretenden explicar la vida en general y la vida animal por el simple juego de los órganos, es decir por la actividad natural de la materia. Se basan en el hecho de que se puede, en determinadas condiciones, someter insectos, como los rotíferos y los tardígrados ¹⁸, a la muerte y a la resurrección. Es así como califican el estado de esos animales antes y después de la operación. Basta, después de secar esos animales, bajo la acción del frío, y cuando parecen muertos, ponerlos en una estufa, que se eleva gradualmente a cien grados, para verles volver a la vida, cuando los humedecen después del enfriamiento. De ahí concluyen que el medio físico lo hace todo y nada el organismo.

Pero lo que prueba que esos filósofos están en un error es que hay una temperatura que no se puede pasar, sin que el animal pierda la vida. Hay en él, por tanto, un principio que resiste la muerte hasta cierto grado, que una vez se pasa, la fuerza es destruida, lo que nos prueba una vez más, la existencia del principio vital.

Los organicistas se basan, también, en la transformación del calor en fuerza. Gavarrat estableció, experimentalmente, por hechos rigurosos, comprobados y controlados por eminentes fisiólogos, que la producción de calor, la contracción muscular y la acción nerviosa, derivan directamente de la acción del oxígeno del

¹⁸ Los rotíferos constituyen un filo de animales pseudocelomados microscópicos (entre 0,1 y 0,5 mm) con unas 1.800 especies que habitan en aguas dulces, tierra húmeda, musgos, líquenes, hongos, e incluso agua salada. Fueron descubiertos por primera vez por John Harris en 1696, a pesar de que el hallazgo suele atribuirse equivocadamente a Leeuwenhoek. Los tardígrados (Tardigrada) llamados comúnmente osos de agua, constituyen un filo de invertebrados protóstomos segmentados microscópicos (de 0,1 a 1,2 mm) que habitan en el agua y poseen ocho patas. La denominación oso de agua fue dada por Goeze (del alemán *Kleine Wasser-Bären*, literalmente *ositos de agua*) y proviene de la manera en la que caminan, similar al andar de un oso. Los adultos más grandes pueden alcanzar un largo de 1.5 mm, y lo más pequeños situarse por debajo de 0.1 mm. Las larvas pueden ser más pequeñas que 0.05 mm. Se conocen casi 1.000 especies de tardígrados. Algunos autores todavía los consideran una clase de artrópodos. Los tardígrados son especialmente abundantes en la película de humedad que recubre musgos y helechos, aunque no faltan especies oceánicas y de agua dulce, no habiendo virtualmente rincón del mundo que no pueblen. Actualmente son conocidos comúnmente como osos de agua debido a su aspecto (nota del traductor).

aire sobre los materiales de la sangre. Esa reacción química es la única fuente de fuerza indispensable al organismo para ejecutar los movimientos que componen la vida. Así, el físico no concluye ni en el alma ni en el principio vital.

Para responder a Gavarret, basta observar que esos fenómenos se producen en los *cuerpos animados*, es decir, ya organizados por la fuerza vital. La explicación del sabio fisiólogo es pues, simplemente una información sobre la manera cómo funciona la vida en los seres organizados, pero no toca en nada en el propio principio vital. Los partidarios de esa opinión se han apoyado también en los fenómenos que ocurren en el estómago y los pulmones. Han estudiado las acciones producidas por esas dos vísceras y han llegado a conocer las leyes que las dirigen. Han concluido que no hay necesidad de otras fuerzas, además de las que entran en juego, en este caso, para explicar la vida.

Observaremos que la quimificación sólo se puede producir, estando vivo el estómago, así como el pulmón no respirará si el animal no está vivo, como hicieron ver Cuvier y Flourens. Muller, el fisiólogo, constata que “el germen es una materia sin forma, es decir, una masa no organizada, que no presenta cualquier especie de órgano o de rudimento de organización y, mientras, vive”. La fuerza orgánica existe, pues, en el germen, antes de todos los órganos.

Los *animistas* esperan explicar todo por la acción única, consciente o inconsciente del alma.

Podemos admitir que los fenómenos intelectuales son el producto directo del alma, pero las acciones de la vida orgánica deben ser atribuidas a otra causa, porque no se puede comprender que una fuerza inmaterial ejerza acción sobre la materia del cuerpo.

Cada escuela pues, se coloca en un punto de vista exclusivo y no resuelve por completo el problema. El espiritismo, con las luces que trae a estas cuestiones controvertidas, puede servir de síntesis a esas diferentes concepciones. He aquí como:

Demostrada suficientemente, la existencia del principio vital, lo aceptamos como causa de la vida vegetativa. Queda comprender cómo se ejercen las acciones automáticas que suceden en el cuerpo humano. La noción de periespíritu nos va a hacer percibir como el duplicado fluídico puede ser considerado el regulador de la vida orgánica, lo que, hasta cierto punto, da la razón a los organicistas. Los animistas pues, pueden aliarse con nosotros, dada la manera con que explicamos la acción del alma sobre el cuerpo.

Lo que nos falta decir es como el periespíritu puede haber adquirido todas las cualidades necesarias al funcionamiento de una maravilla como es el cuerpo humano. Es necesario que establezcamos el proceso por el que esta organización fluídica puede dirigir las diferentes categorías de acciones orgánicas que componen

la vida. Según creemos, cuanto más se eleva el espíritu, más se depura su envoltorio. Podemos pues, decir, mirando al pasado, que, cuanto más grosero es el envoltorio, menos adelantado es el espíritu. La conclusión es que el alma humana, antes de animar un organismo tan perfecto como el cuerpo humano, tuvo que pasar por la fiera animal.

No pretendemos que el principio inteligente haya sido obligado a atravesar la fase vegetal, porque en las plantas no encontramos señal de sensibilidad bien acusada. Los movimientos de algunas plantas atrapamoscas (*dionaeas*), como la mimosa púdica, vulgarmente llamada “sensitiva” o “dormilona”, no bastan para establecer esta propiedad en las razas vegetales. Tomaremos pues, como punto de partida de las evoluciones del principio inteligente a los animales más rudimentarios.

Sabemos, a través de la Geología, que el principio vital no existió siempre sobre la Tierra. Esta ciencia nos enseña que, en una era indeterminada, la Tierra no pasaba de una masa de materia inorgánica, sometida simplemente a las leyes físico-químicas que rigen el mundo mineral. Es la era azoica (sin vida, también llamada arcaica). Cuando nuestro planeta sufrió todas las modificaciones materiales necesarias, surgió la vida, es decir, la fuerza organizadora y, desde entonces, asistimos a una serie de transformaciones maravillosas. Los organismos proceden unos de otros, yendo de lo simple a lo compuesto. Desde la materia del protoplasma hasta las formas más elevadas, hay una escala de seres no interrumpida, una serie de eslabones que unen la más ínfima criatura al hombre, suprema expresión de los tipos que se han sucedido en la Tierra.

Esta larga elaboración reclamó millares de siglos y, a medida que el mundo envejecía, se volvía cada vez más apto a recibir seres más perfectos. Darwin intentó explicar esta progresión continua por leyes naturales. Hoekel adoptó y desarrolló el sistema del sabio inglés, y a pesar de no estar el transformismo ¹⁹ todavía universalmente admitido, aceptamos sus teorías porque nos parecen por la majestuosa lentitud que acusan, en armonía con “la naturaleza no admite saltos” de los naturalistas, y están conforme a la idea que nos hacemos de la potencia creadora.

Ya hemos visto efectuarse una primera transformación: la naturaleza bruta sucede a la naturaleza organizada, gracias a la aparición del principio vital, a éste le sucede el principio anímico, y una consecuencia de ese segundo agente es la formación de los animales. La planta vive, pero no posee ni la sensibilidad ni el poder de moverse, El animal, al contrario, no solamente vive, sino que siente y se mueve.

¹⁹ El transformismo, es la noción de que las especies van cambiando sus características a lo largo del tiempo de una manera fundamentalmente gradual. Lo que ahora designa el término evolucionismo fue señalado durante mucho tiempo, hasta bien entrado el siglo XX, como transformismo (nota del traductor).

Podemos, a partir de ese momento, emprender el estudio de la evolución intelectual.

Admitiéndose que el alma y su envoltorio hayan pasado por el estado animal, concebimos como han debido suceder las cosas. Observamos que el animal posee el instinto, es decir, una fuerza que le dirige seguramente para hacerle evitar aquello que le es perjudicial. ¿Cómo nació esa fuerza? En el animal toda acción es el resultado de un juicio previo que implica voluntad, conciencia, raciocinio e inteligencia. No podemos encontrar en la materia el germen de esas facultades y por eso las atribuimos al espíritu. El instinto es una propiedad periespiritual, que tiene por causa al alma, pero difiere de ella esencialmente. Para comprender esa diferencia, tomemos un ejemplo.

¿Cómo aprende a leer el niño?

Debe, al principio, saber la forma de las letras. En los primeros tiempos, confunde la *A* con la *O*, la *N* con la *U*, la *B* con la *D*, la *P* con la *Q*. Debe entregarse a comparaciones más exhaustivas para reconocer sus caracteres distintivos. Cada vez que establece y asegura un juicio, que dice que una *A* es una *A* o que una *O* es una *O*, debe razonar consigo mismo el porqué de ese juicio. Pero, a través del ejercicio, el juicio se hace más rápido, de forma que, una vez dado ese primer paso, puede procederse al estudio de las sílabas. Ahora es necesario que aprenda a distinguir *NA* de *AN*, *OV* de *VO*, *IE* de *EI*, etc., nuevas comparaciones, nuevos juicios y ejercicios. Después esas dificultades son vencidas a su vez. Se aborda entonces el conocimiento de las palabras y luego el de las frases.

¡Cuánto tiempo, esfuerzo y estudios son necesarios para que llegue a leer correctamente!

Pero lo consigue y, al fin, percibe inmediatamente una frase inspeccionando simplemente el texto, como algunos jugadores hacen instantáneamente la suma de cinco o seis dominós extendidos delante de ellos. Una vez llegado a este punto, ya no tiene el recuerdo de los actos preliminares por los que pasó para tener conocimiento de la frase. No deletrea más, ni juzga la forma de las letras y su respectiva posición en las sílabas. Parece que comprende de golpe lo que lee.

¿Y cómo aprende a trazar las letras con la pluma, a reunir las en palabras y a cuidar de la ortografía?

Esos movimientos se hacen inicialmente, con plena conciencia, luego llega a escribir al dictado, sin prestar atención a las palabras pronunciadas. Su mano, obedece, de alguna manera, por sí misma, a los sonidos que llegan a sus oídos.

De manera análoga el periespíritu adquiere, insensiblemente, todas sus cualidades funcionales. Como no se destruye con la muerte del cuerpo y tiene una existencia tan real como la del espíritu, acumula en su seno todos los esfuerzos y

adquisiciones de éste. Gracias a su perpetuidad, puede volver a la Tierra mejor provisto que la vez precedente.

Los organismos de los animales primitivos son, en efecto, muy simples, y se acercan a la naturaleza de las plantas. El principio anímico tiene que cumplir pocas funciones, se habitúa a la vida activa, pero no permanece inerte, porque desde los primeros pasos en la vida animal, el germen inteligente tiene sensaciones. Quiere, por ejemplo, evitar o tomar un objeto, pero el movimiento no acompaña inmediatamente la voluntad. Debe, para eso, emplear esfuerzo y vencer algunas resistencias que vienen de un arreglo periespiritual de las moléculas, poco favorable al movimiento. Este movimiento, acaba, mientras, por propagarse, siguiendo la línea de moléculas cuya vibración presenta menos divergencia con él.

Así se vence en los primeros tiempos la inercia de las moléculas periespirituales, bajo la influencia de la voluntad naciente. De ahí resulta que el mismo movimiento, cuando se desea hacer por segunda vez, experimenta menos resistencia y, a fuerza de repeticiones, acaba por realizarse, con el menor esfuerzo posible y es tan débil, que ni se siente. En consecuencia, el movimiento, al principio penoso, se vuelve fácil, después natural y, al fin, maquinal.

De esta forma se puede concebir que, poco a poco, después de millares de pasajes del principio inteligente, en la serie animal, el periespíritu llegue a fijar las leyes que aparecen bajo la forma de instinto, pero que han sido conquistadas lentamente por él, a través de existencias sucesivas.

Se puede decir, pues, de manera general, que el movimiento es voluntario, *cuando se sabe porqué se hace*, es habitual cuando se hace *sin saber cómo*, instintivo cuando se hace *sin saber porqué* y reflejo o automático cuando se hace *sin saber*.

El hábito se adquiere por el ejercicio, es decir, por la repetición voluntaria de una serie de actos, que acaban por sucederse cada vez más rápidamente y con un gasto de fuerza menor. Modifica el organismo hasta en los óvulos y espermatozoides. La modificación de los padres se encuentra en los hijos bajo la forma inicial de necesidad, y enseguida, de instinto. Al mismo tiempo que se perfecciona el animal, los instintos progresan y sirven para dirigirlos, así se forman, las leyes de la materia animada. A medida que el espíritu envejece, es decir, que se encarna, adquiere cualidades nuevas y se vuelve apto para habitar cuerpos cada vez más perfectos.

Llegada a la humanidad, el alma fijó en su envoltorio todas las leyes automáticas destinadas a regular la maravillosa máquina del cuerpo humano. Se ejecutan con regularidad las funciones animales, y el alma, desprendida de las trabas más groseras de la materia, emerge de la ganga que le envuelve y debe ser señora absoluta de la materia que, hasta entonces, la dominaba.

Un hecho parecería contradecir la teoría que sustentamos. Se observan entre el mono más perfeccionado y el salvaje más embrutecido, diferencias inmensas, que parecen indicar una demarcación nítidamente establecida entre el hombre y el animal.

Para explicar esta anomalía, en el punto de vista físico, la antropología nos enseña que existe una serie de animales, llamados antropoides, que son los intermediarios entre la humanidad y la animalidad. Existe pues, discontinuidad en la gran cadena de los seres.

Bajo el punto de vista moral, que es el más importante, las sabias investigaciones de Boucher de Perthes, Du Mortillet, Lartet, Gaudry y tantos otros, han establecido que, en algún momento del período cuaternario, los caracteres humanos y los simios se encuentran reunidos en los antropoides de esa época lejana. La apófisis dentaria, prominencia donde se implantan los músculos que favorecen el lenguaje, no existía todavía, pero todos los caracteres del esqueleto prueban que el individuo así constituido ya era un hombre.

A medida que ese ser fue progresando, sus órganos se fueron perfeccionando, a consecuencia de los esfuerzos que hacía para comunicarse con sus semejantes, se formó la apófisis dentaria y ese animal humano pudo hablar.

No se sabe la duración del tiempo en que se operó esa transformación, pero todo indica que fue enorme. El hombre no parlante es el que se encuentra en el grado superior terciario, y a pesar de las vivas discusiones que levantó la calificación de hombre, que le fue dada, puede ser considerado, en todo caso, como un precursor, ya que tallaba piedras para su uso.

Cualquiera que sea la opinión que se haga del hombre del Plioceno, está totalmente demostrado que, tal como existe actualmente, apareció en el período Cuaternario, lo que le asegura una respetable antigüedad, ya que los cálculos basados en el deterioro de las rocas calcáreas demuestran que hace 450.000 años los hielos desaparecieron y ¡el hombre era contemporáneo, o anterior, a la época glacial!

Si el principio inteligente de los animales fue obligado a pasar por formas intermedias para llegar a la humanidad, si son los monos los representantes directos de los antropoides y si la raza tiende a desaparecer, uno se pregunta: Cuando no existan más, ¿cómo podrán las almas de los animales llegar a nuestro grado humano?

La objeción es sensata y nos demuestra que no se deben limitar a la Tierra las evoluciones del principio inteligente. Formamos parte del universo y nada prueba que el principio anímico esté obligado, llegando a la Tierra, a seguir toda la serie de especies que existen en su superficie.

En la Era Cuaternaria es posible que las almas animales se transformasen, pasando por grados insensibles a almas humanas, pero en nuestra época, esto ya no

es posible, ya que no se encuentran trazos intermedios entre el hombre y el mono. Es necesario pues, admitir que el alma animal, una vez llegada al cénit de la escala de las formas por las que tenía que pasar, es llevada a un mundo donde, poco a poco, adquiere las cualidades que diferencian al hombre del animal, es decir, el conocimiento de sí mismo, la perfección y el sentimiento del bien y del mal.

Se observará que no hemos hecho ninguna suposición sobre la creación del principio inteligente, porque esas cuestiones son tan absurdas y tan poco estudiadas hasta ahora, que no es posible formular una opinión sobre el asunto. El paso del alma por la serie animal nos parece razonable, pero todavía hay muchos puntos a esclarecer y no podemos presentar esta hipótesis sino con las más formales reservas.

Para entrar en el terreno sólido de los hechos, podemos afirmar que el hombre existe en la Tierra desde hace más de 300.000 años, que salió, lentamente, de la bestialidad, para elevarse hasta las más altas cimas de la intelectualidad.

¡Qué espectáculo y aprendizaje nos presentan nuestros pobres abuelos, viviendo en cavernas y corriendo desnudos, buscando el alimento! Cuesta distinguirles de otros animales todavía más fuertes y tan feroces como ellos. Pero el hombre trae en la frente el sello de la superioridad, posee la inteligencia, que es la que le va a sacar de ese terrible estado para convertirle en señor de toda la creación. La ley del progreso así se manifiesta y nos eleva de la inferioridad del ser a las esferas radiantes, donde sólo existe el amor, la justicia y la fraternidad.

QUINTA PARTE

I

ALGUNAS OBSERVACIONES PRELIMINARES

Los fenómenos mediúmnicos de que hablamos en el capítulo dedicado al espiritismo necesitan un estudio especial, porque demuestran que existen estados particulares del organismo que han permanecido desconocidos para los fisiólogos y filósofos hasta el momento.

Un médium, como dijimos, es un ser dotado del poder de entrar en comunicación con los espíritus. Debe pues tener en su constitución física algo que le distinga de las otras personas, ya que no todos son aptos para servir de intermediarios a los espíritus desencarnados. Además el espíritu emplea, al actuar sobre el médium, ciertos procesos que sería necesario conocer, porque si concebimos muy bien cómo puede un hombre hacer sentir físicamente su influencia sobre otro, lo mismo no sucede cuando examinamos de qué manera se ejerce la acción espiritual sobre un encarnado.

La cuestión es compleja y para resolverla sería necesario un profundo conocimiento del ser humano, no sólo en el punto de vista fisiológico, sino sobre todo, desde el punto de vista periespiritual, porque este agente desempeña un papel importante en todos los fenómenos de la mediumnidad. Sería necesario también conocer mejor la naturaleza de los envoltorios semimateriales de los espíritus.

En estas investigaciones, se entenderá fácilmente que sólo podemos razonar por analogías. No es posible, todavía, hacer experiencias directas sobre el fluido periespiritual, que escapa, por su naturaleza, a todos nuestros instrumentos, por más perfectos que sean.

Repetiremos aquí lo que ya hemos dicho, que no tenemos la pretensión de explicarlos científicamente, nuestro fin es más modesto, los limitaremos a presentar analogías, a emitir teorías, que permitirán comprender como se pueden producir los fenómenos. Es un intento que tiene por finalidad hacer entrar los hechos espiritistas en las leyes naturales y mostrar que han sido considerados, sin razón, como una abolición de los principios inmutables que dirigen la naturaleza.

La mala interpretación que se dio a las manifestaciones espíritas apartó de ellas a los pensadores, que creían que se querían renovar las más absurdas supersticiones y se levantaron, con razón, contra lo que tachaban de locuras. Pero mostrándoles que podemos explicar lógicamente los hechos por hipótesis deducidas de las modernas concepciones científicas, les abriremos los ojos sobre un orden de hechos

que ellos ignoraban y por eso llamaremos la atención de los hombres serios hacia un dominio inexplorado y fecundo en maravillosos descubrimientos.

Es pues, dar un paso adelante en la propagación de nuestras creencias el explicar la mediumnidad por una teoría que no contradiga en nada a las ideas del mundo científico. No podemos pretender dar las relaciones numéricas que unen los diversos fenómenos de la mediumnidad. Nadie, sin embargo, duda de su existencia y que se llegará más tarde o más pronto a descubrirlas, según la exactitud de los métodos que se empleen. Ya vimos a Crookes construir aparatos de medida muy sensibles para apreciar la influencia de esa fuerza, que se ejerce a distancia del foco donde emana y no tiene ningún conductor visible, así como constata el informe de la Sociedad Dialéctica.

Así, siguiendo un orden de ideas paralelo a este, fue como Helmholtz y Donders llegaron a calcular el tiempo fisiológico de la visión, es decir, la duración que separa el momento en que una sensación luminosa hiere el ojo, de aquel en que es percibida por el cerebro. Esos experimentos, muy simples, forman los elementos fundamentales de toda actividad intelectual, porque en ellos entran en juego la sensación, la percepción, la reflexión y la voluntad.

Las deducciones más complicadas de un filósofo especulativo están constituidas por un encadenamiento de fenómenos tan simple como los que fueron objeto de las investigaciones de que estamos hablando. Esas medidas proporcionan pues, los elementos de una nueva ciencia de mecanismo dinámico del pensamiento, pero que no será fecunda sino a medida en que se puedan discernir los hechos que son debidos simplemente a la acción del cerebro, de aquellos que tiene como móvil el alma.

Según su grado de complejidad, cada ciencia se aproxima más o menos a la precisión matemática a la que debe llegar, más pronto o más tarde, y esto es tan verdadero que no es nueva la idea de aplicar el cálculo a los fenómenos vitales. Se sabe que, para las sensaciones de luz y de fatiga se emprendieron investigaciones por Euler, Herbart, Bernouilli, Laplace y Buffon y fueron realizados algunos trabajos en este sentido por Arago, Pogson y, sobre todo Masson, para las sensaciones visuales. Pero el primero que extendió el círculo de las investigaciones y preparó un trabajo de conjunto fue Weber, que formuló una ley que tiene su nombre y que dice: *Para aumentar una sensación de una cantidad constante, llamada el menor incremento perceptible, es decir, para aumentar la sensación en progresión aritmética, es necesario aumentar la excitación en progresión geométrica.* De ahí la fórmula: *la sensación crece como el logaritmo de la excitación: porque los números que se presentan en progresión geométrica tienen logaritmos que crecen en progresión aritmética.*

Fechner tuvo la gloria de haber coordinado los trabajos contemporáneos y de haberlos completado con sus propias investigaciones. Esta parte de la Física biológica tomó el nombre de Psicofísica y, últimamente, el profesor Delboeuf, de la universidad de Lieja, publicó un volumen en que la ley de Weber está modificada, según recientes experimentos.

Es a través de estas ideas como debemos impulsar el espiritismo. Es necesario ahora, cuando la existencia de la fuerza psíquica es innegable, medir su acción sobre el hombre y también la que puede ejercer a distancia. La filosofía grandiosa de los espíritus está asentada en bases de la más rigurosa lógica, es necesario pues, estudiar las leyes físicas que convertirán nuestros experimentos en irrefutables.

Existen lamentablemente entre los médiums, los más deplorables prejuicios. Unos se suponen investidos de una especie de sacerdocio, que les debe colocar muy arriba de sus contemporáneos, y consideran como un atentado a su dignidad cualquier medida que tenga por objeto fiscalizar su facultad. Otros –menos numerosos– consideran la mediumnidad como un don que les permite ganarse la vida fácilmente y así les vemos, con su negocio como un panadero o un carnicero cualquiera. Es deseable que los espiritistas serios reacciones contra esas tendencias contrarias a las instrucciones de los espíritus, y que Allan Kardec reprobaba energicamente. Dice Lafontaine: Más vale un enemigo franco que un amigo torpe. Esto es verdad, sobre todo en espiritismo.

Se ha formado una clase de fanáticos que quieren excluir cualquier medida preventiva que tenga por finalidad resguardar contra un posible fraude. Consideran a los investigadores serios como falsos hermanos y les engañarían con cualquier cosa. Esas pobres personas no comprenden que es de interés capital que no se produzca la menor sospecha. Sin esto ¡adiós convicciones! Con su celo excesivo, hacen más mal a la doctrina que los más encarnizados detractores.

No sólo sucede esto en Francia, sino también en Inglaterra. A propósito de esto, veamos lo que escribió Hudson Tuttle en el *Banner of Light* (*El estandarte de la luz*) bajo el título *El sacerdocio de los médiums*.

“*Banner*, en su número de 26 de febrero de 1876, trae un artículo firmado por T.R.H., que presenta las más erróneas conclusiones. Lo peor es que ese caballero dice en voz alta lo que otros mucho piensan sin decirlo. Se ha repetido cien veces que los fenómenos espirituales tenían por finalidad convertir a los incrédulos. Para convencerlos es necesario que los fenómenos se puedan producir y que se tenga la prueba de ellos, sin perturbar las leyes que presiden su manifestación.

Ahora bien, el auto del citado artículo, contrariando a toda ciencia dice: “*No está lejos el día, espero, en que los médiums tendrán en general, una suficiente independencia para negar a todos el derecho de exigir pruebas referentes a sus diferentes poderes*”

Es la primera vez que vemos atribuir a los médiums un poder sagrado que no admite contradicción. ¿Adónde nos puede llevar eso? Al culto de los médiums. ¿Se debe, como entre los antiguos levitas, crear una clase especial que permanezca encima de las leyes que rigen al resto de los hombres y debemos aceptar a ojos cerrados lo que les plazca llamar espiritual? El Papa se convierte en un pigmeo al lado del coloso que se quiere erigir por encima del juicio de todos. Poner una venda en los ojos de la razón y transformar los espectadores en títeres, con los médiums atándoles con cuerdas, sería querer el fin del espiritismo en breve.

Nos atrevemos a declarar que las pruebas estrictamente científicas impuestas por el profesor Crookes y la rectitud de sus observaciones han hecho más para impresionar al mundo científico que cualquier carta de elogio de los investigadores normales. No hay espíritus que no hablen con legítimo orgullo de las investigaciones del célebre profesor. Estudié un poco los fenómenos espirituales y nadie me puede acusar de buscar sistemáticamente causar daño a la causa a la que dediqué los mejores momentos de mi vida, ni de querer imponer condiciones perjudiciales al fluido espiritual. Mi amor por el espiritismo es lo que me hace querer verle alejado de toda mentira y libre de cualquier acusación de falsedad.

El profesor Crookes, como todos conocen, colocó una jaula alrededor de los instrumentos de música que, a pesar de eso, tocaron algunas melodías. Este hecho prueba suficientemente que el poder espiritual puede actuar a través de esas jaulas. ¿Por qué, desde entonces, no colocar siempre una jaula semejante alrededor de los instrumentos? ¿Por qué dejar un pretexto a aquellos que es necesario convencer? ¿Y por qué, sobre todo, calificar de falso hermano a aquel que propone medidas de control más seguras? Cuando un médium rehúsa someterse a una prueba que, en mi propia experiencia y la de otros, demostró no ser perjudicial a las manifestaciones, me apresuro a poner término a cualquier tipo de práctica con él.

Confieso no comprender por qué el médium honesto se resiste a algunas condiciones experimentales que se le quiera imponer. Nada, sin duda, podría serle de mayor utilidad, que la completa explicación de la causa que defiende. La causa sólo puede ganar con eso y debe considerar un honor situar en terreno libre cualquier observación. Entonces, incluso cuando se hayan controlado una vez las manifestaciones de un médium, no hay razón para que otras manifestaciones sean admitidas como verdaderas, si las mismas condiciones de control no han sido observadas”.

Esto es correcto y deseáramos que los espiritistas pensasen de la misma manera. Es necesario que nos coloquemos enfrente a los prejuicios de nuestro tiempo, que están muy inclinados a tomarnos por locos y, dejemos a los escépticos la facilidad de convencerse, haciéndoles ver sólo fenómenos absolutamente irrefutables. En estas condiciones, haremos adeptos, pero si no se someten a eso ¿de qué servirá la propaganda?

Debemos decir que la gran mayoría de los espiritistas piensa como nosotros y que estas reflexiones alcanzan solo un pequeño grupo de atrasados, que temerían dar un gran golpe a la doctrina, revelando una mentira. Es necesario, al contrario,

mayor rigor, y porque los fenómenos existen es por lo que es preciso vigilar a los charlatanes que quieran imitarlos.

La mediumnidad se nos presenta con tales pruebas que sólo se permite la duda a quien quiera estudiarla seriamente, pero si el investigador tiene la desgracia de encontrar, al comienzo de sus investigaciones, un impostor, concluye falsamente que el espiritismo no pasa de ser un nuevo medio de explotación. No nos debemos exponer a la crítica y, por eso, Allan Kardec recomendó siempre la más absoluta fiscalización.

Una vez dicho esto, volvamos a la mediumnidad y a su estudio.

A propósito del intento de explicación científica, que presentamos, podrán decirnos que apoyamos nuestras demostraciones en hipótesis y, por tanto, no servirán para convencer a los incrédulos. Responderemos que el terreno en que entramos no ha sido todavía reconocido y que es forzoso recurrir a las hipótesis. Pero tendremos cuidado de exponerlas de tal manera que ningún experimento venga a desmentirlas. Estas son las condiciones para una teoría aceptable.

Conformémonos, además, con lo que utilizan los sabios, que apelan por reducción a los sistemas para explicar los fenómenos más simples. Los que pasan bajo sus ojos y cuyas condiciones de producción pueden cambiar a voluntad. No olvidemos, en efecto, que los tratados de Física o Química sólo nos presentan las relaciones entre las diferentes sustancias, sin mostrar la naturaleza íntima de los cuerpos. Se habla sin cesar de la materia, sin definir exactamente su verdadera constitución.

La fuerza es un elemento cambiante de formas múltiples, cuya esencia todavía es un misterio. Finalmente, comprobamos correlaciones o diferencias entre algunos hechos y de ahí deducimos leyes, pero sin conocer la verdadera naturaleza de los cuerpos sobre los que las ejercen, ni lo que son esas leyes en sí mismas.

El estudio de las ciencias es, en general, muy largo, porque es necesario reunir un gran número de observaciones antes de descubrir las relaciones que las unen entre sí o antes de observar las leyes que las rigen. Pero el estudio de los hechos espíritas es muy complicado por otra razón. Estamos aquí, y es necesario no olvidarnos de ello, en un campo completamente diferente de las ciencias puramente materiales. En estas, se pueden invertir las condiciones experimentales, porque, siendo inerte la materia, los resultados no cambian, dadas las mismas circunstancias. Y eso no ocurre en el estudio del espiritismo, donde es necesario tener siempre en cuenta las individualidades que intervienen en la manifestación. Esta influencia es muy variable y, en la mayoría de las ocasiones, independiente de nuestra voluntad.

Aunque sea muy ardua nuestra tarea, es necesario emprenderla, porque sólo a través del estudio llegaremos al conocimiento de los estados de la materia que, actualmente, estamos lejos de sospechar. Los espíritus nos enseñaron hace treinta años la unidad de la materia y el mundo científico estaba entonces poco inclinado a adoptar esa idea. Hoy se ha generalizado y esto es un buen augurio para el periespíritu que, esperamos, será más adelante reconocido como una de las partes esenciales del hombre ²⁰.

Hemos visto que el estado del espíritu libre es totalmente diferente al del encarnado. Experimenta, en su nueva vida, sensaciones que no tenía con su cuerpo, ve la naturaleza bajo otro aspecto y sus sentidos más perfectos y delicados, son capaces de dejarse influenciar por vibraciones más sutiles que las que actúan comúnmente sobre nosotros. La sensibilidad está desarrollada, en el espíritu, por la naturaleza fluídica de su envoltorio, que posee una constitución molecular muy enrarecida, pero, a pesar de eso, una forma bien determinada.

Esto es debido al alma, que es un centro de fuerzas, desempeñando el mismo papel, delante de su cuerpo, que el eje de los torbellinos de humo, en el experimento de Helmholtz. La comparación es exacta, porque constatamos que el espíritu puede, a voluntad, tomar la forma que le convenga. Se debe pues, admitir que la causa de la agregación periespiritual reside en el espíritu, que actúa sin cesar por la voluntad. Las propiedades del periespíritu son perfectamente explicables, conforme ya estudiamos. El envoltorio del alma es invisible, porque su movimiento vibratorio molecular es muy rápido para que sus ondas sean perceptibles al ojo, pero, si por cualquier medio, disminuye ese movimiento, el ser se hace visible, no sólo para un médium, sino también para todos los asistentes. En el estado normal, el espíritu puede moverse en nuestra atmósfera y en la superficie del globo sin que nada estorbe su marcha. Su naturaleza le permite atravesar nuestra materia grosera, como la luz atraviesa los cuerpos diáfanos. En una palabra, puede ir a todas partes, sin encontrar obstáculo *material*.

Según el grado de evolución del espíritu, los fluidos que componen su envoltorio serán más o menos puros, su acción se aumentará o disminuirá en función de su estado más o menos radiante. Es evidente que los fluidos groseros, materiales, que se acercan a los gases terrestres, son menos aptos a las operaciones de la vida espiritual, que los de los espíritus superiores, que, de alguna forma, están purificados. La influencia de lo moral sobre lo físico es todavía más acentuada en el espacio que en la Tierra.

²⁰ Esta afirmación esperanzada de Delanne parece confirmada con la comprobación del *cuerpo bioplasmático* que los soviéticos han descubierto, o mejor, han re-descubierto con ayuda de las cámaras Kirlian (nota del editor).

Podemos aquí viciar nuestro envoltorio, forzando que se convierta en algo impropio a las funciones de la vida, pero también, las malas pasiones, fijando en el periespíritu fluidos groseros, perjudican el progreso del alma y, en consecuencia, su bienestar. Lo que decimos se aplica indistintamente a todos los espíritus, de manera que el mundo espiritual es en todo comparable al nuestro, pero la jerarquía se establece sobre una única base, la del adelantamiento moral.

Supongamos ahora, que un espíritu quiera comunicarse e intentemos comprender los sucesivos fenómenos que se van a desencadenar. Hay dos alternativas: o el espíritu sabe comunicarse o no. En el primer caso, cuando sus intenciones son buenas, un espíritu más instruido le dirige y le muestra cómo debe actuar. Si fuese para mal, no consigue nada, la mayor parte de las veces, porque no encuentra un espíritu más elevado que le quiera ayudar en la tarea.

El espíritu que sabe comunicarse está todavía obligado a buscar un médium, es decir un ser humano cuya constitución sea tal que le pueda ceder parte de su fluido vital. Una vez lo encuentra, así es como opera el espíritu: por su voluntad, proyecta un rayo fluídico sobre el periespíritu del médium y lo penetra con su fluido, estableciendo así comunicación directa con el encarnado. Por ese cordón el fluido vital del hombre es atraído por el espíritu. Esa doble corriente fluídica puede ser comparada a los fenómenos de endósmosis, es decir, el intercambio que se produce entre dos líquidos de densidades diferentes, a través de una membrana. Aquí, los líquidos son sustituidos por los fluidos y la membrana es el cuerpo.

Una vez establecida la comunicación, el espíritu puede actuar sobre el médium, produciendo efectos diversos que se traducen por la visión, audición, escritura, tiptología, etc. Esas diferentes manifestaciones son las que vamos a estudiar detalladamente en los capítulos siguientes.

En resumen, se ve que son necesarias algunas circunstancias adecuadas para obtener una comunicación, y por eso no debemos asombrarnos por los fracasos que acompañan casi siempre a los primeros intentos. Estas son las condiciones indispensables:

- 1°. Es necesario que el espíritu evocado pueda o quiera atender la evocación.
- 2°. Que la evocación sea sincera, con el fin de instruir y no de diversión o provecho material.
- 3°. Que el espíritu evocado tenga también el deseo de hacer el bien.
- 4°. Que sepa lo que debe hacer para manifestarse.
- 5°. Que encuentre un médium apto para reproducir su pensamiento o para proporcionarle los fluidos necesarios, que varían conforme el género de manifestación.

6°. Finalmente, que ninguna acción exterior contraríe al espíritu en sus manifestaciones. Esta parte es muy importante, porque se trata de verdadero magnetismo espiritual, y se sabe que en las acciones magnéticas, voluntades extrañas pueden perturbar el buen resultado del fenómeno.

No hablamos ya del estado de salud del médium, de las influencias ejercidas por los agentes físicos: luz, calor, electricidad, porque ignoramos su manera de actuar, pero tienen gran influencia, que sería útil determinar en el futuro.

Como se ve, es necesaria la ayuda de circunstancias favorables para las relaciones con el mundo espiritual, y los numerosos fracasos a los que nos exponemos, por no observar esas prescripciones, muestran que el fenómeno está lejos de depender del azar y debe ser estudiado con método, si queremos descubrir las leyes.

No es, por tanto, después de una comilona y bebidas donde podemos encontrar las condiciones necesarias para la práctica del espiritismo, y no es extraño que los espíritus rehúsen manifestarse cuando les quieren exhibir como animales curiosos, en la sobremesa, para los invitados a una fiesta.

II

LOS MÉDIUMS ESCRIBIENTES

Médiums escribientes son los que transmiten por la escritura los pensamientos de los invisibles. Sin duda, son los instrumentos más útiles de comunicación con los espíritus. Esa facultad es la más simple, cómoda y completa y es a la que deben tender los esfuerzos de los neófitos, porque les permite comunicarse con los espíritus de forma regular y continua. Es positivo adaptarse a esta forma porque, a través de este medio, los espíritus revelan su naturaleza o su grado de perfeccionamiento o inferioridad. Por la facilidad que les ofrece de expresarse, los espíritus nos pueden hacer llegar sus pensamientos íntimos, situándonos en condiciones de juzgarles y apreciarles en su real valor. Es indispensable estudiar esa facultad, pacientemente, porque es la más susceptible de desarrollarse por el ejercicio.

Pueden presentarse tres clases bien diferentes, que es necesario distinguir desde el punto de vista de las manifestaciones. Los médiums pueden ser: mecánicos, semimecánicos e intuitivos.

MEDIUMNIDAD MECÁNICA

La mediumnidad mecánica está caracterizada por la pasividad absoluta del médium, durante la comunicación. El espíritu que se manifiesta actúa indirectamente sobre la mano, a través de los nervios correspondientes, le da un impulso completamente independiente de la voluntad del médium, y la mano actúa sin interrupción, mientras el espíritu transmite y no se detiene hasta que termina. Los movimientos de la persona que recibe el mensaje son puramente automáticos, por lo que ya hemos visto a médiums de este tipo mantener una conversación, mientras la mano escribía maquinalmente.

La inconsciencia, en ese caso, constituye la mediumnidad mecánica o pasiva, y no puede ofrecer la menor duda en cuanto a la independencia del pensamiento de quien escribe. Los movimientos son, en ocasiones, violentos y convulsivos, sin embargo, la mayoría de las veces, tranquilos y comedidos. Los bruscos sobresaltos observados pueden provenir de la imperfección o la falta de experiencia del espíritu que se manifiesta. Hasta ahora sólo se han dado explicaciones muy vagas sobre ese modo de comunicación y las que se han presentado no hacen posible la comprensión de algunas particularidades del fenómeno.

Acabamos de ver que la mediumnidad mecánica consiste en escribir, bajo la influencia de los espíritus, comunicaciones de las que no se tiene consciencia y de la que solo se puede tener conocimiento cuando cesa la influencia espiritual. ¿Cómo se produce esa acción y por qué, siendo el médium verdaderamente pasivo, algunas palabras o frases del mensaje son idénticas a las que emplea en estado normal? Aquí parece existir un punto oscuro que merece ser explicado.

Para responder a esas observaciones, permaneciendo en el terreno de las analogías científicas, creemos que se puede concebir el fenómeno como una *acción refleja del cerebro del médium, bajo una influencia espiritual*.

Para desarrollar esa idea, recordemos algunos hechos fisiológicos que la apoyan. Lancemos una rápida mirada sobre el sistema nervios del hombre y algunas de sus funciones. Es indispensable ese estudio preliminar, porque ese sistema es el órgano por el que el espíritu está unido al cuerpo, sirve de conductor a los fluidos periespirituales, como el hilo telegráfico a la electricidad. Es el que transmite al alma, por los sentidos, todas las impresiones que vienen del exterior. Es pues, a través del estudio de su funcionamiento, por lo que llegaremos a tener una idea de la manifestación de los espíritus, en el caso particular que nos ocupamos.

El sistema nervioso de la vida de relación, el único que nos interesa, comprende dos partes distintas: las masas centrales, o eje cerebroespinal y los hilos periféricos, o nervios. Las masas centrales se separan en muchas subdivisiones, siendo las principales: el cerebro, con las capas ópticas y el cerebelo, y la médula espinal, que se une al cerebro por la médula alargada. Los nervios parten de la médula espinal y de la parte inferior del cerebro y van a ramificarse y esparcirse en todas las partes del cuerpo. Son los que transportan al centro las excitaciones recibidas en la superficie, con una velocidad de 30 metros por segundo, y transmiten a los miembros las voluntades del espíritu.

En la médula espinal se observan dos clases de células nerviosas. Unas, pequeñas, están en comunicación con las raíces de los nervios sensitivos, otras, mayores, con las raíces de los nervios motores. Expliquemos ahora lo que entendemos por una acción refleja simple.

Si cortamos la cabeza de una rana y excitamos una de sus patas con un ácido, inmediatamente veremos contraerse dicha pata. ¿Qué ocurre? Cuando irritamos la pata, los nervios sensitivos que se encuentran ahí, transmiten a las pequeñas células de la médula la excitación recibida. Estas, a su vez, influyen las grandes células de los nervios motores con las que se comunica, de manera que la excitación vuelve al punto de partida, bajo la forma de incitación motora y provoca la contracción. La médula es pues, un verdadero centro, independiente, necesario y suficiente para que se produzcan algunos movimientos muy bien coordinados.

El sabio Maudsley denomina *centros sensorio-motores* a las diferentes aglomeraciones de materia gris situada en la médula alargada y en la base del cerebro. Estos centros son capaces de producir acciones reflejas sobre los órganos de los sentidos. Sabemos, por otra parte, que la voluntad es un excitante vital por excelencia. Demostramos, con Claude Bernard, su eficacia. Una vez constatado esto, veamos lo que ocurre en el caso de la mediumnidad mecánica.

Los espíritus, por su voluntad, recogen de los médiums, el fluido vital que les es necesario para establecer la armonía entre su periespíritu y el del médium. Hay mezcla e intercambio de los dos fluidos. Forman una especie de atmósfera fluídica, que envuelve el cerebro del médium, y que termina en su propio periespíritu por una especie de cordón fluídico. Existe pues, a partir de ese momento, un intermediario entre ellos y el encarnado, por medio de ese conductor transmiten al cerebro su pensamiento y voluntad, de manera que para dictar una comunicación sólo es necesario que quieran. La atmósfera fluídica de que hablamos puede ser comparada a la capa eléctrica que se acumula lentamente en un condensador. El médium representa el papel de instrumento y el espíritu el de operador.

Puede parecer extraño ver un cordón fluídico servir de vehículo a las vibraciones periespirituales determinadas por el pensamiento, pero conviene no olvidar que ese fenómeno es análogo al que se produce en el fonógrafo imaginado por Graham Bell. El célebre inventor norteamericano construyó un aparato en el que la luz sirve de vehículo al sonido. En el teléfono el movimiento de la placa vibratoria ante la que se habla cambia el magnetismo de un imán. Ese cambio determina un movimiento eléctrico que, volviendo a actuar sobre el imán del aparato receptor, acciona a su vez la placa cuyas vibraciones reproducen un sonido idéntico al que fue emitido en la boca del aparato transmisor. Pero en el fonógrafo no existe hilo de comunicación. Es sustituido por un rayo luminoso que, deformándose en la boca del aparato, transporta las vibraciones de la voz a la lámina vibrante del receptor, que reproduce un sonido idéntico al emitido en la otra estación.

Comprendemos de esta forma, como una vibración, que parte del espíritu, se propaga por medio de un cordón fluídico hasta el aparato receptor, que es el periespíritu del encarnado. Una vez llegan ahí, las vibraciones actúan en el cerebro del encarnado, como lo hacen normalmente.

Veamos ahora que ocurre con el médium. Está, una vez que el fenómeno comienza, absolutamente inconsciente. Momentáneamente, su cerebro permanece casi todo a disposición del espíritu, que se sirve del mismo sin que el encarnado tenga conciencia de las ideas que actúan allí. Es una verdadera acción refleja, determinada por una influencia espiritual, y por intermedio del fluido nervioso. Así se explica porqué ciertos espíritus dan comunicaciones con errores ortográficos o de estilo, cuando no los cometían en vida. Es porque no encuentran en el cerebro del médium un instrumento con la perfección suficiente para transmitirle sus ideas.

Sabemos, por los experimentos de Schiff, que las impresiones sensoriales están localizadas en ciertas partes de la capa cerebral de los hemisferios, y que las células son tanto más sensibles cuanto más se desarrollan, por el estudio, las facultades del espíritu, de manera que, cuanto mayor es la instrucción del médium, más impresionable será su cerebro y, al contrario, cuanto menos cultura intelectual, menos apto será para transmitir las inspiraciones de los guías.

Supongamos que el espíritu manifestante quiera expresar esta frase: “Dios es la causa eficiente del universo”. Hará vibrar las células nerviosas de los hemisferios cerebrales del médium, pero si el encarnado no fijó en su cerebro la palabra *eficiente*, la sustituirá por otra equivalente y podrá decir: “Dios es la causa actuante del universo”.

Si esa operación se reproduce un gran número de veces, el espíritu podrá dictar una bella comunicación, pero será mal transmitida por el órgano. Si un gran músico sólo tiene a su disposición un instrumento imperfecto, nunca llegará, a pesar de todo su talento, a hacer oír una melodía pura.

Prevedamos una objeción: Se han visto, muchas veces, a médiums recibir comunicaciones en lenguas que les son desconocidas, como el inglés, por ejemplo, y han escrito páginas enteras en ese idioma.

Para responder a eso, diremos que el médium debe tener, en una encarnación anterior, habitado el país en que se utiliza el idioma que habla el espíritu. Guardó en su periespíritu el rastro de ese pasaje. Son los recuerdos inconscientes de los que el espíritu hace uso por instantes. Eso está de acuerdo con lo que observamos en el capítulo del periespíritu, relativo a los rápidos progresos que muestran algunos niños. Nosotros los atribuimos a las facultades adquiridas, guardadas en el periespíritu en estado latente.

Es necesario tener en cuenta, en esa clase de manifestaciones, la maleabilidad del médium, es decir, la aptitud de transmitir algunas ideas. Si el espíritu encuentra un cerebro bien amueblado, puede desarrollar su pensamiento. Tenemos ejemplos de encarnados que reciben comunicaciones, a pesar de su ignorancia en el arte de escribir, pero son raros y los espíritus prefieren servirse de buenos instrumentos.

Debemos prepararnos, a través del estudio, para pedir comunicaciones a nuestros guías. Cuanto más fijemos en nuestro periespíritu conocimientos que modifiquen la contextura de nuestro cerebro, tanto más capaces seremos de expresar las instrucciones de los invisibles, que se interesan por nuestros trabajos. Muchas veces nos dicen los espíritus: “Hemos preparado su cerebro para recibir nuestras impresiones y sólo hoy hemos conseguido manifestarnos”, y esto sirve para apoyar nuestra teoría de la acción refleja.

Tal es, a nuestro modo de ver, la explicación de la mediumnidad mecánica. Nos ha sido sugerida por un reparo, el de que los médiums poco instruidos, dando muchas veces, espléndidas comunicaciones, bajo el punto de vista moral, cometían escribiendo, crasos errores, que el espíritu no hubiese podido cometer si hubiese dispuesto libremente de sus propios órganos.

Dichos errores deben provenir, pues, del intermediario. Hemos pensado, momentáneamente, explicar la mediumnidad, por una acción directa del espíritu sobre el brazo del médium, pero debemos renunciar a eso, en consecuencia de las razones que acabamos de exponer.

Pasemos ahora a otra variedad de fenómeno.

MEDIUMNIDAD INTUITIVA

En esas comunicaciones, no existe ya ninguna acción refleja. El espíritu no ejerce una acción efectiva sobre el cerebro del médium, no le retira su consciencia al transmitirle las vibraciones periespirituales que representan su pensamiento, y el encarnado las recoge en forma de ideas, de ahí la denominación de mediumnidad intuitiva dada a ese género de manifestaciones.

El espíritu extraño no actúa aquí sobre la mano del médium ni por intermedio del cerebro, para hacerle escribir, no le guía, se manifiesta de un modo más directo. Bajo su impulso, el encarnado dirige la propia mano y escribe los pensamientos que le son sugeridos. Observemos una cosa importante. El espíritu extraño no sustituye al alma del encarnado, porque no podría desplazarla, la domina e imprime su voluntad.

Vimos, hace poco, que el fonógrafo transmite las vibraciones sonoras a través de un rayo luminoso. Aquí la acción es idéntica. El espíritu extraño, por su voluntad, imprime al cordón fluídico movimientos ondulatorios que repercuten en el periespíritu del médium. Esas vibraciones, llegando al cerebro periespiritual, hacen vibrar las partes análogas a las que fueron emitidas en el espíritu, de manera que las vibraciones semejantes despiertan ideas de la misma naturaleza.

Es lo que sucede, además, en el caso de la palabra. Cuando se pronuncia el vocablo “hombre”, por ejemplo, las vibraciones sonoras llegan al cerebro, le hacen vibrar de tal manera que evocan en el espíritu de quien escucha la idea representada por aquella palabra.

Las vibraciones periespirituales actúan de la misma forma, pero sin pasar, en el caso que nos ocupa, por los órganos materiales de la audición. Así es, por lo menos,

como concebimos la transmisión del pensamiento. En esta circunstancia, el papel del alma encarnada no es pasivo. Es ella la que recibe el pensamiento del espíritu que lo transmite. El médium, en esa clase de comunicación, tiene pues, conciencia de lo que escribe, ya que no se trata de su pensamiento.

Si es así, se puede decir que nada prueba que sea un espíritu extraño el que escribe y no el del médium. La distinción es, a veces, muy difícil, pero se puede reconocer el pensamiento sugerido, por el hecho de no estar jamás preconcebido. Se forma, por así decirlo, a medida que se escribe y, muchas veces, es contrario a la idea que, anticipadamente, se había hecho. Puede estar incluso, en este caso, fuera de los conocimientos del médium.

Allan Kardec distinguió perfectamente las dos clases de mediumnidad: declara que el papel del médium mecánico es el de una máquina mientras que el intuitivo actúa como lo haría un intérprete. Este, en efecto, para transmitir el pensamiento de los interlocutores, debe comprenderlo de alguna forma, apropiarse del él, para traducirlo fielmente y, mientras, ese pensamiento no es el suyo. Le atraviesa solo el cerebro. Tal es lo que ocurre con el médium intuitivo.

Observemos que, incluso ahí, el desarrollo intelectual del intermediario es indispensable para que pueda expresar correctamente las ideas que recibe. Como es él quien escribe, quien redacta, puede dar a los pensamientos sugeridos una forma más o menos literaria, según sus estudios o capacidad. Sobre todo es bajo el punto de vista moral y por las pruebas que proporcionen, por lo que deben ser juzgadas las comunicaciones, y no por el estilo, que puede ser perfectamente desfigurado por el intérprete.

* * *

Acabamos de exponer dos clases de mediumnidad bien definidas, pero que, en la realidad, no se presentan siempre con esa nitidez, sino como dos términos extremos de una serie de estados, variando de más a menos. En algunas ocasiones, el médium es más mecánico que intuitivo, otras, tiene a la segunda de estas facultades e incluso pueden encontrarse personas que presentan las dos formas de manifestación: son los semimecánicos.

Es fácil comprender que la naturaleza fluídica de los individuos no es la misma y, por tanto, la acción espiritual no se puede ejercer de idéntica manera en todos los organismos. Presenta un gran número de grados, que no pueden ser definidos y que se reconocen por la práctica.

Todos somos, más o menos, médiums intuitivos. ¿Quién no ha notado, en la tranquilidad profunda de una bella noche, esas influencias misteriosas y benéficas que confortan el corazón? ¿De dónde vienen esos pensamientos tan dulces, esos sueños encantadores, esas aspiraciones para el ideal que experimentamos en algu-

nas épocas de la vida? Nos son inspirados por los seres amados que nos rodean, que nos arropan solícitamente y que se sienten felices cuando nos ven seguir los consejos que nos insinúan.

Lo que los artistas, escritores y oradores llaman inspiración es otra prueba más de intervención de los espíritus, que nos influncian para el bien o para el mal, pero es antes obra de aquellos que nos desean el bien y cuyos buenos consejos frecuentemente cometemos el error de no seguir. Se aplica a todas las circunstancias de la vida, en las resoluciones que debemos tomar. Bajo ese punto de vista, podemos decir que todos somos médiums. Si estuviésemos bien seguros de esta verdad, habríamos recorrido muchas veces la inspiración de los guías en los momentos difíciles de la vida.

Evoquemos pues, con fervor, a esos queridos amigos y nos admiraremos de los resultados obtenidos. Y cuando tengamos un trabajo difícil por hacer o una decisión importante a tomar, sentiremos su benéfica influencia.

Las explicaciones teóricas que exponemos están confirmadas por los espíritus y se basan en las comunicaciones de nuestros guías y en la enseñanza de Allan Kardec. En *“El libro de los médiums”*, pregunta 225, encontramos el estudio siguiente, dictado por un espíritu:

“La explicación que sigue, dada espontáneamente por un espíritu superior, que se reveló mediante comunicaciones de un orden muy elevado, resume, claramente, la cuestión del papel del médium:

Cualquiera que sea la naturaleza de los médiums escribientes, mecánicos o semi-mecánicos o simplemente intuitivos, no varían esencialmente nuestros procesos de comunicación con ellos. De hecho, nosotros nos comunicamos con los espíritus encarnados de los médiums, de la misma forma que con los espíritus propiamente dichos, tan sólo por la irradiación de nuestro pensamiento.

Nuestros pensamientos no necesitan la contribución de la palabra para ser comprendido por los espíritus, y todos los espíritus perciben los pensamientos que les deseamos transmitir, siendo suficiente que les dirijamos esos pensamientos en función de sus facultades intelectuales. Es decir que un pensamiento podrán entenderlo unos espíritus en virtud de su nivel de elevación, mientras que para otros, por no despertar ningún recuerdo ni conocimiento que mantengan en el fondo del corazón o del cerebro, esos mismos pensamientos no les son perceptibles. En ese caso, el espíritu encarnado, que nos sirve de médium, es más apto para expresar nuestro pensamiento a otros encarnados, aunque no lo comprenda, que un espíritu desencarnado, pero poco elevado, si estuviésemos obligados a servirnos de él, ya que mientras el ser terrestre pone su cuerpo como instrumento a nuestra disposición, el espíritu errante no puede hacer lo mismo.

De manera que cuando encontramos en un médium el cerebro poblado de conocimientos adquiridos en su vida actual y su espíritu rico en conocimientos latentes,

obtenidos en vidas anteriores, de manera que nos facilite las comunicaciones, nos serviremos con preferencia de él, por el fenómeno de la comunicación se nos hace mucho más fácil que con un médium de inteligencia limitada y de escasos conocimientos anteriormente adquiridos. Intentaremos hacer esto más comprensible a través de algunas explicaciones claras y precisas.

Con un médium cuya inteligencia actual o anterior se encuentre desarrollada, nuestro pensamiento se comunica instantáneamente de espíritu a espíritu, por una facultad peculiar a la esencia misma del espíritu. En ese caso, encontramos en el cerebro del médium los elementos propios para revestir nuestro pensamiento con las palabras correspondientes, bien sea el médium intuitivo, semimecánico o mecánico. Esa es la razón por la que, sean cual sean los espíritus que se comunican con un médium, los dictados que obtiene, aun procediendo de espíritus diferentes, traen, en cuanto a forma y colorido, su cuño personal. En efecto, si bien el pensamiento le es del todo ajeno o el tema está fuera del ámbito en que generalmente se mueve, aunque lo que nosotros queremos decir no provenga de él, no por eso deja el médium de ejercer influencia, en lo que se refiere a la forma, cualidades y propiedades inherentes a su individualidad.

Es lo mismo que cuando observáis paisajes diferentes, con lentes de diversos colores, verdes, blancas o azules. Aunque el panorama o los objetos observados sean completamente opuestos e independientes los unos de los otros, no dejan por ello de estar afectados por la tonalidad que proviene de los colores de las lentes. O mejor, comparemos los médiums a esos frascos llenos de líquidos de color y transparentes que se ven en los mostradores de las farmacias.

Pues bien, nosotros somos como luces que clarean algunos panoramas morales, filosóficos e internos, a través de los médiums, azules, verdes o rojos, de tal manera que nuestros rayos luminosos, obligados a pasar a través de vidrios más o menos bien tallados y transparentes, es decir, de médiums más o menos inteligentes, sólo llegan a los objetos que deseamos iluminar, tomando la coloración, es decir, la forma de expresarse propia y particular de esos médiums.

En fin, para terminar con una última comparación. Nosotros los espíritus, somos como compositores de música que han compuesto, o quieren improvisar un aria y que sólo tienen a mano o un piano, un violín, una flauta un fagot o un silbato. Es indudable que, con el piano, el violín o la flauta ejecutaremos nuestra composición de manera mucho más comprensible para nuestros oyentes. Aunque los sonidos producidos por el piano, el fagot o el clarinete sean muy diferentes, no por ello dejará de ser idéntica en cualquiera de esos instrumentos, hecha la abstracción de los matices del sonido. Pero, si sólo tenemos a nuestra disposición un silbato, ahí tendremos un problema.

En efecto, cuando estamos obligados a servirnos de médiums poco adelantados, nuestro trabajo se hace más largo y penoso, porque nos vemos forzados a echar mano de formas incompletas, lo que supone una complicación para nosotros, pues estamos obligados a descomponer nuestros pensamientos y a dictar palabra por palabra, letra por letra, siendo eso muy fatigoso y un procedimiento aborrecible, así como un real obstáculo a la rapidez y desarrollo de nuestras manifestaciones.

Por eso nos gusta encontrar médiums bien adiestrados, preparados y provistos de materiales prestos a ser utilizados, en una palabra, buenos instrumentos, porque entonces, nuestro periespíritu, actuando sobre aquel a quien *mediunnizamos*, no tiene nada más que hacer sino impulsar la mano que nos sirve de lapicero o pluma, mientras que, con los médiums insuficientes, estamos obligados a un trabajo análogo al que tenemos cuando nos comunicamos a través de golpes, es decir, formando letra a letra y palabra por palabra, cada una de las frases que traducen los pensamientos que les deseamos transmitir.

Por estas razones, de preferencia nos dirigimos, para la divulgación del espiritismo y para el desarrollo de las facultades mediúnicas escritoras, a las clases cultas e instruidas, aunque en dichas clases se encuentren los individuos más incrédulos, rebeldes e inmorales. Así como dejamos para los espíritus poco evolucionados el ejercicio de las comunicaciones tangibles, golpes y transportes, así también los hombres poco serios prefieren el espectáculo de los fenómenos que afectan a sus ojos y oídos a los fenómenos puramente espirituales y psicológicos.

Cuando queremos transmitir dictados espontáneos, actuamos sobre el cerebro, sobre los archivos del médium y preparamos nuestros materiales con los elementos que nos proporciona y sin que él lo sepa. Es como si tomásemos de su bolsillo las monedas que pueda tener, y las pusiésemos en el orden que nos parezca más conveniente.

Pero cuando es el médium quien quiere preguntarnos, es bueno que reflexione antes seriamente, para preguntarnos de un modo metódico, facilitándonos el trabajo de responder. Porque, como ya dijimos en una instrucción anterior, vuestro cerebro suele estar frecuentemente en un desorden confuso y nos resulta no sólo difícil sino penoso movernos en el laberinto de vuestros pensamientos. Cuando nos pregunte un tercero, es aconsejable y conveniente que la serie de preguntas sea comunicada con antelación al médium, para que éste se identifique con el espíritu del que evoca y se impregne de él, por así decirlo, porque entonces, tendremos más facilidad para responder, en virtud de la afinidad existente entre nuestro periespíritu y el del médium que nos sirve de intérprete.

Ciertamente, podemos hablar de matemáticas sirviéndonos de un médium que no las conozca, sin embargo, casi siempre, el espíritu de ese médium posee, en estado latente, conocimiento del tema, es decir, conocimiento peculiar al ser fluídico y no al ser encarnado, por ser su cuerpo actual un instrumento ajeno o contrario a ese conocimiento. Lo mismo sucede con la astronomía, poesía, medicina y con los diversos idiomas, así como con todos los demás conocimientos peculiares a la especie humana.

Finalmente, todavía tenemos como un medio penoso de elaboración, para utilizarse con médiums totalmente ajenos al asunto que se trate, el de la reunión de las letras y palabras, una a una, como en tipografía.

Tal como hemos dicho, los espíritus no necesitan revestir sus pensamientos, los perciben y transmiten, recíprocamente, por el solo hecho de existir en ellos. Los seres corpóreos, al contrario, sólo pueden percibir los pensamientos, cuando están revestidos. Mientras que la letra, la palabra, el sustantivo, el verbo, es decir las frases, os

son necesarios para percibir sus ideas incluso mentalmente, nosotros no necesitamos ninguna forma visible o tangible”.

Erasto y Timoteo.

* * *

Allan Kardec adjunta a esa comunicación la siguiente nota, con la que concordamos plenamente:

“Este análisis del papel de los médiums y de los procesos por los que los espíritus se comunican es tan claro como lógico. De ahí se desprende, como principio, que el espíritu extrae *no sus ideas*, sino los materiales necesarios para expresarlas, del cerebro del médium que, cuanto más rico en dichos materiales sea, tanto más fácil será la comunicación.

Cuando el espíritu se expresa en un idioma familiar al médium, encuentra en éste, enteramente formadas, la palabras necesarias para revestir su idea. Si lo hace en una lengua ajena al médium, no encuentra en éste las palabras, sino sólo las letras. Por eso el espíritu se ve obligado a dictar, por así decirlo, letra a letra, como quien quisiera hacer escribir a una persona que no conozca ese idioma. Si el médium es analfabeto, ni siquiera proporciona las letras al espíritu. Entonces es necesario que le conduzca su mano como se hace con un niño que comienza a aprender. Todavía encuentra en este caso mayor dificultad el espíritu. Estos fenómenos pues, son posibles y existen numerosos ejemplos de ellos. Entendamos, sin embargo, que esa manera de proceder se muestra poco apropiadas para comunicaciones extensas y rápidas y que los espíritus han de preferir los instrumentos de manejo más fácil o, como dicen ellos, los médiums bien provistos desde su punto de vista. Si los que reclaman esos fenómenos, como medio de convencerse, estudiasen previamente la teoría, habrían de saber en qué condiciones excepcionales se producen”²¹.

Ya lo dijimos, son mucha las variedades de los médiums escribientes, con una gran diversidad de grados. Hay muchos que presentan sólo un nivel, aunque existan en él propiedades especiales. Es raro que la facultad de un médium se limite a una sola clase. El mismo médium puede tener muchas aptitudes, hay una, sin embargo, que domina, y esta es la que debe cultivar. Un espíritu nos dio el siguiente consejo:

“Cuando existe el principio, o germen, de una facultad, se manifiesta siempre por señales inequívocas. Limitándose a su especialidad, el médium puede sobresalir y obtener grandes realizaciones, sin embargo, ocupándose de todas, no obtendrá nada de bueno. Observad, de paso, que el deseo de extender indefinidamente el círculo de las facultades es una pretensión orgullosa, que los espíritus nunca dejan impune. Los buenos abandonan a los presuntuosos que se convierten así en juguete de espíritus

²¹ Si la acción es puramente mecánica, el espíritu no actúa sino sobre los centros sensitivo-motores que dirigen los movimientos del brazo y de la mano. La acción es pues, mucho más difícil.

engañadores. Lamentablemente, no es raro ver que los médiums no siempre se contentan con los dones que reciben y desean, por amor propio o ambición, poseer facultades excepcionales, que les hagan famosos. Esa pretensión les retira su más preciosa cualidad: la de *médiums seguros*".

Médiums dibujantes

Sabemos, en teoría, que los médiums mecánicos pueden ser llamados, en un determinado momento, a realizar otra cosa además de la escritura. La fuerza que les hace mover la mano, para trazar caracteres, puede también hacerles ejecutar líneas, curvas, sombreados, es decir, hacerles dibujar. Este caso se presenta frecuentemente y conocemos algunas personas que obtienen de esta forma paisajes o rostros admirablemente dibujados, ignorando completamente hasta los rudimentos de este arte.

El más curioso ejemplo de esta clase de mediumnidad nos lo ofrece Sardou, el eminente académico, que publicó en 1858 una estampa dibujada y grabada por él, representando una vivienda en Júpiter. Ese dibujo está acompañado de una nota muy extensa de Victorien Sardou, donde el célebre autor explica la manera por la que, asistido por Bernard de Palissy y Mozart, pudo reproducir, dibujándolas, las habitaciones de Júpiter. A este respecto escribió Allan Kardec:

"Presentamos, en este número de nuestra revista, como ya habíamos anunciado, el dibujo de una vivienda de Júpiter, ejecutado y grabado por Victorien Sardou, como médium, y adjuntamos el artículo descriptivo que nos ofreció sobre el tema.

Cualquiera que sea, sobre la autenticidad de las descripciones, la opinión de los que puedan acusarnos de estarnos ocupando con lo que ocurre en los mundos desconocidos, cuando hay tanto que hacer en la Tierra, pedimos a los lectores no perder de vista que nuestro objetivo, como refleja nuestro título es, sobre todo, el estudio de los fenómenos, y que, bajo este punto de vista, nada debe descuidarse. Ahora, como hecho de manifestación, esos dibujos son, indudablemente, de los más notables, ya que el autor no sabe dibujar, ni grabar, y el dibujo fue grabado por él en aguafuerte, sin modelo ni ensayo anticipado, en nueve horas. Suponiendo incluso, que el dibujo sea una fantasía del espíritu que lo hizo realidad, el fenómeno de su ejecución no sería menos digno de atención y, por esa razón, merece figurar en nuestra colección".

Al final del artículo, resalta Allan Kardec:

"El autor de esta interesante descripción es uno de esos adeptos fervorosos y esclarecidos que no temen manifestar claramente sus creencias y se sitúan por encima de las críticas de los que nada creen fuera del círculo de sus ideas. Unir el nombre a

una doctrina nueva, afrontando los sarcasmos, es un valor que no todos tienen, y por eso felicitamos a Sardou”.

Quantum mutatus ab illo! (¡Cuan distinto de cómo era!)

Desde esa época, ya lejana, tenemos numerosas pruebas de que esa mediumnidad está bien distribuida.

Un herrero, llamado Fabré, dibujó un espléndido cuadro representando a Constantino, cuando puso en fuga al ejército de Majencio, sobre el que ningún maestro pintor tendría nada que decir. Hemos visto a personas, sin tener la menor idea del dibujo, esbozar rostros, de manera completamente original.

La mano era agitada con un movimiento febril de vaivén y sólo parecía hacer trazos. Una vez cesó la actividad espiritual, se encontró, en medio de esa confusión, la adorable figura de una joven, cuyas rasgos puros se destacaban nítidamente en medio del laberinto de rayas hechas a lápiz. Otras veces, se veían rostros de viejos o guerreros, e insistimos, nunca esos médiums habían aprendido las reglas del dibujo.

Es conveniente observar que para esta clase de mediumnidad son necesarias unas aptitudes especiales, y no bastan las de un médium mecánico para que alguien se convierta en dibujante. Los espíritus, que conocen nuestras existencias anteriores, pueden juzgarnos aptos para esa clase de manifestaciones, aunque no sintamos ahora ninguna inclinación por esas artes. A ellos pues, les compete dirigirnos y seguir dócilmente su orientación.

El ensayo de la teoría general que presentamos de los fenómenos de la escritura puede todavía aplicarse a algunas manifestaciones de un orden complejo. Tal es el caso expuesto por el *Grand Journal* del 4 de junio de 1865. Lo reproducimos tal cual:

“Todos los editores y aficionados a la música en París conocen a G. Bach, discípulo de Zimmerman, primer premio de piano del Conservatorio en el concurso de 1819, uno de nuestros más estimados y distinguidos profesores de piano, bisnieto del gran J. Sebastián Bach, de quien lleva dignamente su ilustre nombre.

Informados por nuestro común amigo, el Sr. Dollingen, administrador del *Grand Journal*, de que se había obrado un verdadero prodigio en el piso de Bach, durante la noche del 5 de mayo pasado, pedí a Dollingen que me llevase a casa del Sr. Bach, el nº 8 de la calle Castellane, donde me recibieron amablemente.

Creo inútil citar que, con la autorización expresa del héroe de esta maravillosa historia, me permito contarla:

El 4 de mayo, León Bach, que es un curioso *double* (duplicado, copia) de artista, trajo a su padre una espineta admirablemente construida. Después de largas y minu-

ciosas pesquisas, el Sr. Bach, descubrió, en una tabla interior, la marca del instrumento. Provenía de abril de 1564 y fue fabricada en Roma.

Bach pasó parte del día contemplando su preciosa espineta y pensaba en ella todavía, al acostarse, cuando el sueño cerró sus párpados. No hay que asombrarse, por tanto, de que tuviese el siguiente sueño:

En su sueño más profundo, Bach vio aparecer a la cabecera de su cama a un hombre de luengas barbas, zapatos redondeados en la punta, con gruesas borlas, pantalones largos, chaquetilla de grandes mangas, con un gran cuello y un sombrero puntiagudo de alas largas.

Este personaje se inclinó hacia el Sr. Bach y le dijo:

—La espineta que tenéis me perteneció. Sirvió para distraer muchas veces a mi señor, el rey Enrique III. Cuando el monarca era joven, compuso una canción con una letra que le gustaba cantar, y yo le acompañaba muchas veces. Lo compuso en recuerdo de una mujer que encontró en una cacería y de quien se enamoró. La apartaron de él, dicen que la envenenaron y el rey sufrió un gran disgusto al saberlo. Cuando estaba triste, canturreaba esta obra. Para distraerlo, yo tocaba en mi espineta, una música compuesta por mí que él apreciaba mucho. Voy a hacérsela oír.

El hombre se acercó a la espineta, tocó algunos acordes y cantó la canción con tanta sensibilidad que Bach despertó bañado en lágrimas. Encendió una vela, miró el reloj, comprobó que eran las dos de la madrugada y no tardó en dormirse de nuevo.

Y aquí comienza lo extraordinario.

A la mañana siguiente, al despertar, Bach quedó muy sorprendido por encontrar en su cama, una página de música con una escritura muy fina y con notas microscópicas. Difícilmente, con ayuda de sus gafas, pudo Bach, que es muy miope, comprender los garabatos. Poco después, se sentaba al piano y descifraba el trozo. El romance, las palabras y la música eran exactamente iguales a las que el hombre del sueño le había hecho oír.

Tengamos en cuenta que Bach no es sonámbulo, que nunca escribió un solo verso y que las reglas de la poesía le son totalmente desconocidas.

Reproducimos el refrán y las tres estrofas, tal como las copiamos del manuscrito. Conservamos su ortografía que, digámoslo de paso, no le es nada familiar al Sr. Bach.

*J'ai perdu celle
Pour qui j'avois tant d'amour
Elle s'y belle
Avait pour moi chaque jour
Faveur nouvelle
Et nouveau desir
Oh! oui sans elle
Il me faut mourir!*

*Un jour pendant une chasse lointaine,
 Je l'aperçus pour la première fois
 Je croyais voir un ange dans le plaine,
 Lors je divins le plus heureux des rois.
 Je donnerais, certes, tout mon royaume
 Pour la revoir encore un seul instant;
 Près d'elle assis dans un humble chaume
 Pour sentir mon coeur battre en l'admirant.
 Triste et cloistrée, oh! ma pauvre belle
 Fut loin de moi pendant ses derniers jours,
 Elle ne sent plus sa peine cruelle,
 Icy bas, hélas! Je souffre toujours.*

En el romance, doliente, como en la música, la ortografía musical no es menos arcaica que la ortografía literaria. Las llaves se hacen de manera diferente de cómo se utilizan hoy.

El acompañamiento está escrito en un tiempo y el canto en otro. Bach tuvo la gentileza de hacerme oír los trozos que son de una armonía simplemente ingenua y penetrante.

El periódico *L'Etoile* dice que el rey se apasionó por una mujer llamada Maria de Clèves, condesa de Beaufort, muerta en la flor de la edad en una abadía, el 15 de octubre de 1574. ¿No será la pobre bella, triste y encerrada, de que hablan las coplas? El mismo periódico dice también que un músico italiano, llamado Baltazarini, vino a Francia en esa época, y que fue uno de los favoritos del rey.

¿La espineta perteneció a Baltazarini? ¿Fue el espíritu de Baltazarini quien escribió el romance y la música?

Es un misterio que no osamos profundizar.

Alberic Second".

* * *

Algunas reflexiones sobre el tema vendrán al caso.

“Es un misterio que no osamos profundizar”, y ¿por qué? Hay un hecho cuya autenticidad está demostrada, como reconocéis, y como se relaciona con la vida más allá de la tumba ¡no osáis buscar su causa! ¿Teméis afrontar la verdad? ¿Tenéis pues, miedo de las almas? ¿O no queréis obtener la prueba de que todo no termina con la vida del cuerpo?

Es cierto que para un escéptico que no sabe nada y que no cree en nada excepto el presente, esta causa es bien difícil de hallar. Pero, ya que el hecho es más extra-

ño y parece apartarse de las leyes conocidas, debería todavía más obligar a la reflexión y despertar, por lo menos, curiosidad. Se diría, verdaderamente, que ciertas personas tienen miedo de ver muy claramente, porque entonces tendrían que admitir que se han engañado.

Veamos mientras, las deducciones que todo hombre serio puede extraer de ese hecho, sin tener en cuenta ninguna idea espírita.

Bach recibe un instrumento cuya antigüedad comprueba y le causa una gran satisfacción. Preocupado con la idea, es natural que ésta le provoque un sueño: ve un hombre vestido de época que toca y canta en el instrumento un aria de antaño. No existe nada que, en rigor, no pueda ser atribuido a la imaginación superexcitada por la emoción de la víspera, sobre todo en un músico.

Pero aquí el recuerdo se complica, el aria y las palabras no pueden ser un recuerdo, ya que Bach no las conocía. ¿Quién podría haberlas revelado, si el espíritu que se le apareció no pasase de ser fantástico, sin ninguna realidad? Que la imaginación superexcitada haga revivir cosas olvidadas en la memoria, se puede concebir, pero ¿tendría el poder de darnos ideas nuevas, enseñarnos cosas que no sabemos ni supimos ni nos ocupamos jamás? Sería un hecho serio que merecería ser examinado, porque sería la prueba de que el espíritu actúa, percibe y concibe independientemente de la materia.

Pero dejemos esto de lado, si quieren. Estas consideraciones son de un orden tan elevado y abstracto que no es dado a todos investigarlas a fondo, ni incluso detener su pensamiento en ellas. Vamos al hecho más material y positivo, el de la música escrita con palabras. ¿Será un producto de la imaginación? El hecho está ahí, palpable ante nuestros ojos. ¿La escribiría Bach en estado sonambúlico? Admitámoslo por unos instantes, pero ¿Quién le habría dictado los versos, escritos sin enmiendas y todo seguido? ¿De dónde habría tomado el conocimiento de casos pasados que ignoraba totalmente en la víspera y que luego fueron confirmados, como veremos más adelante?

Alberic Second preguntaba si la espineta había pertenecido a Baltazarini y si fue ese músico quien dictó las palabras del romance y de la música.

Como respuesta, leemos en la *Revue Spirite* de febrero de 1866:

“El hecho adjunto es la continuación de la interesante historia *Canción y palabras del rey Enrique III*, narrada en la *Revue* de julio de 1865.

*Rey Enrique dio esa gran espineta
a Baltazarini, muy buen músico;
Si no fuese buena o muy graciosa,
Que al menos la conserve bien en recuerdo.*

La explicación de esos versos que, para Bach, no tenían sentido, le fue dado en prosa.

El rey Enrique, mi señor, me dio la espineta que poseéis. Escribió un verso en una hoja de pergamino lo hizo pegar en el estuche y me la envió. Algunos años más tarde, teniendo que hacer un viaje y temiendo que el pergamino fuese arrancado y se perdiese, ya que llevaba conmigo la espineta, lo saqué y coloqué en ese pequeño espacio, a la izquierda del teclado, donde todavía se encuentra.

La espineta es el origen de los pianos actuales, en su faceta más simple, y se tocaba de la misma manera. Tenía un teclado de cuatro octavas, de cerca de metro y medio de longitud, cuarenta centímetros de ancho, y sin pies. Las cuerdas, en el interior, estaban dispuestas como en los pianos y se tocaba por medio de teclas. La transportaban en una caja, como se hace con los violines y violoncellos. Para tocar el instrumento, se ponía en una mesa o en un mueble.

El instrumento estaba expuesto en el museo antiguo, en los Campos Elíseos, donde no era posible realizar la investigación indicada. Cuando le fue entregada, Bach y su hijo se apresuraron a buscar en todos los recovecos, pero inútilmente, de forma que creyeron que era una mistificación.

Pero para que no quedase ninguna duda, Bach lo desmontó completamente y descubrió, a la izquierda del teclado, un espacio tan estrecho que no se podía introducir la mano en él. Investigó en ese reducto lleno de polvo y telas de araña y retiró un pedazo de pergamino doblado, ennegrecido por el tiempo, de 31 centímetros de largo por 7 y medio de ancho, en el que estaba escrito el siguiente verso, en grandes caracteres de la época:

*Moys le roi Henri trois octroys cette espinette
A Baltazarini, mon gay musicien
Mais si dis mal sône, ou bien |ma| moult simplette
Lors pour mon souvenir dans lestuy garde bien.*

Estos versos en francés arcaico corresponden a los ya traducidos anteriormente.

El pergamino está perforado en las cuatro esquinas y los agujeros son, evidentemente, los de los clavos que sirvieron para fijarle en la caja. Tiene además en los márgenes, gran cantidad de agujeros, alineados y regularmente espaciados, que parecen haber sido hechos por clavitos más pequeños.

Los primeros versos dictados reproducían, como se puede observar, el mismo pensamiento que los del pergamino, del que son la traducción, en lenguaje moderno, y esto antes que fuesen descubiertos.

El tercer verso es oscuro y contiene, sobre todo, la palabra *ma*, que parece no tener sentido, y no se puede unir a la idea principal que, en el original está entre paréntesis. Buscamos, inútilmente la explicación y el propio Bach no sabía nada al respecto.

Estaba un día en casa cuando se dio, espontáneamente, en nuestra presencia, una comunicación de Baltazarini, dada para nosotros y que decía así:

“Amigo mío.

Estoy contento contigo. Encontraste los versos en mi espineta, mi deseo está satisfecho, estoy contento contigo...

El rey, en esos versos, se reía de mi pronunciación. Yo decía siempre ma, en lugar de más.

Adiós amigo. –Baltazarini”.

De esta forma, sin petición previa, nos llegó la explicación de la palabra *ma*, intercalada por gracia, por la que el rey señalaba a Baltazarini que, como muchos de sus cortesanos, la pronunciaba así varias veces.

El rey, dando la espineta al músico, le dijo: *si no es buena, si suena mal o si [ma] la encuentra muy simple, que la conserve en su estuche, en recuerdo mío*. La palabra *ma* está rodeada como entre paréntesis.

Habríamos buscado esta explicación por mucho tiempo, y no podía ser el reflejo del pensamiento del Sr. Bach, ya que él mismo no comprendía nada de lo que sucedía.

Quedaba por resolver una cuestión importante: saber si la escritura del pergamino provenía realmente de la mano de Enrique III. Bach se dirigió a la biblioteca imperial para compararla con los manuscritos originales. Al principio se encontraron algunos, sin un parecido perfecto, pero con el mismo estilo. En otros documentos, sin embargo, la semejanza era absoluta, tanto en el tipo de letra como en la firma. No podían existir dudas sobre la autenticidad del pergamino, aunque algunas personas, que profesan una incredulidad ridícula para con lo relacionado con lo sobrenatural, hayan dicho que no pasaba de una buena imitación.

Observamos que no se trata aquí de una escritura mediúmnica, dada por el espíritu del rey, sino de un manuscrito original, escrito por el propio rey, cuando estaba vivo, y que no tiene nada más de maravilloso que otros que las circunstancias fortuitas hacen descubrir todos los días. Lo maravilloso, si existe, sólo está en la forma por la que fue revelada su existencia. Es cierto que si el Sr. Bach se contentase con decir que lo había encontrado, *por azar* en su instrumento, no habría provocado ninguna objeción.

Así ha sido la narración exacta de la comunicación literaria y musical obtenida por Bach. Podríamos citar un gran número de casos, tan ciertos como este, en que la intervención de los espíritus es manifiesta, pero preferimos remitir al lector a la *Revue Spirite*, donde abundan descripciones semejantes, todas ellas con un cuño de verdad indiscutible.

III

MEDIUMNIDADES SENSORIALES. MÉDIUMS VIDENTES Y AUDITIVOS

La mediumnidad vidente es una de las más curiosas manifestaciones de los espíritus. No hay mejor prueba de la supervivencia que la que permite a un espíritu hacerse visible. Para llegar a este resultado debe realizar en el encarnado algunas modificaciones periespirituales, que es necesario estudiar. Distingamos los dos casos siguientes:

1º. El médium ve con los ojos.

2º. El médium ve en estado de desprendimiento

Existe un medio simple por el que un médium puede saber en qué estado se encuentra. Al ver un espíritu se desvía la mirada o cierra los ojos, y la aparición continúa visible, eso es que está desprendido. Si, por el contrario, no percibe más el espíritu, es que ve con los ojos del cuerpo.

En el desprendimiento, la visión se opera fuera de los órganos de los sentidos, y de eso no nos ocuparemos ya que sabemos que los desencarnados ven y oyen y, en general, perciben por todas las partes del periespíritu. La vista por el alma, en estado de desprendimiento, entra pues, en el caso general de la visión de los espíritus entre sí.

Lo que conviene observar es que el espíritu está, mientras, obligado a actuar sobre el médium, para conseguir su desprendimiento. ¿Qué es pues, desprenderse? Para el alma es estar menos encadenada al cuerpo. Sabemos que, durante su paso por la Tierra el espíritu está unido al envoltorio material por el periespíritu, que acciona, por sí mismo, el sistema nervioso. Cuanto más activa es la vida del encarnado, más abundante es la circulación nerviosa y menos puede el espíritu desprenderse, pero si, como vimos en la teoría del magnetismo, es posible paralizar, momentáneamente, los lazos que unen el alma al cuerpo, se produce una irradiación del espíritu encarnado que, en esa condición, goza de casi todas las facultades que posee en la erraticidad.

Puede pues, ver a los espíritus, describirlos y dar así pruebas de su existencia.

Ese estado particular se nos presenta frecuentemente en el sueño. Los sueños son, la mayor parte de las veces, recuerdos que conservamos de nuestros viajes en el espacio. Aunque al despertar no nos acordemos de los hechos de los que hemos sido testigos durante la noche, no se debe pensar que el alma no se haya desprendido. Dejaremos parte de ese aspecto de la cuestión para ocuparnos, en especial, de las manifestaciones visuales, en estado de vigilia, y por los órganos del médium.

En primer lugar, definamos de manera precisa lo que entendemos por mediumnidad vidente, porque es conveniente no tomar por apariciones las figuras diáfanas que se perciben en semisomnolencia al despertar. Es necesario prevenir las causas de error que provienen de la imaginación superexcitada. ¿Quién no creyó alguna vez distinguir, en determinados momentos, figuras y paisajes en los dibujos extraños de las nubes? Y la razón nos indica que no existen en realidad. Se sabe también que, en la oscuridad los objetos revisten apariencias extraordinarias. ¿Cuántas veces, en una habitación, de noche, un vestido colgado o un débil reflejo luminoso nos parecen tener una forma humana a los ojos de la persona con mayor sangre fría? Si a eso le unimos el miedo o una credulidad exagerada, la imaginación hará el resto.

Comprenderemos así, lo que se llama ilusión, pero no tendremos ningún esclarecimiento sobre la alucinación. Y aquí llegamos a la gran palabra empleada conscientemente por los materialistas para explicar la mediumnidad vidente. Vamos a precisar los caracteres especiales de la alucinación y veamos si tiene algo en común con la mediumnidad.

LAS ALUCINACIONES

La palabra alucinación viene del latín *allucinare*, errar, de *ad lucem*. La alucinación podría ser definida como un sueño en estado de vigilia. Es la percepción de una imagen ilusa, de un sonido que no existe realmente, que no tiene valor objetivo. Así como el objeto representado no impresiona la retina, el sonido escuchado no hiere el oído. La causa eficiente de la alucinación existe en el aparato nervioso sensorial y debe ser atribuida a un trabajo particular del cerebro. Ese fenómeno no existe solamente para la vista y el oído, los otros sentidos también pueden ser alucinados. Un contacto, un olor, un sabor sin que haya acción previa de un excitante anterior, son verdaderas alucinaciones.

Esas pretendidas sensaciones, que experimentan las personas alcanzadas por esa enfermedad, dependen de las imágenes, de las ideas reproducidas por la memoria, ampliadas por la imaginación y personificadas por el hábito. Las alucinaciones pueden ser producidas por causas físicas o morales. Las primeras son muy numerosas: aumento o disminución de la temperatura o abuso de bebidas alcohólicas, dosis elevadas de sulfato de quinina, belladona, acónito, opio, alcanfor, emanaciones de azufre, hachís, conmoción cerebral, etc., etc. ²².

²² Tengamos en cuenta la época de la obra. En el siglo XXI por desgracia para el ser humano, existen muchísimas más drogas de consumo habitual que producen estados

Entre las causas morales, las más comunes son una impresión súbita de los sentidos, una sensación viva y prolongada, la atención firmemente fijada en el mismo objeto, el aislamiento, el remordimiento, el temor, el terror...

La ciencia se ha ocupado de la alucinación. Lelut y Brièri de Bosimont publicaron unos libros interesantes, pero que no explican totalmente el fenómeno. Presentamos a continuación su teoría.

Crean que todas las ideas, incluso las más abstractas, se unen siempre, por cualquier lado a los sentidos, pero que la facultad de percibir un objeto o un paisaje no es la misma para todos los hombres. Un pintor ve a una persona por primera vez y conserva su imagen mucho tiempo en su memoria. Un músico oirá, interiormente, trozos complicados de música.

Esa representación interior parece dar un paso fuera de la ilusión, y tal es la que nos hace leer palabras de forma diferente de las que están escritas, la que nos muestra lo que no existe, o no nos hace ver lo que hay, alterando todo de mil formas. Ese estado del espíritu puede ser determinado por diferentes causas como la soledad, el silencio, la oscuridad.

En resumen, la ilusión transforma algo en real, mientras que la alucinación lo hace en el vacío. Las cosas que se ven no existen, los sonidos que se oyen no tienen realidad. Algunas veces, la alucinación no está reconocida, no perturba la razón, no pasa, por así decirlo, de la razón excitada. "Se cree que esto se podría aplicar a Sócrates, Juana de Arco, Lutero y Pascal".

Según Lelut, esos grandes genios serían unos maníacos y las voces de Juana, en Lorena, puras alucinaciones. No sabemos si será verdad, pero si Lelu pudiese ser el juguete de una locura que le hiciese, de repente, parecerse a Sócrates, nosotros le felicitaríamos, y así quedarían libres nuestros oídos de esas tonterías.

Los sabios no han dado pues, hasta ahora, una explicación plausible, bajo el punto de vista fisiológico, de la alucinación. Pero parecen haber sondeado todas las profundidades de la óptica y la fisiología. ¿Cómo es, entonces, que no han podido explicar todavía la fuente de las imágenes que se presentan al espíritu en ciertas circunstancias?

Real o no, el alucinado ve alguna cosa. Se diría que cree ver, pero que no ve nada. No es probable. Se puede decir que es una imagen fantástica, estamos de acuerdo, pero ¿cuál es el origen de esa imagen, cómo se forma, cómo se refleja en el cerebro?

alterados de conciencia, como puede ser la heroína, LSD, éxtasis, etc., etc. (nota del traductor).

Esto es lo que nos dicen. Verdaderamente, cuando el alucinado cree ver al diablo con sus cuernos y garras, las llamas del infierno, animales fabulosos, el Sol y la Luna que luchan, es evidente que no existe ninguna realidad. Pero si se trata de un fruto de la imaginación ¿Por qué describen esas cosas como si fuesen presentes? Existe pues, delante de él un cuadro, una fantasía cualquiera, pero ¿en qué espejo se pinta esa imagen? ¿Cuál es la causa que proporciona a esa imagen la forma, el color, el movimiento?

Ya que los sabios quieren explicar todo por las propiedades de la materia, que presenten una teoría de la alucinación, buena o mala. Sería siempre una explicación, pero no lo pueden hacer, porque negando el alma, se privan de la causa eficiente del fenómeno. Los hechos que observamos diariamente, demuestran que existen verdaderas apariciones y el deber del espírita esclarecido es distinguir entre los fenómenos debidos a las manifestaciones de los espíritus y lo que tienen por causa los órganos enfermos del individuo. Es decir, la alucinación no presenta ningún carácter de positividad, y además, para admitir la mediumnidad vidente, es necesario que el individuo dotado de esa facultad pueda describir sus visiones, de forma que puedan ser reconocidas por las personas presentes. Un médium que sólo viese desconocidos, que no pudiese dar pruebas de que describe seres que han vivido en la Tierra pasaría, con razón, a los ojos de los espiritistas, por un alucinado.

En el estado normal del organismo humano, las impresiones producidas por los sentidos se almacenan en el cerebro, gracias a la propiedad de localización de las células cerebrales. Las diversas adquisiciones se clasifican según la clase de ideas a las que pertenecen. Son materiales de los que se sirve el espíritu cuando tiene necesidad de ellos. El alma de un hombre sabio tiene acción preponderante y directriz sobre todos los elementos sometidos a su imperio. Pero si, por una circunstancia cualquiera, la armonía entre el cuerpo y el alma se vuelve menos perfecta, el desorden se introduce en la organización cerebral y unas ideas, formas u olores tienen tendencia a predominar sobre otras. Son, generalmente, las impresiones que actúan fuertemente en el individuo, las que lo perturban, produciendo los fenómenos de alucinación, prólogo de la locura, en la mayor parte de los casos.

Diferente es el fenómeno espírita, donde el médium ve un objeto, una persona real. El espíritu visto puede ser descrito minuciosamente, y sólo cuando la visión es reconocida como la descripción exacta de la persona muerta, ajena al médium, es cuando admitimos la intervención espiritual. Las verdaderas apariciones tienen un carácter que, a un observador experimentado, no es posible confundir con un juego de la imaginación. Como suceden en pleno día, debemos desconfiar de aquellas que creemos ver de noche, para que no seamos víctimas de una ilusión óptica. Se dan, además, con las apariciones, lo mismo que con otros fenómenos espíritas, donde el carácter inteligente es prueba de su veracidad.

La aparición que no presente una señal inteligente y ha sido reconocida, puede ser situada en la clase de las ilusiones. Como se puede ver, somos muy exigentes en la apreciación de esos fenómenos y queremos, sobre todo, acentuar que los espíritas, lejos de aceptar las divagaciones de los cerebros enfermos, son minuciosos observadores de los hechos y positivistas, en la plena acepción del término.

Como dijimos, la mediumnidad vidente puede ejercerse de dos formas: por el desprendimiento o por los órganos del cuerpo. Para dar un ejemplo de cada clase vamos a recoger los dos hechos siguientes, tomados de la *Revue Spirite* de 1861:

“Uno de nuestros colegas –dice Allan Kardec– nos contaba últimamente que un oficial, amigo suyo, estaba en África cuando vio, sorprendentemente, la escena de un cortejo fúnebre. Era uno de sus tíos, que vivía en Francia, y que no había visto hacía mucho tiempo. Observó, con claridad, toda la ceremonia, desde la partida de la casa mortuoria hasta la iglesia y luego el traslado al cementerio. Llegó a observar ciertos detalles de las que no podía tener la menor idea. Estaba despierto, en el momento, pero en cierto estado de postración, del que salió cuando todo desapareció. Impresionado, escribió a Francia, pidiendo noticias de su tío y supo que éste había muerto de repente y que había sido enterrado en el día y hora en que él lo había visto, con todos los detalles que había percibido”.

Es evidente aquí que fue el alma del oficial la que se desprendió. Habiendo ocurrido el hecho en Francia, en el día y hora en que el oficial lo vio en África, era necesario que su alma irradiase a distancia, para observar lo que ocurría a lo lejos.

Veamos la segunda historia:

“Un médico conocido nuestro, Félix Malo, había tratado a una joven. Percibiendo que los aires de París le eran perjudiciales, le aconsejó pasar algún tiempo con su familia, en provincias, lo que hizo. Hacía seis meses que no sabía nada de ella ni se acordaba, cuando una noche, sobre las diez, estaba en su dormitorio y oyó llamar a la puerta de su consulta. Suponiendo que alguien le venía a llamar para un enfermo, mandó que entrase, pero se quedó muy sorprendido al ver a la joven en cuestión, pálida, vestida como de costumbre, diciendo con gran sangre fría:

–Señor Malo, vengo a decirle que estoy muerta –y desapareció.

El médico se aseguró que estaba bien despierto y que no había entrado nadie. Se informó y supo que aquella joven había muerto la noche que se le había aparecido”.

En este caso, fue el espíritu de la joven el que vino a ver a su médico. Los incrédulos dirán que el doctor podría estar preocupado con la salud de su antigua paciente y que no sería asombroso que pudiese prever su muerte. Aceptemos esto, pero, ¿cómo explican la coincidencia de su aparición con el momento de la muerte, cuando hacía meses que el médico no oí hablar de ella? Suponiendo incluso que supiese la imposibilidad de su curación ¿cómo podría prever que ella moriría en tal día y a tal hora? El doctor la vio con los ojos del cuerpo. La aparición era sensible,

ya que llamó a la puerta de la consulta. Es el caso de visión que vamos a considerar ahora.

VISIÓN MEDIÚMNICA POR LOS OJOS

Habiendo eliminado la visión del alma por el desprendimiento, debemos estudiar ahora la visión por los órganos de la vista.

Cuando un médium ve un espíritu, podemos, *a priori*, hacer la siguiente pregunta: ¿es el médium el que experimenta un cambio o el espíritu? En efecto, en el estado ordinario, no vemos los espíritus, porque nuestros órganos son muy groseros para hacernos percibir algunas vibraciones que se les escapan. Pero cuando se tiene una visión, o nuestros órganos han adquirido mayor sensibilidad o el espíritu hizo que su envoltorio experimentase ciertos cambios que, disminuyendo la rapidez de las vibraciones moleculares periespirituales, pudiese hacerse visible.

Si esta última forma de encarar el fenómeno fuese exacta, el espíritu sería visto por todas las personas presentes. Es lo que se da, en el caso de las materializaciones que ya estudiamos con Crookes. Pero, cuando en una asamblea, sólo una persona ve los espíritus, es que experimenta una variación orgánica del sentido de la vista, que es interesante estudiar.

El ojo, como se sabe, es una verdadera cámara oscura, en el fondo de la cual se dibujan las impresiones luminosas. La retina, formada por la expansión de nervio óptico, transporta al cerebro las vibraciones luminosas, que se transforman en sensaciones. Los fisiólogos no se han limitado a estudiar la participación de la retina en la función visual, remontando de los efectos a las causas, pero han buscado la explicación de estos hechos.

Para explicar la sensación de color, de claro u oscuro, han admitido velocidades diferentes en las ondas de un fluido (éter), que estuviese diseminado por todo el universo. Esas ondas impresionarían la retina, de manera diferente, y la naturaleza de la percepción, de la que el alma tiene conciencia, estaría subordinada a esas impresiones variables. Con esta teoría se admite que los fenómenos de visión sean, simplemente, el resultado de la percepción, por el sensorium, de un estado determinado de la retina, y la sensación de oscuridad se explica por la ausencia de cualquier sensación, y por el estado de la propia retina.

Lo que prueba, además, la existencia de una modificación superviviente en la retina, durante la percepción de los objetos luminosos, es la posibilidad de reproducir las mismas sensaciones por otro excitante que no sea la luz. Toda causa capaz de determinar una alteración en el estado de la membrana nerviosa del ojo determina

sensaciones íntimas, o dicho de otra forma, subjetivas de luz. Comprimiendo el ojo con el dedo, se perciben figuras de formas diversas: o bien anulares o radiadas.

Sucede a veces que estas sensaciones subjetivas se producen espontáneamente. Muller dice haber comprobado, en ciertos casos, la aparición de una pequeña mancha blanca, que se producía al mismo tiempo que los movimientos respiratorios. Girando bruscamente los ojos para un lado, se ven aparecer, de repente, círculos luminosos, en el campo visual sumergido en la oscuridad.

Una vez admitidas las sensaciones de luz como el resultado de una alteración surgida en la retina, algunos fisiólogos indagaron donde era percibido por el alma ese estado. Evidentemente es en el encéfalo y no en la retina. Lo que pone fuera de duda la participación de la retina en el acto de la visión es que los animales de vista más penetrante son los que tienen la retina más desarrollada. Siendo esta membrana la extremidad expandida del nervio óptico, y no presentando una sensibilidad igual en toda su superficie, las fibras que componen el nervio óptico no vibran todas al unísono. Las más sensibles podrán ser impresionadas por ondas luminosas, que dejarán las otras en reposo. Tal hecho es la consecuencia de la especificación de los órganos, o sea de la tendencia que poseen las fibras para acomodarse a un estado vibratorio determinado.

La sensibilidad de un órgano depende del mayor o menor número de fibras que contenga, siendo cada una de ellas capaz de tomar un movimiento vibratorio particular, en relación con las causas externas que pueden influenciar ese órgano.

No olvidemos que una condición indispensable para el buen funcionamiento de los aparatos sensoriales, es la de que cada órgano tenga una cantidad determinada de fluido nervioso a su disposición. Las sensaciones serán agudas o nulas, conforme esa cantidad aumenta o disminuye. Tenemos numeroso ejemplos. En algunos estados patológicos el oído alcanza una notable agudeza. Ese desarrollo es debido a la acumulación momentánea del fluido nervioso en el nervio acústico. Lo mismo sucede con los otros sentidos.

Una vez dicho esto, veamos, por el estudio de la luz, entre qué límites de vibraciones se puede ejercer, en estado normal, el sentido de la vista.

Supongamos que hacemos pasar, a través de un prisma, un rayo de sol. Si recogemos sobre una pantalla ese rayo refractado, notaremos que forma una banda luminosa, compuesta de siete colores, que se llama *espectro solar*. Los colores extremos son el rojo y el violeta. Además de esos dos colores el ojo no percibe más sensaciones luminosas. Pero, colocando sales de plata en esa parte oscura, se descomponen, lo que prueba que, además del violeta, existen radiaciones particulares que el ojo no es capaz de captar, a las que el termómetro es insensible, pero cuya actividad química es poderosa. Además del rojo, existen ondas caloríficas invisibles.

Llegamos así a esta conclusión necesaria, la de que el espectro completo formado por las radiaciones solares se prolonga más allá del violeta y el rojo, y que es sólo la parte media del espectro total que nuestros ojos pueden distinguir. Existe pues, luz que no vemos, hay vibraciones luminosas inapreciables a la vista, porque la retina, que es el aparato receptor, no puede registrar las vibraciones luminosas muy rápidas para ella. Cálculos recientes muestran que las ondas etéreas, de menos de 400 billones por segundo, o más de 790, son impotentes para impresionarla. Lo mismo pasa con el oído y los otros sentidos, de manera que el hombre es una máquina animal dotada de aparatos receptores, que funcionan entre límites muy débiles, comparados a la infinidad de la naturaleza.

Esa idea es capital para la comprensión de los fenómenos espíritas. Sólo percibimos la materia por la vista cuando sus vibraciones no sobrepasan los 790 billones por segundo pero, como vimos, hay ondas más rápidas, que se nos escapan. Ahora bien, los fluidos periespirituales son materia en estado de rarefacción extrema. Poseen un movimiento vibratorio muy rápido, de manera que, en estado normal, nuestro ojo no puede distinguir a los espíritus. Pero, si pudiésemos disminuir el número de las vibraciones periespirituales, si consiguiésemos traerlos a los límites comprendidos en nuestra visión, veríamos a los espíritus. Ese resultado puede ser alcanzado de dos formas:

1º. Disminuyendo el número de las ondas luminosas.

2º. Aumentando el poder visual de los ojos.

¿Es posible disminuir el movimiento vibratorio de un rayo de luz? No dudamos en afirmarlo, porque notables experimentos realizados últimamente han hecho innegable esa verdad.

Los rayos luminosos ultravioleta del espectro, invisibles hasta entonces, se hacen visibles cuando son proyectados en una especie particular de vidrio, conteniendo un silicato de un metal llamado uranio. Ese vidrio tiene la propiedad de hacer visibles los rayos que, sin él, no nos impresionarían los ojos. Si tomamos un trozo de ese vidrio y lo iluminamos, sucesivamente, con la luz eléctrica, con la de una vela y la de una lámpara de gas, y si lo colocamos en el campo de un espectro prismático de luz blanca, le veremos brillar conforme el color de la luz que le cae encima. Si lo iluminamos con rayos ultravioleta, lo veremos con un color misterioso, que revela la presencia de rayos hasta ahora invisibles a los ojos de los mortales.

Examinemos el caso en que la potencia del ojo puede ser aumentada. Esta operación tendrá por objetivo poder ver a los espíritus. El alma, lo hemos dicho en muchas ocasiones, es una esencia indivisible, inmaterial e intangible, que constituye la personalidad de cada individuo. Está cercada de materia quintaesenciada, que forma un envoltorio y a través del cual entra en relación con la naturaleza exterior. Ese cuerpo fluídico, en virtud de su enrarecimiento, posee un movimiento

molecular más rápido que el de los gases y vapores, que ya son invisibles para nosotros. Luego, no será visible, porque los ojos no tienen, en estado normal, una fibra que pueda vibrar armónicamente con él.

Su un espíritu quiere manifestar su presencia, entra en relación fluídica con el encarnado, tal y como hemos visto anteriormente y, establecida la comunicación, acumula por el magnetismo espiritual, en el nervio óptico, una cantidad de fluido nervioso mayor que el habitual. Algunas fibras se sensibilizan y pueden entrar en la vibración correspondiente a la del envoltorio del espíritu. Desde que se produce ese fenómeno, el ser, modificado de esta manera, verá al espíritu y lo verá mientras la acción continúe.

Poco a poco, esta operación se va renovando muchas veces. Las fibras adquieren mayor aptitud vibratoria, las ondas luminosas se propagan en el organismo, siguiendo la línea que Herbert Spencer dio el nombre de *línea de menor resistencia*, de manera que la onda camina, cada vez con más facilidad, a lo largo de esa línea y, por fin, ella misma acaba por aceptar naturalmente ese movimiento vibratorio, desde que la primera molécula está agitada. El médium, en realidad, tiene un sentido nuevo, debido a la extensión del aparato visual.

Nosotros sabemos que, cuando el espíritu se quiere hacer visible a muchas personas, está siempre obligado a tomar del médium fluido nervioso, pero la modificación se opera en él y no en los ojos de los asistentes. Hemos visto que una simple alteración en el movimiento molecular de un cuerpo puede hacerlo pasar del estado transparente a la opacidad. De la misma forma, un vapor que se condensa, es decir, cuyo movimiento vibratorio disminuye, se hace rápidamente visible, bajo la forma de niebla. Por último, el vidrio de uranio permite ver los rayos del espectro, que sin él serían invisibles.

El espíritu puede, por tanto, actuar de manera análoga. Ese fenómeno describe fielmente lo que ocurre en el caso de la fotografía de los espíritus. Estudiemos esta nueva clase de manifestación.

FOTOGRAFÍA ESPÍRITA

Estamos en presencia de un fenómeno que suscitó muchas discusiones y dio lugar a un proceso célebre, en 1875. Los periódicos, que en general se presentan como adversarios de los hechos espíritas, no dejan escapar la oportunidad de ridiculizar nuestra doctrina y sus defensores.

A despecho de las alegaciones de más de 149 testigos, que afirmaron, bajo palabra de honor, haber reconocido personas muertas de su familia, y obtenido sus fotografías, aprovecharon la mala fe del médium Buguet para hacer creer al público que en esos hechos sólo había bellaquería por una parte y por la otra, credulidad estúpida. Es innegable que Buguet abusó de la buena fe de las personas que habían confiado en su honestidad. Los maniqués encontrados en su casa lo prueban suficientemente, pero no es menos cierto que él era médium, de hecho, cuando comenzó.

Cuando se ven personas serias como Royard, químico, Tremeschini, ingeniero, la condesa de Caithness, el conde Pomar, el príncipe de Wittgenstein, el duque de Leuchtemberg, el conde de Bullet, el coronel Devolluet, O. Sullivam, embajador de los Estados Unidos, de Turck, cónsul, que han jurado que reconocieron espíritus, siendo la reproducción exacta de los rostros de sus parientes o amigos muertos, es preciso ser ciego para dudar de la realidad de las manifestaciones.

Los jueces, mientras, no dudaron en condenar a Leymarie, gerente de la sociedad espírita, a un año de prisión y 500 francos de multa, porque esperaban alcanzar en él al espiritismo, doctrina que toca tan de cerca al clero que no se puede dejar de reconocer su acción en las penas infringidas al que representaba al espiritismo francés.

Sobre ese tema, pensamos como Eugène Nus y diremos con él:

“En esta clase de causas y en muchas otras, desconfío del tribunal tanto como del acusado. Si en este mundo hay intrigantes, charlatanes, impostores, enemigos de la propiedad, de la religión, de la ciencia y de la familia, hay también en los sillones con toga roja o negra, hombres que, con la mejor buena fe del mundo, prestan servicios, creyendo emitir sentencias.

Estoy convencido que en Francia, principalmente, y en algunos países civilizados, la justicia está progresando con relación a épocas anteriores. Estoy convencido que nuestros jueces pondrían en la puerta de la calle, o quizás de la cárcel, al bellaco que tuviese la osadía de proponerles soltar a alguien a cambio de dinero. No dudo ni por un instante que el peor pagado de nuestros magistrados repeliese, con indignación, las ofertas de un cualquiera que pleitease para robar la fortuna a otro. Pero, al entrar en juego los prejuicios, las pasiones políticas y religiosas, e incluso las científicas, creo firmemente que ya no hay jueces”.

Si tenemos alguna condena contra nosotros, es porque nos desviamos de la ruta trazada por Allan Kardec. Este innovador era contrario a la retribución de los médiums y tenía buenas razones para ello. En su época, se hablaba mucho de los hermanos Davenport, pero como ganaban dinero con sus habilidades, Allan Kardec se apartó de ellos, prudentemente. Y fue bueno que lo hiciese, porque después del escándalo que les obligó a salir de Francia, pudo continuar enseñando el espiritismo sin que le alcanzase el descrédito de esos americanos fantasiosos.

Reflejamos a continuación las normas trazadas por el maestro en *El libro de los médiums*:

Recomendaciones de Allan Kardec.

Del charlatanismo y del embuste

Médiums interesados - Fraudes espíritas

Médiums Interesados

“Como todo puede llegar a ser un objeto de explotación, nada tendría de extraño que también se quiera explotar a los espíritus. Falta saber cómo aceptarían ellos el tema si alguna vez se intentase especular de esa forma. Diremos que nada se prestaría mejor al charlatanismo y la trapacería que semejante tema. Mucho más numerosos que los falsos sonámbulos que ya se ven, serían los falsos médiums y este simple hecho sembraría con sobrados motivos la desconfianza. El desinterés, al contrario, es la respuesta más perentoria que se puede dar a los que en los fenómenos sólo ven trucos y trampas. No existe el charlatanismo desinteresado. ¿Cuál sería pues, el objetivo de las personas que utilizasen la superchería sin provecho, sobre todo cuando la honradez les colocase por encima de toda sospecha?

Su fuesen un motivo de sospecha las ganancias que un médium pueda obtener de su facultad, jamás esa circunstancia constituirá una prueba de que tal sospecha sea fundada. Podría pues, tener una aptitud real y actuar de muy buena fe, haciéndose retribuir. Veamos, si en este caso, es posible esperar algún resultado satisfactorio”.

“Si se ha comprendido bien lo que hemos dicho de las condiciones necesarias para que una persona sirva de intérprete a los buenos espíritus, las múltiples causas que le pueden apartar, las circunstancias que, independientemente de su voluntad, son un obstáculo para que vengan, en fin, todas las condiciones morales capaces de ejercer influencia sobre la naturaleza de las comunicaciones, ¿cómo podría suponerse que un espíritu, por poco elevado que fuese, viniese a cualquier hora del día, a las órdenes de un empresario de reuniones y someterse a sus exigencias para satisfacer la curiosidad del primero que se presente? Se sabe la aversión de los espíritus por todo lo que es codicia y egoísmo, el poco caso que hacen de las cosas materiales, ¿cómo puede admitirse que se presten a ayudar a quien quiera traficar con su presencia? Repugna pensar en eso y sería necesario conocer muy poco la naturaleza del mundo espírita para creer que tal cosa fuese posible. Pero, como los espíritus ligeros son menos escrupulosos y sólo buscan ocasión de divertirse a nuestra costa, resulta que cuando uno no es mistificado por un falso médium, tiene todas las probabilidades de serlo por algunos de esos espíritus. Estas reflexiones indican el grado de confianza que se debe conceder a las comunicaciones de esa clase. Además ¿para qué servirían hoy médiums pagados, ya que, si uno no tiene esta facultad, puede tenerla algún miembro de su familia, amigos o en su círculo de relaciones?”.

“Médiums interesados no son sólo los que exijan una retribución fija. El interés no siempre se traduce en la esperanza de una ganancia material, sino también por las ambiciones de toda clase. Sobre las que se fundan esperanzas personales. Ese es un defecto del que saben aprovecharse con gran astucia los espíritus burlones, rodeando

de ilusiones fantásticas a los que se ponen bajo su dependencia. En resumen, la mediumnidad es una facultad concedida para el bien y los buenos espíritus se apartan de quien pretenda hacer de ella un escalón para llegar donde sea que no corresponda a las miras de la Providencia. El egoísmo es la llaga de la sociedad, los buenos espíritus le combaten, a nadie pues, le asiste el derecho de suponer que le vengan a servir. Esto es tan racional, que es inútil insistir más sobre este punto”.

“No están en la misma categoría los médiums de efectos físicos, ya que éstos son generalmente producidos por espíritus inferiores, menos escrupulosos. No queremos decir que estos espíritus sean necesariamente malos por esto. Se puede ser una persona muy ruda y al mismo tiempo muy honesta. Un médium de esa categoría que quisiese explotar su facultad, encontraría quizás muchos espíritus que le asistiesen sin demasiados reparos. Pero ahí se encuentra otro inconveniente. El médium de efectos físicos, del mismo modo que el de comunicaciones inteligentes, no recibió esa facultad para su recreo, sino para hacer de ella un buen uso. Si, por tanto, abusa, puede ser que le sea retirada, o que redunde en perjuicio suyo, porque al final, los espíritus inferiores están subordinados a los superiores.

A los espíritus inferiores les gusta mucho mistificar, pero no quieren ser mistificados. Se prestan de buena gana a las bromas y a todo aquello que excite la curiosidad, porque les apetece divertirse, pero es cierto que, como a los otros, les repugna ser explotados, o servir de comparsas para la comedia, y siempre prueban que tienen voluntad propia, que obran cuando y como mejor les parece, lo que hace que el médium de efectos físicos esté aún menos seguro de la regularidad de sus manifestaciones, que el médium escribiente. Pretender producirlas en días y horas fijas sería dar prueba de una inmensa ignorancia. ¿Qué ha de hacer entonces para ganar dinero? Simular los fenómenos. Es a lo que recurrirán normalmente, no sólo los que hagan de esto su profesión, sino también aquellas personas aparentemente sencillas que encuentran más cómodo y fácil ese medio de ganar la vida que el trabajar. Si es espíritu no da nada, se suple su falta: ¡la imaginación es tan fecunda cuando se trata de ganar dinero! Siendo un motivo legítimo de sospecha, el interés da derecho a un riguroso examen, con el que nadie debe ofenderse, sin favorecer sospechas. Pero, son tan legítimas en ese caso como ofensivas tratándose de personas honradas y desinteresadas”.

“La facultad mediúmnica, incluso restringida a las manifestaciones físicas, no se le dio al hombre para exhibirla en los teatros y las ferias y todo aquel que pretenda tener a sus órdenes a los espíritus para mostrarles en público, puede ser, en justicia, sospechoso de charlatanismo o de una más o menos hábil prestidigitación. Todas las veces que hay anuncios de pretendidas sesiones de espiritismo o espiritualismo, a tanto la entrada, debe recordarse el derecho que se compra al entrar.

De todo lo que precede, sacamos en consecuencia que el más absoluto desinterés es la mejor garantía contra el charlatanismo. Si bien no asegura siempre la bondad de las comunicaciones, priva a los malos espíritus de un poderoso medio de acción y cierra la boca a ciertos detractores”.

“Este es el lenguaje de la sana razón y la honestidad, y todo espírita digno de este nombre debe repudiar resueltamente estas promiscuidades peligrosas que rebajarían

nuestra doctrina al nivel de cínica explotación. Somos ante todo, personas honestas y declaramos formalmente que no tenemos nada en común con aquellos que hacen profesión de su facultad y de esta forma deshonran por su conducta la doctrina que pretenden sustentar.

No conocemos nada que sea tan repugnante como los fraudes que tengan por finalidad profanar lo que hay de más sagrado en el mundo: la tumba de los muertos. Por eso desacreditamos al señor Buguet como se merece y exhortamos a todos los espíritas a no dejarse atraer por bellas promesas, siempre que esté en juego un interés puramente material”.

* * *

Volvamos a nuestro estudio e indaguemos si la fotografía de los espíritus es posible.

La respuesta es afirmativa, desde que Crookes las obtuvo, pero las condiciones normales en que nos colocamos no son las mismas del ilustre químico.

En los experimentos con Miss Cook, el espíritu permanece completamente materializado, se vuelve tangible como una persona viva y no debemos asombrarnos por poderle hacer un retrato. En la fotografía que tratamos no se ve el espíritu y, sin embargo, su imagen se reproduce. Eso se puede explicar de la siguiente forma:

Sabemos que el médium vidente posee un aparato visual que se ha vuelto más sensible a través de la acción fluídica ejercida por el espíritu que se quiere manifestar. El ojo del médium es una cámara oscura que adquiere, en ese momento, un poder considerable, registra vibraciones que no pueden ser percibidas por nosotros, en el estado habitual, de ahí su propiedad de ver espíritus. Pues bien, la placa de colodión representa, en este caso, el mismo papel, sin ser más sensible, pero el espíritu toma fluidos del médium y se materializa lo suficiente para que su envoltura refleje los rayos ultravioleta que no vemos, y gracias a esa irradiación se puede obtener la imagen no percibida por nuestros ojos.

No tenemos conciencia de las vibraciones luminosas que van más allá del violeta y el rojo. Sin embargo existen, impresionan las sales de plata y son reflejadas por el periespíritu de la entidad que se quiere manifestar. Podemos suponer que el fluido nervioso que se retira del médium sustituye al vidrio de uranio para los rayos ultravioleta del espectro, disminuye el movimiento periespiritual, condensa, de alguna forma, los fluidos de manera que les hace capaces de reflejar las radiaciones asténicas o psíquicas.

Ese punto de vista es tanto más justo cuanto las experiencias intentadas por Thomas Slater, óptico, Estearn Road, 136, en Londres, demuestran que la luz ordinaria no interviene en ese fenómeno. Este investigador dice lo siguiente:

“Obtuve fotografías espíritas por medio de un instrumento hecho con vidrios de un azul muy oscuro, de manera que sería imposible impresionar la chapa, a menos que una luz muy fuerte fuese proyectada sobre la persona retratada. Se probaba de esta manera que la luz lanzada por los espíritus está completamente fuera de los rayos luminosos de nuestro espectro, que son muy fuertes, puesto que los espíritus nos son invisibles”.

En Bruselas, un ingeniero químico, Bayard, obtuvo en su laboratorio, fotografías de espíritus. Presentó un detallado informe en el libro *Procès des Spirites*, páginas 122 a 124. Finalmente, en América se han conseguido fotografías espíritas y el fenómeno no se ha comentado más.

A despecho de los tribunales, es preciso reconocer que el hecho se puede producir y, por extraño que sea, no tiene nada de sobrenatural. Desde que se demuestra que los espíritus existen, que tienen un cuerpo fluídico que se puede condensar, en ciertas condiciones, es fácil comprender que pueda ser fotografiado, ya que se materializa hasta hacerse tangible, como lo probaron las experiencias de Crookes.

Estamos tan lejos de conocer las leyes que rigen las operaciones que nos son más familiares que no hay que asombrarse, por tanto, de ver que se producen incidentes que parecen, al principio, inexplicables. Tomamos el siguiente ejemplo de la *Revue Spirite*, de Allan Kardec, de 1864. Es uno de sus amigos quien habla:

“Vivía –dice– en una casa en Montrouge, era verano y el Sol ardiente entraba por la ventana. En la mesa había una botella de agua y bajo la botella una pequeña esterilla, que, de repente, se prendió fuego. Si nadie estuviese allí, podía haber sido un incendio sin que se supiese nunca la causa. Intenté centenares de veces producir lo mismo y nunca lo conseguí”.

La causa física de la inflamación es bien conocida. La botella hizo el papel de lente, pero ¿por qué no se pudo repetir la experiencia? Porque, independientemente de la botella de agua, había un cúmulo de circunstancias que, de manera excepcional, produjeron la concentración de los rayos solares. Quizás el estado de la atmósfera, de los vapores, de la calidad del agua, la electricidad, y todos eso, probablemente, en ciertas proporciones. De ahí la dificultad de encontrar las condiciones precisas, y los inútiles intentos de producir un efecto semejante.

Tenemos en lo relatado un fenómeno que cae totalmente bajo el dominio de la física, y cuyo principio se conoce, pero no puede ser repetido cuando se quiera. El más endurecido escéptico ¿podrá negar el hecho? Ciertamente, no. Pero ¿por qué los mismos escépticos niegan la realidad de los fenómenos espíritas, diciendo que no los pueden manipular a su gusto?

No admitir, fuera de lo conocido, agentes nuevos, regidos por leyes especiales, negar esos agentes, porque no obedecen las leyes que conocemos es, realmente, mostrar poca lógica y ser un espíritu bien estrecho.

Aún cuando sea asombrosa la fotografía de los espíritus, presentamos una muestra de fotografía natural más extraordinaria todavía, atestiguada en 1858, por el conocido sabio Jobard:

“El Sr. Badet, muerto el 12 de noviembre último, después de una enfermedad de tres meses, tenía la costumbre –dice la Union Bourguignonne de Dijon– de salir a la ventana del primer piso, siempre que sus fuerzas se lo permitían, y permanecía ahí, con la cabeza mirando a la calle, para distraerse con la vista de los transeúntes.

Hace algunos días, la Sra. Peltret, cuya casa está enfrente a la de la viuda Badet, observó, en la vidriera de la ventana de esa casa al propio Badet, con su gorro de algodón, su figura delgada, tal y como le había visto durante su enfermedad. Su emoción fue muy grande y llamó no sólo a los vecinos, sino a personas más serias que percibieron, nítidamente, la imagen de Badet en el vidrio de la ventana, donde acostumbraba a situarse.

Mostraron las imágenes a la familia del difunto que hizo desaparecer, inmediatamente la vidriera.

Quedó confirmado que la vidriera se había impregnado con la figura del enfermo, que quedó así daguerrotipada, fenómeno que se podría explicar si, del lado opuesto a la ventana, hubiese otra por donde los rayos solares pudiesen llegar al Sr. Badet. Pero la habitación tenía sólo una ventana. Esa es la verdad sobre el extraordinario hecho, cuya explicación conviene dejar a los sabios”.

Para qué decir que no hubo ninguna explicación, lo que no tiene nada de sorprendente, ya que el vidrio fue destruido y no puede ser analizado. Lo que queremos mostrar, en esa historia, es la posibilidad de la fotografía espontánea, y que, lejos de ser ridículo, los espiritistas son investigadores concienzudos que caminan a la par que la ciencia y que, cuanto más se extiendan los conocimientos, tanto más fácilmente explicarán los hechos que, al principio parecen sobrenaturales.

MEDIUMNIDAD AUDITIVA

La mediumnidad auditiva consiste en la facultad de oír algunos ruidos o palabras pronunciadas por los espíritus y que no impresionan el oído en las condiciones ordinarias de la vida. Es necesario distinguir, para esa facultad, como en la precedente, dos casos:

- 1º. La intuición.
- 2º. La audición real.

La intuición se da de alma para alma, es una transmisión de pensamientos que se opera sin la ayuda de los sentidos, una voz íntima que resuena en el foro íntimo, aunque los pensamientos recibidos sean claros, no están articulados por medio de

palabras y no tienen nada de material. En la audición, por el contrario, las palabras están pronunciadas de manera que sean oídas por el médium, como si una persona le hablase al oído.

Allan Kardec, el gran iniciador, al que quisieron hacer pasar por impostor, protesta enérgicamente contra los espiritistas crédulos que pretenden atribuir los fenómenos más comunes de la vida a la acción de los espíritus. Recomienda la mayor circunspección en el análisis de los hechos y no cesa de dar consejos, para prevenir a sus adeptos contra los errores, las alucinaciones y las falsas interpretaciones. Esto escribió acerca de la mediumnidad auditiva:

“Es muy necesario abstenerse de tomar por voces ocultas todos los sonidos que no tengan una causa conocida, o simples pitidos de oídos, y sobre todo creer que existe un ápice de verdad en la creencia vulgar de que el oído que pita nos está advirtiendo que en alguna parte se habla de nosotros.

Estos pitidos, cuya causa es puramente fisiológica, no tienen, además, ningún sentido, ya que los sonidos neumatofónicos (de los espíritus) expresan pensamientos y sólo por eso se puede reconocer que son debidos a una causa inteligente y no accidental. Se puede establecer, en principio, que los efectos notoriamente inteligentes son los únicos que pueden certificar la intervención de los espíritus. En cuanto a los otros, hay por lo menos cien probabilidades contra una que sean debidos a causas fortuitas.

Sucede, con bastante frecuencia, que en un estado de duermevela, se oyen claramente pronunciar palabras, nombres, algunas veces frases completas, y esto con bastante fuerza como para despertarnos con un sobresalto. Aunque pueda ocurrir que en ciertos casos se trate realmente de una manifestación, ese fenómeno no tiene nada de positivo que nos impulse a atribuirle una causa cualquiera, como ocurre en la alucinación. Lo que se oye por ese medio no tiene secuencia ninguna, no sucede igual cuando se está completamente despierto, porque entonces, si un espíritu se hace oír, se puede casi siempre intercambiar pensamientos con él y entablar una conversación normal”.

Vamos ahora a intentar comprender como pueden proceder los espíritus para hacernos oír palabras y a través de qué medios producen sonidos. Para este estudio es necesario tener conocimientos sobre la naturaleza del sonido. Sir William Thomson dio recientemente una interesante conferencia sobre el tema. Citemos sus observaciones principales.

¿Cuáles son nuestras percepciones en el sentido del oído? Y, en primer lugar ¿qué es oír?

Oír es percibir por el oído, pero percibir ¿el qué? Hay cosas que podemos oír sin el oído. Beethoven, atacado de sordera durante gran parte de su vida, no percibía nada por el oído. Componía las más notables obras sin poderlas percibir por la audición. Se ponía, se dice, cerca de un piano, con un bastón, que tenía una extremidad en el instrumento y la otra en sus dientes, y de esa forma oía los sonidos emitidos.

La percepción de los sonidos no tiene, pues, el oído como único órgano, y de ahí ya se puede comprender que un médium escuche sonidos sin servirse del oído. Pero queremos determinar la naturaleza de la percepción habitual en un hombre en posesión de todos los órganos de los sentidos. Es una sensación de variación de presión.

Cuando el barómetro sube, la presión en el tímpano aumenta, cuando desciende, la presión disminuye.

Supongamos que la presión de aire crece o disminuye, repentinamente, en un cuarto de minuto, y, en ese corto espacio de tiempo, el mercurio se eleva muchos milímetros para caer, inmediatamente, con la misma rapidez. ¿Percibimos el cambio? No, pero si la variación barométrica fuese de 5 a 10 centímetros en medio minuto, un gran número de personas la percibiría. Además, esta afirmación no es teórica, está confirmada por la observación. Los que descienden en una campana hidráulica experimentan una sensación idéntica a la que tendrían si el barómetro, por una causa desconocida, subiese, en medio minuto, de 10 a 15 centímetros. Tenemos pues, la sensación de la presión atmosférica, pero nuestro órgano no es lo bastante delicado para permitirnos percibir las variaciones, entre el máximo y el mínimo del barómetro.

Cuando se desciende en una campana hidráulica, la mano no siente las alteraciones de la presión atmosférica, se nos revela a nuestra sensibilidad de otra forma. Detrás del tímpano del oído existe una cavidad llena de aire. Una presión más fuerte de un lado que de otro de esa membrana produce una sensación desagradable que puede incluso, en un descenso brusco, producir su ruptura.

Por lo tanto oír un sonido, es percibir los cambios súbitos de presión sobre el tímpano, presión que se ejerce en un corto espacio de tiempo, y con una fuerza bastante moderada, para no producir lesión o ruptura, pero que es suficiente para transmitir una sensación muy nítida al nervio auditivo.

Si pudiésemos percibir por el oído una subida barométrica de un milímetro, en un día, esa variación sería un sonido. Pero como nuestro oído no es lo bastante delicado para eso, no podemos decir que esa mudanza sea un sonido. Si la diferencia de presión sobreviniese bruscamente y, por ejemplo, el barómetro variase de un milímetro en 1/100 de segundo, la oiríamos, porque esa variación repentina de la presión atmosférica produciría un sonido análogo al de nuestras manos aplaudiendo.

¿Qué diferencia hay entre un fenómeno sonoro y un sonido musical? El sonido musical es una alteración regular y periódica de presión, un aumento y una disminución alternativos de presión atmosférica, bastante rápidos para ser percibidos como sonido, y reproduciéndose por períodos, con perfecta regularidad. Algunas veces, los ruidos y los sonidos musicales se confunden. La duración, la irregularidad, los períodos mal separados tienen por efecto producir disonancias complicadas, que un oído no ejercitado no comprenderá y tomará por un ruido.

El sentido de la vista podría ser comparado al del oído, siendo ambos causados por variaciones rápidas de presión. Se sabe con qué celeridad se deben producir las alternancias entre la presión máxima y mínima, para dar el sonido de una nota musical. Si el barómetro varía una vez en un minuto, no percibiremos esa variación como nota musical, pero si por una acción mecánica de aire, la presión cambia más rápidamente esa alteración, que el mercurio no puede indicar con rapidez, la percibirá el oído. Si el período se reprodujese 20, 30, 40 o 50 veces por segundo, se oiría una nota grave, si acelerase, la nota se elevaría gradualmente y se volvería cada vez más aguda. Si alcanzase 256 períodos por segundo, tendremos una nota que corresponde al *do* grave de un tenor

Por eso, la palabra, siendo una sucesión de sonidos, está producida por variaciones de presión atmosférica, determinadas por las diferencias de volumen de la garganta y de la boca, durante la emisión de voz. Pero si los espíritus no tienen garganta, ¿qué hacen para producir sonidos? La ciencia todavía nos tiene en el camino de las explicaciones.

El ilustre inventor del teléfono, Graham Bell, dice que, haciendo caer un rayo luminoso intermitente sobre un cuerpo sólido, se puede percibir un sonido. Tyndall atribuye ese sonido a la acción del calor sobre el cuerpo, y pensó que podía resultar de cambios alternados de volúmenes, debidos a variaciones de temperatura. Si así fuese, los gases y los vapores, dotados de poder absorbente, deberían de dar sonidos muy fuertes y la intensidad del sonido debería proporcionar el medio de medir el poder absorbente.

Fue lo que se comprobó a través de experimentos. Está hoy, por tanto, demostrado que se pueden obtener sonidos variados, desde los más agudos hasta los más graves, haciendo actuar rayos caloríficos sobre ciertos vapores. Ahora, sabemos que los espíritus, por su voluntad, actúan sobre los fluidos y ya podemos imaginar de qué forma pueden producir ruidos y palabras articuladas. En vez de expeler el aire por la garganta, proyectan chorros caloríficos sobre ciertos fluidos, y las vibraciones de esos fluidos producen los sonidos que el médium percibe.

Es evidente que esas palabras no tienen necesidad de ser pronunciadas con la fuerza que empleamos. El oído, en el estado especial determinado por la mediumidad, es un instrumento extremadamente delicado, que recoge las más ligeras alteraciones de presión. Incluso en estado normal, el oído es susceptible de una gran sensibilidad. Un experimento reciente nos prueba eso. Pueden hacerse transmisiones telefónicas sin receptor. Hace bien poco, Giltay, por medio de modificaciones introducidas en la construcción del aparato, llegó a prescindir completamente del condensador.

Dos personas toman, cada una con una de sus manos, un cable. Una de ellas aplica su mano enguantada sobre el oído de la otra y esta última oye salir de esa

mano las palabras pronunciadas sobre el transmisor microfónico. Giltay explicó ese hecho diciendo que la mano y el oído constituyen el armazón de un condensador, y el guante representa la sustancia aislante. El experimento puede hacerse de manera más original, tal como fue ejecutado en las sesiones de la Sociedad de Física. Los dos experimentadores aseguran los cables como hemos dicho y aplican sus manos libres sobre los oídos de una tercera persona. En esas condiciones, ésta oye hablar a *las manos* como si tuviesen un receptor normal.

El estado actual de la ciencia no permite esclarecer este modo de transmisión de la palabra y esta es una nueva cuestión a unir a los puntos oscuros que encierra la telefonía²³. Quizás no esté distante la época en que estos fenómenos, inexplicables hoy en día, serán fáciles de comprender y no asombrarán a nadie más. Pero de momento, el experimento es sólo curioso, como observa Hospitalier. Todo lo que hasta ahora podemos decir es que el oído es un instrumento de incomparable delicadeza y de fina sensibilidad, ya que percibe vibraciones en que la energía utilizada es de extrema debilidad. Esto nos ayuda a comprender como el médium auditivo oye la voz de los espíritus, a pesar de que estos no pueden pronunciar las palabras y hacer vibrar los fluidos con la misma intensidad que nosotros, los encarnados.

No podemos huir de un sentimiento legítimo de admiración ante los descubrimientos maravillosos de la ciencia moderna. Estamos exaltados con esas investigaciones, ya que nos permiten comprender la acción de los espíritus sobre los encarnados y encuadrar dentro de las leyes naturales fenómenos equívocamente considerados sobrenaturales. El progreso se afirma cada vez más y podemos decir que la posteridad quedará asombrada de las cosas que hemos ignorado.

MEDIUMNIDAD TIPTOLÓGICA

La mediumnidad tiptológica es la facultad que permite obtener, a través de un objeto cualquiera, mesa u otro, comunicaciones inteligentes, por medio de desplazamientos o golpes en el interior del citado objeto.

La explicación de esos hechos es muy simple en el caso de los golpes. Graham Bell nos la indicó anteriormente. Cuando el espíritu quiere producir un ruido en la mesa, a través del fluido nervioso del médium y de su fluido periespiritual, forma una columna fluídica que lanza sobre la superficie de la mesa. Ahora bien, sabemos que un rayo calorífico que incide de modo intermitente sobre una sustancia sólida,

²³ Recordemos que Delanne escribió esta obra a fines del siglo XIX (nota del editor).

provoca sonidos en la misma. Igualmente se podrá comprender la acción espiritual de los espíritus en la producción de golpes.

Examinemos ahora el caso en que una mesa se desplaza bajo las manos del médium para ejecutar movimientos variados. Es natural suponer, cuando se sabe que los espíritus pueden materializarse, que levanten el mueble y le hagan desplazarse. No es así como las cosas ocurren y los propios espíritus vienen a explicarnos como operan. Oigamos a Allan Kardec:

“Cuando la mesa se mueve bajo vuestras manos, el espíritu evocado combina parte del fluido universal con el que desprende el médium, satura con él la mesa, que así se ve penetrada de una vida ficticia. Preparada la mesa, el espíritu la impulsa y la mueve bajo la influencia de su propio fluido, que desprende por su voluntad. Cuando la mesa que quiere poner en movimiento es muy pesada, llama en su ayuda a espíritus en las mismas condiciones y, combinando sus fluidos, llegan al resultado deseado”.

Para que la acción se produzca, se precisa pues, que la mesa, de alguna forma, sea animalizada. Los fluidos necesarios son proporcionados por el espíritu y por el médium, porque este es la reserva del fluido vital, indispensable para animar la mesa. Ya sabiendo como el espíritu manipula los fluidos, esa cuestión no tiene nada más de extraño.

La acción es, además, semejante a la que producimos todos los días.

Cuando deseamos hacer mover uno de nuestros miembros, el brazo, por ejemplo, el espíritu está obligado, sobre todo, a querer. La vibración de esa voluntad se transmite al fluido nervioso y el brazo ejecuta el movimiento prescrito por nuestra alma. Si por una causa cualquiera el fluido nervioso no circulase más en los nervios que terminan en esa parte del cuerpo, la acción no podrá realizarse.

En el caso de las manifestaciones tiptológicas, el espíritu está unido a la mesa por un cordón fluídico, que hace el papel del sistema nervioso, en el hombre. Ambos sirven para transmitir la voluntad. Está claro que los hechos serán tanto más acentuados cuanto más fuerte sea el espíritu y los dictados inteligentes están en relación con el grado de elevación del alma que se comunica y con su aptitud para servirse de los fluidos.

Todo esto nos permite responder a los incrédulos que se asombran cuando una mesa se mueve y no siempre puede responder a sus preguntas.

Podemos comparar el espíritu que actúa sobre una mesa a un individuo que opera un telégrafo Morse. Si ese operador no se aprendió el alfabeto convencional que maneja, enviará señales ininteligibles, pero si está versado en el arte de telegrafiar, el receptor registrará frases perfectamente claras. No nos admiremos pues, si un espíritu no pueda manifestarse las primeras veces que se le evoca, y hemos observado que esa incapacidad cesa muy rápidamente cuando el mismo espíritu es

llamado muchas veces. Es necesario que el desencarnado aprenda la manera de operar y, para eso, como para todo, es necesario algún tiempo

Lo que hemos dicho para la mediumnidad tiptológica se aplica indistintamente a toda clase de manifestaciones de espíritus. Puede verse que todo es sencillo y comprensible en nuestra manera de interpretar los hechos, y sólo las personas que lo hagan premeditadamente de otra forma, seguirán tomándonos por locos y alucinados. Sin ir tan lejos como nosotros, en la teoría, Crookes estudió los fenómenos bajo el punto de vista material y, en la práctica, llegó a la certeza absoluta. No pudiendo reproducir totalmente, la descripción de sus investigaciones, nos contentaremos con las siguientes notas finales:

“Estas experiencias dejan fuera de duda las conclusiones a que llegué, en mi precedente memoria, es decir: la existencia de una fuerza asociada, de manera todavía inexplicable, al organismo humano, y por la que un incremento de peso puede ser llevado a cuerpos sólidos sin un contacto efectivo.

En el caso de Home, ese poder varía enormemente, no sólo de semana en semana, sino igualmente de una hora para otra. En algunas ocasiones esa fuerza no puede ser acusada por mis aparatos durante una hora o incluso más, y después reaparece con una gran energía. Puede actuar a cierta distancia de Home, pero es más poderosa cerca de él.

En la firme convicción que tenía de que una clase de fuerza no podría manifestarse, sin perjuicio de otra clase de fuerza, busqué en vano durante mucho tiempo, la naturaleza de la fuerza o del poder empleado para producir esos resultados.

Pero ahora que observé mejor al Sr. Home, creo haber descubierto lo que esa fuerza física emplea para desarrollarse. Sirviéndome de los términos *fuerza vital*, *energía nerviosa*, sé que utilizo vocablos que para muchos investigadores, tienen significados distintos. Pero, después de ser testigo del penoso estado de postración nerviosa en que, algunas de esas experiencias dejaron a Home, casi en completo estado de desfallecimiento en el suelo, pálido y sin voz, no dudo que la emisión de fuerza psíquica esté acompañada de un correspondiente agotamiento de la fuerza vital”.

De esta forma se justifica la primera parte de la enseñanza de los espíritus, que han revelado a Allan Kardec la teoría de las manifestaciones físicas. En efecto, se dice en *El libro de los médiums* que toda acción física producida por los espíritus exige un gasto de fluido nervioso del médium.

Continuemos con la cita:

“Para testimoniar las manifestaciones de esa fuerza no es necesario tener acceso junto a los poseedores de poderes psíquicos (léase médiums) de fama. Esa fuerza la tienen, probablemente, todos los seres humanos, aunque los individuos dotados con un gran poder sean muy raros. Durante el año pasado (octubre de 1871), encontré, dentro de algunas familias, cinco o seis personas que poseían esa fuerza de manera potente, capaz de inspirarme confianza y saber que, a través de ellos, podría obtener resultados semejantes a los descritos, si los experimentadores operasen con instrumentos más

delicados y susceptibles de marcar una fracción de grado, en vez de indicar solamente las libras y las onzas”.

Esa es la segunda confirmación de nuestra teoría, que pretende que todos poseemos en germen la mediumnidad. Mientras esperamos la aparición de una gran obra del ilustre químico sobre la fuerza psíquica, citemos algunas de sus reflexiones.

“Mientras mis ocupaciones me lo permitan, me propongo continuar esos experimentos de diversas maneras y, de cuando en cuando, haré que sean conocidos sus resultados. Tengo confianza en que otros serán llevados a proseguir esa investigación bajo el aspecto científico. Quede bien entendido, mientras, que en cualquier experimento científico esas investigaciones deben ser llevadas de perfecto acuerdo con las condiciones en que se desarrolla la fuerza.

Así como en las experiencias de electricidad por la fricción, es condición indispensable que la atmósfera esté exenta de exceso de humedad y que ningún cuerpo conductor toque el instrumento, mientras se genera la fuerza. También se comprobó que ciertas condiciones eran indispensables para la producción y acción de la fuerza psíquica, y si esas precauciones no se observan, las experiencias no darán resultado.

Soy formal en este punto, porque ya se han hecho objeciones sin sentido a la fuerza psíquica, por el hecho de no desarrollarse en las condiciones dictadas por los experimentadores. Estos, mientras, han rechazado las condiciones que les impusieron para la producción de algunos de sus trabajos científicos. Puedo resaltar que las condiciones requeridas son poco numerosas, muy razonables, y que en modo alguno impiden la más perfecta observación y la aplicación del más riguroso y exacto *control*”.

En el mundo científico de Inglaterra es notoria la realidad de la fuerza psíquica. Pocos descubrimientos han suscitado tantas discusiones y experiencias contradictorias. Cuando, *a priori*, se oye negar fenómenos testificados por las mayores inteligencias de Inglaterra, Alemania y América, se ve, con profundo espanto, a qué tipo de aberraciones pueden conducirnos la rutina y el prejuicio.

Para que nuestros lectores estén completamente al tanto sobre el valor de nuestra creencia, presentamos el informe del comité de la Sociedad Dialéctica de Londres sobre el espiritismo.

Informe de la Sociedad Dialéctica

“Desde su creación, el 11 de febrero de 1869, esta subcomisión ha realizado 40 sesiones con el fin de establecer experimentos y pruebas rigurosas. Todas esas reuniones se han realizado en las casas particulares de los miembros de la comisión,

para excluir la posibilidad de mecanismos previamente dispuestos o de cualquier artificio.

Los muebles con que se hicieron esos experimentos han sido los normales. Las mesas eran las de comedor, pesadas, que requerían un considerable esfuerzo para ser puestas en movimiento. La menor tenía cinco pies y nueve pulgadas de largo por cuatro pies de ancho. La mayor, nueve pies y tres pulgadas de largo por cuatro pies y medio de ancho. El peso era proporcional.

Las habitaciones, las mesas y todos los muebles en general fueron cuidadosamente examinados muchas veces, antes de los experimentos, durante y después, para tener la certeza de que no existía truco, instrumento o cualquier aparato con ayuda de los cuales pudiesen ser producidos los movimientos que mencionaremos a continuación. Los experimentos se hicieron a la luz del gas, excepto un pequeño número de ellos.

La comisión evitó utilizar médiums de profesión o retribuidos. El médium utilizado era uno de los miembros de la subcomisión, persona de alta posición social, perfectamente íntegra, sin ningún provecho económico y que no podría obtener ninguna ventaja de un posible fraude.

La subcomisión hizo algunas reuniones sin la presencia de ningún médium (y quede bien entendido que en este informe la palabra *médium* se emplea simplemente para designar a un individuo, sin la presencia del cual los fenómenos no se realizarían o se producirían con menos intensidad y frecuencia), para ensayar y obtener por algunos medios, efectos semejantes a los que se observan cuando un médium está presente.

Ningún esfuerzo fue capaz de producir ninguna cosa semejante a las manifestaciones que se comprobaron en la presencia de un médium.

Cada una de las pruebas que la inteligencia combinada de los miembros de la comisión podía imaginar fue realizada con paciencia y perseverancia. Los experimentos han sido dirigidos en una gran variedad de condiciones, y ha sido puesto en práctica todo el ingenio posible para descubrir medios que permitan a la comisión comprobar sus observaciones y apartar cualquier posibilidad de impostura o ilusión.

La comisión limitó su informe a los hechos en que sus miembros han sido colectivamente testigos, hechos palpables a los sentidos y cuya realidad ha sido susceptible de una prueba demostrativa. Cerca de cuatro quintos de los miembros de la comisión comenzaron las investigaciones en el más completo escepticismo, creyentes de que los fenómenos eran el resultado de la impostura, la ilusión o de una acción involuntaria de los músculos. Solo después de una evidencia irresistible, en condiciones que excluían aquellas hipótesis y pasados experimentos y pruebas rigurosas, repetidas muchas veces, los miembros más escépticos, muy a disgusto suyo, han quedado convencidos de que los fenómenos producidos durante esas sesiones eran hechos verdaderos.

El resultado de los experimentos, realizados por mucho tiempo y dirigidos con cuidado, fue, después de las pruebas comprobadas por todos los medios, establecer las siguientes conclusiones:

- 1º. Bajo algunas disposiciones de cuerpo o de espíritu, en que se encuentran una o más personas presentes, se produce una fuerza suficiente para poner en movimiento objetos pesados, sin utilizar ningún esfuerzo muscular, sin contacto material de cualquier naturaleza entre esos objetos y el cuerpo de las personas presentes.
- 2º. Esa fuerza puede producir sonidos, que se oyen, con nitidez, en objetos materiales, sin ningún contacto, ni relación visible o material con el cuerpo de las personas presentes. Quedó demostrado que los sonidos provienen de aquellos objetos, por las vibraciones perfectamente sensibles al tacto (advertencia a los señores Bersot, Julei Soury y a la Academia de Ciencias, que habían admitido como única causa del fenómeno el músculo crujidor).
- 3º. Esa fuerza está frecuentemente dirigida con inteligencia.

Algunos de esos fenómenos se han producido en treinta y cuatro de las cuarenta sesiones efectuadas. La descripción de una de esas experiencias y el modo como fue dirigida mostrará mejor cuidado y el escrúpulo con la cual la comisión realizó sus investigaciones.

Desde el momento en que existía contacto o simplemente la posibilidad de contacto por las manos o los pies, o incluso por las ropas de uno de los presentes, con el objeto en movimiento o productor de sonidos, no se podía tener la convicción de que esos movimientos o sonidos no fuesen producidos por la persona con la que tenía contacto. Así que se intentó el siguiente experimento:

Una vez, cuando once miembros estaban sentados hacía cuarenta minutos alrededor de la mesa comedor, y cuando ya se habían producido movimientos y sonidos variados, volvieron, para un experimento más riguroso, el respaldo de las sillas hacia la mesa, a una distancia de nueve pulgadas, después se arrodillaron en las sillas, colocando los brazos en el respaldo. En esa posición, tenían los pies necesariamente vueltos para atrás, lejos de la mesa, y en consecuencia, no podían tocar el suelo. Las manos, extendidas encima de la mesa, conservaban una distancia de cuatro pulgadas hasta su superficie. No podía existir, por tanto, ningún contacto con la mesa, sin que fuese percibido. En menos de un minuto, sin que tocasen la mesa, se desplazó cuatro veces. La primera cerca de cinco pulgadas de un lado, después, doce de otro, enseguida, otras cuatro y seis pulgadas, respectivamente.

Las manos de los presentes se pusieron después en los respaldos de las sillas, a un pie de distancia de la mesa, que se movió cinco veces, con un desplazamiento de cuatro a seis pulgadas.

Finalmente, las sillas fueron apartadas de la mesa, a una distancia de doce pulgadas, y todos se arrodillaron en las sillas, como antes, pero esta vez con las manos en la espalda y, en consecuencia, con el cuerpo colocado a dieciocho pulgadas de la mesa. El respaldo de la silla se encontraba, de esta forma, entre la mesa y el experimentador. La mesa se movió cuatro veces, en distintas direcciones.

Durante este experimento decisivo, y en menos de media hora, se movió la mesa trece veces, sin contacto o posibilidad de contacto con cualquier persona presente. Los movimientos se realizaron en direcciones diferentes y algunas correspondieron a las peticiones efectuadas por algunos miembros.

La mesa fue examinada con cuidado en todos los sentidos, analizada pieza por pieza, pero no se descubrió nada que pudiese producir los fenómenos. Los experimentos fueron realizados siempre a plena luz de gas, colocado sobre la mesa. En resumen, la subcomisión ha sido en más de cincuenta veces testigo de semejantes movimientos sin contacto, durante ocho noches diferentes, en las casas de sus miembros, una vez puestas en práctica las más rigurosas exigencias.

En todos esos experimentos, la hipótesis de un medio mecánico o cualquier otro fue totalmente apartada porque los movimientos se hicieron en varias direcciones, una vez de un lado y otra del otro, arriba y abajo. Esos movimientos habrían exigido la colaboración de un gran número de manos y pies en razón del volumen y peso considerables. Serían imposibles sin la ayuda de un gran esfuerzo muscular. Manos y pies estaban perfectamente visibles y no hubiesen podido hacer ningún movimiento sin que nos hubiésemos percatado del mismo.

La idea de la ilusión también se apartó. Los movimientos se han realizado en direcciones diferentes y las personas presentes han sido testigos de ello. Era un caso de *medición* y nunca de opinión o imaginación.

Esos movimientos se han reproducido tantas veces, en condiciones tan numerosas y diversas, con tantas garantías contra cualquier error o embuste y con resultados tan firmes, que los miembros de la subcomisión, escépticos al inicio de las investigaciones, han quedado convencidos de *que existe una fuerza capaz de mover cuerpos pesados sin contacto material*, fuerza que depende, de forma desconocida, de la presencia de seres humanos.

Con respecto a la naturaleza y el origen de esa fuerza, la comisión no puede tener ninguna certeza absoluta, habiendo adquirido, simplemente, *la prueba del hecho de su existencia*. La comisión cree que la creencia popular de que la presencia de personas escépticas es contraria a la producción de esa fuerza, no tiene ningún fundamento.

En resumen, la subcomisión expresa unánimemente el parecer de que la existencia de un hecho físico importante se encuentra así demostrada, a saber: que se pueden producir movimientos de cuerpos sólidos, sin contacto material, por una fuerza desconocida hasta ahora, que actúa a una distancia indefinida del organismo humano y es completamente independiente de la acción muscular. Esa fuerza debe ser sometida a un examen científico más profundo, para descubrir su verdadera fuente, naturaleza y poder...”.

* * *

La ciencia reconoce pues, los fenómenos espíritas. Crookes, en esa vía fecunda, llevando más lejos la investigación, demuestra que la fuerza psíquica está gobernada por una inteligencia, que no es la de los asistentes. Además, una de esas inteli-

gencias reviste temporalmente un cuerpo, dice que es el alma de una persona que ya vivió en la Tierra y le hace fotografiar su imagen.

Si tales hechos no inducen a la creencia, habrá que renunciar a convencer a los hombres, porque nada más positivo y tangible fue presentado en las distintas ramas de los conocimientos humanos, a favor de una teoría.

A pesar de los señores Lélut, Luys, Moleschott, Büchner, Carl Vogt y otros materialistas, no aceptaremos, en el futuro, en nuestras discusiones, sino hechos establecidos científicamente, no queriendo más luchar hoy, que tenemos certeza, contra hipótesis sin fundamento.

No son ya más visionarios, cerebros huecos, los que proclaman la autenticidad de nuestras manifestaciones. Es la ciencia oficial de Inglaterra. Antes se nos oponían Chevreul, Babinet y Farady. Ahora, presentamos Crookes, Warley, Oxon, de Morgan, A. Wallace y toda la Sociedad Dialéctica. Demuestren nuestros contradictores que esos hombres ilustres están en un error y les creeremos. Pero mientras esperamos que lo hagan, dejamos al público juzgar para decidir de qué lado está la buena fe, la ciencia y la verdad.

LOS TRANSPORTES

Se llama transporte (*apport*), un objeto cualquiera que los espíritus conducen de un lugar a otro. Así, se puede tener, y es el caso más generalizado, transporte de flores, de frutos, de objetos materiales, como anillos, medallas y otros. Es obvio que este fenómeno sólo se puede probar con la condición de producirse en circunstancias tales que no dejen lugar a ninguna duda. En esos experimentos, conviene operar con personas totalmente idóneas y en lugares conocidos por los experimentadores. Estas recomendaciones se hacen para prevenir a los espíritas contra los fraudes, que nunca faltan, cuando se trata de hechos extraordinarios.

Exponemos el consejo de un espíritu muy competente sobre este tema:

“Es necesario, para obtener fenómenos de esa clase, contar con médiums, a los que llamaré *sensitivos*, es decir, dotados de los más altos grados de las facultades mediúnicas de expansión y penetrabilidad, porque el sistema nervioso de esos médiums, fácilmente excitable, les permite, a través de ciertas vibraciones, proyectar con profusión, a su alrededor, fluido animalizado.

Las naturalezas impresionables, las personas cuyos nervios vibran al menor sentimiento, a la más leve sensación, a las que cualquier influencia moral o física, interna o externa, sensibiliza, son individuos muy aptos para convertirse en excelentes médiums

para los efectos físicos de ser tangible y transporte. En efecto, su sistema nervioso, casi totalmente desprovisto del envoltorio refractario, que aísla ese sistema en la mayor parte de los encarnados, los hace idóneos para el desarrollo de esos diversos fenómenos.

Por tanto, con un sensitivo de esa naturaleza y cuyas otras facultades no sean hostiles a la entrada en el estado mediúmnico (o la mediumnización), se obtendrán más fácilmente los fenómenos de ser tangible, los golpes en las paredes y muebles, los movimientos inteligentes e incluso la suspensión en el espacio de la materia inerte más pesada. Con mayor razón se obtendrán esos resultados, si, en lugar de un médium, estuviesen a nuestra disposición varios de ellos, igualmente bien dotados.

Pero, de la producción de esos fenómenos a la obtención de los transportes hay una gran distancia, porque en este caso, no solamente el trabajo del espíritu es más complejo, difícil, pero mucho más que eso, el espíritu solo puede operar por intermedio de un único aparato mediúmnico, es decir, varios médiums no pueden concurrir simultáneamente para la producción del mismo fenómeno.

Sucede incluso que, al contrario, la presencia de ciertas personas antipáticas al espíritu que opera, dificulta radicalmente su operación. A esos motivos que, como se puede observar, tienen importancia, se une que los transportes necesitan siempre una mayor concentración y al mismo tiempo mayor difusión de ciertos fluidos y que, en fin, sólo pueden obtenerse con los médiums mejor dotados, aquellos, en una palabra, cuyo aparato electromediúmnico esté mejor condicionado.

En general, los transportes son y serán excesivamente raros. No es necesario demostrarlos porque son y serán menos frecuentes que otros hechos tangibles. De lo que os he dicho, deducidlo por vosotros mismos. Además, esos fenómenos se revisten de tal naturaleza que, no sólo todos los médiums son capaces de producirlos, sino que tampoco todos los espíritus los pueden producir.

Efectivamente, es necesario que entre un espíritu y el médium influenciado haya cierta afinidad o analogía, en una palabra, cierta semejanza, que permita a la parte expansible del fluido periespiritual del encarnado unirse, combinarse con la del espíritu que quiera hacer un transporte. Esta fusión debe ser tal que la fuerza resultante sea, por así decirlo, una, tal como sucede con las dos porciones de una corriente eléctrica, actuando sobre el arco voltaico produciendo un solo foco, una claridad única.

Os preguntareis ¿Por qué esa unión, esa fusión? Pues porque para la producción de esos fenómenos, las cualidades esenciales del espíritu motor necesitan ser incrementadas con algunas de las del mediumnizado, ya que el fluido vital, necesario para la producción de todos los fenómenos mediúmnicos, es atributo exclusivo del encarnado y, en consecuencia, el espíritu operador está obligado a impregnarse de él. Sólo entonces puede, con ayuda de algunas propiedades de vuestro ambiente, desconocidas para vosotros, aislar, hacer invisibles y moverse ciertos objetos e incluso los encarnados.

No me está permitido, ahora, desvelaros las leyes particulares que rigen los gases y los fluidos que nos envuelven, pero, antes de que una existencia completa de un hombre haya pasado, la explicación de esas leyes y esos fenómenos os será revelada y

veréis surgir una nueva variedad de médiums que caerán en estado cataléptico particular, después de ser mediumnizados.²⁴

Podéis comprobar cuanta dificultad entrañan los transportes y llegar a la conclusión que efectos de esa naturaleza son muy raros y además los espíritus se prestan muy poco a ello, ya que motivan por su parte un trabajo casi material, lo que aborrecen y les fatiga. Por otro lado ocurre que muy frecuentemente, a pesar de su energía y voluntad, el estado del propio médium les supone una barrera difícil de atravesar.

Luego es evidente y vuestra razón lo acepta, no lo dudo, que los hechos tangibles de golpes, movimientos o suspensión son fenómenos sencillos, que se operan por la concentración y dilatación de ciertos fluidos, que pueden ser obtenidos por la voluntad y el trabajo de los médiums que sean aptos para producirles, cuando están secundados por espíritus amigos y benévolos. Por otra parte, los fenómenos de transporte son múltiples, complejos y exigen la ayuda de circunstancias especiales, no pueden operarse sino por un único espíritu y un solo médium, y necesita unas condiciones externas de poder ser tangible, una combinación muy particular para aislar y hacer invisibles los objetos que constituyen el motivo del transporte.

Todos vosotros, espíritas, comprendéis mis explicaciones, y os dais perfecta cuenta de esa concentración de fluidos especiales para remover o hacer tangible la materia inerte. Corred en eso, como creéis en los fenómenos de electricidad y de magnetismo, con lo que los hechos mediúmnicos tienen alegoría plena y de los que son, por así decirlo, la consagración y el desarrollo. En cuanto a los incrédulos, no sé qué hacer para convencerles, no me ocupo de ellos. Se convencerán un día por la fuerza de la evidencia, porque será necesario que se inclinen ante el testimonio unánime de los espíritas, que han sido forzados a hacerlo ante tantos otros hechos que, al principio habían rechazado.

Como resumen: si los hechos de hacerse tangible son frecuentes, los de transporte son muy raros, porque las condiciones son muy difíciles. Por eso, ningún médium puede decir “a tal hora y en tal momento obtendré un transporte”, porque muchas veces, el propio espíritu se ve impedido de hacerlo.

Debemos resaltar que esos hechos son muy difíciles en público, ya que ahí se encuentran, casi siempre, elementos enérgicamente refractarios, que paralizan los esfuerzos del espíritu y, con más razón, los del médium. Se tiende, al contrario, a que esos fenómenos se produzcan espontáneamente, en muchas ocasiones sin la voluntad de los médiums, sin premeditación, casi siempre en privado, y raramente cuando están prevenidos. De donde podemos afirmar que puede existir un motivo legítimo de sospecha cuando un médium se jacta de obtenerlos cuando guste, o de dar órdenes a los espíritus, como si fuesen servidores, lo que es simplemente absurdo.

²⁴ Los descubrimientos de Crookes ¿no os ponen en el camino de las explicaciones? Es una confirmación más de la clarividencia de nuestros guías, ya que esa comunicación se obtuvo en 1861.

Como norma general, los fenómenos espíritas no se hicieron para ser ofrecidos en un espectáculo o para divertir a los curiosos. Si algunos espíritus se prestan a ello, sólo lo hacen para los fenómenos simples y no para los que, como los de transporte, exigen condiciones excepcionales.

Acordaos, espíritas, que si es absurdo rechazar, sistemáticamente, todos los fenómenos del más allá, no lo es menos el aceptarlos ciegamente. Cuando un fenómeno de hacerse tangible, aparición, visibilidad o transporte se manifiesta espontáneamente o de manera instantánea, aceptadlo, pero si se repite, no lo aceptéis a ciegas. Cada hecho debe sufrir un examen minucioso, profundo y severo. Creedme, el espiritismo, tan rico en fenómenos sublimes y grandiosos, no tiene nada que ganar con esas pequeñas manifestaciones que hábiles prestidigitadores podrían imitar.

Sé bien lo que me vais a decir –que los fenómenos son útiles para convencer a los incrédulos. Pero sabedlo bien, *si no hubieseis tenido otros medios de convicción, no tendríais hoy la centésima parte de los adeptos que tenéis.*

Hablad al corazón, y por ahí haréis las conversiones más serias. Si creéis que sea útil, para ciertas personas, actuar por los hechos materiales, presentadlos, al menos, en circunstancias tales que no pueden dar lugar a falsas interpretaciones. Es necesario, sobre todo, que no os apartéis de las condiciones normales de los hechos, porque los hechos presentados en malas condiciones proporcionan argumentos a los incrédulos, en lugar de convencerles.

Erasto

* * *

Observemos con qué sabiduría ese espíritu nos previene contra el entusiasmo erróneo de los fanáticos. Esas prescripciones son adoptadas por todos los espíritas serios, y en ese número podemos contar al Sr. Vincent, que publicó, sobre los transportes, un interesante artículo en 1882.

Digamos que se excluyen las hipótesis de fraude y embuste, ya que las precauciones tomadas por Vincent alejan esos recelos. Además, siendo notable la honestidad del narrador, podemos admitir su testimonio sin ningún género de duda.

Lo que cuenta, ha sido obtenido muchas veces, y las revistas espíritas están llenas de ejemplos semejantes. Damos preferencia a ese escritor, no sólo por la manera científica con que condujo sus experimentos, sino por la notable coincidencia que existe entre las condiciones observadas por él y las descritas como indispensables por el espíritu Erasto.

Demos la palabra a Vincent, cuyas sesiones se realizaron en su casa, con las puertas y ventanas cerradas:

“Llego, ahora, al primer transporte y esto es lo que encuentro en mis notas, con fecha de 28 de septiembre de 1880:

Hace ya algunos días que magnetizo al médium todas las noches. Esta recomendación la hizo un espíritu que quería producir un transporte, para disponer adecuadamente al sensitivo, que no es lo bastante fuerte para efectos físicos, y necesitaba eso para poder obtener espontáneamente con sus fluidos un fenómeno de ese tipo. Esta noche le magneticé, se durmió y llegó el espíritu.

Le pregunto como lo haría a un espíritu encarnado. Me entiende y su pensamiento formula una respuesta que impresiona el cerebro del médium dormido, que me transmite, de viva voz, como si fuese transmitido por su pensamiento, la frase que acaba de oír. Hago después otra pregunta y la conversación continúa hasta que el espíritu, percibiendo la fatiga del médium, me aconseja que le despierte.

–Es probable –dice– que pueda hacer mi transporte mañana.

–¿Y qué nos traerás? –pregunto.

–Tengo dos objetos en vista. Están ambos en Inglaterra, en Londres. Uno es una imagen que di a mi hermana, el siglo pasado. Tiene palabras inglesas por detrás. Otro es un recuerdo que el médium dio, en otros tiempos, a una persona amiga. Traeré –dijo el espíritu– uno u otro o quizás ambos.

–¿Irás a buscarlos a Inglaterra?

–Iré. Puedes despertarle ahora. Hasta mañana.

–Despierto al médium. La sesión duró un cuarto de hora.

Al día siguiente, 29 de septiembre, magnetizo al médium a las veintiuna horas. El espíritu llega y me dice que va a producir un fenómeno. Siguiendo sus consejos, hice al médium tirarse en el suelo. El espíritu mandó apagar la luz, lo que hacemos. Colocado cerca del médium, podría oír sus más leves movimientos. No se mueve en absoluto.

Espero. Al cabo de dos o tres minutos, el médium, dormido, me dice:

–Me presenta algo, pero no puedo cogerlo.

–¿Qué te presenta?

–Ah, lo pone a mi lado.

Me dirijo entonces al espíritu:

–¿Estás todavía ahí?

Me responde con una voz débil:

–Estoy. Volveré mañana y te daré más detalles. Despiértalo.

Enciendo la lámpara y encuentro, al lado del médium, una imagen muy parecida a esos grabados que las jóvenes tienen en sus libros de rezo. Por un lado, hay un dibujo representando una rosa de color y, por detrás, las siguientes palabras en inglés: *For my dear Rika, October 1783* (*Para mi querida Rika, Octubre 1783*).

En una abertura, hecha en la imagen, encima de la rosa, pasan tres pequeñas cintas blancas, un poco descoloridas. En una leí en inglés, bordadas, estas palabras: *Soy el pan de la vida*, en la otra: *Dios es amor* y en la tercera: *Cristo es mi vida*. Las cintas tenían algunas dobleces, pero la imagen está intacta, y sería imposible, tal como está, rodeada de un encaje muy frágil, que no se hubiese arrugado y partido, si el médium hubiese traído esos objetos para colocarles a su lado. Repito, además, que no hizo ni un solo movimiento durante el experimento. Se encontraba profundamente dormido y me costó mucho trabajo despertarle.

El médium pues, permaneció muy fatigado durante la noche y al día siguiente. Era una especie de agotamiento especial, no le dolía nada, pero tenía un estado de laxitud general.

Al otro día, a las 21:30, magneticé al médium y llegó el espíritu.

–El médium se fatigó mucho –dijo– por ese transporte. Así que no conviene prolongar su sueño. Desearía que hubiese observado su corazón y pulsaciones. Habría notado que eran menos fuertes que de costumbre al no estar en su estado normal.

–¿Me puedes decir cómo lo hiciste?

–No tan bien como quería. Fue una especie de absorción del fluido vital. Nos impregnamos de los fluidos del médium.

–Te quería preguntar también ¿cómo pudiste hacer para que esos objetos atravesasen la pared, ya que la habitación de los experimentos no tiene chimenea y la puerta y ventanas estaban cerradas?

–Fui a buscar los objetos de día, con los fluidos que tomé del médium. Los desmaterialicé en los lugares que se encontraban, porque estaban en dos casas diferentes. Después, cuando se hicieron fluídicos a través de esa primera operación, los transporté hacia aquí, *haciéndoles atravesar la pared, como yo mismo lo hago*.

Los convertí en materiales, con otros fluidos tomados del médium que acabas de dormir. La imagen se la di, antiguamente, a mi hermana llamada Frederika o Rika, abreviado, en la época en que vivíamos en Londres, después de habernos ido de Alemania. En cuanto a las tres pequeñas cintas, fue el médium quien se las dio a una persona amiga, hace quince o dieciséis años, que murió después en Londres. Ahora, despierta al médium.

Le desperté. Eran las diez y cuarto de la noche.

Así es la historia del primer transporte. Durante muchos días pregunté al mismo espíritu para saber algunos detalles sobre la manera por la que se producía el fenómeno, El dijo que no me lo podía explicar mejor de cómo lo había ya hecho.

El 11 de noviembre de 1880, otro espíritu dio esta respuesta a través de la escritura mediúmnica:

–Pediste a nuestro amigo una explicación del fenómeno de los transportes. El espíritu más erudito no podría resolver algunos problemas, que explicaría por medio de

aparatos especiales, si viviese en la Tierra. La *materia cósmica* juega siempre un papel importante en las operaciones de los espíritus. Analizar cómo se desintegra un cuerpo sólido con ayuda de esa materia no es fácil, ya que el espíritu *no sabe siempre exactamente como opera*. Es necesario también contar con la voluntad del espíritu que quiere hacer algo. En resumen, los términos se nos escapan. Sed indulgentes y creednos, amigos míos”.

En la descripción de ese transporte, observamos que el estado del médium era próximo a la catalepsia y que hubo pérdida de fluido vital. Las explicaciones de los espíritus no parecen aportar más luz al asunto, pero, con los conocimientos que ya tenemos, nos pueden hacer comprender la manera como se realiza.

Observemos que el espíritu reconoce que actúa por la voluntad, lo que ya sabíamos por otro tipo de manifestaciones. La voluntad es el único agente del que dispone para manipular los fluidos. Es una fuerza que el espíritu dirige como quiere.

No percibe cómo se operan los fenómenos, los comprueba, pero no los puede analizar, así como hace algunos siglos ocurría con la nutrición, la respiración, que los hombres ignoraban cómo se producían. Todavía hoy, la generación es una operación misteriosa, a pesar de las numerosas investigaciones realizadas sobre el tema. Intentemos, de todas formas, investigar la manera en que se produce un transporte.

Hemos visto que los cuerpos pueden ocupar estados diferentes, desde el sólido a la materia radiante. Podemos pues, comprender que el espíritu, por su voluntad y con los fluidos del médium, producirá una operación semejante a la del agua, cuando se convierte en vapor al calentarse. El fluido vital hace, en la desmaterialización, el papel del calor, ¿cómo comprender, sin embargo, que el cuerpo desmaterializado conserve su forma y las relaciones de las moléculas entre sí?

Si tuviésemos sólo que trabajar con cuerpos inanimados, se podría suponer que el espíritu forma, por su voluntad, una especie de envoltorio fluídico, donde guarda el cuerpo desmaterializado, pero no se entiende cómo, volviendo ese cuerpo al estado de materia, pueden las moléculas recolocarse en su orden normal. Veamos la hipótesis que nos parece más racional:

Hemos demostrado que el hombre tiene un envoltorio semimaterial y que los animales poseen uno semejante. Existen duplicados fluídicos en todas las criaturas que tienen vida, porque todas se desarrollan según un tipo determinado, y es necesario que una fuerza fluídica lo conserve en medio de las continuas mutaciones de la materia. Assier estableció ese hecho para los animales y las plantas, tanto por la ley de analogía como por los experimentos directos que se describen en el capítulo III de su libro sobre la humanidad póstuma. Lleva su sistema más lejos y cree que el duplicado fluídico se aplica, igualmente a los cuerpos inanimados.

Si consideramos que los metales cristalizan en tipos determinados, se deberá reconocer que también están dirigidos por una fuerza fluídica y que pueden poseer un duplicado fluídico. Una vez admitido ese hecho, todo se aclara perfectamente.

El espíritu que quiere hacer un transporte sólo tiene que volatilizar, de alguna manera, la materia del objeto sobre el que opera, después transporta ese duplicado para el lugar que escogió y allí toma del fluido universal los elementos necesarios a la reconstrucción del objeto material por medio del fluido vital.

Con las plantas, la operación es la misma. El duplicado fluídico reproduce, molécula por molécula, todas las partes de la planta, ya que, siendo su esbozo o borrador, basta incorporar las moléculas del fluido universal, hechas materiales por el espíritu, y la planta aparece con todos sus pormenores, su frescura y colorido, a los ojos de los asistentes. En fin, siempre se ejecuta la misma operación cuando un espíritu se quiere hacer visible y tangible, como en los experimentos de Crookes.

No sabemos hasta qué punto nuestra hipótesis se aproxima a la realidad, pero los fenómenos se producen, es necesario explicarles y nuestra teoría hasta ahora, es la que nos parece más de acuerdo con la enseñanza espírita y los modernos descubrimientos.

APÉNDICE

Desde la época, ya lejana, en que apareció la primera edición de esta obra (1883), el autor tuvo la satisfacción de comprobar que algunas de las más importantes teorías aquí expuestas tuvieron la consagración de la ciencia.

Todos nuestros conocimientos sobre la materia fueron renovados por el descubrimiento de los fenómenos de la radioactividad. El átomo ya no será más la base indestructible del universo. Las teorías materialistas de Büchner, Moleschott, Carl Vogt, Hoeckel, etc. han sido declaradas radicalmente falsas. No es la materia la que produce la energía, como la conocemos. Los fenómenos de la radioactividad demuestran que partes constitutivas del átomo pueden escaparse de él, de manera que, al cabo de algún tiempo más o menos largo ese átomo vuelva al éter de donde salió.

En la obra de Allan Kardec *La Génesis*, publicada en 1867, se encuentra, en el capítulo de los fluidos, esa teoría nítidamente expuesta por los espíritus, en la mitad del último siglo. Se lee textualmente en la página 298:

“La materia tangible, teniendo por elemento primitivo el fluido cósmico etéreo, debe poder, desintegrándose, volver al estado de eterización, como el diamante, el más duro de los cuerpos, puede volatilizarse en gas impalpable. *La solidificación de la materia no es, en realidad, más que un estado transitorio del fluido universal, que puede volver al estado primitivo, cuando las condiciones de cohesión cesasen de existir*”.

Este es un hecho que debe inspirarnos la mayor confianza en el valor intelectual y científico de los guías del gran iniciador.

Además de eso, todo lo que hemos escrito sobre los fluidos, es decir, sobre los estados cada vez más enrarecidos de la materia, está confirmado por el descubrimiento de los rayos X y de las ondas hertzianas que son, innegablemente, manifestaciones de esas formas superiores de la materia cósmica, desconocidas el siglo pasado.

Es conveniente también señalar que el estudio de las manifestaciones extracorpóreas del espíritu, cuya importancia ya había sido indicada por Allan Kardec y por nosotros, fue emprendido, desde 1883, por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas inglesa (*Society for Psychical Research*) y después, en el nuevo mundo, por la rama americana de esas Sociedad.

Los sabios que la componen llegaron a establecer, experimentalmente, la exteriorización de todas las formas del pensamiento, a la que dieron el nombre general de telepatía. Han comprobado también, casos de visión a distancia, sin ayuda de los ojos y hechos de premonición, en condiciones que establecen, sin ninguna duda, la autenticidad de esos fenómenos, cuya realidad ya he señalado en el curso de esta obra.

Todavía más, leyendo los informes publicados por la Sociedad, es fácil notar que el fenómeno del desdoblamiento del ser humano fue establecido con un lujo de pruebas que no deja nada a desear.

Demostremos en el primer volumen de nuestra obra titulada Apariciones materializadas de los vivos y de los muertos, que los fantasmas de los vivos son de una indiscutible realidad, porque fueron fotografiados, los que no deja ninguna duda de su carácter objetivo. Se puede producir experimentalmente ese duplicado del ser humano. De ahí resulta que el alma, incluso durante su paso por la Tierra, está siempre asociada a una forma de materia quintaesenciada, lo que justifica nuestras afirmaciones relativas a la existencia del periespíritu.

En el segundo volumen de la misma obra se encuentran numerosos documentos que confirman, por investigaciones posteriores en todos los países, las notables experiencias de materialización de Crookes. Señalaremos especialmente, las de Aksakof con Eglinton y la Sra. D'Espérance, después las del Dr. Gibier, en Nueva York, y las emprendidas durante veinte años por una legión de sabios, en compañía de Eusapia Palladino, principalmente en el círculo Minerva, en Génova, sin olvidar las del profesor Richet y nosotros en Argelia, en Villa Carmen.

Vimos, por los trabajos de Crookes, que la realidad de las manifestaciones resulta:

- 1°. De la vista colectiva del fantasma, por todos los asistentes.
- 2°. De las fotografías que puedan obtenerse.
- 3°. De las acciones materiales ejercidas por el fantasma.
- 4°. De la visión simultánea de la aparición y del médium.
- 5°. Por último, a esas pruebas hay que unir otra, absoluta, la del modelaje de parte de la aparición, modelaje imposible de imitar, que es como un testimonio permanente de la realidad objetiva del fantasma y del carácter realmente humano de su materialización.

Esos últimos resultados fueron obtenidos, al principio, en América, por el profesor Denton, después, en Inglaterra, por Mrs. Reimers y Oxley, Ashton y otros (ver detalles: Las apariciones materializadas de los vivos y los muertos, tomo II, capítulo III, página 247).

Últimamente, se han conseguido resultados parecidos con el médium Kluski, en el Instituto Metapsíquico Internacional.

Se llegó a pesar, simultánea o sucesivamente, el médium y el espíritu materializado, y se percibió que la materia que componía el cuerpo del fantasma estaba tomada casi totalmente del cuerpo del médium.

En estos últimos años, la Sra. Bison estudió particularmente el inicio de ese fenómeno, provocando la salida de materia exteriorizada del médium, al que se dio el nombre de *ectoplasma*.

El conjunto de los fenómenos de la mediumnidad obtuvo, de alguna manera, una consagración oficial, en 1922, con la presentación en la Academia de Medicina de la obra del profesor Richet *Tratado de Metapsíquica*.

Si el autor no adoptó todavía las conclusiones espíritas que dedujimos de la citada obra (de ese conjunto de fenómenos), tampoco rechaza formalmente nuestra interpretación. Desde el siglo XIX, un gran número de hombres de ciencia han adoptado formalmente la teoría espírita como la única explicación general de todos los fenómenos.

En Inglaterra, tuvimos la alegría de contar entre los nuevos adeptos a hombres como el ilustre psicólogo Myers, el profesor Barrett, Sir Oliver Lodge, eminente físico, y, en los últimos tiempos, el ingeniero Crawford; en América, el profesor Hyslop, el Dr. Hodgson; en Italia, el célebre criminalista Lombroso, los Dres. Pio Foa, Vesani, Scozzi, Venzano, los profesores, Botazi, Brofferio, Bozzano, Tumolo, el astrónomo Porro y otros muchos.

Hace un cuarto de siglo se han emprendido investigaciones sobre los fenómenos psíquicos en casi todos los países. En Francia, Camille Flammarion publicó el resultado de sus trabajos en tres volúmenes titulados: *Antes de la muerte*, *En torno a la muerte*, *Después de la muerte*, bajo el título general *La muerte y su misterio*. Termina con una afirmación claramente espírita.

En el mismo orden de ideas, Warcollier nos da, en una obra sobre telepatía, el resultado de sus investigaciones y el Dr. Osty afirma, en su libro *El conocimiento supranormal*, que algunas personas tienen la facultad de aprender, anormalmente, el conocimiento de cosas que les son desconocidas, y prever el futuro.

Como se ve, no nos engañamos en nuestras previsiones, ya que esos estudios entran por fin, en el dominio de la ciencia.

Es una profunda satisfacción para los espiritistas el comprobar que ninguna de sus afirmaciones ha sido rechazada, hace ya más de medio siglo y, por el contrario, las experiencias emprendidas en el mundo entero han confirmado el valor de sus aseveraciones, tanto en el punto de vista experimental como filosófico.

Gracias a su inteligencia y a la generosa iniciativa del esclarecido filántropo, Jean Meyer, se creó en 1919, en París:

1. Un *Instituto Metapsíquico Internacional*, reconocido de utilidad pública, del que forman parte eminentes científicos, como el profesor Richet, el conde Grammont y el profesor Leclainche, miembros de la Academia de Ciencias;

Camille Flammarion, el Dr. Santolíquido, o profesor Tessier, el Dr. Calmette, inspector general del Servicio de Salud y entre los miembros extranjeros, Oliver Lodge, Bozzano; y como director el Dr. Geley.

2. En la misma fecha: La *Unión Espírita Francesa*, con sede en París, que, a pesar de su reciente creación, reúne ya 26 sociedades, de todas las regiones de Francia y de las colonias.

A esas dos instituciones incumbe proporcionar las bases científicas para el estudio del espiritismo y dar el más vigoroso impulso a la difusión de filosofía. Podemos considerar con confianza el futuro y el triunfo de esta noble y gran doctrina.

* * *